

Isabella Marín

¿Otra vez tú,
Julie Fisher?



¿Otra vez tú, Julie Fisher?

ISABELLA MARÍN

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: ¿Otra vez tú, Julie Fisher?

© *Isabella Marín*

Edición publicada en enero del 2019

Diseño de portada: *Alexia Jorques*

Corrección: *Correctivia*

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Otras obras de la autora](#)

[Capítulo 1: El reloj siempre es puntual. Lizzy O'Conner... no lo es.](#)

[Capítulo 2: A Lizzy le encantan las habichuelas mágicas](#)



Capítulo 1

—El principal deber de una joven es...

—Contraer matrimonio, naturalmente.

Ahogadas risitas invaden el silencioso y sombrío interior de la iglesia de Clovelly, un pintoresco pueblo pegado a la costa inglesa, donde el azul del mar se funde con el crudo verde de las colinas, y los *cottages* de piedra inundan las adoquinadas calles, tan empinadas que, casi sin remedio, desembocan en la inmensidad del mar, consiguiendo la forma de una lengüeta grisácea que separa en dos hemisferios los balandros que fondean cerca de la orilla y siempre se lamentan al son de las mareas.

Fuera hace un precioso día de abril, aunque los rayos de la alegre primavera apenas consiguen atravesar las diminutas vidrieras, paliadas con motivos religiosos, que nos separan del mundo exterior como los muros de una inquebrantable prisión; inquebrantable a la diversión, a la felicidad y a cualquier otro sentimiento cálido y digno de censura que jamás tendría cabida aquí dentro.

La alegría nunca ha sido buena amiga de la rigurosidad y la compostura que exige este lugar, y más vale que nadie intente alojarla en el interior de su alma. El mal ha de ser arrancado de raíz. De lo contrario, aténgase a las consecuencias. Ingeniosidad, inteligencia, una pizca de sentido común... Aquí todo está prohibido bajo pena de expulsión.

Es un lugar sumamente aburrido, y solo un ogro viejo como Herbert pensaría que a alguien podría resultarle acogedor.

Y hablando del Diablo...

El pastor Herbert —ataviado con su más austero traje, que le aporta un aspecto todavía más huraño a su rostro, decrepito como si, en lugar de arrugas, estuviera surcado por profundas cicatrices— se gira hacia mí. Sin el menor conato de duda parece conocedor de quién es la causante de este

comportamiento tonto entre las señoritas.

Supongo que a nadie sorprende su actitud. Incluso un hombre como Herbert, que tan poco conocimiento tiene sobre la complejidad de la naturaleza femenina, sabe que las demás son demasiado mojigatas como para hacer algo inapropiado.

—Señorita Fisher, ¿hay algo que le gustaría compartir con la clase?

Aguarda mi respuesta con las tupidas cejas blancas arqueadas a modo de interrogación, y yo no puedo evitar el molesto pensamiento de que sus cejas simulan dos hámsteres muertos que velan su mirada.

No pienses en eso. No pienses en eso.

—No, señor —me obligo a responder, y el sonido de mi propio murmullo me hace removerme inquieta en la silla y aclararme la garganta por lo bajo.

Las manecillas del reloj avanzan inclementes. El álgido silencio del pórtico se vuelve cada vez más denso, una implacable mano opresora cerrada alrededor de mi cuello, apretando hasta dejarme sin aliento. La tensión y la incomodidad se mascan en el aire, e incluso las efigies que me observan desde las paredes parecen desaprobarme mi comportamiento.

Los ojos de Herbert me atraviesan con tanta saña que desvío la mirada y enfoco los nudillos de las manos que he apoyado a ambos lados del pupitre. Estoy un poco avergonzada por haber vuelto a llamar la atención. También lo hice el sábado pasado.

Y el anterior.

Y el anterior a ese.

Y me atrevería a decir que todos los sábados desde que empecé la escuela religiosa. Ojalá me acordara de ello. Papá dice, y con toda la razón del mundo, que uno nunca se acuerda de todas sus malas acciones.

Lo cual, a decir verdad, es un auténtico alivio. De lo contrario, la vida sería un incesante torrente de autocompasión, culpa y miseria espiritual. Hay cosas de las que, de vez en cuando, una debería olvidarse, como por ejemplo del ejército de ranas que *una* soltó en el comedor de su casa solo porque no le apetecía recibir visita aquel día. A esa clase de malas acciones me refiero. ¿De qué

serviría acordarse de todas?

Claro que, por otro lado, *una* se siente tan complacida cuando recuerda los gritos de las invitadas... Y la forma en la que brincaban encima de las butacas... Y a papá con las manos alzadas al cielo, clamando que aquello era obra del Diablo. Aunque, por el otro lado, cambió de opinión papá, antes de caer en una profunda reflexión, bien podría haber sido de Dios, porque ahí están las diez plagas de Egipto, lo cual indica que Dios también hace travesuras de vez en cuando.

Está bien. Me retracto. Puede que haya malas acciones que una debe atesorar muy en el fondo de su pecaminoso corazoncillo y rememorarlas siempre que se aburra, solo porque le produzca un enorme placer recordar lo bien que sabe la maldad. Interrumpir a Herbert podría servir para dicho propósito. Debo anotarlo en mi diario.

Pero antes de hacer nada, compruebo lo que está haciendo el buen pastor y descubro que sigue mirándome con saña. Demonios. Será mejor que no me mueva. No pienso darle la satisfacción de que me expulse.

—Bien. Bien —se rinde al cruzarse nuestros ojos—. Así que no tiene nada que compartir con la clase.

—No, señor.

Una larga pausa precede mis palabras. Herbert aprieta las peludas mandíbulas con fuerza y, entre soplidos de exasperación, retoma el hilo de su sermón. Sabe que soy culpable, pero como no puede demostrarlo, no lo queda otra que fastidiarse.

Y eso hace.

—Como iba diciendo antes de la inoportuna interrupción de la señorita Fisher, el principal deber de una joven reside en mantener su alma pura.

Tras unos intensos segundos de tensión, Herbert deja de mirarme, y yo espero un tiempo prudencial antes de agarrar el lápiz y ponerme a escribir de nuevo. Su voz se aleja de mí hasta que apenas la escucho ya, tan concentrada estoy en mi tarea. Solo algunas palabras sueltas, fragmentos aquí y allá, sin ningún

significado, consiguen alcanzar mis oídos. Siempre he tenido el extraordinario don de ignorar las cosas que no me conciernen.

La pureza del alma consiste no solo en... sino también en el...

¿A quién le importa?

Mi lápiz se mueve deprisa, desgarrando la pálida perfección de la hoja; líneas y contornos que nacen de la nada, mundos repletos de aventuras y misterio, héroes y villanos, damas y bandidos, se alzan delante de mí como un juego de títeres cuyos hilos tengo entre mis manos. El pastor y su sermón apenas son un vago recuerdo para mí.

—¿Sabría usted decirnos cómo mantiene una joven su alma pura, señorita Fisher? Señorita Fisher, ¿está entre nosotros? ¡Esto es el colmo! ¡SEÑORITA FISHER! —ruge, colérico, y golpea el altar con la palma de su mano.

La intensidad del ruido me hace brincar en la silla y soltar sin querer el lápiz. Todo el mundo me está mirando, incluidos los santos que adornan las paredes y, bajo el peso de sus punzantes miradas, me doy cuenta de que desearía estar en cualquier otra parte del mundo menos aquí.

Y también de que no poseo ni el más mínimo sentimiento religioso.

Carraspeo y, lo más discretamente que puedo, oculto lo que estaba dibujando debajo de la manga. No creo que al pastor le haga demasiada gracia ver una caricatura suya en la que he exagerado un poco sus encrespados cabellos blancos y le he puesto cuernos y cola como a Lucifer. Toda historia necesita un villano. ¿Por qué no iba a ser él el de la mía? Al fin y al cabo, tenemos un largo historial de discordancia, ya que soy la única alumna de este centro a la que nunca ha conseguido doblegar. Mi resistencia debe de enfermarle.

—Señorita Fisher —masca entre dientes, con tanta cólera que le tiembla todo el cuerpo. ¿Le estará dando un ataque febril?

—¿Sí, señor?

Decido hacerme la ingenua y, como un pobre cordero a punto de ser sacrificado, elevo despacio la mirada hacia esos azulados ojos, que, como no podía ser de otra manera, están clavados en mí.

Qué fastidio.

Nuestras miradas se encuentran al instante, y yo le sonrío con tal dulzura que sus puños se cierran a ambos lados de su cuerpo en un gesto de lo más amenazador.

—Conteste a mi pregunta.

Me devano los sesos por recordar de qué pregunta se trata.

—Mantener el alma pura —tose Caroline.

Oh. Un tema fascinante.

Por desgracia, a mí no podría interesarme menos. Siempre he pensado que las almas puras son terriblemente aburridas.

—Hmmm... ¿rezando unos cuantos Avemarías después de haber pecado?

Mi contestación produce más risas entre las señoritas. El delgado rostro del pastor se contorsiona en una mueca demente que me hace cuestionarme muy en serio su aptitud para este trabajo.

—¡Señorita Fisher! —clama, colérico, acortando de dos zancadas la distancia que nos separa—. Hablaré con *lord* Fisher sobre su comportamiento hoy mismo. ¡Es completamente inaceptable!

Mis traviesos ojos marrones giran sobre sus propias órbitas.

—Lo siento, señor.

La triste verdad es que los arrepentimientos jamás hacen mella en mí, y por desgracia para la pureza de mi pobre alma, eso sale a relucir en mi tono de voz. Maldito desapego. Nunca he podido evitarlo. Debo aprender a ser un poco más pasional.

Y una pizca de sumisión tampoco estaría mal.

—¡Ese es el problema! —grita Herbert, y su furia ha ido tan *in crescendo* que se le ha hinchado una vena en la frente como a un soberbio ángel destructor—. ¡No lo siente! Es usted una criatura odiosa y por eso ¡QUEDA EXPULSADA!

Mis ojos se abren de golpe. ¿Expulsada? Cielo Santo. Mi padre va a matarme. ¡Es la quinta vez que me expulsan en lo que va de año! Es casi insultante.

Hasta ahora he conseguido ser readmitida gracias a la influencia del tío Eric,

conde de Longford, pero algo me dice que el hermano de mi madre no va a serme de gran ayuda esta vez.

Por desgracia, falleció hará un par de meses.

Y, por muy hilarante que eso parezca, fallecer no es lo más escandaloso que ha hecho últimamente. Su mayor canallada es que ¡ha tenido la osadía de estirar la pata dejando a su hijo Edgar en la más absoluta de las ruinas! Cuando un noble está tan arruinado, puede ir olvidándose de pedir favores a la Iglesia. La verdad sea dicha: sin el respaldo de la fortuna del nuevo conde de Longford, mi alma va a ir camino al Infierno.

A no ser que yo intente arreglar las cosas antes de que eso suceda, claro.

Sé de buena tinta que mi padre no va a soltar ni una libra para que vuelvan a admitirme. Considera que me merezco una lección por mi mal comportamiento y está más que dispuesto a sacrificar mi alma inmortal para hacerme comprender que en la vida uno debe ser responsable. Bah.

Así las cosas, la única opción a mi alcance es tragarme el orgullo e implorar la redención.

—Señor, se lo suplico, tiene que haber alguna manera de solucionar este horrible malentendido.

—¡FUERA!

—Pues nada. Al Infierno que voy —le susurro a Caroline.

—*Ahora*, señorita Fisher. No tenemos todo el día para malgastarlo con sus vilezas.

Aprieto los labios con disgusto, me levanto y empiezo a guardar mis cosas dentro de la bolsa. Me lo pienso un segundo y luego dejo caer al suelo la horrible caricatura de Herbert. Si yo me fastidio, él tendrá que hacerlo también.

Un poco más apaciguada, recojo los lápices y, sin prisa alguna, los coloco en su estuche.

—Señorita Fareham, ¿quiere usted contestar a la pregunta que le hice a la señorita Fisher?

Rose Fareham, una rubia llorona a la que tiraría de los pelos con mucho

gusto, se pone en pie.

—Evitando la tentación, señor —responde con su atiplada voz.

Pongo los ojos en blanco, agarro mi bolsa y camino hacia la puerta con aire digno. A fin de cuentas, en breve tengo pensado desposar a *lord* Weston. Habrá que ir practicando mis modales mientras tanto.

—¡Esplendido, señorita Fareham! ¡Esplendido! ¿Lo ha oído usted, señorita Fisher? *Evitando* la tentación. Verdaderamente, esplendido.

A punto de salir, le saco la lengua a Rose Fareham —ya practicaré mis modales a partir de mañana—. Ella me mira tan estupefacta que sus ojos de anfibio parecen el doble de grandes de lo habitual.

¡Santurrona! ¡Evitando la tentación! Esa es la mayor estupidez que he escuchado en toda mi vida. Las tentaciones hay que abrazarlas. Todo el mundo lo sabe. *Lord* Byron lo sabía. Giacomo Casanova no se cansaba de repetirlo. ¿Por qué nadie se lo ha dicho aún al pastor y a esa irritante Rose Fareham?

Yo no leo mucho si puedo evitarlo, pero siempre que abro un libro, me aseguro de que sea una lectura interesante, enriquecedora para el alma y censurada en al menos cinco países de Europa. Los libros permitidos, los que hablan precisamente de evitar la tentación, no presentan ningún atractivo para mí.

Y por mucho que vaya a la escuela religiosa, eso no va a cambiar jamás. Así se lo pienso trasladar a papá. Con suerte, me dejará quedarme en casa y holgazanear por el resto de mis días.

Con firmeza, dejo que la pesada puerta de madera se cierre de golpe a mis espaldas, para molestar todo lo posible su estúpida clase en la que nunca he tenido intención de participar, y me cuelgo la bolsa del hombro.

—¡Idiotas!

La exclamación actúa como un bálsamo que alivia durante unos engañosos momentos la presión de mis nervios. Me alejo a grandes zancadas cruzando el mullido césped y no miro atrás ni una sola vez. Al menos, no hasta llegar al cruce de caminos que me sume en un profundo dilema.

De todos es sabido que la manera más rápida de volver a casa es a través del bosque; hay que buscar un polvoriento camino, hacía décadas clausurado a los carruajes, y seguirlo durante casi media hora.

Y de todos es sabido que no es adecuado que una joven sin acompañante se adentre en una zona tan salvaje y tan poco transitada.

Hoy en día, Inglaterra está repleta de leyendas sobre bandidos que raptan a jóvenes doncellas para someterlas a toda clase de atrocidades, como exigirles que les laven los... en fin, sus prendas íntimas. ¡Eso es espantoso! Dicen que incluso se les pide que cocinen para ellos. *Quelle horreur.*

No me atrevería a enfrentarme a tales aventuras, pero me parece que hoy no tengo elección. O me arriesgo, o me quedo plantada en la puerta de la iglesia hasta las doce, cuando se supone que vuelve a por mí el carruaje de mi padre.

Y si me quedo, tendré que volver a ver al pastor y a esa santurrón de Fareham, y no me apetece nada tener que tragar con más sermones.

Sin saber qué dirección tomar, miro hacia atrás y sopeso mis posibilidades. Iglesia o bosque. No hay término intermedio.

¡Bah! Seguro que no son más que estúpidas leyendas inventadas por las mentes ignorantes de los aldeanos. Cruzaré el bosque. ¿Por qué iban a querer secuestrarme a mí los bandidos? Con solo mirarme sabrán que nunca he dado un palo al agua. Buscarán a alguien más... competente para que les laven los calzones.

Una vez tomada mi decisión, arrastro los pies por el polvoriento camino que serpentea hacia la oscuridad y retomo mis blasfemias.

—Estúpida... mojigata... puritana... ¡evitar la tentación!... ¡bah!... Por mí, puede irse al Infierno, ella y ese necio vejestorio.

—Bonito lenguaje, *milady*. ¿Lo que asoma de su bolsita es una Biblia? No me diga que vuelve usted de misa. Sería una delicia.

Ahogo un grito y escruto la zona en busca del molesto intruso.

—Señor, ¡exijo que haga visible su presencia de inmediato!

—Arriba, bella doncella —me responde él con la desidia de una tarde de

verano.

El corazón martillea con fuerza dentro de mi pecho. Tengo las mejillas ruborizadas y un enorme nudo en la garganta. Qué puedo decir, incluso las muchachas indómitas como yo nos asustamos alguna vez.

Alzo la mirada despacio, sin saber muy bien a qué voy a tener que enfrentarme, y si no suelto un segundo grito es solo porque no soy tan fácil de impresionar.

Encima de la rama de un roble, sentado plácidamente, los pies colgando y los brazos cruzados a la altura del pecho, hay un hombre moreno, delgado, de facciones firmes y penetrantes ojos, inteligentes y todavía más oscuros que su lacio cabello.

¡Y me está sonriendo como si nada!

Seguro que es un bandido. Es odiosamente atractivo. Hoy en día, solo la gente de mala reputación consigue resultar tan atractiva.

Admito que sería una muestra de sentido común dar la vuelta y echar a correr hacia la iglesia. Es lo que haría esa mojigata de Fareham, el ejemplo de buena conducta por excelencia de Clovelly.

El pensamiento cae de pleno sobre mí y hace que los ojos se me dilaten como a un moribundo. De ningún modo pienso actuar como haría Rose Fareham. Me encanta llevarle la contraria, incluso si eso supone tener que carecer de sentido común durante un rato.

—Buenos días, *milady* —me saluda el bandido con una leve inclinación de la cabeza, gesto que le ha debido de copiar a algún noble, pues los bandidos no suelen ser demasiado corteses en su trato.

Me quedo muy quieta y sostengo sus ojos desde abajo. Hay en él algo que hace que no puedas apartar la mirada de su rostro, hermoso, irónico, tostado por el sol veraniego y curtido por los gélidos vientos del norte. Estoy acostumbrada a los chicos, pero él...

Él es un hombre. Completa, absoluta y apabullantemente masculino, y tan bien parecido que dejar de mirarlo no es una opción.

—Buenos días.

La frialdad de mi respuesta le arranca una sonrisa perezosa, bajo la cual asoman unos dientes blancos y rectos.

Contemplándolo sin ningún pudor, descubro que tiene un leve gesto de desdén en los labios y los oscuros y ardientes ojos de un condenado. ¿Qué puede pasar si cambio unas cuantas cortesías con él? Estoy convencida de que la gente de mala reputación tiene interesantes historias que contar.

Además, hace días que no tengo a nadie con quién coquetear. Los chicos del pueblo están todos en el colegio. Las tardes se han vuelto soporíferas en Clovelly. ¿Con qué entretenerse una sino con los coqueteos y las pequeñas frivolidades de la vida? Hay gente que lee a diario, claro, los eruditos, pero yo preferiría beber estramonio. Cualquier cosa será mejor que abrir un libro más de una vez a la semana.

—¿Quién es usted? —exijo saber, y alzo la barbilla con desafío, muy complacida por haber logrado una voz tranquila y sin inflexiones.

El apuesto desconocido se baja del árbol de un salto y empieza a caminar hacia mí, despacio, acorralándome con la lentitud de un león. Sus ojos no se apartan de los míos.

Definitivamente, es un bandido. Un hombre de buena familia jamás me contemplaría con tanta fijeza.

Y mucho menos sonriendo como si supiera con certeza lo que llevo por debajo de mi recatado vestido, una oscura prenda que cubre todo mi cuerpo, desde el cuello y hasta los tobillos, tal y como lo exigen las normas de buena conducta. Por desgracia, una no puede ir a la escuela llevando escote. Ni siquiera siendo la terrible *miss* Julie Fisher.

—Yo podría hacerle la misma pregunta, *milady*. ¿Quién es usted y por qué interrumpe este pacífico silencio con su larga lista de improperios?

Bueno, me ha escuchado. ¿Y qué? ¿Quién va a fiarse de la palabra de un bandido que cuelga de las ramas como los murciélagos?

—¡No se acerque más! —ordeno, apuntándolo con mi dedo acusatorio—.

¡Quédese donde está! —alzo el tono al ver que no tiene intención alguna de pararse—. ¡Pero bueno! ¿Es que no me ha oído?

—Por supuesto. Pero he decidido ignorarla.

—¡Es usted un jovencito de lo más atrevido!

—No me diga —se mofa, y un seductor destello de oscuridad se enciende en su mirada—. ¿En qué lo ha notado?

—¡Pues que sepa que, aunque me bese, no pienso casarme con usted después! —declaro irritada, y cruzo los brazos a la altura del pecho para dejar bien zanjado el asunto.

El bandido se detiene, echa la cabeza hacia atrás y suelta unas cuantas carcajadas que consiguen que me indigne aún más.

—¿Qué es aquello que le resulta tan gracioso... *sir*? —puntualizo la palabra *sir* con crueldad, dando a entender que estoy enterada de sus horribles orígenes.

Él deja de reírse, ladea la cabeza hacia la derecha y de nuevo me observa de esa forma tan poco civilizada, como si sus agudos ojos negros estuvieran pesándome y burlándose al mismo tiempo.

—Usted.

—¿Y eso por qué?

—Piensa que es lo bastante bonita como para que un hombre como yo pida su mano en matrimonio.

Jamás me he sentido tan escandalizada.

—¡Oh! Es usted un...

—Eh, alto ahí, cielo. Nada de groserías. Eso está muy mal visto en nuestra sociedad.

¿Cielo? Si yo no fuese una dama, le diría unas cuantas cosas gustosamente.

Pero no pienso rebajarme tanto como para discutir con un rufián como él. La futura *lady* Weston no debe cometer un acto tan vulgar.

Así que le vuelvo la espalda con ademanes contrariados y me alejo a grandes zancadas hacia el oscuro corazón del bosque.

Para mi asombro, cuando miro hacia atrás, veo que el bandido, lejos de darse

por vencido, está arrastrando los pies detrás de mí.

—¿Adónde va con tanta prisa, *milady*?

Su perezosa forma de hablar solo demuestra aburrimiento y un horrible desinterés. No podía enervarme más.

—A mi casa —le respondo con la amargura de una vieja solterona.

—¿Sola? ¿Está usted loca? ¡Podrían atracarla los bandidos! ¿No ha oído los rumores?

—Desde luego. Pero parece ser que yo no soy lo bastante bonita para eso.

Ríe entre dientes y sigue caminando a mis espaldas, levantando el polvo del camino. Es que... ¿va a seguirme?

Aumento el paso y él me imita. Sin duda, me está siguiendo.

—*Milady*, ¿tiene algún fuego que apagar? Apiádese de mis ancianas piernas. Apenas puedo seguir su ritmo.

—Entonces, no lo haga, *sir* —espeto, decidida a caminar lo más rápido posible.

¿Cómo se ha atrevido a decirme que no soy lo bastante bonita para él? ¡Qué descaro! Si yo fuese un hombre, le retaría en un duelo. En vez de los salmos de la Biblia, bien podrían haberme enseñado a disparar una maldita pistola. Me habría resultado mucho más útil. Esto se lo pienso trasladar a papá hoy mismo. Debe saber cuanto antes que ha fracasado en mi educación, para que no vaya por ahí pavoneándose como el padre inglés del año.

—¿Puedo preguntar por qué la han echado del colegio? ¿Eh? ¿Qué travesura ha hecho? ¿Algo sórdido? ¿Inconfesable? A mí me lo puede decir. Le aseguro que no me escandalizo tan fácilmente.

Cuadro los hombros con aire de perfecta integridad y me obligo a no volver la vista hacia atrás, si bien siento un irresistible magnetismo atrayéndome hacia allí.

—¿Qué le hace pensar que me han echado del colegio? —repongo con remilgo.

—Soy muy listo.

—Y muy arrogante, por lo que se ve.

—Confieso que esa es otra de mis innumerables cualidades.

—Pues no es asunto suyo, *sir*. Y haga el favor de no importunarme más con este asunto.

Voy a retirarle la palabra. Me molesta que sea tan apuesto. Es más apuesto de lo que debería estarle permitido a un hombre tan grosero como él.

—Así que la han echado. La felicito. Siempre he estimado a las chicas intrépidas como usted. Y admito que yo también fui expulsado del colegio un par de veces en mis tiempos mozos. A mi padre no le hizo ni pizca de gracia. Supongo que al suyo tampoco.

Trago saliva y una extraña inquietud empieza a enroscarse en mis entrañas al verme recordadas las consecuencias de mis actos. Papá me amenazará con enviarme a un colegio de monjas y me veré obligada a fingir un teatral desmayo. Los colegios de monjas son sumamente aburridos. ¡No hay nadie con quien coquetear!

—*Milady*, ¿por qué no me canta una canción? Las chicas de hoy en día tenéis innumerables talentos. Cantáis, tocáis el arpa, coséis, leéis libros piadosos, bailáis.... Los hombres solo tenemos un mérito: aguantar la bebida sin desmayarnos.

Si bien me hace gracia su forma de menospreciar los talentos masculinos, me obligo a adoptar una voz firme y fría al hablar. Debo dejarle claro cuáles son los límites. De lo contrario, podría confundirse conmigo.

—Le prometo que yo no hago ninguna de esas cosas. Y mucho menos, cantar.

—Entonces, tendré que hacerlo yo mismo. Me sé una canción verde que le va a deleitar los oídos.

—Como se le ocurra cantármela, le doy mi palabra de que me desmayaré aquí mismo.

Suelta una carcajada y silba por lo bajo una trova con la que los jornaleros de papá se entretienen siempre que no hay damas delante. Este hombre es la criatura más molesta y ruda que he tenido la mala suerte de conocer en toda mi

vida.

—He visto en los periódicos de esta mañana que tenemos un nuevo fiscal.

—¿Qué le hace pensar que eso me importa?

—Nada en absoluto, pero de algo había que hablar.

—Será mejor que no hable. Me molestan los ruidos. Mis débiles nervios...

—No hace falta que siga. La he comprendido.

Una fugaz sonrisa atraviesa mi apacible semblante al escucharle silbar de nuevo. Es incapaz de mantenerse quieto.

Llegados a lo alto de una colina, miro el valle que se extiende abajo y compruebo que todavía nos queda medio camino por delante. Estoy tan cansada que las piernas me empiezan a flaquear y termino disminuyendo poco a poco el ritmo. Está claro que no voy a quitármelo de encima por mucho que corra, así que ¿para qué esforzarse?

Además, no puedo arriesgarme a llegar a casa jadeando como un podenco. No sería para nada adecuado. La futura *lady* Weston debe mostrar siempre un aire de perfecta entereza. Ya bastante con que la hayan echado de la escuela. *Otra vez.*

—*En la alta colina, el bandido espera, cantan sordina...*

—¡Ya basta de cancioncillas obscenas! —exclamo, encarándolo—. Estoy harta de soportarle. ¿Se puede saber qué es lo que intenta? Si se ha propuesto atracarme en algún momento del camino, que sepa que no llevo nada encima, aparte de la Biblia.

—No me he propuesto atracarla —rebate, indignado—. Y mucho menos para robarle la Biblia. Es un libro que no presenta gran atractivo para mí.

—Ni para usted ni para nadie —aseguro disgustada.

Ríe entre dientes y meneas la cabeza con reprobación. Si piensa que voy a avergonzarme de mis palabras, ya puede esperar sentado. Lo miro a los ojos y él me mira de vuelta.

—Como veo que la inquieta mi presencia y se siente escandalizada por mis canciones, que no son obscenas, sino *explícitas*, lo cual, para su información, es muy diferente, me veo obligado a desvelarle mis verdaderas intenciones. Y la

verdad es, *milady*, que al verla sola y desamparada en medio de este oscuro bosque, lleno de peligros que una dama jamás debería afrontar, he decidido acompañarla hasta su casa. No he podido resistirme a hacerme el héroe.

Todo lo que dice me suena a burla, por lo que pongo mala cara, le vuelvo la espalda y enfilo el camino de vuelta a casa.

—No se moleste —lo freno cuando me sigue—. No necesito un héroe.

—Discrepo. Toda mujer necesita a un héroe estos días.

—Yo no.

—Insisto. De todos modos, no tengo nada mejor que hacer. Mi padre me ha prohibido volver beodo a casa. Ya ve, me he quedado sin entretenimiento. Y ser héroe es tan novedoso para mí... Me hace una extraordinaria ilusión.

—Yo insisto en que deje de insistir. Creo que eso le provoca a usted un conflicto de intereses.

Se lo piensa un momento.

—Hmmm. Interesante planteamiento. Pero, dado que hemos acabado en empate, el que gana soy yo. Y la llevaré a su casa —zanja, complacido.

Enseguida me alcanza y se adapta al ritmo de mis pisadas. Lo miro incrédula.

—¿Es consciente de que ha hecho trampa y que eso no es para nada *heroico* por su parte?

—Sí, pero le prometo que terminará agradeciéndomelo. Soy muy buen compañero de caminatas.

—Preferiría mil veces lavar las prendas íntimas de los bandidos que caminar a su lado, señor —aseguro, muy digna.

Hunde las manos en los bolsillos, me mira y sonrío encantado.

—Directo al corazón. Es usted una muchacha de lo más cruel.

—Solo fea.

Estalla en carcajadas y yo lo observo disgustada.

—De acuerdo. Me disculpo por haberle dicho eso. Se ve que la ha calado hondo.

—No podría haberme importado menos.

—Los dos sabemos que eso no es cierto, querida señorita. Está disgustada conmigo. Pero le prometo que no tiene razones para estarlo. Si quiere que le diga la verdad, la encuentro bastante bonita. Hala, puede relajarse usted. Ya ha conquistado mi corazón.

Me mira unos segundos y, con sonrisa mal disimulada, desvía la mirada y observa por un breve momento el revuelo de unas aves negras que agitan las hojas de los árboles por encima de nosotros.

Mi irritación empieza a disminuir. Los halagos siempre han sido mi perdición.

—Bueno, gracias, *sir* —cedo al cabo de unos segundos—. Es un alivio saberlo.

—De nada, *milady* —susurra, y en su tono de voz percibo cierta diversión.

Mis ojos recorren curiosos su perfil. Es consciente de mi escrutinio, pero elige mantener la vista clavada al frente. El esfuerzo de la caminata ha teñido sus mejillas de rojo y ahora me parece más guapo si cabe. Aparenta una inquebrantable seguridad en sí mismo, y he de decir que siempre me han enloquecido los hombres que parecen tenerlo todo bajo control.

El arrogante frunce de sus labios desvela que es una persona orgullosa, poco dispuesta a tolerar errores ajenos. Si fuese rico y famoso por sus vicios y excesos, como es el caso de *lord* Weston, me enamoraría de él aquí mismo. ¿Qué jovencita podría resistirse a ensalzar las cualidades de un desenfrenado y dar un aire romántico a todas sus malas acciones?

—¿Ve algo que le guste?

—En absoluto. No es mi tipo. No obstante, me veo obligada a admitir que es usted un hombre... bien parecido.

Capto un signo de diversión en la curva de sus labios.

—Eso ya lo sé —asegura con arrogancia—. Pero gracias por admitirlo. Me gusta que la gente reitere lo evidente.

Decido no dignarme a replicar a eso y solo me permito una discreta sonrisa.

Aprovechando que ha dejado de mirarme —sus ojos contemplan ausentes los rayos de luz que se filtran a través del bosque—, me mordisqueo los labios con

rapidez y me pellizco las mejillas. Quiero parecer lo más atractiva posible. Sé que a los hombres de nuestros tiempos no les gustan demasiado las muchachas de labios pálidos y mejillas lívidas. Gracias a Dios, el aspecto enfermizo ha pasado de moda.

—No se apure, *milady*. —Súbitamente, gira la mirada hacia mí y un brillo maléfico ilumina sus pupilas al comprobar lo que estaba haciendo—. Da igual lo mucho que pellizque esas mejillas. Sigo pensando que no es tan bonita como para que yo quiera casarme con usted.

A pesar de la mueca enfurruñada en la que se tuercen mis labios, ya no me disgusto por sus groserías. Acaba de admitir que soy bonita. Ahora no puede echarse atrás.

—Ni yo tengo pensado casarme con usted. Y para que lo sepa, ya estoy prometida —anuncio con mucho orgullo.

El bandido vuelve el rostro hacia el mío y sus cejas de fruncen de asombro.

—¡Prometida! ¿Es una chanza?

—Desde luego que no. ¿Por quién me toma?

—Extraordinario. ¿Y quién es el infeliz, si puede saberse?

—*Lord Weston*.

Se atraganta con su propia saliva y empieza a toser con irritación. Sus ojos se encuentran con los míos.

—¿*Lord Weston*? —pregunta con incredulidad cuando consigue recuperar el aliento.

Alzo la barbilla y le dedico una sonrisa de lo más dulce.

—El mismo. ¿Ha oído hablar de él? Supongo que sí. ¿Y quién no? Es *tan* famoso. Dicen que es el hombre más apuesto de toda Inglaterra. Cuando está sobrio. Ebrio, debe de ser el más apuesto de toda Europa.

El bandido carraspea varias veces antes de responder, para deshacerse por completo de las secuelas de su ataque de tos.

—¡¿*Lord Weston*, el hijo del duque de Ealy?! —exclama, aún más perplejo.

—Ya le he dicho que sí. ¿Por qué sigue insistiendo?

—Porque creí que no lo había oído bien.

—Pues lo ha oído perfectamente. Voy a casarme con *lord* Weston.

—Formidable. ¿Y él lo sabe?

—¡Por supuesto que lo sabe! No me haga preguntas absurdas, *sir* —reprendo, agraviada.

Un dedo bajo mi barbilla me obliga a levantar el rostro. Mis ojos se encuentran con los del bandido, que frunce los labios como si se esforzara mucho por permanecer serio.

—Le pido perdón por mi torpeza, *milady* —susurra, reteniendo mi mirada—. Desde luego que *lord* Weston debe de estar al tanto.

Recibo sus disculpas con un elegante movimiento de la cabeza.

—Está bien. Le perdono, aunque, la verdad sea dicha, no se merezca usted tales consideraciones.

—Es demasiado generosa —asegura, burlón—. No me lo merezco.

Le pongo mala cara. Él sonríe, me suelta y nos ponemos en marcha de nuevo.

—¿Y no es usted algo joven para Weston? —inquire al cabo de un rato.

—*Lord* Weston, si no le importa —exijo con remilgo.

De reojo puedo verle entornar los ojos.

—*Lord*... Weston —puntualiza y se inclina con desmesurada burla.

—Pues no. Tengo diecisiete años ya cumplidos. Y no me queda nada para cumplir los dieciocho.

—¡Jesús! —exclama, mirándome escandalizado—. ¡*Lord* Weston tiene veintinueve! —Al verme tan pálida, se acerca a mi oído y adopta un aire confidencial—. Aunque, entre usted y yo, delante de las damas jamás admitiría tener más de veintiocho y medio. Y cuando no tiene resaca, cualquiera se aventuraría a afirmar que tiene incluso veintisiete y tres cuartos —me susurra, muy serio.

Lo miro horrorizada.

—¿Tantos? Pues sí que está viejo.

—¡¿Viejo?! —se indigna el bandido, cuyos ojos estallan en llamas—. ¡Es

apenas un jovenzuelo, pequeña blasfema! ¡Está en la flor de la vida! Aún le quedan muchas partidas de cartas que ganar y demasiadas damas que seducir.

—¿Acaso le conoce usted, *sir*?

—Demasiado bien, me temo.

¡Oh, bendito bandido! Pienso sonsacarle toda la información que pueda sobre lord Weston.

—¿Y cómo es?

—¿Insinúa que no conoce usted a su propio prometido?

¡Maldición! Es la segunda vez que me pillas con la mentira.

—En los últimos diez años no le he visto muy de cerca, pero...

—¿Y piensa usted casarse con él?! —exclama, contrariado—. ¿Y si es tan feo como un ogro?

Bufo.

—¡Por favor! Si fuese tan feo como un ogro, ¿tendría a todas las damas enloquecidas? La semana pasada, *lady Stanton* tiró de los pelos a *lady Spencer* por culpa suya.

—¿Lo hizo? Vaya. Esa *lady Stanton* es una terrible alimaña que *lord Weston* debería evitar.

Detecto cierta diversión en su tono de voz, pero al escrutar su atractivo rostro, no diviso ninguna clase de emoción. Camina a mi derecha con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y nada parece alterar su aire de perfecta despreocupación.

—¿Qué sabe usted de este asunto, *sir*? —Lo miro con cierta suspicacia—. ¿Es cierto lo que se cuchichea por ahí? ¿Que ellos dos tuvieron... en fin... un breve encuentro... a solas?

—Oh, sí —admite, muy satisfecho.

¡Voy a tirar de los pelos a esa espantosa lady Stanton en cuanto se me presente la ocasión!

—¿Y piensa usted que hicieron algo indebido? —prosigo, procurando no desvelarle mi disgusto.

Sus labios se elevan en una media sonrisa pícara.

—Indudablemente.

—¡Oh, qué mal me cae esa mojigata rubia! —exclamo, incapaz de seguir disimulando mi enfado—. Ni siquiera sé lo que le ve. Es la cosa más insípida que hay en el mundo.

Él suelta una carcajada.

—Solo una criatura de asombrosa valentía haría tales afirmaciones en voz alta, *milady*. Elogio su honestidad. No es muy frecuente entre las damas de nuestros tiempos.

—Gracias, *sir*.

Unas sombras cruzan su perfecto rostro masculino al percatarse del aire desdichado que hunde mis hombros. Pequeñas arrugas de desconcierto se forman entre sus oscuras cejas y su mandíbula se tensa visiblemente, lo cual hace que su perfil me parezca aún más firme cuando levanto la vista para encararlo.

Se detiene, tira de mi brazo para que yo haga lo mismo y, en cuanto me paro a su lado, extiende la mano y roza mi mejilla con gesto tierno, como si pretendiera consolarme con tan breve caricia.

—Eh. ¿Qué pasa, *milady*? ¿Por qué hace usted pucheritos? Si he dicho algo que la haya incomodado...

—¿Piensa usted que la quiere? —me lanzo a preguntar y tuerzo la boca en plan lastimoso.

Mi pregunta debe de resultarle hilarante. Me mira y aprieta los labios para no reírse.

Aun así, las esquinas de sus labios están empeñadas en alzarse unos pocos milímetros solo para hundir un poco más mi dignidad.

—¿A *lady* Stanton? —Lo niega, y de nuevo aprieta los labios—. En absoluto. Piensa que es insulsa, conspiradora y, la mayoría de las veces, terriblemente aburrida —asegura, con la voz convertida en un susurro.

Frunzo el ceño con preocupación.

—¿No me miente usted, *sir*?

Se queda mirándome a los ojos con aire grave.

—Le doy mi palabra, *milady*. —Se me acerca y sus ojos se hunden osados en los míos—. Jamás se me ocurriría mentir con algo tan serio.

Durante unos segundos, ninguno de nosotros se atreve a moverse o a apartar la mirada.

—Bien. Confío en usted, entonces.

Inclina la cabeza.

—Debe de ser la primera.

Nada más decirlo, un aire triste y remoto se apodera de su mirada, que se aleja hasta perderse en la nada. Mis ojos se arrastran despacio por sus labios, que están ahora apretados en una línea de disgusto, y algo empieza a latir dentro de mí. Por un segundo, me pregunto cómo sería besarle. Seguro que esa es una actividad que dominan con gran maestría los hombres de dudosa reputación.

Acto seguido, carraspeo, avergonzada por la impudicia de mis pensamientos. Él sacude la cabeza, como para desalojar alguna idea molesta, y vuelve los ojos hacia los míos.

—Sigamos, *milady*. Seguro que la esperan en su casa.

—Me atrevería a decir que no.

—Es verdad. La echaron del colegio. Se me había olvidado. ¿Todavía quiere mantener en secreto la razón? Ahora que nos hemos hecho confidencias el uno al otro, ya puede decírmelo. Somos amigos, ¿no?

—Aunque así fuese, y no digo que lo seamos, tengo mis razones para no desvelarlo. La reputación de una dama es algo muy importante hoy en día. Y hablando de la reputación. ¿Sabe, señor, que circulan toda clase de rumores maliciosos sobre *lord* Weston? —hablo con desapego, como si no me interesara en absoluto el asunto—. Ya sabe usted como es la alta sociedad provinciana. No paran de chismorrear. El aburrimiento mata el sentido común.

—¿Ah, sí? —Junta las dos manos a la espalda, como un auténtico caballero haría, y me lanza una mirada desde arriba—. Lo desconocía. ¿Y qué susurran las

malas lenguas, si no le importa que se lo pregunte?

—Oh, toda clase de atrocidades. Por ejemplo, dicen que él tiene un pequeño problema con el ron. ¿Es eso cierto?

—Injurias y calumnias.

—Y que se pelea muy a menudo.

—Aislados incidentes allí y allá. Nada reseñable.

—Incluso hay quienes afirman que ha sido visto paseando de noche con *cierta* dama casada.

—Una lamentable coincidencia. Es un pueblo demasiado pequeño.

—También he oído que tiene muchas deudas de juego.

—¡Eso es un atropello! —se escandaliza y me lanza una mirada a la medida de su consternación—. Él siempre gana —aclara, tras una corta pausa.

Reprimo una sonrisa traviesa. Estoy enamoradísima de *lord* Weston. Su mal comportamiento no podría ser más fascinante.

—También le acusan de ser tremendamente seductor...

—¡Horribles afrentas! ¿Quién ha sido el bribón que... ? —se detiene, confuso, y frunce el ceño—. Espere, eso último es cierto.

—No estaba usted escuchándome —lo regaño con dulzura.

—¡Claro que sí! —se defiende, indignado—. Mire, *milady*, si yo fuese usted, no pondría la oreja a todos esos rumores. Si usted pretende casarse con ese Weston, algún día, cuando crezca usted, claro, adelante. ¡Cásese! Harían una pareja estupenda.

—¿De verdad lo piensa usted, *sir*?

El bandido deja de andar y adopta el aire grave de un maestro.

—Yo siempre digo lo que pienso, así que, si se lo he dicho, es porque lo pienso de verdad. A Weston le cautivan las muchachas con sentido común, y usted parece tenerlo a raudales. Ahora, si me disculpa, debo retirarme. Mi tarea ha concluido. Ya ha llegado usted sana y salva a su casa. Oficialmente, soy el héroe del pueblo. Mi padre sentirá una enorme satisfacción cuando se lo cuente. Es lo único reseñable que he hecho en lo que va de año.

Al ver mi desconcierto, despliega la mano para señalar algo a mi izquierda, y yo muevo la mirada y veo cómo, por encima de la alta colina, ya asoma la monstruosa construcción de piedra en la que vivo. A lo lejos, más allá de los árboles que flanquean el camino, como un ejército inamovible que impide el paso a los extraños, el mar bate, sereno, sus alas, y los balandros se mecen de un lado para el otro, agradecidos por la amplia sonrisa del sol que convierte el agua en torno a ellos en polvo de diamante.

Sí, he llegado a casa.

Y, de repente, me invade una terrible tristeza.

—¿Volveré a verle, señor?

Mi insólito compañero apresa el labio inferior entre los dientes para no sonreír, extiende el brazo y desliza los nudillos por mi mejilla, una libertad que nadie salvo él se había tomado hasta ahora.

El corazón empieza a latirme deprisa y doy un respingo que me aparta de él. Sus labios se extienden en una media sonrisa tierna. Ha captado mi reacción.

—Enardecidamente así lo deseo, tesoro —musita al tiempo que su rostro se inclina sobre el mío.

Escalofríos de excitación estallan por toda mi espalda. ¿Por qué está tan cerca? Me gusta la forma en la que me mira. Nadie me ha mirado así jamás. Hace que me sienta adorada. Deseada. Desenfrenada. Como si pudiera conseguir cualquier cosa que me propusiera. Como si el mundo entero estuviese al alcance de mi mano. Puede que sea engañoso, pero es así cómo me percibo a mí misma cuando me veo reflejada en sus ojos.

—¿Tiene frío? —susurra, frunciendo el ceño con preocupación.

El viento azota con fuerza mis faldas y mi cabello, pero yo solo puedo notar sus ojos, sus oscuros, hipnóticos y chispeantes ojos hundiéndose en los míos.

—No.

—Juraría que está temblando.

—Pues se equivoca. ¿Cuál es su nombre?

—James —dice, y se acerca hasta que nuestros labios casi se tocan.

Trago en seco al notar su cálido aliento en mi boca. Su olor está por todas partes, envolviéndome, enroscándose alrededor de mi piel con la suavidad de una caricia. Una mezcla muy masculina y, sin duda, peligrosa, olor a mar y tormenta, a viento y tierra; algo tan primario que despierta todos mis sentidos.

—James... —susurro, embebida en su proximidad—. ¿Y no quieres saber cómo me llamo yo?

Hay una débil sonrisa jugueteando en la comisura de los labios. Me pasa ambas manos por la cintura y me acerca a su pecho.

—Eso lo sé desde el principio. Te llamas Julie.

Y antes de que yo pueda preguntar cómo es que lo sabe, sus cálidos labios se posan sobre los míos. No es lo que yo esperaba de un bandido. Pensé que me daría un beso brusco y exigente, esa clase de besos que algunas señoritas confiesan haberse dado con caballeros de dudosa reputación.

Pero él es tierno, meticuloso, suave. Incluso tímido. Avanza poco a poco, tanteando para averiguar hasta dónde puede llegar.

Ni siquiera se excede cuando yo gimo en su boca y apreso sus labios con más fuerza. Gruñe agradecido, me aprieta contra su pecho y su lengua se desliza dentro de mi boca.

Cierro con fuerza los dedos alrededor de su cabeza y absorbo la pasión que anula toda fuerza de voluntad que podría haber tenido.

Mi reacción lo excita. Dios mío, puedo notar el impacto de su dureza contra mi estómago, pero consigue contenerse y besarme despacio, a consciencia. No cede ante ningún impulso. Él sigue su meta, siempre obstinado, y eso me enloquece todavía más. No puedo resistirme ante un hombre que sabe contenerse a sí mismo.

Cuando el beso se está volviendo un poco más intenso, se detiene de golpe y aprieta la frente contra la mía. Hay algo tan atormentado en él, la expresión que contrae sus hermosas facciones es de puro tormento.

—Lo siento —musita, retirándose para acariciar despacio las comisuras de mis labios.

—No lo hagas —le susurro.

Agarro sus mejillas entre las manos y él me mira asombrado durante unos segundos, antes de volver a coger mis labios entre los suyos. Sus ásperos pulgares me rozan despacio los pómulos. Su lengua entra y sale de mi boca, y sus movimientos de nuevo son lánguidos y carnales. Nada cambia en él, y todo se altera en mí.

Mi cuerpo, apoyado contra el suyo, despierta como después de un largo letargo, y algo muy dentro de mi ser clama por ser aplacado, una fuerza que dispara los latidos de mi corazón y contrae mi estómago; una oscuridad que obnubila mi mente hasta tal punto que el mundo entero se reduce a él. Nunca me he sentido igual, y desearía poder sentirme así todos los días de mi vida. Esta pasión es... efervescente.

De pronto, la presión de sus labios disminuye, y yo hundo los dedos en la dureza de sus brazos para indicarle que no se aleje de mí.

Sin embargo, él lo hace, me lo arranca todo tan de golpe que me estremezco ante el reguero de frío que deja atrás.

Frío. Un viejo amigo que ha regresado de su corto viaje. Frío, hielo y nada. Siempre igual, como una ruleta que gira una y otra vez.

—Adiós, mi pequeña Julie —musita, y una arruga de desconcierto asoma en su frente, dándole a su varonil rostro un aire tan atribulado que algo se encoge dentro de mí.

Hace un débil amago de sonrisa, me vuelve la espalda y coge el camino de vuelta al bosque. Sin aliento, lo sigo con la mirada.

—Adiós, James —susurro, sin saber muy bien si ha llegado a escucharme.

Me llevo los dedos a los labios, me los froto distraída y una pequeña sonrisa aparece en las comisuras de mi boca.

Mi primer beso de verdad.

No se le ha parecido ni por asomo a lo que yo creía que sería. Ha sido mucho mejor. Inesperado, impulsivo, arrasador. ¿Debería confesárselo a *lord* Weston en cuanto nos casemos? ¿O a papá?

Lo pienso un segundo y decido que no. Este será mi pequeño y escandaloso secreto. Es muy importante que una joven mantenga intactos sus pequeños y escandalosos secretos. Si todos conociésemos los pecados ajenos, la vida no tendría ninguna gracia.



Capítulo 2

Dos años después

Mi padre, arrellanado en una butaca al lado del fuego —sus ancianas extremidades ya no aguantan la frialdad de la primavera inglesa—, coloca una pierna encima de la otra y se enciende la pipa. Con un gesto de la mano, pide al servicio que traiga el té.

Durante unos cuantos minutos, fiel a su ritual, finge estar leyendo el periódico, aunque yo lo conozco lo bastante como para saber que está examinando de reojo mi nuevo vestido de satén, cuyo amplio escote le disgusta enormemente.

—Acabarás siendo tan solterona como la hermana de tu madre, si sigues empeñada en pescar a ese tal Weston.

—Ya estamos con lo de siempre. ¿No te cansa la redundancia?

Molesto, papá suelta su taza de té encima del plato y gira la butaca para poder mirarme a la cara.

—Deberías elegir a *sir* Edmund Percy antes de que este cambie de opinión y se le declare a *lady* Fareham.

Le indico a la modista que me ajuste el vestido todavía más a la cintura. Esta es la gran noche. *Lord* Weston vuelve a Inglaterra después de dos largos años de holgazanear por el mundo, y su padre, el duque de Ealy, dará la mayor fiesta jamás celebrada en Clovelly.

—El hijo pródigo vuelve, querida —fueron sus palabras la semana pasada cuando estuvo en casa, jugando a las cartas con papá.

Hijo pródigo que solo puede ser *lord* Weston, puesto que, al igual que yo, no tiene hermanos.

Estoy convencida de que, en cuanto el futuro duque de Ealy me conozca, le

resultará imposible resistirse a mis encantos y acabará pidiéndome en matrimonio antes de medianoche.

En lo que va de año —estamos en mayo—, se me han declarado exactamente ochenta y ocho jóvenes —llevo un registro muy preciso, solo para regodearme—, gran parte de ellos en París, donde he pasado cuatro semanas en casa de la tía Nelly. He enloquecido a los franceses con mi manera de pronunciar *Liberté, Egalité, Fraternité* y mis exquisitos modales británicos. Es evidente que *lord* Weston no va a ser menos. Las lenguas viperinas susurran que, más que belleza, tengo algo maligno que atrae a los hombres. Un *je ne sais quois*, como se diría en París.

—Mi querido señor padre —Me vuelvo y, cuando nuestros ojos se cruzan, sonrío con una dulzura similar a la afectación—, puedes estar bien tranquilo. Percy jamás se le declararía a *lady* Fareham. Piensa en sus futuros hijos. ¡Serían horriblemente rubios!

El ceño de mi padre se hunde todavía más. Es evidente que desaprueba todo lo que digo o hago.

—Solo a ti se te ocurriría rechazar a un caballero con fortuna propia por una razón tan insignificante como esa. Y tú deja de apretarle ese corsé, o se desmayará antes de la fiesta —advierte a la modista—. Dejemos que se desmaye de la emoción, no por la falta de aire. Eso no sería demasiado atrayente a ojos de *lord* Weston.

—Ya está, señorita.

—Gracias, Grace. Papá, no pienso desmayarme en absoluto. Los desmayos son aburridos.

La modista se retira en silencio y papá aprovecha el rato para seguir atosigándome.

—Lo que me resulta aburrido es que seas tan poco femenina.

Entorno los ojos y me coloco un mechón de pelo rebelde. Es difícil mantener a raya estos rizos.

—Desmayarse no es femenino. Es patético.

—Y útil la mayoría de las veces. Bien que te desmayabas para conseguir lo que querías de mí.

—Lo hacía más bien para complacerte —repongo con sonrisa adorable—. Como te gusta que sea femenina...

Me acerco al espejo y me doy un repaso bastante crítico. El vestido se ajusta a mi cintura y a mi busto, y luego se ensancha hacia la zona de las caderas. He oído que los caballeros prefieren a las mujeres de caderas fértiles.

—¿Y bien? ¿Qué opinas, papá? Sé que te mueres por decirlo.

Me lanza una mirada cruzada.

—Debería encerrarte bajo tres candados y apañármelas para perder las llaves —refunfuña disgustado.

—Eso quiere decir que me ves estupenda y con reales posibilidades de conquistar el corazón de *lord* Weston. Excelente.

Doy una vuelta sobre mí misma y tengo que admitir que papá no va muy desencaminado. Me veo muy bien así vestida. El intenso azul real agranda mis ojos y acentúa la pálida perfección de mi piel. Jamás salgo de día sin llevar sombrero. La tía Nelly dice que broncearse es una pésima costumbre que solo los salvajes aprobarían. Yo siempre hago caso a todo cuanto dice la tía Nelly. Es la mujer más escandalosa que conozco. Fuma cigarrillos, viste pantalones y siempre se expresa con la vehemencia de un hombre. A papá le horroriza que acabe siendo como ella, impúdica, obstinada y sin marido. A mí me gustaría ser impúdica, obstinada y felizmente casada con *lord* Weston.

—No entiendo por qué no puedes limitarte a casarte con alguno de esos pobres diablos que se te han declarado hasta ahora —protesta mi padre, poco dispuesto a ceder tan pronto—. ¿Por qué te empeñas en tener al único que te ignora?

Aprieto los dientes y le lanzó una mirada enfurecida a través del espejo. Él, impasible, juguetea con sus oscuros bigotes.

—¡Él no me ignora! —grito, enervada—. ¡No me conoce!

—Y seguramente, no lo haga. Su padre me ha asegurado que jamás acude a

fiestas. Por lo visto, detesta la sociedad inglesa. Nos ha tachado de *anticuados hipócritas* y dice que nuestra ignorancia es nauseabunda. —Papá bufa con desprecio—. ¡Ah! Y ha confesado, *en público*, estar del todo en contra del matrimonio. Según él, la mayor farsa de todos los tiempos. ¡Libertino descarado! ¿Cómo se atreve a poner en entredicho las costumbres del mundo civilizado? ¿Qué pretende?, ¿que yazcamos entre nosotros como salvajes, sin ningún compromiso o responsabilidad? A veces sospecho que te has encaprichado de él solo para disgustarme. ¡Anda que enamorarse de un hombre como él, famoso por sus depravaciones y excesos! ¡Un desvergonzado sin ningún respeto o pudor! Su propio padre dice que es un inútil que se pasa el día holgazaneando y bebiendo. Le han ofrecido un puesto en la Cámara y ¡se ha negado! Ningún respeto tiene por nuestras leyes. ¡Y tú quieres desposarlo!

Papá sigue adelante con su interminable sarta de insultos, sin advertir que yo he caído en una profunda reflexión. Es preocupante lo que acaba de decirme. ¿Y si *lord Weston* no aparece en la fiesta de esta noche? ¿Qué puedo hacer para conocerle? Tiene que ser ahora. No puedo permitir que desaparezca durante otros dos años. ¡Ya estaré vieja para entonces!

—Y le pillaron desnudo en sus aposentos —concluye papá muy satisfecho.

¡¿Aposentos?! ¿Qué aposentos?

Un momento. ¡Eso es!

Me colaré en sus aposentos, le seduciré para que comprometa mi reputación y él se sentirá obligado a casarse conmigo. Libertino o no, no deja de ser un caballero.

A medida que florecen las ideas, mis ojos se agrandan y se tiñen de una deliciosa picardía. Encantada con el plan, me inclino y beso enérgicamente las dos mejillas de mi padre.

—¡Gracias, gracias y gracias! —Apreso su cabeza entre las manos y le planto un ruidoso beso en la frente—. Muack. ¡Eres un genio!

—¿Genio? ¿Yo? —me observa con suspicacia—. ¿Qué estás tramando ahora?

—¡Uy! Debo irme. Aún no he decidido el peinado. ¡Y son pasadas las cuatro!

Mon Dieu! A este ritmo, me perderé la fiesta. Hasta la vista.

—¡Julie! No se te ocurra hacer nada indecoroso.

—Jamás me atrevería.

—Tu negativa solo puede significar que ya lo has planeado todo.

—Me escandaliza la poca confianza que tienes en tu única progeñe.

—Como si alguna vez me hubiese equivocado.

—¡Papá! Me voy a mi habitación para que puedas reflexionar sobre tu mala conducta. Que sepas que estoy *muy* decepcionada.

Llena de consternación, le doy la espalda y ando hacia la escalera interior todo lo deprisa que puedo con mis nuevos zapatos de tacón. Una táctica que siempre funciona.

—Anda, cielito, ven aquí. Me disculpo si te he ofendido. De verdad pensé que estabas tramando algo indecoroso, pero si tú afirmas lo contrario, tengo plena confianza en ti.

Sonrío y subo los escalones con más energías. Le castigaré con mi indiferencia.

El sol acaba de ponerse cuando el carruaje de mi padre se detiene frente a la mansión de piedra de los Weston. Solo con echar una rápida miradita a su espacioso patio, lleno de vehículos, chóferes y lacayos, sé que todo Clovelly está aquí esta noche.

¡Por supuesto que lo está! De otra forma habría resultado imposible cuchichear mañana.

Me bajo del carruaje y sonrío de oreja a oreja. Alegres ritmos de vals retumban por todo el jardín y yo no recuerdo haberme sentido alguna vez más emocionada de lo que me siento ahora. ¿Cómo podría alguien odiar las fiestas? No hay nada más maravilloso en el mundo.

Nada, aparte de contraer matrimonio con *lord* Weston, naturalmente.

Agarrada al brazo de papá, me aseguro de no pisarme los bajos del vestido mientras subimos la escalinata que conduce al porche. Me siento como una princesa en su primer baile en la corte.

—Ya ha llegado la hora del baile, querida —suspira papá, que, muy melancólico, me da unas cuantas palmaditas en la mano—. Estás arrebatadora. Los caballeros se desvivirán por bailar contigo. Tu éxito está garantizado. Ojalá tu madre estuviera aquí esta noche.

—Sí, papá. Creo que le gustaría mi vestido.

—¿Y qué me dices de este traje? Tu madre quedaría muy impresionada. Fíjate, incluso creo que se volvería a enamorar de mí.

En eso lleva razón. Papá exhibe un aspecto muy aristocrático esta noche, ataviado con el traje que encargó en Londres hará un par de meses con motivo de mi boda. El pobre estaba convencido de que yo volvería de París prometida o, mejor aún, casada y embarazada de alguien quien no fuese Weston, y le encargó el traje al mejor sastre de la capital porque quería estar preparado para la ocasión. Para su enorme disgusto, volví igual de soltera e igual de empeñada en casarme con nuestro vecino.

Sigue sin perdonármelo. Pero al traje no le hace ascuas.

—¿Preparada, amor mío? —me susurra dulcemente antes de abrir la puerta.

Le sonrío. Papá, a pesar de su mal genio, me adora. Le recuerdo a mi madre.

—Llevo toda la vida estándolo. Por fin esta noche voy a conocer al infame *lord* Weston. Su mala reputación me tiene enamorada.

Papá entorna los ojos, disgustado por mi entusiasmo hacia un hombre al que tiene por libertino e inútil. Gracias a Dios, me libero del sermón, puesto que su excelencia, el duque de Ealy, elegante y distinguido como nadie a quien yo conozca, se encamina hacia nosotros nada más vernos llegar.

—Querido George. —Sonriendo, aprieta la mano de mi padre y luego se vuelve de cara a mí—. Y nuestra bella Julie, más encantadora con cada día que pasa. —Se inclina y me besa en la mejilla, raspándome con su áspera y canosa

barba—. ¿A cuál de nuestros valientes jóvenes va a desposar al final? —me interroga mientras nos conduce hacia la zona de los refrigerios—. Nos tiene en jaque, querida.

—Precisamente de eso quería hablarte, Ealy —se entromete mi padre con aire severo—. Precisamente de eso. Resulta que mi adorable hija aquí presente se ha encaprichado del desvergonzado de tu hijo.

Su excelencia se atraganta con el champán. Me ruborizo hasta las puntas de las orejas y le lanzó una mirada fustigadora a papá. Él, para nada alterado por su escasez de modales, coge un apetitivo de una bandeja, se lo lleva a la boca y mastica impasible.

—Mi... ¿hijo?

El anciano duque, completamente perplejo, mira primero a mi padre, luego a mí.

—El mismo, excelencia. Ciertamente, tu hijo no es el tipo de yerno que uno busca, pero la chiquilla está tan empeñada en pescarlo que me he apiadado de ella y he decidido tomar cartas en el asunto. ¿Y bien? ¿Dónde está el susodicho? Quiero conocerle en persona. ¡Su reputación es espantosa!

Desconcertado, mi futuro suegro peina la sala con la mirada en un intento por localizar a su hijo a través de la aglomeración. Yo, con el corazón latiendo frenético dentro de mi pecho, hago exactamente lo mismo.

Sin embargo, el jovencito —bueno, no tanto— *lord* Weston no aparece por ninguna parte. Solo veo rostros conocidos. Entre ellos, el de *lady* Stanton.

¡Claro que está aquí esa mosquita muerta rubia! Ah, y a su lado está esa yegua pelirroja, la tal lady Spencer. ¡Ah, cómo las odio a las dos!

—¿Me ha oído usted, Julie?

Giro la mirada hacia John Weston y sonrío dulcemente para enmascarar la vileza de mis pensamientos.

—¿Decía, excelencia?

El padre de mi amado me coge del brazo y me guía hacia una zona más tranquila. Veo de reojo cómo mi padre se dispone a cortejar a *lady* Lincoln, una

viuda de mediana edad que empieza a abanicarse excesivamente cuando él se le acerca. Papá nunca pierde el tiempo. Siempre encuentra a alguna dama a la que cortejar.

—Querida, espero que no se tome esto a mal, ya que nada me haría más feliz que convertirla en mi hija, pero me temo que la corrección me obliga a aconsejarla que desista usted de su empeño. Debería elegir a cualquier otro joven. Mi hijo no es digno de una chica así. —Se inclina hacia mi oído con aire confidencial—. ¿No ha escuchado los cuchicheos, bella Julie? Pues déjame que le diga algo. ¡Son ciertos! —exclama, abriendo sus oscuros ojos de par en par.

Hago una mueca.

—Tonterías. Estoy convencida de que *lord* Weston no es tan malo como se rumorea.

El padre del aludido bufa con desprecio.

—Es incluso peor. Bebe como los cosacos, fuma como los mineros, jura como un ordinario y pierde mi fortuna jugando a las cartas con caballeros que ¡no son caballeros en absoluto! Además, es demasiado mayor para usted. Tiene ya veintiocho años.

—Treinta y uno —lo corrijo, complacida.

—¡Cielo Santo! —Sus marrones ojos se dilatan de auténtico espanto—. ¡¿Y sigue soltero?! ¡Entonces debería desposarlo usted cuanto antes, querida! —Me empuja por detrás para que no pierda más el tiempo—. ¡Corra, bella Julie, corra, o me quedaré sin nietos! Es terrible. ¡Terrible! ¡El ducado en manos de un holgazán beodo e impúdico! ¿Dónde se ha visto tal cosa antes? —vocifera mientras se aleja de mí, gesticulando con desesperación.

Ahogo una risita a sus espaldas. Ya tengo la bendición de mi suegro. Ahora solo queda comprometer mi reputación. Eso, según dicen por ahí, es bastante sencillo de conseguir.

Antes de ejecutar mi plan, busco a mi padre con la mirada. Está susurrándole algo a *lady* Lincoln. Excelente. Eso quiere decir que todo marcha sobre ruedas. Mi padre estará ocupado durante al menos media hora. ¿Cuánto tiempo se

necesita para arruinar la reputación de una? Confío en que no demasiado.

Me dispongo a subir por la escalera para buscar la habitación de *lord* Weston, cuando una mano sale de ninguna parte y me detiene. Me giro sonriendo, con la esperanza de que sea Weston, pero el que me contempla con ardientes ojos no es mi amado, sino el idiota de Fritz Peel.

Mi sonrisa se trueca en un gesto de disgusto. Peel es insufrible. Habla demasiado y se disculpa todo el rato. He de quitármelo de encima cuanto antes, antes de que mi padre se aburra de cortejar a *lady* Lincoln y decida inmiscuirse en mis asuntos, como siempre hace.

—Querida, espero que me hayas reservado un vals esta noche.

—Lo siento, *lord* Peel, pero me temo que yo no sé bailar el vals —contesto secamente.

Hago ademán de darle la espalda, pero de nuevo me detiene agarrándome del brazo.

—La semana pasada bailabas estupendamente en casa de los Law.

—Desde la semana pasada hasta ahora se me han olvidado por completo los pasos.

—¿Olvidado? —repite, con su mueca de mono prehistórico.

—Olvidado. ¿Quiere soltarme el brazo? Su excelencia me ha encomendado una misión muy delicada y va a cabrearse mucho como le diga que me ha impedido realizarla.

El mal genio del duque de Ealy es mundialmente conocido. Bueno, puede que haya exagerado un poco, pero seguro que su fama ha llegado al menos hasta la corte de la reina.

—Disculpa que te haya retenido —me dice Peel con frialdad.

—Disculpas aceptadas.

Hace una exagerada reverencia y yo hago otra. *Imbécil*.

Le doy la espalda y corro en dirección a la escalera lo más rápido que puedo, antes de que me enganche otro de mis pretendientes y lo eche todo a perder.

Llegada arriba, abro varias puertas, intentando adivinar cuáles serían los

aposentos de *lord* Weston.

¿Paredes de color azul cielo? Imposible. Un hombre como él jamás usaría una habitación tan... celestial.

¿Cortinas de color champan? Ni hablar. ¡El color champan es tan poco masculino!

¿Vestidos y pelucas? Dios no quiera que sea esta la suya. Llevar vestidos y pelucas es todavía menos masculino que tener cortinas de color champán.

Exasperada y fatigada de seguir buscando, abro una cuarta puerta y, desde el umbral, registro la habitación con la mirada. Es oscura, desordenada, llena de libros, apesta a tabaco y hay varias botellas de ron —¡vacías!— encima del pequeño escritorio de madera.

Sonrío, convencida de que he encontrado lo que andaba buscando.

Miro a derecha e izquierda y, tras cerciorarme de la momentánea apacibilidad del pasillo, entro de puntillas y cierro a mis espaldas. La luna creciente es lo bastante grande como para permitirme divisar a través de las sobras el contorno de una antigua cama de madera, al lado de la cual se recortan las siluetas de dos mesillas y una lámpara que no veo necesidad de encender.

No hay nadie dentro. ¿Dónde estará Weston?

Sin saber muy bien por dónde empezar —es la primera vez que intento comprometer mi reputación—, me siento encima de la cama y, un segundo más tarde, me tumbo, apoyando la cabeza contra la almohada.

La cama de *lord* Weston. Vaya si es cómoda.

Inspiro hondo y mis fosas nasales se ven invadidas por un ligero toque a tabaco y un olor que es tan embriagador que un suspiro tonto brota de entre mis labios.

El olor de *lord* Weston.

Sacudo la cabeza, indignada por mi estupidez. Parezco esa mojigata de Fareham.

¡Céntrate, Julie!

Al recordar que tengo una importante misión que llevar a cabo, me pongo en

pie, me quito el vestido y lo dejo encima de una silla. En enagua y camisa blanca de algodón, empujo los zapatos debajo del escritorio. Me acerco al espejo, me coloco el escote y me pellizco las mejillas.

Ya está. Si *lord* Weston me ve así vestida, estaré comprometida por el resto de mis días.

Complacida por mi plan, vuelvo a tumbarme y pongo las manos por debajo de la nuca, para mostrar una imagen más erótica, como en uno de esos cuadros que vi en París sin que papá lo supiera. Si he de destrozar mi reputación, habrá que hacerlo como Dios manda.

Pensándolo mejor, ¿por qué no reproducir la pintura exacta? Dicho y hecho. Me ahueco la melena y me apoyo en una mano. La derecha. No. Mejor la izquierda.

Maldición. Creo que la derecha quedaba mejor. Me hacía un escote más... atrayente.

Así. Perfecto. Soy Afrodita en una tarde de primavera.

¿Pero dónde estará este hombre? Empiezo a aburrirme. Con cada segundo que pasa, los parpados me pesan cada vez más.

Y más.

Y más...

Oh, ¿por qué no le habré hecho caso a Fleming con lo de la siestecilla? Supongo que no creí que Weston fuera a tardar tanto en comprometerme. Me muero de sueño. En contra de todo lo que dicen, comprometer tu reputación es bastante aburrido.

Entre bostezos, entrecierro lánguidamente los párpados y me sumo en un plácido sopor que siempre he achacado al calor que te invade cuando estás sentado delante de la chimenea. A lo mejor no es tan mala idea acurrucarse un poco. Solo serán unos segundos. No es que me vaya a quedar dormida ni nada.

Por Dios, pero ¿por qué tarda tanto?

—¿Julie? ¿Qué diablos haces tú aquí?

Abro los ojos de golpe y examino al atractivo desconocido cuyo rostro está inclinado sobre el mío. Es odiosamente apuesto. Y, Dios mío, ¡su olor me es tan familiar!

—¿J... James? —balbuceo, aturdida a causa del sueño.

El aludido inclina la cabeza con cortesía.

—En carne y hueso, *milady*. Sabía que llegaría un día en el que tú y yo volviésemos a vernos, pero créeme, jamás me imaginé que tú llevarías enagua.

—Entorna los brillantes y oscuros ojos y me dedica una sonrisa sugerente—. Bueno, sí, en mis mejores sueños —admite, divertido.

Ahogo una exclamación y pego un salto de la cama. Estoy completamente avergonzada por mi indumentaria. O, mejor dicho, por la ausencia de esta.

—¡¿Qué haces TÚ aquí?! —grito mientras agarro el vestido y me visto con rapidez. Al mirar sus manos, veo que sostienen un buen fajo de billetes y me detengo de golpe—. ¡Oh, Dios! ¡¿Vas a robar a *lord* Weston?!

El bandido abre la boca, escandalizado por mis acusaciones.

—¿Robar? ¿Qué? No. Verás...

—¡*LORD WESTON*! —chillo con todas mis fuerzas—. HAY UN BANDI...

No llego a acabar la frase. Su palma me tapa la boca.

—Chissssssss. ¿Estás loca? ¿Qué pretendes?, ¿que alguien te encuentre aquí medio desnuda?

Empiezo a menearme para liberarme e impedir el robo, pero me domina en tamaño y fuerza.

—Aaaaaaaaahhh —gruño e intento morderle.

Él suelta una blasfemia y me lanza una mirada de advertencia.

—¡Joder! Julie, por el amor de Dios, estate quieta. No estoy robando. —Nuestros ojos se encuentran y los míos dejan claro que no me he tragado ni una palabra—. Si te suelto, ¿te callarás y me dejarás que te lo explique todo?

Con la mirada clavada en la suya, asiento tras unos tensos momentos de duda.

—Bien —dice, apartándose—. Para tu información, este dinero me lo ha prestado el duque. Muy a su pesar, como siempre. Suele ser bastante arisco. Y en cuanto a la tacañería, no hay un alma que le gane. Gracias a Dios, su hijo no ha heredado ninguna de esas cualidades. Ha salido a la madre, que era buena, generosa, guapa y... —Muevo la mano con impaciencia para que acorte; él pone los ojos en blanco—. De acuerdo. Iré al grano —se calla para crear más suspense y resopla—. Resulta que tengo que huir de Inglaterra esta misma noche —Hace una mueca de disgusto y vuelve a entornar los ojos—. ¡Y eso que acabo de regresar!

Lo miro sin dejarme conmover.

—¿Y por qué tienes que hacer tamaño disparate?

Un gélido gesto de desdén cruza su irónico semblante.

—Varias razones. Uno: me persigue un cosaco chiflado que está convencido de que lo he estafado jugando a las cartas.

¡Sabía yo que los hombres de mala reputación llevan una vida fascinante!

—¿Y lo has hecho? —susurro, adoptando un aire confidencial.

—¡Por supuesto! —exclama, dignamente—. Pero no puedo permitir que me mate por ello.

—Eso es comprensible. ¿Y cuál es la segunda razón?

Se cruza de brazos, despreocupado, y la camisa se le tensa todavía más sobre los recios hombros.

—Un feriante francés cree que el hijo que espera su adúltera mujer es mío. También quiere matarme. El feriante, quiero decir. El hijo aún no ha nacido.

¡Eso sí que es estar comprometida! Si yo consiguiera que lord Weston me dejase embarazada...

—Turbador. — Intento ahogar una risita—. ¿Y es tuyo?

Su rostro adquiere una expresión ofendida.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas?

—Lo siento, creí que...

—Para tu información, me acosté con ella hace más de dos años.

—Oh. Así que lo hiciste. ¡Qué escandaloso! —Le sonrío dulcemente—. ¿Y hay más razones para que quieras escabullirte en plena noche?

Un brillo diabólico enciende su mirada.

—De hecho, las hay. Ciertas damas de la alta sociedad pretenden obligarme a contraer matrimonio con ellas —me dice, todo orgulloso.

—¡Qué atrocidad! —exclamo, fingiendo consternación.

—Verdaderamente aterrador.

—Y tú no quieres casarte con ellas... —arrugo la nariz—... ¿por alguna razón en concreto?

Asiente, de lo más solemne.

—Más que nada, porque estoy prometido.

Sin tan siquiera entender por qué, me invade una punzada de decepción.

—Oh. Conque prometido. —Alzo la mirada hacia sus ojos y tengo la impresión de que, de repente, me he vuelto serio y triste—. ¿Puede saberse con quién?

Se inclina sobre mí, hunde la nariz en mi cuello y me susurra al oído:

—Contigo, *milady*. Pensaba que ya lo tendrías claro a estas alturas.

Sus labios están muy cerca de los míos. Nuestras miradas se encuentran a través del aire. Su proximidad me ha dejado sin aliento. Además, sus seductores ojos se han vuelto tan ardientes que no puedo hacer más que perderme en ellos, embaucada por todas las dulces promesas que parecen ocultarse tras sus pupilas.

—Pero yo... Verás... estaba esperando a... —Frunzo el ceño y muevo la cabeza, como si no recordara a quién estaba esperando—. Yo...

Coloca un dedo en mis labios para acallarme.

—Chissss. Es el destino, ¿es que no lo ves? Esta noche iba a marcharme sin volver a verte y, sin embargo, vengo y te encuentro aquí. *En enagua*. Si te soy sincero, tu atuendo hace que me replantee mi fobia al matrimonio.

Me humedezco los labios y, aunque lo intento, no soy capaz de pensar en algo que no sea su experta boca sobre la mía. Quiero volver a sentir algo. Lo que sea.

Quiero que me bese.

Ahogo una exclamación cuando James me coge por la espalda y me arrastra hacia él, como si hubiese reparado en el brillo de deseo que incendia mi mirada y estuviera decidido a besarme.

Ahora nuestros labios están casi rozándose, pero, para mi enorme disgusto, él solo se limita a mirarme a los ojos. Su aliento se funde contra mi boca y siento la piel ardiéndome por debajo de sus dedos. Una intensa electricidad hace crepitar el aire de toda la habitación.

Sí. Empiezo a sentirlo. Las chispas. La emoción que acelera mi pulso. El intenso calor que me abrasa por dentro.

No sentir nada durante tantos años y luego sentirlo todo tan de golpe te deja abrumado.

—Escucha, Julie —James se muerde el labio inferior y agita la oscura cabellera—. La verdad es que llevo dos años pensando en ti, y sé que encontrarnos de esta forma no ha sido lo más romántico del mundo y que a mí no se me dan muy bien las relaciones, sobre todo las que van en serio, pero eso no debería asustarnos, ¿no? Podríamos tomárnoslo como un reto.

Apenas presto atención a sus palabras. Solo puedo estar pendiente de las sensaciones. James acaricia mis pómulos con los pulgares y pasea la mirada por todo mi semblante, buscando alguna especie de respuesta.

De pronto, sus ojos se detienen sobre mi boca y algo se enciende en algún lugar de mi vientre, derramando sobre mí una suave calidez.

—James, yo también he estado pen...

No puedo acabar la frase. Estampa los labios contra los míos y, aunque debería, no encuentro ninguna razón para resistirme. Hace dos años me besó de esta forma tan devastadora, y en todo este tiempo he sabido que nadie, ni siquiera el perfecto *lord* Weston, sería capaz de volver a hacerme sentir lo que sentí aquel día. Nadie aparte de él.

—No... —protesto cuando se detiene, y lo cojo por la nuca para retenerlo cerca—. No pares.

Sus labios se despegan despacio de los míos. Me mira y descubro una vacilación en su mirada.

—Tengo que parar.

Evalúo sus ojos, oscurecidos de pasión. No me ha dado un beso de verdad y sé que lo está deseando.

Y él sabe que yo también lo deseo.

—¿Por qué ibas a hacerlo?

Con mi cabeza entre las manos, James apoya la frente contra la mía, cierra los ojos y gruñe por lo bajo, como un animal famélico al que acaban de robarle el trozo de carne.

—Porque, si no paro esto ahora, ya nunca podré sacarte de mi mente —susurra, tensando los dedos en torno a mi cráneo.

—Entonces, no me saques.

Sonríe un poco.

—Las cosas no son tan sencillas.

—Las cosas solo son cosas —rebato, y pego la boca a la suya.

James se mantiene rígido e intenta apartarme de él. No se lo pienso permitir. Muevo los labios encima de los suyos, uso los dientes para provocarlo y rozo con la lengua las comisuras de su boca hasta que le hago perder todo el control.

De su garganta brota un sonido de lo más masculino, casi animal. Me coge por la cintura y su boca se clava en la mía más apasionadamente que nunca. Su lengua separa mis labios y se hunde a través de ellos. Su cuerpo apresa al mío contra la pared. Me aferro a sus hombros y me dejo besar. Nada más importa. Con él puedo sentir emociones cuya existencia ignoraba hasta ahora, y eso me gusta. Me gusta mucho.

—Esto complica mucho las cosas, pequeña Julie. Lo sabes, ¿verdad? —pregunta, poniendo fin al beso.

Me esfuerzo por recuperar el aliento. Dos años, y en vez de envejecer, engordar y perder el pelo, se ha vuelto aún más atractivo. Es casi injusto.

—Saber ¿el qué? —jadeo, y arrastro los dedos por su rostro, fascinada por su

firmeza y la aspereza de la barba que empieza a insinuarse en sus mejillas.

Las esquinas de su boca se alzan poco a poco. El labio de abajo está un poco más curvado que el de arriba, más grueso, y a mí me gustaría cogerlo entre los dientes y tirar de él.

—Esta vez no puedo dejarte escapar —susurra mientras me roza el voluptuoso arco de los labios con el pulgar.

Frunzo el ceño y lo miro desconcertada. Me está sonriendo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Su sonrisa se torna amplia y algo maliciosa.

—Como no has contestado favorable a mi proposición de matrimonio, aunque tengo que admitir que en realidad no ha sido una proposición de verdad, más bien te lo he estado insinuando... bueno, tecnicismos, no le demos más vueltas. Esto... ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Julie, te hago saber mi intención de raptarte —anuncia, muy solemne.

Abro los ojos de par de par.

—¡AUXILIO! —es todo cuanto llego a gritar antes de que su palma me cubra la boca.

—¿En serio? —Me pone mala cara—. ¿Vas a gritar ahora? ¡Hace un momento estabas temblando entre mis brazos y me pedías que no parase!

Le diría unas cuantas cosas gustosamente, ¡pero no puedo hablar!

Aunque estoy más que dispuesta a conseguirlo.

Empiezo a forcejear con él como una loca, para liberarme y poder soltarle así sus merecidos insultos. No tiene ningún derecho a aprovecharse de una muchacha que solo ha tenido UN único momento de debilidad. ¡Y mucho menos a usar eso en mi contra!

—Aaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhh.

James entorna los ojos.

—Estate quieta. No voy a raptarte. No sabría qué hacer contigo, de todos modos. Y, la verdad, no estoy dispuesto a ir a la horca por alguien como tú.

Eso me deja un poco más tranquila.

Un momento. ¿A qué se refiere? ¿Por qué insinúa que soy más bien una molestia para él? ¡Debería ir a la horca por mí encantado!

Lo miro indignada y él despliega los labios en una sonrisa burlona.

—Vamos, *milady*, no te lo tomes a mal. Solo era una broma. Voy a soltarte. Pero no grites más, te lo suplico. Sé buena chica. Tengo resaca. No sabes cómo me laten las sienes y ojalá nunca llegues a saberlo. Es hartó desagradable, la verdad.

—¡Aaaaaaaahhhh! —le grito en el oído tan pronto me libera la boca.

Me mira contrariado.

—Oh, no puedo creer que hayas hecho eso a propósito. Eres un incordio. Un bonito, molesto y...

—¿*Miss Fisher*? —escuchamos al otro lado de la puerta. Mis ojos se abren de par en par. Miro suplicante a James. Él, apretando la mandíbula, presiona la palma contra mi boca y me hace un gesto de guardar silencio—. *Miss Fisher*, la he oído gritar ahí dentro. ¿Va todo bien?

¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué estaba haciendo Peel pegado a la puerta?

—¿Quién es ese? —me susurra James, cuya palma se aparta para permitirme hablar.

—Fritz Peel—respondo entre dientes.

—¿El rubio de las pecas? Menudo pretendiente. Sé que es un pueblo pequeño, pero ¿no has encontrado nada mejor en mi ausencia?

—No te burles. ¡Y haz algo! No puede verme aquí. Si me encuentran contigo...

No hace falta que yo acabe la frase. Los dos sabemos qué va a pasar si *lord Peel* me encuentra, ¡en enagua!, con un desconocido tan apuesto como James. Nadie se va a creer que no hemos hecho nada indebido, o que no estábamos a punto de hacerlo.

Incluso pensar en hacerlo es un pecado capital en este condenado pueblo.

—Te dije que no gritaras. ¿Por qué nunca me haces caso?

—¡Hablabas de raptarme!

—Oh, tu arrogancia supera tu belleza, cielo. No eres tan atractiva como para que yo piense en cometer locuras.

Le doy una patada en la espinilla y él me lanza una chispeante mirada de advertencia.

—¡Deja de hablar y arregla esto!

—¿Y qué pretendes que haga yo?

La tensión crece por momentos. Peel intenta abrir la puerta, pero James ha debido de echar el cerrojo al entrar. Nos miramos el uno al otro, angustiados. Solo es cuestión de tiempo hasta que esa puerta se abra.

¡Y yo sigo en enagua!

—¡Miss Fisher, voy a pedir ayuda! No se mueva. ¡Excelencia! ¡Excelencia! Necesito echar la puerta abajo. Diga a los hombres que suban. Hay una dama en peligro.

Oh, Cielo Santo. ¿En qué estaría yo pensando? Quería que *lord* Weston comprometiera mi reputación, no un bandido cualquiera. Por muy guapo que sea y por muchas cosas que me haga sentir, no era este el plan. ¡Ahora tendré que casarme con él! Mi padre me obligará. Y acto seguido, me desheredará. Tendremos que vivir en los bosques y robar a los ricos para sobrevivir, nosotros y nuestros cinco hijos mugrientos y maleducados.

Oh, querida... Este *sí* que sería un buen momento para desmayarse.

—James, por lo que más quieras, ¡haz algo! No dejes que nos encuentren aquí.

James se lo piensa un momento.

—Se me ocurre una cosa, pero no va a gustarte mi método.

—¡Me da igual! Hazlo.

—Está bien. Tú lo has querido —concede, disgustado—. Ojalá te hubieses quedado el vestido puesto. Nos habría ahorrado un par de molestias.

Le pongo mala cara.

—Vestida o desnuda, mi reputación se habría echado a perder igualmente. Estoy aquí contigo.

—Eso es cierto. Me temo que tengo el don de echar a perder buenas reputaciones.

Y eso es lo último que recuerdo antes de que una densa y seductora oscuridad se apodere de mi mente.

El dolor de cabeza es inhumano. Abro los ojos y registro la oscura estancia, sin ventanas, cuyo olor a humedad me revuelve el estómago. Debo de estar mala, porque tengo la sensación de que esta casa está moviéndose.

—¿Julie? —susurra un hombre en alguna parte—. ¿Estás despierta?

Intento divisar su rostro a través de la oscuridad, pero no lo consigo.

—¿James? —Tanteo la cama con la mano—. ¿Dónde estás?

—Aquí.

Noto el colchón moviéndose, y sé que se acaba de sentar. En silencio, se me acerca y me abraza.

—Estaba preocupado. No te despertabas.

Teniendo en cuenta que estoy enfadada con él, debería apartarle de mí, pero el calor de sus brazos me resulta tan reconfortante...

Y su piel huele tan bien...

Y yo solo quiero que me bese como hizo en los aposentos de *lord*...

—¡Oh, Dios mío! —grito espantada, al darme cuenta de que estoy en un sitio que no conozco, cuando debería estar en la habitación de *lord* Weston—. ¿Dónde estamos?

Al percibir mi angustia, sus brazos se tensan con más fuerza a mi alrededor.

—Chissss —susurra para tranquilizarme—. ¿Acaso importa? Estamos a salvo.

—¡Sí! ¡Importa! —grito, y mi tono de voz pone en evidencia mi exasperación.

James resopla y me besa el pelo con ternura, sin que sus manos dejen de acariciar mis brazos.

—Lo importante es que estamos juntos, cielo. Y que tu reputación está a salvo. Bueno. Más o menos.

—¿Juntos?! —Intento empujarle, pero me retiene pegada a su pecho—. ¡Debería estar en casa! ¡Prometida a *lord* Weston!

James me suelta con brusquedad. No puedo verle el rostro, pero sí puedo sentir lo rígido y tenso que se ha vuelto de pronto.

—¿Sigues enamorada de ese memo? ¿Acaso tu maravilloso Weston te ha besado alguna vez como lo he hecho yo?

¡Solo la gente de mal vivir besaría como tú!

—No te metas en mis asuntos —escupo, irritándome más de la cuenta al recordar que *lord* Weston ni siquiera sabe que existo.

—Eso es que no.

Empiezo a perder la paciencia.

—¡Exijo saber ahora mismo dónde demonios estamos!

—En un barco —comenta impasible—. De camino al nuevo mundo.

Me levanto de la cama de forma tan precipitada que me golpeo contra algo. ¡Maldita oscuridad!

—¿En un qué?! —grito, completamente fuera de quicio.

Ando a trompicones hasta lo que parece una puerta y la abro. Fuera, el sol comienza a alzarse en medio del mar, aunque sus rayos son demasiado endebles como para calentar aún. En torno al barco, aguas desconocidas y oscuras se agitan, con su incansable chapoteo. Lo único que me rodea son kilómetros y kilómetros de agua color gris oscuro que me llevan rumbo a ninguna parte.

—Oh... Dios... mío... —murmuro, horrorizada.

Miro hacia atrás con la esperanza de vislumbrar la costa, pero mi querida Inglaterra está tan lejos que ya ni siquiera puedo verla.



Capítulo 3

El viejo pirata me mira con el único ojo que le queda. Llama mi atención por lo azul que es. Parece fuera de lugar en un rostro tan negruzco. No sé muy bien si luce este color a causa del sol o de la suciedad.

Posiblemente, de las dos cosas.

—¡Exijo que dé usted la vuelta a este trasto ahora mismo! —le grito, con las manos en jarras, y clavo ruidosamente mi tacón en el suelo de madera de la cubierta principal, tal y como suelo hacer para conseguir que mi padre haga lo que yo quiero.

El rostro lleno de cicatrices del hombre se contorsiona en una mueca de furia.

—¿El *Golden King* un trasto?! —ruge, colérico—. ¿Lo habéis escuchado, muchachos?

Una muchedumbre de hombres, todos envueltos en harapos y con los rostros tan sucios como el de su capitán, empiezan a vociferar a la vez, tan alto y tan deprisa, empleando unos acentos tan cerrados que apenas consigo entender lo que dicen. No estoy muy segura de ello, pero me ha parecido oír algo sobre horca, terribles torturas y castigos ejemplares. Espero que no estuvieran refiriéndose a mi delicada persona.

Levanto las manos en el aire para calmar los ánimos. Estoy acostumbrada a manejar a los hombres —tengo un registro preciso que lo demuestra—, y no me cabe duda de que estos saqueadores acabarán haciendo lo que yo quiero. No hay quien me gane en diplomacia.

—Escuche, señor pirata...

—¡CAPITÁN!

Me aclaro la voz, sonrío como una dama fina y elegante y me coloco un rizo detrás de la oreja.

—*Capitán* —concedo, con los ojos en blanco—. Tengo que volver a

Inglaterra ahora mismo. Así que si tiene usted la... *gentileza* de dar la vuelta a su magnífico... eh... *buque*, le garantizo que mi padre se lo recompensará muy generosamente. Por otro lado, si no da la vuelta en este preciso instante y se empeña en seguir adelante con esta ridícula actitud, le puedo asegurar que su destino será calamitoso.

De la bruma de rostros se desprende un marinero joven, rubio, sucio y desdentado, que se acerca al capitán con paso vacilante.

—¿Qué ha dicho esta? —le susurra al oído mientras me mira con disimulo.

—No sé muy bien lo que ha querido decir con *camilitoso* —musita el capitán, también mirándome con disimulo.

Mis ojos dan una vuelta casi completa sobre sus órbitas.

—Trágico. Eh... ¿terrible? —Miro sus rostros de bobos y me doy cuenta de que siguen sin pillarlo—. ¡Que os ahorcarán a todos en la plaza pública! —les grito, hecha un basilisco.

—¿AHORCAR? —ladra el capitán, fulminándome con su ojo azul.

Hago una mueca de complacencia.

—Veo que eso *sí* que lo ha entendido usted. Y ahora, haga el favor de dejar de hacer el idiota y...

—¡Ha llamado idiota al capitán! —exclama un niño de unos doce años, que corretea de un sitio al otro para asegurarse de que todo el mundo le ha escuchado—. ¡Ha llamado idiota al capitán! ¡Ha llamado idiota al capitán!

Abro y cierro la boca varias veces.

—¿Qué? Yo no he hecho tal cosa. Solo he dicho que deje de hacer...

—¡A LOS CALABOZOS! —me interrumpe el capitán, señalando hacia abajo con su negruzco dedo acusatorio.

—¡Oh, esplendido!

No termino bien de exclamar aquello, cuando dos hombres se colocan a mi lado, uno a mi derecha y el otro a mi izquierda, me agarran por los brazos y empiezan a arrastrarme hacia una escalera de madera que debe de conducir a los dichosos calabozos.

—Pero ¡señor pirata! ¡Espere! ¡Lleguemos a un acuerdo! ¡Soy asquerosamente rica! ¿Queréis soltarme de una vez, rufianes? ¡Soy capaz de andar sola! ¡JAMES!

Implacables a mis propuestas, los piratas me arrastran escaleras abajo. A mitad del camino, me cruzo con James, que ha salido del camarote al escucharme chillar. *¡Sin camisa! Tener esos abdominales sí es que escandaloso...*

—¿Julie? —murmura, perplejo, y frunce el ceño—. ¿Qué has hecho ahora?

—¿Qué te hace pensar que yo he hecho algo? —me escandalizo.

—Empiezo a conocerte.

—Nos ha amenazado con la horca y ha llamado idiota al capitán, *milord* —explica uno de los hombres, sin dejar de arrastrarme por el suelo.

—Hay que ver lo corta que es la mente de un pirata —refunfuño disgustada.

James abre la boca por el estupor y corre detrás de nosotros.

—¡¿Qué has hecho qué?! —trueno, contrariado.

Giro la cabeza hacia atrás para verle y, en cuanto nuestros ojos se encuentran, hago una mueca de exasperación.

—Solo le he sugerido... ¡amablemente!... que deje de hacer ¡EL IDIOTA! Y lo de la horca no era una amenaza. Todo el mundo sabe que ese es el más probable desenlace para un pirata —expongo con calma.

—¡Por Dios, Julie!

—Oh, no te atrevas a mirarme de esa forma tan acusatoria. ¿Y quieres hacer algo antes de que...?

No consigo acabar la frase. La gruesa puerta de madera se cierra bajo la impotente mirada de James. Los amables piratas me empujan dentro de una maloliente celda y cierran las rejas a mis espaldas.

—¡Por Dios, qué peste! ¿Pero qué guardáis aquí dentro?, ¿ratas muertas?

—Los calzones del capitán —contesta uno de ellos mientras el metálico sonido de un candado confirma mis peores temores. ¡Me han encerrado aquí!

—¡Qué asco!

Retener las arcadas se está volviendo tarea casi imposible, y los piratas no hacen más que reírse de mi delicadeza.

—Ve acostumbrándote, damita. No vas a ver la luz del sol hasta América.

Ambos prorrumpen en carcajadas, muy divertidos por la ingeniosidad de sus palabras. Aprieto los dientes con rabia y resuelvo dejarme de delicadezas.

—Espero que, cuando volváis de América y yo ya no esté a bordo, vuestro barco sea aplastado por una mortífera tormenta. —Abro los ojos de par en par y me agarro con las dos manos a las rejas para poder maldecirlos más de cerca—. Y que, antes de que os ahoguéis, los cuervos arranquen vuestros ojos y se los coman de un solo bocado. Ñam, ñam, ñam..

Los dos me miran espantados.

—¡Nos ha maldecido, la pequeña bruja! —exclama el más bobo de los dos, asustado como una damisela en su noche de bodas—. ¡Hay que decírselo al capitán!

—¡Sí! ¡Corred a chivaros al capitán, ratas asustadas! ¡Decidle que hay una bruja muy mala y muy cabreada aquí abajo! —grito tras ellos.

Espero unos segundos, por si eso les asusta lo bastante como para soltarme.

No, no hay suerte.

Suspirando, me dejo caer encima de un saco lleno de serrín. Supongo que esta es su idea de una cama. Qué poco hospitalario es el calabozo de un barco pirata.

¡Maldita sea! ¿Y ahora cómo voy a volver yo a Inglaterra? ¡Bah! Seguro que James consigue convencer a ese horrible capitán para que me suelte. Y entonces, le ofreceré algo a cambio. ¡Lo que sea! Todo el mundo tiene un precio hoy en día.

Y todavía más un pirata cuyos dientes son de metal...

Hmmmm, tal vez le interese una dentadura nueva. Tengo un primo que es dentista. Uno de los mejores en su campo.

¿Oh, por qué no se me habrá ocurrido esto antes?

A pesar de mi optimismo, los segundos se convierten en horas, y yo sigo en mi apestosa celda, sola y sin noticias de James.

Hace tiempo que estoy rodeada por una completa oscuridad. El sol se ha puesto y, o bien no hay luna esta noche, o sus rayos no consiguen alumbrar aquí abajo. ¡Y hay que ver lo incómodos que son los sacos de serrín! ¿Pero a quién se le ocurre usar esto en vez de camas?

—¿Julie?

Doy gracias al Señor cuando escucho esa susurrante voz masculina, tan familiar, acercándose a mi celda.

—¿James? —Me levanto y corro hacia las rejas—. ¡Menos mal! ¿Por qué has tardado tanto?

—El capitán no es un hombre muy dócil, que digamos. Y lo has debido de cabrear horrores. De hecho, ha dicho que como intente soltarte, va a colgarme del botalón.

—¡Por el amor de Dios! Hay que ver lo sanguinario que es ese vejestorio. Y mira que parecía agradable al principio. Incluso creí que podríamos llegar a ser amigos.

—Todos los piratas son amables. Hasta que alguien los insulta.

—¡No lo he insultado! Fue un horrible malentendido.

—Ya, ya.

No puedo ver lo que está haciendo, pero por el tintineo que escucho, me doy cuenta de que está intentando abrir el candado con algún objeto metálico. Tal vez un alambre.

—¡James! —me gustaría gritarle, pero no quiero que me escuchen los piratas, así que me limito a murmurar—. ¿Puede saberse que estás haciendo?

—Soltarte. Pensaba que era evidente.

—¡Pero si van a ahorcarte! —gruño entre dientes—. ¿Estás loco?

—Cogeré el riesgo —murmura, sin detenerse.

Me agacho para estar a la altura de su rostro. O, al menos, la altura a la que creo que está su rostro. De pronto, me ha invadido una aplastante oleada de ternura.

—¿Por qué estás haciendo esto por mí? —susurro, conmovida.

Extiendo el brazo y rozo su mejilla sin afeitar con las yemas de los dedos. Cuando nuestra piel se toca, él da un respingo.

—No lo hago por ti, Julie. —Deja caer el candado y suspira—. Lo hago por mí. Jamás podría conciliar el sueño pensando que estás sola, a oscuras, en una celda llena de ratas.

Pego un salto, horripilada.

—¡Arrrggghhh! ¡¿Ratas?! ¿¿Dónde??

Ríe entre dientes.

—Bueno, los piratas no son precisamente conocidos por su pulcritud, *milady*. Ya está. —Abre las rejas y me coge de la mano para guiarme a través de la oscuridad—. Vamos. Y prométeme que mañana no intentarás cabrear de nuevo al capitán. Tú solo piensa en mi frágil cuello, ¿de acuerdo? Además, ¿a quién vas a besuquear si muero?

Me muerdo los labios para ahogar una risita. Hay que admitir que lleva razón. Debería odiarle. Me ha raptado, me ha impedido seducir a *lord* Weston y ha comprometido mi reputación, pero verle ahorcado es una idea un tanto molesta. Como la picadura de un mosquito.

Y lo cierto es que besa tan bien...

Cerramos la puerta a nuestras espaldas y caminamos de puntillas, escondidos entre las sombras, hasta que nos cruzamos con dos marineros borrachos. James me detiene, me pega al muro y se apoya contra mí, fingiendo besarme en el cuello.

Los marineros no parecen reconocernos. Pasan por delante de nosotros discutiendo acaloradamente sobre la ejecución de unos prisioneros. De nuevo espero que no estén refiriéndose a mi delicada persona.

—Vamos. Ya se han ido —murmura, y me coge de la mano sin darse cuenta de lo pálida que estoy de repente. Tenerle tan cerca de mí me ha afectado de un modo preocupante.

Camino detrás de él enfrasca en mis pensamientos. ¿Qué demonios me está pasando?

En cuanto la puerta del camarote se cierra a nuestras espaldas, James resopla aliviado.

—Bueno, estamos a salvo por ahora. Supongo que querrás dormir.

Se gira, se quita la camisa, dejando a la vista su ancha y bronceada espalda, y camina hacia la cama desgarrando las sombras, como una criatura de otros tiempos que no teme la oscuridad.

En un impulso, lo cojo del brazo y lo detengo. Sus firmes músculos se tensan por debajo de mi agarre, aunque procuro no fijarme en eso ni en el hecho de que solo lleva puestos unos pantalones. Si me fijara, se me olvidaría todo mi cabreo y las cosas se me irían de las manos.

—No tan rápido, señorito. Tienes unas cuantas explicaciones que darme. Con todo esto de la conmoción de verme secuestrada y lejos de mi casa, no hemos tenido tiempo de hablar.

Resopla, y el fastidio con el que tuerce los labios asegura que no encuentra muy atrayente la idea.

—¿Y quieres hacerlo ahora? ¿No puedes interrogarme mañana?

—De ninguna de las maneras. Tiene que ser en este preciso instante. Mañana puede que te hayan ejecutado.

Su pecho se ensancha cuando coge una honda bocanada de aire.

—Me conmueven tus palabras.

—Conmuévete mientras me lo cuentas todo.

—Está bien. —Me indica la cama para que me siente, pero hago un gesto de negación, con lo que él tampoco se mueve—. ¿Qué quieres saber? —pregunta, cruzándose de brazos—, ¿por qué estás aquí?

—No estaría mal empezar por eso, ahora que lo mencionas.

—Me parece que, con todo esto de la *conmoción*, se te ha olvidado que fuiste tú la que suplicó ser rescatada del terriblemente pecoso *lord*... como se llame.

—Te dije que hicieras algo, ¡no que me secuestraras!

—Ah. Pues haber sido más específica, cielo. Siento si mi método no ha resultado ser de tu agrado. La verdad es que no estoy acostumbrado a rescatar reputaciones. Por norma general, me ocupo de echarlas a perder.

—Tenía que haberme imaginado que harías algo estúpido. ¡No sé cómo he podido confiar en ti! Siempre que te cruzas en mi camino, me fastidias todos los planes.

Mi acusación no parece sentarle muy bien, ya que su rostro se vuelve tan afilado como una daga.

—Yo podría decir exactamente lo mismo de ti, cariño. No ardo en deseos de tenerte aquí. Recuerda que mañana me van a ejecutar por tu culpa.

—Prometo estar muy afligida para cuando eso pase.

—Me consuela saberlo.

Tras ese mordaz intercambio de frases y miradas punzantes, nos detenemos y nos contemplamos el uno al otro todavía airados.

Pero el enfado no me suele durar mucho, y hay demasiadas preguntas que tengo que hacerle, así que no tardo en recomponerme.

—¿Cómo conseguiste traerme hasta aquí? —digo, un poco más sosegada—. En un momento estaba en casa de *lord* Weston, y al siguiente desperté en un barco pirata.

—La llave del sueño.

Según él, eso lo explica todo.

—La ¿qué?

Entorna los ojos como si no entendiera por qué siento la necesidad de recibir más aclaraciones. Claro. En la alta sociedad inglesa se habla todos los días sobre las llaves del sueño.

—Durante mi estancia en Japón, tomé clases de *taijutsu*.

De nuevo da por hecho que yo debería estar al tanto de qué diablos es eso.

—¿Quieres dejar de usar palabras que yo no entiendo y hablar en cristiano?
—exijo, enfurecida.

Me irrita tener que admitir mi ignorancia delante de él. En realidad, me irrita tener que admitir eso delante de cualquiera. ¡Pero de él todavía más! Siempre es cortés en su trato, pero su forma de mirarme y esa condescendiente sonrisa siempre agazapada en las comisuras de su boca me dejan con la sensación de que está burlándose de mí todo el rato.

—*Taijutsu* es un sistema de combate cuerpo a cuerpo que abarca, entre otras cosas, un amplio conocimiento sobre los puntos sensibles del cuerpo humano. Para que lo comprendas un poco mejor, lo que hice fue comprimir tus arterias para evitar que la sangre llegase a tu cerebro. Por desgracia, no domino del todo la técnica. Era la primera vez que ejecutaba el ejercicio con una persona de carne y hueso y algo salió mal. Se suponía que solo ibas a estar desmayada alrededor de un minuto, lo bastante como para sacarte de casa por la ventana, pero perdiste la consciencia y tuve que cargar contigo hasta el puerto. ¡Es increíble lo mucho que pesas para estar tan delgada!

Nunca en toda mi vida había oído algo semejante.

—¿Cómo pudiste oprimir mis arterias?

Me mira desolado.

—Lo lamento, Julie. Quería sacarte de ahí, y tú me estabas chillando, y decidí que era mejor que no te enteraras de nada. La ventana te habría dado vértigo, y habrías vuelto a gritar, y *lord* Peel habría vuelto a impacientarse, y eso me habría puesto aún más de los nervios, así que tuve que hacerlo a mi manera. Además, si alguien nos hubiese sorprendido durante la huida, tu reputación habría estado a salvo. Yo habría sido el culpable de raptar a una jovencita desfallecida, pero tú habrías salido ilesa y con el honor intacto. Era el plan perfecto. Ni siquiera lo dudé. Te tapé con el vestido, te dormí y te saqué de ahí en silencio. Había planeado deshacerme de ti en alguna parte, en el puerto, quizá, pero tú no despertabas y yo tenía que coger el barco, así que...

Agito la cabeza con mueca de desesperación.

—No era una acusación, bobo. ¡Era una pregunta! Necesito aprender cómo se oprimen las arterias de una persona, ¡y necesito aprenderlo cuanto antes! Me resulta una técnica fascinante. Aparte de lo tremendamente útil que debe de ser... —añado distraída, mientras sopeso el provecho que sacaría de todos estos conocimientos.

James ríe entre dientes.

—Será mejor que no. A juzgar por lo poco que te conozco, sé que irías por ahí oprimiendo arterias a todas horas.

Suelto un largo suspiro de satisfacción.

—Oh. ¿Te lo imaginas? —Alzo la mirada hacia sus brillantes ojos, en los que percibo una chispa de diversión, y mis labios se despliegan en una sonrisa felina—. Sería maravilloso poder hacerlo.

—¡Sería apocalíptico! —repite James, fingiendo sentirse horrorizado—. Pobre *lady* Stanton. Se pasaría la vida entre desmayos.

Finjo indignación.

—Tonterías, James. Solo probaría con ella una o dos veces. Habría que guardar energías para las demás damas. —Hago un gesto de impaciencia con la mano—. Bueno, seguiremos negociando esto. Y ahora ¿quieres explicarme por qué demonios tuviste que embarcarnos a bordo de un barco pirata? ¿No había buques con más clase atracados en la costa de Clovelly?

Pone mala cara.

—¡Claro! Cuando uno rapta a una jovencita desfallecida en la mitad de la noche, lo más lógico es que vaya a comprar billetes para viajar con la *White Star Line* —comenta con sorna.

—Bueno, vale, tuviste que elegir un barco de contrabando para pasar desapercibido —admito, entornando los ojos—, ¿pero es que no había piratas más amables que el capitán *Parche Sucio*?

Me mira asombrado.

—¿Cómo sabes su nombre?

Me echo a reír.

—¿De verdad que se llama *Parche Sucio*? —James hace un gesto afirmativo—. ¡No! ¿En serio? —soy incapaz de retener las carcajadas—. ¡Madre mía! Hay que ver lo poco creativos que son estos piratas para algunas cosas. Tristemente, no es el caso de las torturas. Tras unas cuantas horas en esa celda, he comprendido que son bastante ocurrentes a la hora de maltratar a los invitados.

James se me acerca y coloca los brazos en mis hombros. De repente, se ha vuelto tan serio que todo rastro de diversión desaparece de mi rostro.

—Julie, siento haber tenido que oprimir tus arterias. Y siento que hayas tenido que pasar tanto tiempo en una celda llena de ratas hasta que pude rescatarte. ¿Podrás perdonarme algún día?

Cuando está tan cerca de mí, no puedo pensar con claridad. Solo puedo imaginarme cómo sería besarle de nuevo.

—No lo sé, James —repongo con coquetería—. Estoy conmovida por todo esto. No te has preocupado en absoluto por mis nervios. Un caballero debe ser cuidadoso con los nervios de una dama. Claro que tú no eres ningún caballero... —comento como para mí misma, aunque él me escucha y curva los labios en una débil sonrisilla—. ¿Cuál es tu nombre completo? Nunca me lo dijiste. Yo soy *miss* Julie Fisher.

—Oh. Me llamo James... eh...Vane. Tercero. James Vane Tercero.

—James Vane Tercero —repito, pensativa—. Hm. Suena bien. Casi aristocrático.

Aprieta mis hombros y atrae mi mirada hacia la suya.

—Escucha, Julie, ya habrá tiempo para conocernos luego. Ahora deberíamos dormir un poco. Los piratas son gente muy madrugadora. Estarán armando barullo en cuanto salgan los primeros rayos del sol.

—De acuerdo —musito, mirando embelesada su rostro, los contornos y las sombras que puedo percibir bajo la débil luz de una vela a punto de desgastarse—. ¿Quieres darte la vuelta? Tengo que quitarme la ropa. No puedo dormir con este vestido.

—Claro.

Se gira y ni siquiera hace ademán de mirar por el rabillo del ojo. Me quito el vestido y, disgustada por su falta de interés, me envuelvo con una manta y me desplazo hacia la cama.

—Vas a pasar mala noche —comento mientras me trenzo el pelo.

—¿Y eso por qué? —inquire James con una ceja en alto.

Con su metro ochenta de estatura y su esbelto cuerpo medio desnudo, camina hacia la cama y se queda ahí de pie, delante de mí, observando en silencio cómo mis hábiles dedos se mueven con rapidez.

—Bueno, el suelo no parece demasiado confortable.

—¿El suelo? ¡El suelo! Julie, no pienso dormir en el maldito suelo. Esta litera es lo bastante grande para los dos.

Abro la boca escandalizada.

—¿Qué? ¿Insinúas que tienes intención de dormir en la misma cama... *que yo?*

—Lo afirmo con total certeza. —Y para dar más fe a sus palabras, aparta la manta, se tumba y me indica que siga su ejemplo—. Vamos, *milady*. Es hora de dormir.

¡No me lo puedo creer! ¡Qué poco caballeroso!

¿Pero qué puede esperar una de un bandido que estaba colgando de la rama de un árbol cuando lo conoció?

—¡Prefiero besar a Parche Sucio y a toda su tripulación antes que dormir contigo en la misma cama, *sir!* —escupo, y cruzo los brazos, irritada.

James suelta un sonido de exasperación.

—De acuerdo, cariño —Coge la almohada y la lanza al suelo—. Espero que esa madera sea lo bastante confortable para ti. Buenas noches.

Lo miro sin dar crédito. Él cierra los ojos y finge dormirse. Tengo ganas de arañarle.

—Está bien. Dado que no eres un caballero en absoluto, dormiré en el suelo. Le vuelvo la espalda enfurecida.

—Esto me lo dice la dama que anoche estaba ligerita de ropa en las estancias de un hombre a quien no ha visto en su vida.

Me giro de cara a él para fulminarlo con la mirada.

—¡No tienes derecho a hacer mención a ese malaventurado suceso! ¡Y mucho menos a usarlo en mi contra! Y para tu información, *sí* que lo he visto. *Varias* veces.

Se incorpora y me mira asombrado.

—¿Ah, sí? ¿Y qué aspecto tiene, si puede saberse?

—¡No lo sé! Estaba cabalgando de espaldas a mí —añado, más apaciguada.

—Oh, maravilloso. Bien podría ser un adefesio, porque tú ni siquiera lo sabrías.

Le saco la lengua y me encamino hacia mi lecho en el suelo.

Maldito cretino hijo de su indigna madre, maldigo mientras me coloco la almohada. ¡*Lord Weston un adefesio! ¿Dónde se ha visto tamaño disparate?*

—¿Julie? —musita al cabo de unos segundos.

¡Alabado sea el Señor! Me horrorizaba tener que dormir en el suelo después de haber oído lo de las ratas.

—¿Sí? —pregunto, de espaldas a él. He decidido hacerme la digna para hacerle sufrir un poco más.

—¿Apagas tú la vela?

Suelto un grito de exasperación.

—¡Buenas noches!

—Buenas noches, *milady* —susurra, aplomado.

Apago la vela con brusquedad, me tumbo encima del suelo y me cruzo de brazos. Paso unos cuantos minutos en completo silencio, pendiente nada más que de su respiración.

De pronto, se vuelve algo más sosegada, lo que me hace pensar está durmiendo.

¡Plácidamente! ¡Mientras yo estoy en el miserable suelo de un barco pirata!

La furia bulle cada vez más deprisa dentro de mis venas.

—¿James?

El colchón se mueve.

—James...

—Mmmmmmmmm —gruñe.

—James, ¿estás despierto?

Resopla con fastidio y se mueve en la cama.

—Ahora sí, gracias a ti. ¿Qué pasa?

—¿Qué es un botalón?

Vuelve a resoplar.

—Un palo largo que sobresale de la proa de las embarcaciones de vela.

—Oh.

Pasamos los siguientes minutos en completo silencio.

—¿James?

—¿Qué? —rezonga, tan malhumorado que una amplia sonrisa extiende mis labios.

—¿Qué es la proa?

—¡Por Dios! La parte delantera de una embarcación. ¿Ahora podemos dormir?

—Claro.

Dejo que pase un largo tiempo antes de hablar. Cuanto más dormido esté, más le molestará mi interrupción.

—¿James?

Se incorpora ruidosamente.

—¿Y ahora qué más quieres, por el amor de Dios?

—¿Puedo subir contigo a la cama? Es que tengo frío.

Suelta un interminable soprido, al cabo del cual escucho el colchón moviéndose.

—Vamos. ¿A qué estás esperando?

Me levanto del suelo, corro hacia la cama y me deslizo bajo la manta, incapaz de dejar de tiritar. Él pone una mano encima de la mía.

—¡Cielo Santo! Estás helada. Ven. Deja que te caliente.

Se me acerca por detrás y me rodea entre sus brazos. Sé que debería apartarlo, pero tengo demasiado frío como para hacerme la digna ahora.

—¿Estás mejor? —susurra, con la nariz enterrada en mi cuello.

—Sí —musito, tragando saliva—. Gracias.

—De nada, *milady*. ¿Quieres que me aparte y te deje un poco de espacio?

Antes de que yo conteste, él ya ha empezado a alejarse. Coloco una mano en su brazo para detenerle. Ojalá no me atrajera tanto. Las cosas serían más sencillas si pudiera mantenerme alejada de él. Todo sería más sencillo si consiguiera no echar en falta el calor de sus brazos nada más apartarse de mí.

—No te vayas. Solo quiero que... bueno, que te quedes así.

Se me acerca de nuevo, vuelve a abrazarme y me arrastra por la cama hasta que termino pegada a su pecho desnudo. Se me corta el aliento. Tan cerca estoy que siento los latidos de su corazón palpitando contra mi espalda.

—Buenas noches, Julie.

—Buenas noches —consigo decirle, turbada y pálida como un espectro.

Me besa el pelo y sus brazos se tensan a mi alrededor. El silencio cierne su espeso manto sobre nosotros, y solo el lánguido chapoteo de las olas resuena en medio de la oscuridad. James y yo tardamos en conciliar el sueño. Aun así, ni una palabra desgarrar la extraña quietud que nos envuelve.

—Julie...

—Mmmmm.

—Julie, tienes que despertar.

—Unos instantes más, papá —berreo con voz ronca.

—Julie, no soy tu padre. Soy yo, James.

Mis ojos de abren de par en par. James, atractivo como el mismo Diablo, con su camisa blanca, el pelo de recién levantado y el moreno rostro sin afeitado, está inclinado sobre mí.

—Traigo buenas noticias, *milady*.

Deben de ser excelentes. Sus oscuros ojos brillan de excitación. Me incorporo y lo miro dubitativa.

—¿En serio? ¿Parche Sucio ha accedido dar la vuelta a este trasto?

James frunce el ceño, confuso, y ladea la cabeza.

—¿Qué? No. ¿Por qué iba a pedirle yo eso al capitán?

—¿Para enmendar tu error, tal vez? —le propongo.

Se endereza, aprieta la mandíbula y me mira desafiante, echando chispas por los ojos negros.

—¿Enmendar mi error? —repite en tono severo—. Mira, Julie, yo no me arrepiento de nada. Hice lo que tú querías que hiciera. Te rescaté y te llevé lejos de tu frívola existencia en Clovelly.

—¡Yo no quería que hicieras eso!

—Oh, por favor. Los dos sabemos que, muy en el fondo de tu superficial y joven corazoncito, no te arrepientes de estar aquí. ¿Por qué no nos haces un favor a los dos y lo admites de una vez por todas?

Abro y cierro la boca varias veces, completamente escandalizada.

—¿Insinúas que a mí me hace gracia estar en un barco, rodeada de piratas sucios, posiblemente con piojos, y dormir en una litera con un hombre de dudosa reputación como tú?!

Se cruza de brazos, muy seguro de sí mismo, y curva los labios en esa sonrisa suya que parece indicar que posee alguna información sustancial que yo ignoro. Con mucho gusto le propinaría un puñetazo, si supiera que eso fuera a conseguir hacer añicos esa odiosa expresión de burla que se cobija entre sus facciones.

—En efecto, *milady*. Creo que estás viviendo la aventura de tu vida gracias a mí, y también creo que lo estás disfrutando enormemente.

Lo fulmino con la mirada y me levanto de la cama con brusquedad, sin

preocuparme por estar medio desnuda. Ya me ha visto antes en enagua, y estoy convencida de que se acuerda de ello. Además, si mi reputación ya está dañada, ¿para qué molestarse?

—Escúchame bien, señorito —mascullo entre dientes mientras camino hacia él y lo hago retroceder—. Estás muy equivocado si piensas que me agrada estar aquí contigo. De hecho, no es que no me agrade, ¡ES QUE ME HORRORIZA! ¿Y quieres saber dónde me gustaría estar ahora mismo?

Él ya no puede retroceder más porque su espalda se acaba de golpear contra la puerta, así que me detengo a escasos centímetros de su rostro y lo escruto con mi chispeante mirada.

—No es necesario que me lo digas.

—Ya lo creo que lo es. Porque, verás, *James*, me gustaría estar en el salón de mi casa, tomando el té plácidamente con mi padre, mientras este me cuenta los escándalos que se cuchichean en la corte de la reina, y Gladys, nuestra ama de llaves, nos sirve unos *croissants* recién horneados; todo esto mientras espero a que *lord* Weston me pida matrimonio. Pero no puedo hacer nada de eso ¡PORQUE TÚ ME HAS SECUESTRADO! Así que no te atrevas a quedarte ahí parado diciéndome que esta es la aventura de mi puñetera vida porque ¡NO LO ES!

James traga saliva y he de admitir que se le ve bastante intimidado por mis rugidos.

—Siento oír eso. —Hace una pausa y un aire de frialdad cubre su rostro—. Yo... —Mueve la cabeza, como apartando alguna idea que debe de rodar su mente, y busca mis ojos—. Solo quería decirte que he convencido al capitán para que te perdone por tu insolencia. Pero supongo que eso te dará igual.

Estoy demasiado enfurecida como para sentirme conmovida por el brillo atormentado que desvela su mirada.

—Pues sí, entérate de algo: ¡no doy un ardite por todo eso! Lo que quiero es irme a mi casa. ¡Ahora mismo!

Asiente, con aire grave, y se pasa la mano por la cara, tomándose un

momento para meditar.

—Está bien, Julie. —Se humedece los labios y vuelve a asentir—. Eso quiere decir que estaba equivocado en cuanto a ti. Lo siento. Tan pronto toquemos tierra, me aseguraré de que vuelvas a Inglaterra sana y salva para que puedas casarte con tu perfecto Weston.

Sus palabras, gélidas e hirientes como un chuchillo, atraen mi mirada hacia la suya. Ni siquiera yo misma soy capaz de explicar los sentimientos que me invaden cuando nuestros ojos se cruzan por unos segundos. Debería estar eufórica.

Y, sin embargo, al ver la resolución que oscurece sus pupilas, no soy capaz de sentir ni la más mínima emoción. La idea de volver a casa no despierta nada de alegría en mí.

Al contrario. El simple pensamiento de no volver a verle me mortifica tanto que no quiero ni pensar en ello. Ayer estaba tan enfurecida que no me habría importado ver su cabeza colgada en una pica, pero al despertar esta mañana, todo era diferente. En una sola noche ha cambiado todo lo que sentía respecto a él.

Me ha sacado de esa celda arriesgando su propio pellejo, y eso nadie lo había hecho antes por mí. La gente te suele abandonar en los peores momentos de tu vida. En cambio, él ha estado ahí. Me ha ayudado sin importarle las consecuencias. Ha sido inconsciente. Estúpido.

Y lo más bonito que me ha pasado nunca.

Y aunque él jamás vaya a admitirlo, sentí la ternura con la que sus brazos me envolvieron la pasada noche. Y noté sus labios besándome el pelo cuando creía que estaba dormida.

Me di cuenta de todo y, al comprenderlo, por primera vez en toda mi vida sentí algo. Algo real.

Tengo miedo de que, si no vuelvo a verle, ese algo desaparezca para siempre. Me asusta tanto tener que volver al frío que ha estado congelándome por dentro durante los últimos trece años que me aferraría a James con las dos manos si

supiese que eso fuera a servir de algo.

El día en el que mi madre murió, mi mundo quedó atrapado en una bonita estampa, grisácea, inapelable y sin vida. Y nada volvió a cambiar desde entonces, nada volvió a alterarme nunca. Hasta anoche.

Anoche, por fin, sentí una pizca de calor. No puedo renunciar a eso tan pronto.

Y si el único modo de sentir algo es estando cerca de él, lo haré. No permitiré que nadie me aleje de este sentimiento, porque, por primera vez en todo este tiempo, he sentido que yo perezco con ella. James ha hecho que me sintiera viva cuando eso ya no parecía posible, y no puedo odiarle por ello.

—Lo siento. No pretendía disgustarte de esta forma —susurro, alargando el brazo para acariciar su mejilla en un patético intento de hacer las paces—. Sé que has hecho todo cuanto has podido para arreglar el desastre que he creado al meterme desnuda en los aposentos de *lord* Weston, y no tengo derecho a...

Él sacude la cabeza y aparta el rostro para que no lo toque.

—No, está bien, Julie. Fallo mío. Lamento haberte estropeado los planes. Prometo no molestarte más de aquí en adelante.

Dicho eso, me da la espalda y abre la puerta para salir. No puedo quedarme aquí de brazos cruzados y mirar cómo me lo arrebató todo. Tengo que reaccionar.

—¡James! No se te ocurra irte en mitad de una conversación —ordeno, con una dureza que estoy lejos de sentir.

Él se detiene en el umbral y, aunque no se gira, puedo ver la sombra de una sonrisa mordaz en las comisuras de sus labios.

—Tienes razón. No puedo irme sin antes decirte que, para no volver a tu celda llena de ratas, el capitán exige que le prepares el mejor *gush* que ha comido en toda su vida.

—¿Qué?! James, pero ¿qué estás diciendo? Yo no sé cocinar. ¡Tengo servicio!

Sus hombros se alzan en un gesto de desdén.

—Peor para ti. Si a las doce en punto no te presentas con el *gulash*, vuelves a tu celda y no hay nada que yo pueda hacer para impedirlo. Ya le he entregado una botella de mi mejor ron. Ese viejo bribón no hace nada gratis.

—No puedes dejarme sola en esto.

—Puedo, y lo haré. Lamento decirte esto, Julie, pero la única manera de que salgas ilesa de todo este engorro es que aprendas a cocinar cuanto antes.

Me acerco a él y le paso el brazo por los hombros. Si la seriedad no funciona con él, entonces habrá que cambiar de táctica.

—James. ¿Puedo llamarte Jamie, o Jimmy?

—No.

—Jamie, querido, ¡sé razonable!

Aparta mi mano con delicadeza.

—He intentado serlo, pero me temo que esto me supera. Suerte con el *gulash*. Realmente espero que le impresiones.

—James... —lloriqueo, en un desesperado intento de despertar su compasión—. ¿Cómo voy a preparar el mejor *gulash* que haya comido en toda su vida, cuando yo ni siquiera sé qué diablos es un *gulash*?

—Entonces, date prisa, *milady* —me dice, con su viejo tono burlón—. Tienes exactamente cinco horas para averiguarlo.

Y el muy insensible se va.

Hecha un manojo de nervios, me dejo caer en el colchón, entierro el rostro entre las manos y empiezo a sollozar.

Al principio, pienso que estoy llorando por pura frustración, la frustración de una niña mimada que siempre ha visto satisfechos todos sus antojos, pero a medida que pasan los segundos, empiezo a comprender que, en realidad, lo hago porque me resulta doloroso el haber discutido con James.

Y me resulta aún más doloroso el hecho de que me haya hablado con esa fría cortesía que me ha herido más que mil palabras malsonantes. Soy consciente de que hoy he perdido algo que una parte de mí quería conservar: su afecto.

Y, al darme cuenta de ello, el dolor escuece todavía más. Con cada lágrima

que se desliza por mis mejillas, la culpa se vuelve más pesada, tan sofocante que ya no soporto estar a solas conmigo misma y decido que es preciso salir fuera y tomar un poco de aire.

Además, tengo una comida que preparar. No tengo tiempo para lloriqueos tontos.

Con aire resuelto, me yergo, me aliso el vestido sobre la delgada cintura y, mientras me enjuago las lágrimas y me arreglo el peinado, me obligo a mí misma a dejar de pensar en lo que ha pasado.

Da igual lo que yo sienta en mi interior. He de guardar la compostura.

Y lo consigo porque soy Julie Fisher y no hay nada que yo no pueda conseguir.

Aparte de casarme con *lord* Weston, claro...

Como una huérfana de un viejo cuento de hadas, arrastro los pies por la cubierta, fatigada de tanto caminar y ruborizada por la frialdad de las corrientes marinas. He recorrido este trasto al menos ocho veces, intentando averiguar qué demonios es un *gulash*, pero nadie de esta maldita tripulación parece ser capaz de contestar a mi pregunta.

—Señor.

Esperanzada, apresuro el paso hacia un marinero que está agachado y friega la cubierta con un trapo que va mojando en un cubo lleno de un agua, tan oscura que, en vez de limpiar, ensucia aún más. Qué cortos de mente son los piratas.

—¡Señor! ¿Sabe usted lo que es un *gulash*?

El hombre se detiene, con el cigarro colgándole entre los labios, alza la mirada y me observa receloso.

—Eh... ¿un pez?

Retengo un sollozo de desesperación.

—Ya. Gracias, señor.

Me alejo, los hombros caídos, alguna que otra lagrimita escurriéndoseme por las mejillas y, si me soy sincera a mí misma, extraños deseos que me incitan a tirarme por la borda. A mediodía volverán a encerrarme en una celda llena de ratas y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. James no quiere saber nada de mí y yo me siento muy desgraciada.

—¡El Infierno es un sitio plegado de vodka! —exclama alguien a mis espaldas.

Me vuelvo sobre los talones con la esperanza de encontrar respuestas, pero lo único que veo es a un anciano de cabellos blancos tumbado en el suelo, en medio de un charco.

Este es el único hombre a bordo de este barco, aparte de James y el capitán, a quien no se lo he preguntado aún. ¡Mi última esperanza reside en un vagabundo borracho que se ha hecho pis encima! Me entran ganas de chillar. ¿Por qué nadie me ha dicho en casi veinte años que la vida fuera de los gruesos muros de *Fisherwood* es aborrecible?

—Sí, señor, un sitio plegado de vodka. Muchoooo vodka. Vodkaaaa para todos.

Me enjuago las lágrimas y, descorazonada, arrastro los pies hacia él. No pierdo nada por preguntar, ¿verdad?

—Señor...

Sus ojos, enormes globos blancos, se vuelven hacia mí.

—¿Eh? ¿Quién anda ahí? Lucifer, ¿eres tú? Mi alma está a salvo de tus garras, maldito. Así que vete, *hush*, y no vuelvas más.

—Disculpe, señor, ¿no sabrá usted lo que es un *gulash*?

—Oh, claroooo que sí, bella damita. Ande, pensaba que era el Diablo. Hace años que amenaza con llevarme, el muy bribón, pero siempre consigo escapar.

Creo que, aparte de borracho y ciego, también está loco, el pobre, si consigue hablar con el Diablo.

—¿De verdad sabe lo que es un *gulash*?

—Todo el mundo lo sabe. Es un licor escocés —me contesta, muy orgulloso de sus amplios conocimientos—. ¿No tendrá un sorbo para que lo pruebe?

Ya no soy capaz de contenerme y exploto en sollozos espasmódicos.

—¡Eh, muchacha! —me llama una mujer a lo lejos—, ¿estás bien?

Hundo la cara entre las manos y todo mi cuerpo empieza a temblar al ritmo de los sollozos.

—No, señora, no estoy bien —berreo cual alma en pena.

La misericordiosa dama se me acerca, me agarra por los hombros y me insta a tomar asiento encima de unos viejos barriles. Con el rostro horriblemente maquillado y los labios pintados de rojo, presenta el aspecto marchito de una flor cuyo ciclo de vida ha concluido, y su ajado vestido asegura que no es una mujer de gran reputación.

Aunque eso lo mismo me da en este momento. Es la única persona que ha demostrado algo de humanidad en todo este barco.

—¿Qué ha pasado? —susurra, retirándome los tirabuzones de la cara para poder mirarme a los ojos.

—Mi vida es horrible, señora —balbuceo entre hipos.

Ella frunce el ceño, disgustada por el calificativo que acabo de usar.

—¿Señorita? —le propongo, limpiándome la nariz con la manga de mi vestido de satén, con el que llevo desde la fiesta de antes de ayer.

Asiente, muy complacida por el nuevo apelativo.

—Señorita. Yo debería estar en Inglaterra, ¿sabe? —farfullo entre llantos—. Posiblemente, casada con *lord* Weston, a quien amo desde los siete años. ¡Pero no! Estoy aquí porque ese odiosamente atractivo bandido me ha raptado. Y ahora él quiere deshacerse de mí... y yo, aunque echo mucho de menos a mi padre... y bañarme... y peinarme... y llevar un vestido limpio que no apeste como los calzones del capitán, no quiero irme, por algún extraño motivo que no soy capaz de comprender.

Me detengo para reflexionar y ella enjuaga los enormes lagrimones que se

están deslizando por mis enrojecidas mejillas. Como soy incapaz de reflexionar, prorrumpo de nuevo en ruidosos sollozos.

—Y por si eso fuese poco —añado al cabo de un rato—, ese horrible pirata quiere encerrarme en una celda apestosa y, según James, llena de ratas, si no le preparo el mejor *gulash* que ha comido en toda su vida para el mediodía. Y yo no puedo preparárselo porque... ¡no tengo ni condenada idea de lo que es un *gulash*! —exclamo, mezclando los sollozos con palabras incoherentes.

Ella me acurruca entre sus robustos brazos y me susurra palabras tranquilizadoras al oído. Mis llantos se convierten en desesperados aullidos.

Ya no soy capaz de aguantar la respiración y agarro lo primero que encuentro y soplo la nariz dentro.

Acto seguido, me doy cuenta de que lo que tengo entre manos son los bajos de su vestido de percal rosa.

En mi rostro se pinta el bochorno cuando, con deliberada lentitud, levanto la mirada hacia sus azules ojos. Está observándome con cara de enfado y una ceja enarcada. Avergonzada, trago en seco y suelto la tela lo más discretamente que puedo.

—Lo siento, señora. —Carraspeo al verla fruncir el ceño hasta que sus cejas casi se convierten en una sola—. Quiero decir, señorita.

Resopla y veo en sus ojos que el enfado la está abandonando poco a poco.

—¡Pobre criatura! ¿Y estas son todas tus desgracias? ¿Que no sabes lo que es un *gulash*?

Asiento con energías mientras me seco las esquinas de los ojos.

—Básicamente. Y que James ya no me quiere también me entristece mucho. Yo quiero que me quiera, aunque no tenga intención de desposarlo nunca.

—¿Ese tal James es el *lord* Weston del que me hablaste?

Muevo la cabeza para decirle que no.

—James es el bandido.

—El que te ha raptado. —No es una pregunta.

—El mismo.

Me mira confusa.

—¿Y quieres que te quiera?

—Por supuesto.

—¿Pero tú le quieres a él?

Me detengo y la miro con el ceño fruncido. ¡Vaya tontería!

—¡Pues claro que no! —exclamo, ofendida.

—Entonces ¿para qué quieres que te quiera él a ti?

Intenta tenderme alguna trampa. Si no, ¿por qué preguntaría algo tan estúpido?

Escruto en silencio su rostro, su frente, surcada de profundas arrugas, la maraña de cabello rubio que rodea su regordete rostro, y no se me ocurre ninguna respuesta.

—Pues no lo sé. Porque... ¿sí? —le sugiero.

Su ceño se frunce todavía más.

—¡Juventud! —Sacude la cabeza con reprobación y en su rostro asoma una sonrisilla—. ¿Sabes algo, criatura desdichada? Hay dos cosas de las que yo entiendo: los hombres y el *gulash*.

Parpadeo con rapidez.

—¿De verdad? —balbuceo, esperanzada—. ¿Y puede decirme usted cómo se hace ese condenado *gulash*?

Cuando sonrío de oreja a oreja, me doy cuenta de que solo conserva dos dientes. Los de arriba.

—Puedo hacer algo mucho mejor. ¡Puedo prepararlo!

Presa del entusiasmo, suelto un grito, me abalanzo sobre ella y me agarro a su cuello. James, quien en ese preciso instante sube a la cubierta en compañía del capitán, me observa con el ceño fruncido. Pongo cara de digna y les vuelvo la espalda a ambos.

James y Parche Sucio esperan a catar el *gulash* mientras matan el tiempo jugando a las cartas y bebiendo ron barato.

Ya impaciente por mostrar mis falsos talentos culinarios, me acerco a ellos, paso una mano por la mesa, arrojando al suelo sus cartas, y les pongo delante los platos humeantes, primero el del capitán y después el de James. No soy tan habilidosa como para manipular dos platos a la vez.

Parche Sucio me mira con los labios apretados, supongo que disgustado por haberle estropeado la partida. Está renegando entre dientes algo sobre la mejor mano que ha tenido jamás.

James, frunciendo los labios, se esfuerza por contener la sonrisa.

—Caballeros. Bueno, vosotros ya me habéis entendido. Aquí está vuestra comida.

Con ademanes ceremoniosos, el capitán agarra la cuchara y prueba el estofado de Polina, mi nueva amiga húngara.

James me sopesa con la mirada. El toque de asombro que capto en su semblante me asegura de que él jamás pensó que yo fuera a conseguir preparar la comida a tiempo. Bien. Porque me complace enormemente disgustarle.

Tras unos segundos sosteniendo mi mirada, se rinde, coge la cuchara y la hunde en el plato.

—¡Por el amor de Dios! —Con mueca de asco, escupe el estofado que acaba de engullir y me mira contrariado—. Julie, ¡menuda bazofia!

—¡¿Bazofia?! Muchacho, este es el mejor plato de *gulash* que he comido en toda mi vida —declara el capitán—. Quemadito, como a mí me gusta. —Bebe de golpe su vaso de ron y se seca la boca con la manga de su chaqueta roja, tan andrajosa como el resto de su atuendo—. Así lo hacía mi madre, la muy zorra. Me abandonó cuando tenía yo ocho años. Dijo que un niño suponía demasiada carga para ella y que era mejor que me devorasen los gatos hambrientos.

¡Pobrecillo! Ahora se explica su carácter violento. Tuvo una infancia de lo

más traumática.

Conmovida por esta faceta vulnerable del capitán, arrastro una silla y me siento a su lado. La tía Nelly siempre ha dicho que mi mayor defecto es tener buen corazón. Mi padre está completamente de acuerdo con ella. Afirma que la bondad será mi perdición. Tonterías. Por eso no deberían preocuparse. ¡Soy más mala que el demonio!

—Capitán... —Cierro las manos alrededor de las suyas y lo miro compasiva—. No sabe usted cuánto lo siento. ¿Cómo se las apañó solo?

Parche Sucio se encoge de hombros.

—Robando. ¡Y durmiendo con los vagabundos y los perros!

Al recordar ese trágico episodio de su infancia, el temible pirata prorrumpe en espasmódicos sollozos.

Creo que se ha pasado con el ron. Desde que estoy aquí, y no han debido de pasar más de veinte minutos, ha vaciado al menos media botella.

—¡Ni siquiera los perros me querían! —berrea, inconsolable—. ¡Nunca compartieron conmigo sus pulgas!

Le paso una mano por los hombros para tranquilizarlo.

—Ande, ande, no llore usted. Seguro que los perros tenían sus razones.

No puedo evitar sentirme impresionada por su sufrimiento. De acuerdo, ha sido malo conmigo, me ha encerrado en una celda y se ha negado a llevarme de vuelta a casa, pero no es más que un ser humano en pena. ¿Acaso no nos enseña la Biblia que hay que cuidar del prójimo? Supongo que sí. Nunca he prestado demasiada atención a esas enseñanzas. Estaba demasiado ocupada planificando mi futuro enlace con *lord* Weston.

James observa la escena con el ceño fruncido. Algo le está disgustando y no tengo ni idea de lo que podría ser, aunque por su impaciencia es evidente que no vamos a tardar mucho en saberlo.

Se aclara la voz con elegancia antes de hablar.

—Creo que será mejor que Julie y yo nos vayamos y te dejemos a solas, capitán —resuelve al tiempo que se pone en pie.

El capitán sopla la nariz en un pañuelo sucio que se saca del bolsillo.

—¿Julie también? —balbucea, enjugándose los ojos con ese mismo lado del pañuelo. Ugh—. ¿Ella no podría quedarse?

Miro su rostro apenado y luego miro el de James. Este último sacude la cabeza para decirme que no lo haga. Titubeante, vuelvo a mirar los ojos de cordero degollado del capitán. Qué penita...

—¡Pues claro que sí, capitán! —exclamo con verdadero entusiasmo—. Me quedaré, y así usted me contará todas sus desgracias. Y luego yo le contaré las mías. James puede apanárselas solo.

James aprieta la mandíbula y me mira con ojos ilegibles. Soy consciente de que no quiere irse y dejarme a solas con un pirata borracho. Si se hubiese preocupado antes por mi seguridad, no estaría en esta situación ahora mismo.

Y, como suelo ser bastante expresiva, así se lo indico con una mirada. No me cabe ni la más remota duda de que él es lo bastante inteligente como para interpretarla.

—Julie, recuerda que habíamos quedado en hacer aquello... ya sabes, lo que hablamos ayer.

Si bien habla con calmosa indiferencia, es evidente lo alterado que está en realidad. No deja de morderse los labios, y tal es su nerviosismo que cambia el peso de una pierna a la otra todo el rato.

Me permito el lujo de una sonrisa discreta. Me divierte verle tan turbado por culpa mía. Eso quiere decir que aún me ama.

—No tengo ni la más remota idea de lo que estás hablando, querido, pero estoy convencida de que *aquello* puede esperar.

Su tez palidece de rabia. James parece la clase de hombre acostumbrado a salirse siempre con la suya. Lo sé porque, cuando miro sus oscuros ojos, clavados en los míos, comprendo el claro mensaje que intentan trasmitirme: *Julie, levanta y vámonos. ¡Ahora mismo!*

Lo comprendo, pero como no me da la gana obedecerlo, le dedico una dulce sonrisa para dejarle claro que no pienso satisfacer ninguna de sus exigencias.

—¿Sabes, Julie?

Parche Sucio coloca una mano encima de la mía, lo cual atrae mi atención lo bastante como para que deje de mirar a James y centre toda mi atención en el anciano cuyo único ojo me contempla con fijeza.

—¿Sí, capitán?

—Conozco a James desde hace años y debo decirte que, al enterarme de que tiene ciertos sentimientos hacia ti, pensé que era la mayor estupidez que había oído jamás. Pero ahora que te conozco, entiendo que esté tan empeñado en casarse contigo. Realmente eres buena muchacha. ¡Y cocinas de maravilla!

Inclino la cabeza con elegancia para recibir sus cumplidos.

—Gracias, señor. La verdad es que me he esforzado mucho para hacer la comida de hoy.

—Oh, y se nota. Se nota. Estaba todo delicioso.

James, de pie al lado de la mesa, se aclara la voz irritado.

—Entonces, te quedas aquí, ¿*con él*?

Elevo la barbilla con desafío y le sonrío.

—Desde luego que sí. El capitán es un señor de lo más agradable, y seguro que tiene grandes historias que contarme. La vida de un pirata ha de ser fascinante.

Mi compañero de camarote me mira con mala cara, los labios apretados en una línea tensa y delgada.

—¿En serio? —Al ver que me limito a sonreír, se rinde con un largo suspiro—. De acuerdo. Si quieres quedarte, quédate. Te veré luego.

Me tenso de cabeza a pies cuando se inclina sobre mí y me planta un beso en los labios. No entiendo muy bien a qué viene esto. Se supone que está horriblemente enfadado conmigo.

—Adiós, capitán. No me la entretengas mucho. La necesito esta noche. —Le guiña un ojo con picardía—. Tú ya me entiendes.

El capitán gorjea como un cerdo. Al darme cuenta de por qué, enrojezco hasta las puntas de las orejas.

—¡James! —lo riño, escandalizada.

Él ríe entre dientes.

—No pasa nada, querida. El capitán ya sabe que eres mía. —Como el capitán no confirma eso, James hace una significativa pausa—. ¿Verdad, capi?

Alterno la mirada entre el uno y el otro. De repente, la atmósfera se ha vuelto tensa a causa del silencio del capitán. James aguarda una respuesta con su hermoso rostro endurecido y los hombros rígidos. Parche Sucio aprieta los labios y me examina con su ojo azul.

—Claro que sí, *milord* —dice al fin, exhalando—. Puedes estar tranquilo. No tocaría jamás algo que te pertenece. ¡Dios me libre de un duelo! Conocen tu buena puntería en los ocho continentes.

Sopeso sus palabras y frunzo el ceño. Me parece a mí que alguien ha faltado a las clases de geografía más que yo.

—Capitán, no existen tantos continentes —informo con aire sabiondo.

Él se cruza de brazos, para nada afectado por su propia ignorancia.

—¿Ah, no? —replica, desdeñoso.

Sacudo la cabeza con desaprobación.

¡Y este hombre se hace llamar marinero!

La noche baña el océano con la pálida luz de su cielo estrellado. Abandono los aposentos del capitán y cruzo toda la cubierta, hasta llegar a nuestro camarote.

James, al verme entrar, cierra ruidosamente el libro que estaba leyendo y me observa con una ceja arqueada.

—¿Y bien?

Empiezo a quitarme la ropa, y él, turbado, se gira para concederme algo de intimidad.

—Y bien, ¿qué? —repongo en tono duro—. Hablamos y ya está. Si lo único que te preocupaba era que yo volviese sana y salva, puedes estar muy tranquilo. He vuelto y estoy bien. Y no es necesario que te gires. Ya me has visto medio desnuda antes.

De espaldas a mí, lanza un gruñido recriminatorio.

—Julie... —comienza con precaución.

—Es igual, de veras. Puedes volverte.

Cuando lo hace, ya me he quitado el vestido y estoy mirándolo con las manos en jarras y cara de enfado. Sus ojos, algo más oscurecidos de lo habitual, me dan un rápido repaso, antes de atreverse a buscar a los míos.

—¿Te gusta lo que ves? —pregunto con frialdad.

Mueve la cabeza, enfadado.

—Julie, venga.

—¡Disfrútalo! —interrumpo, impaciente—. De todas formas, es tuyo, ¿verdad?

Su rostro adopta un aire grave.

—¡Oh, no me digas que estás cabreada por eso! ¡Por Dios, Julie! Hasta tú debes de saber que lo dije con el único fin de mantenerte a salvo. No conoces la reputación del capitán.

—Dudo mucho de que sea peor que la tuya —replico con falsa dulzura.

Cabreada, me acerco a la cama, arranco la almohada de debajo de su cabeza y la lanzo al suelo.

—¿Qué haces? —Confuso, observa mis movimientos y frunce el ceño cuando empieza a comprender mis intenciones.

—Dormir —anuncio, y soplo con furia la vela.

Me tumbo en el suelo, aunque no tengo ni pizca de sueño y soy consciente de que no voy a ser capaz de pegar ojo a causa del frío y el ridículo miedo a los roedores que he desarrollado desde que estamos viajando a bordo de este trasto.

Tan solo pasan dos segundos hasta que escucho el colchón moviéndose y el suelo crujiendo por debajo de sus pies.

Se me acerca y se arrodilla a mi lado.

—Vuelve a la cama —me pide con suavidad—. Por favor.

—El suelo es lo bastante confortable para mí, gracias.

—Julie... —murmura a modo de advertencia.

—No —digo, tajante—. Buenas noches, James.

—Está bien —cede, suspirando.

Cuando creía que iba a marcharse, se tumba a mis espaldas y me rodea entre sus brazos.

—¿Qué haces? —pregunto, apartándome perpleja.

Coloca las palmas contra mi vientre y me arrastra de nuevo hacia él, pegándose a su camisa y al fuerte cuerpo que se insinúa por debajo.

—Si tú duermes en el suelo, yo duermo en el suelo. No pienso estar en un sitio en el que tú no estés.

Nunca había pensado que unas simples palabras pudieran provocar algo tan devastador en mi interior. Pero lo hacen, y me vengo abajo. Mis ojos empiezan a cargarse de lágrimas y la garganta me escuece a causa de los sollozos que reprimo. Doy gracias al Señor de que estemos en total oscuridad. Me moriría si él me viera llorar por esta bobada.

—Esta mañana dijiste que ibas a enviarme de vuelta a casa... —empiezo, pero mi voz se rompe y ya no puedo continuar.

Debe de percibir el dolor que se oculta tras mi silencio, pues me besa el pelo y me abraza más fuerte. Tengo la sensación de que intenta consolarme de alguna manera.

—Mentí —susurra, al tiempo que exhala su respiración en mi nuca.

Me estremezco, como si de repente tuviera frío, y me humedezco con nerviosismo los labios secos.

—¿No vas a enviarme a casa, entonces?

Pega los labios a mi oído y planta un beso ahí.

—¿Quieres que te envíe a casa, Julie? —susurra.

Me giro de cara a él, pero no puedo divisar su rostro a través de la oscuridad.

Claro que no me hace falta verle para saber que está sonriendo.

—Bueno... lo cierto es que... en fin... no me vendría nada mal vivir una aventura... —confieso a regañadientes—. Durante un breve tiempo, por supuesto —me apresuro a añadir—. Mi vida en Inglaterra carecía de cualquier clase de distracción antes de que tú aterrizaras en ella. Y he de confesarte que, pese a todo lo que me has hecho o dicho, eres simpático y... parece preocuparte por mí. Creo que deberíamos intentar ser amigos.

—¿Amigos? —percibo cierta diversión en su tono de voz—. Está bien, *milady*, seremos amigos, si ese es tu deseo. Hasta que me pidas algo más, creo que puedo conformarme con esto.

No puedo evitar que mis labios se curven en una sonrisilla.

—No seas vanidoso. Nunca voy a pedirte nada más.

Suspira otra vez.

—Un hombre y una mujer no pueden ser amigos, pequeña Julie. Pueden enamorarse, o pueden ignorarse.

Me abrazo a su torso desnudo y coloco la cabeza encima de su pecho, a la altura de su corazón. Él me rodea entre sus brazos. Inspiro hondo y sonrío. Huele a mar, a sudor y a él, uno olor que, al igual que nuestro primer beso, nunca podré sacarme de la cabeza.

—Entonces, ignorémonos —susurro.

—Ignorarte me parece estupendo. De todos modos, eres un incordio. Un bonito, travieso y cautivador... *incordio*.

Baja la cabeza y, con suavidad y ternura, coge los labios que le ofrezco. Dejo escapar un gemido cuando su lengua se abre paso a través de mis dientes y empieza a acariciar a la mía de forma lenta. Agarro su rostro entre las manos y aumento la intensidad de nuestro beso, clavando los dedos en sus mejillas.

—No. —James aparta el rostro—. Julie, no hagas eso si lo que quieres es ser amigos. Yo... —Se aclara la voz varias veces—. Si haces eso, no voy a ser capaz de conformarme y... Buenas noches, Julie —concluye, bruscamente, al tiempo que su cuerpo se aleja del mío con rapidez.

Trago en seco y lo miro, sin entender muy bien qué le pasa ahora.

—Buenas noches, James —refunfuño disgustada, y le vuelvo la espalda.

Los siguientes minutos los pasamos en completo silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

—Deberías dormir en la cama —sugiere de pronto—. Hace frío en el suelo.

En eso tiene razón. Me levanto, me acerco a la cama y me tapo con la manta, esperando a que él siga mi ejemplo.

—¿James? —susurro al ver que no se mueve.

Exhala con fastidio.

—¿Qué pasa ahora?

—¿No vienes?

Guarda silencio durante unos momentos. Y luego, su voz, rota:

—No. Esta noche me apetece dormir en el suelo. Esa condenada litera me da dolor de espalda. Buenas noches, *milady*. Que descanses.

Me tumbo de lado y, si bien cierro los ojos con fuerza, no puedo impedir que unas silenciosas lágrimas se deslicen por mis mejillas. Ni siquiera yo misma soy capaz de comprender por qué estoy llorando. No es dolor. No es angustia. No es miedo. Y, desde luego, no es añoranza por mi hogar.

Entonces ¿qué es lo que provoca que estas amargas lágrimas corran por mi rostro? Podría ser... ¿el amor?

Mi mente rechaza de inmediato esa idea. Esto no puede ser amor. Amo a *lord* Weston desde que tenía siete años, y un bandido cualquiera, por muy agraciado que sea, no va a cambiar eso en un puñado de días.



Capítulo 4

Varias semanas dura nuestro viaje a América, y desde el primer día nos enfrentamos a toda clase de desafíos, desde destructoras tormentas que ponen en peligro nuestras vidas, hasta sangrientas peleas entre marineros borrachos.

Para mi asombro, tanto Parche Sucio como James demuestran increíble sangre fría y admirable inteligencia a la hora de resolver los problemas que van surgiendo.

En más de una ocasión, James destaca también por su valentía, sorprendente en un hombre a quien todo parecerle importarle un bledo. De no haber arriesgado su propia vida durante las interminables tormentas, esta tripulación jamás habría vivido para contarlo. Parche Sucio ha pasado la mitad del viaje estando demasiado borracho como para desempeñar su cargo de capitán.

—Julie, va a haber tormenta —me dice James una noche de muchas, nada más compartir un lamentable plato de potaje—. Será mejor que apagues esa vela antes de que se produzca algún incendio.

—Estoy harta de las tormentas —me quejo, volviendo la mirada hacia él—. ¿Cuánto queda hasta América?

—Un cuarto de camino. Puede que menos. Sé que estás aburrida del viaje, pero te prometo que te gustará el nuevo mundo. No se le parece a nada que hayas visto hasta ahora.

—Más vale.

Enfurrugada, soplo aire en la vela y me dejo caer encima de la cama. Otra noche en completa oscuridad, con James patrullando a lo largo de la cubierta, para asegurarse de que todo marcha según lo previsto, y conmigo bajo la manta, asustada por estar sola en un barco lleno de delincuentes. Estoy cansada de lo mismo.

Tuvimos una tarde de niebla y pensé que eso derivaría en una noche tranquila,

una noche en la que poder estar con él, hablar, reírnos.

Pero tan pronto apago la vela, los gélidos vientos del océano se reúnen alrededor del barco y las olas empiezan a alzarse cada vez más alto, tambaleando el suelo por debajo de mis pies. El potaje que acabo de comer se agita dentro de mi estómago.

—¿Lo ves? —James se acerca a la litera—. La tormenta ya se está formando. En menos de cinco minutos, habrá estallado.

—¿Cómo lo sabes?

—No es mi primera travesía, *milady*. He recorrido el mundo varias veces.

—¿Ah, sí? ¿Y dónde has estado?

Se sienta a mi lado y suspira, fatigado.

—África. Japón. América. En todas partes, supongo.

Fuera, los rayos empiezan a estallar, y sombras alargadas se retuercen y se contorsionan en el suelo, como los bailarines de una siniestra obra de ballet. La oscuridad le aporta un brillo peligroso a la mirada de James. Cuando sus ojos se desplazan hacia los míos, me estremezco hasta el tuétano.

—Yo nunca he salido de Europa —le digo, mirando su cara, hermosa, masculina, sin rastro de afectación en ella—. Solo he estado en Londres y París. Por eso admiro tu valentía, James.

—¿Qué hay de valiente en mí? —murmura abatido.

—Todo. Tu actitud hacia con la vida, tu forma de trasladarte de un lugar al otro como si no tuvieras raíces en ninguna parte.

—No las tengo —asegura, y da un sorbo a su petaca de ron. Me ofrece un trago, pero rehúso con la cabeza.

—¿No tienes familia en ningún lugar?

—Sí. En Clovelly —responde tras una pausa—. Pero no mantengo una relación muy estrecha con los míos.

—¿Por qué no?

—No sigo su modo de vida.

—¿Y ellos no lo aceptan?

—No.

Pongo la mano encima de la suya y sus pestañas se elevan despacio. Sus ojos se cruzan con los míos y yo me quedo sin aliento durante unos segundos.

—Me gustas, James —susurro, mirándolo a la cara—. Me gusta estar contigo. Me gusta cómo me miras. Cómo gruñes cuando estás enfadado. Me gusta tu silencio, y que siempre tengas una respuesta para todo. Me gusta que te preocupes por mí cuando salgo de este camarote.

Alarga el brazo y me roza la comisura de la boca.

—Ah, ¿sí? —musita, mirándose los labios.

—Hmmm. Me gustaría ser como tú —murmuro, consciente de que su boca está cada vez más cerca de la mía—. Libre y...

Una mortífera ola se estrella contra el barco, golpeándolo con tantas fuerzas que, con un grito de terror, aterrizo en el regazo de James. Sus manos se tensan alrededor de mis brazos y me aprietan contra su pecho de forma posesiva.

—¿Estás bien?

—Sí, ¿y tú?

—Sí —murmura, y su nuez se mueve al tragar saliva—, pero no me ha gustado eso ni un pelo. La tormenta es peor de lo que pensaba.

—¿Crees que...?

—Todo va a salir bien —me acalla de inmediato.

Me abraza como si no estuviera escuchando el estruendo de las pisadas de los marineros que corren por la cubierta en busca de daños en la estructura del barco; como si no existiera nada más allá de nosotros; como si la oscuridad de la tempestad no fuera a alcanzarnos nunca.

—¡James! ¿Dónde está James? ¡*Milord*, te necesito! —berrea el capitán desde la cubierta principal, y mi preocupación va en aumento. Algo muy malo debe de estar avecinándose ahí fuera.

—Quédate aquí —me susurra James al oído.

Me besa el pelo y miro con ojos impotentes como se aleja hacia la puerta.

Una segunda ola tambaleante y violenta me hace levantarme de la cama y

seguirle. No pienso quedarme aquí sola, a oscuras, sin saber lo que sucede.

—¿Por qué ruges tanto, viejo bribón? —grita James nada más llegar arriba.

Parche Sucio se dibuja de lo más amenazador en medio de la tormenta. Su andrajosa chaqueta roja se agita con furia en torno a su robusto cuerpo, y los cabellos blancos y lacios le flotan al viento.

—Toma —dice, ofreciéndole la ballestilla—. Te nombro segundo de a bordo.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Muchacho, esta es la peor tormenta que he visto en alta mar. Y si este es el fin, prefiero pasarlo en compañía de mi mejor amigo: el ron.

—No me jodas, Edwin.

—A ti, no. Si he de joder a alguien, joderé a Polina. ¿Dónde está Polina? ¡Polii-naaa! *Milady*, cuida bien de tu marido. Yo tengo cosas que hacer. Habrá que despedirse de la piratería por todo lo alto.

James, alertado de mi presencia, se vuelve sobre sus talones y pone mala cara al verme ahí parada, mirando el fuerte oleaje con ojos asustados.

—Te dije que te quedaras abajo.

—Deberías bajar conmigo.

Está a punto de abrir la boca, cuando una ola de varios metros de altura se eleva y cae por encima de nosotros. Grito y caigo al suelo, aplastada por la fuerza del océano. James corre hacia mí, me levanta y me pega contra la pared.

—¿Estás bien?

—Sí.

Sus intensos ojos me escrutan suspicaces.

—¿Seguro?

—Sí —repito, paralizada a su lado.

—Joder. Tengo que ir al timón. Estamos perdiendo rumbo. Ve abajo.

—Pero...

No me ofrece oportunidad de protestar. Se aleja por la cubierta a grandes zancadas y agarra con fuerza el timón, haciéndolo girar varias veces para cambiar de dirección. Lo sigo, tambaleándome de un lado al otro.

Otra ola enorme se eleva justo por la proa.

—James, ¡cuidado! —grito, segundos antes de que toda el agua se derrame por encima de él.

Por fortuna, consigue mantenerse en pie, firmemente sujetando el timón.

—¡Julie!, ¡quiero que bajes ahora mismo al camarote y cierres bien la puerta! —me grita para hacerse escuchar a través del atronador sonido del viento, que estrella gigantescas olas contra los laterales del barco.

—¡No! —grito, agarrándome al mástil para mantenerme en pie.

Los dos estamos empapados. La ropa se nos ha pegado al cuerpo y el frío nos atraviesa con crueldad.

—¡Julie! ¡No tengo tiempo para discutir contigo ahora mismo! Haz lo que te pido por una vez en tu vida.

Los rayos iluminan su rostro de vez en cuando, dándole un aspecto amenazador a su figura. Puedo ver la preocupación reflejada en sus facciones mientras, agarrado al timón, guía con extraordinaria maestría el barco a través del violento oleaje.

—¡James! ¡Tienes que venir conmigo! ¡Vas a congelarte bajo la lluvia!

—Si voy contigo, nos congelaremos todos bajo las aguas del Atlántico. Hazme caso, por favor. ¡Vete!

No puedo irme sin más, así que me acerco a él, cojo su rostro entre las manos y le planto un beso en los labios.

Está tan sorprendido que ni siquiera reacciona. Me mira de un modo muy concentrado, con un brillo insólito en los ojos, un deseo tan oscuro y vehemente que me estremezco solo de pensar en el enorme control que está ejerciendo sobre sí mismo en este momento. Sé que a su parte más salvaje le gustaría aplastarme contra el timón y besarme como no me han besado en mi vida.

—Ten cuidado —susurro, mis dedos acariciando las arrugas que se curvan a ambos lados de su sensual boca.

James maldice por lo bajo, me coge por la cintura y me da un beso tan apasionado que se me olvida la tormenta, la muerte y el miedo que me produce

la idea de bajar sola a un camarote medio inundado.

Sus brazos son firmes y fuertes a mi alrededor, y sus labios saben a mar y a peligro. Me pasaría toda la vida pegada a su pecho, con los labios encajados en los suyos.

—Vete —susurra en mi boca.

Capto el gesto de determinación en la tensa línea de sus labios y asiento. No puedo retrasarlo más. Soy consciente de que todas nuestras vidas están ahora en sus manos, así que más vale ser valiente.

Me despido y, a trompicones, bajo la resbaladiza escalera de madera y cierro bien la puerta, tal y como él me ha pedido. Sumida en oscuridad, la habitación se mece de un lado al otro al ritmo del oleaje, y el agua me llega hasta casi las rodillas. Tengo el potaje en la garganta.

Consigo a duras penas llegar hasta la cama y meterme bajo la manta. Nunca he sido buena rezando, pero esta noche rezaré. Rezaré por James. Por mí. Por todo el mundo. Rezaré para que lleguemos sanos y salvos a América.

América es un punto negro a lo lejos, aunque según James, la alcanzaremos antes de la hora de comer. Está muy animado hoy. En agradecimiento por su heroico comportamiento, Parche Sucio le ha devuelto la botella de su mejor ron, aquella que usó unas semanas atrás a modo de soborno. Al capitán, según él mismo confiesa, no le gusta demasiado. Tiene inclinación por los licores baratos, y ese licor en concreto es demasiado sofisticado para un hombre como él.

—Deberías acicalarte —me dice James a media mañana—. En breve tocaremos tierra. Iré a dar una vuelta por ahí, para que puedas hacerlo con más tranquilidad.

Se marcha y, con la ayuda de Polina, consigo bañarme, peinarme y lucir un aspecto más o menos apropiado, si una ignora el vestido que ella me ha prestado,

demasiado colorido y demasiado escotado para una muchacha de buena familia. Mejor esto que ir desnuda.

Ya acicalada y preparada para enfrentarme a nuevas aventuras, subo a cubierta y me entero de que se ha producido un corto retraso. Parche Sucio ha decidido disminuir la marcha porque dice que trae mala suerte llegar a un puerto antes de que el sol esté bien afianzado en el cielo. Manías de marineros.

—¿Qué tal si nos tumbamos un rato al sol? —propone James al ver el mohín enfurruñado en el que se tuercen mis labios.

—Sí no queda otra...

Tocamos tierra nada más comer, y cualquiera diría que James y yo hemos disfrutado de un viaje agradable. Mirándonos, nadie sospecharía que nos hemos pasado las noches jugando a las cartas con un pirata y una mujer de mal vivir, quienes entre tanto se han enamorado y han jurado no volver a separarse jamás.

Y, a juzgar por lo formales y distantes que parecemos mientras abandonamos el barco, nunca adivinarían que hemos compartido camarote durante semanas enteras. ¡Sin estar casados!

Aunque lo cierto es que él ha estado durmiendo en el suelo, para mi desesperación, y, desde esa horrible tormenta, jamás ha vuelto a acercarse tanto a mí como para besarme.

También para mi desesperación.

—Este es el nuevo mundo, *milady* —me informa con aire grandilocuente, y coloca una mano en mi espalda para guiarme a través del bullicio del puerto de Nueva York. No lo hace como una actitud cariñosa, sino más bien para no perderme de vista en la aglomeración—. ¿Qué te parece?

—Huele a pescado podrido y a pis de gato.

James suelta una carcajada.

—Yo diría que huele a libertad.

—Entonces, la libertad se le parece al olor del pescado podrido y el pis de gato.

James vuelve a reírse.

—No tienes remedio.

Cogemos una calle a mano derecha y nos alejamos del puerto. Lo observo todo con el asombro de un niño que se encuentra por primera vez en un sitio que le resulta extraordinario e intimidante por partes iguales. El ritmo de la ciudad de Nueva York es trepidante. Jamás había visto algo tan animado, ni tantas personas corriendo tan deprisa. Sus rostros parecen serenos y alegres. ¿Por qué están sonriendo? En Clovelly la gente no sonríe. O tal vez sí. Nunca me he parado a contemplarlo.

Apresurados para que los carruajes que viajan como alma que lleva el diablo no nos atropellen, cruzamos una estrecha calle adoquinada, a ambos lados bordeada por altos edificios, y torcemos por un callejón. Mirando hacia arriba, apenas puedo ver el sol.

—¿Cómo han construido estos edificios tan grandes?

—Esto no es nada. Dicen que, en veinte años, los edificios duplicarán su tamaño. E intentan que lo tripliquen.

—¿*Tripliquen*? ¿Pretenden construir la torre de Babel?

—No. Pretenden construir algo aún más monstruoso. Y más duradero. Mira. Ahí está el servicio de correos. ¿Estás segura de esto?

—Es la quinta vez que me lo preguntas, James. Ya sabes sobradamente que sí.

—Solo quiero asegurarme. Si algún día alguien me detiene por secuestro, quiero poder decirles que fue todo idea tuya.

Le sonrío con dulzura.

—Nadie te creería. El gran y peligroso bandido y la joven y delicada doncella —me burlo.

—Si alguien te toma por delicada es solo porque no te conoce. Y me apiado de ese infeliz.

—Gracias —le digo con coquetería.

Entramos en el servicio de correos, donde le escribo un breve comunicado a mi amiga Sylvie.

—Mándelo a París cuando antes —le pido al funcionario al tiempo que le

entrego el sobre.

James abona el importe. Yo no tengo ni una libra.

—¿Crees que tu amiga cumplirá?

—No me cabe duda. Es casi *ma soeur*.

—Bueno, si tú lo dices...

Si quiero holgazanear por el mundo al lado de un bandido, he de proporcionarme una sólida cuartada. Seguro que papá está muy preocupado por mi desaparición. Habrá puesto el país del revés para localizarme. Sylvie es la única persona que puede ayudarme. No me atrevo a pedirle este favor a la tía Nelly. Ni siquiera ella lo aprobaría.

James me abre la puerta y regresamos a la bulliciosa calle adoquinada.

Llama poderosamente mi atención el hecho de que las personas vistan ropa oscura. Aún no he visto ni una sola mujer con un vestido bonito. O al menos una que lleve un vestido de un color que no sea el negro. ¿Acaso América, a pesar de sus sonrisas, está de luto?

De camino a un desconocido destino que James no se ha molestado en compartir conmigo, pasamos por delante de una manifestación. Subido encima de un banco de madera, un hombre blanco grita algo sobre los derechos civiles de las personas de color.

James observa de reojo mi expresión desconcertada.

—¿Qué piensas, *milady*?

—Un país fascinante. Desentono por completo con este vestido rojo que me ha regalado Polina. Todas las mujeres llevan ropa negra aquí.

—Porque vuelven del trabajo, querida. No es un día de fiesta.

—Oh, ¿es que las mujeres trabajan en este país?

James frunce los labios para retener la sonrisa.

—Las mujeres trabajan en todas partes, *milady*, por muy sorprendente que eso te resulte. ¿No te suena eso de la revolución industrial?

Arrugo la nariz con frío desdén.

—En absoluto. Yo solo me intereso por los cotilleos y los escándalos de la

corte. Cualquier otro acontecimiento carece de interés para mí.

—Encomiable actitud. Vamos, tenemos un tren que coger.

Me estremezco cuando me agarra de la mano. Es la primera vez que nuestra piel se toca en semanas y, por alguna razón, su contacto quema.

—¿Un tren? ¿Insinúas que no vamos a quedarnos en este hervidero de vida que es Nueva York?

James gira la cabeza hacia mí y arquea las dos cejas.

—¿Nueva York? De ninguna de las maneras —niega tajante—. Detesto la sociedad. Jamás me mezclo con otras personas si está en mi mano evitarlo. Son mortalmente superficiales. Además, no puedo aguantar los bailes. No hay cosa más absurda que un baile. Por el bienestar de mis nervios, viviremos en el campo.

Mis ojos se abren de par en par.

—¿El campo?! Pero habrá fiestas... y cenas... y bailes... y vestidos bonitos, aunque tu detestes todo eso, ¿verdad?

Su risita traviesa empieza a inquietarme.

—Habrá campos verdes, sombra, libros, cerdos y un enorme huerto que cuidar —repite divertido, y yo lo miro demudada mientras me veo arrastrada hacia la estación.

Mi horror es tan grande que ni siquiera puedo hablar. ¿Adónde me está llevando? Me dejé engañar por el aire romántico de sus ojos y ¿voy a acabar arrastrada al más terrible ostracismo? ¡No es justo! ¿Por qué todas las desgracias han de sucederme a mí? Primero *lord* Weston, y ahora James. ¡No es para nada justo!

—¡Tenías que habérmelo dicho antes! Me habría negado a seguirte en esta locura.

—Aún estás a tiempo de negarte.

—Sí, claro. ¡Acabo de mandar el telegrama!

—Pues manda otro que anule el primero.

Me quedo sin réplica y él me coge por el codo para evitar que tropiece contra

una valla. Enervada, le dispenso una mirada llena de veneno.

—Para ti todo es muy fácil, ¿verdad?

—Casi siempre. Vaya. Parece que todo el mundo se ha propuesto hoy abandonar la ciudad —me dice, señalando la cola que se ha formado delante del mostrador, donde una muchedumbre ruidosa y apresurada se empuja para comprar los billetes, como si estos fueran a acabarse o algo.

—¿Insinúas que vamos a ponernos ahí con todos ellos?

—Desde luego.

Tenemos que esperar al menos veinte minutos a la cola, y los pasamos en el más profundo de los silencios, puesto que yo me niego a dirigirle la palabra y él no hace nada por apaciguarme. Muy bien. Si es lo que se ha propuesto, seguir adelante con esta actitud infantil, allá él.

Billetes en mano, buscamos el andén de donde parte nuestro tren, rumbo al aburrimiento y la desidia. Le lanzo una mirada de odio a James mientras intento seguir el ritmo de sus pisadas.

—¿Por qué esa cara sombría, joven Julie? —se mofa, mirándome de soslayo.

—¡Me habías prometido una aventura! —acuso, malhumorada.

—Y es lo que vas a tener, querida. A mi lado, vivirás la aventura de tu vida —me contesta, empleando un tono tan diabólico que estoy segura de que me arrepentiré de haber accedido a toda esta locura. Lo más sabio habría sido aceptar su oferta de volver a Inglaterra sin él.

¿Oh, por qué maldita razón no lo habré hecho? ¡Ni que estuviera enamorada de este bandido!

Al fin llega el tren, silbando en medio de una oscura nube de humo. La muchedumbre nos empuja por todas partes mientras intentamos subir. ¡Qué bárbaros!

—Julie, dame la mano.

James me agarra de la muñeca y se abre paso entre la aglomeración a codazos. Tras varios momentos de tensión, conseguimos subir y localizar nuestros asientos. No tenemos ninguna clase de maletas, lo cual nos facilita

bastante la tarea.

—¿Estás bien? —me susurra James cuando ya estamos sentados en nuestras butacas.

—Sí. Aunque me ha parecido toda una aventura coger este tren.

—Te lo dije. La aventura de tu vida acaba de empezar.

Me quedo mirando su bronceado rostro y me doy cuenta, una vez más, de lo hermoso que es. ¡Y de que se está mofando de mí!

James, que me ignora de forma deliberada, se saca un libro del bolsillo de la chaqueta y empieza a leer, como si se le hubiese olvidado por completo que estoy aquí a su lado.

Disgustada, me entretengo mirando por la ventana. Jamás cojo un libro si puedo evitarlo. En casa tenía la obligación de leer al menos una vez por semana, pero aquí puedo hacer lo que me plazca.

Y lo que me place es perder el tiempo con cualquier otra cosa.

El tren serpentea a través de bosques y campos verdes, cruzando pueblos tan animados como Nueva York y otros tan vacíos como una ciudad fantasma. De vez en cuando se para en alguna estación para coger más pasajeros.

Al principio, me absorbe el paisaje primaveral que vuela a ambos lados de las vías, pero luego empiezo a cansarme de ver siempre lo mismo.

—¿Qué es eso tan cautivante que estás leyendo? Llevas horas en completo silencio. Debe de tratarse de una obra maestra de la literatura. De otro modo no me explico que estés tan huraño hoy.

James cierra el libro y clava sus oscuros ojos en los míos.

—*Crimen y castigo*, del gran Dostoievski. Es una novela psicológica. Interasantísima.

—No veo qué podría tener de interesante un libro tan grande.

Contiene la sonrisa y busca una mejor postura en el asiento.

—Hace que te cuestiones cosas —me responde.

La tristeza que se refleja de pronto en sus oscuras pupilas consigue que la obra, hasta ahora insignificante para mí, despierte mi interés.

—¿Y qué cosas hace que te cuestiones tú, James?

Se encoge de hombros.

—El bien, el mal, mis pecados, el sentido de la vida... No lo sé, cosas profundas. A veces temo confesar mi propia alma.

—¿Por qué? —musito, preocupada por el tormento que leo en su rostro, que se contrae de pronto en un gesto ausente.

Tengo la sensación de que su mente está a cientos de millas de distancia de aquí. Su cuerpo, sí, está a mi lado, pero él, su esencia, su alma, su corazón, están en alguna parte lejana e inhóspita, quizá perdidos en medio de una profunda oscuridad.

—¿James? —susurro con cautela en medio de un preocupante silencio.

Pongo la mano encima de la suya y ese roce le hace volver al mundo real. Traga saliva, frunce el ceño y baja la mirada al suelo.

—Puede que mi alma sea demasiado oscura, Julie. Y puede que si confieso mis pecados en voz alta...

Turbado, se detiene y se humedece los labios. Su mirada, lejana y desprovista de cualquier humanidad o calor, se pierde en el aire.

—¿Qué pasaría entonces? —lo insto a hablar.

Mueve la cabeza y profundas arrugas de preocupación se forman en su frente. Sus ojos se encuentran con los míos por unos segundos, antes de huir buscando la nada.

—Puede que entonces cobre consciencia de mis actos y... ¿Y si no puedo vivir con todo? ¿Y si el pasado, todo lo malo que he hecho, toda esa oscuridad que intento dejar atrás...? ¿Y si todo eso no quiere dejarme marchar? —habla de forma ausente, como si estuviera por completo perdido en sus pensamientos—. ¿Y si mi lugar no está a tu lado, como me empeño en creer, sino en la oscuridad? Tal vez pertenezca a ella, Julie. Tal vez yo sea oscuro. Tal vez me merezca un castigo. —Un atisbo de sonrisa acaricia sus labios durante una milésima de segundo—. Un castigo por mis crímenes —añade, y su distante mirada se aleja aún más.

Extiendo el brazo y acaricio sus pómulos muy despacio, tomándome mi tiempo en sentir el tacto de su piel bajo las puntas de mis dedos.

—James, tú no eres oscuro. Puede que te guste estafar a los cosacos y liarle con ciertas damas casadas, y, admitámoslo, últimamente has desarrollado una debilidad por el ron, sobre todo el barato, lo cual me horroriza mucho, pero eso no te hace oscuro. ¡Te hace cautivador! Por eso he elegido embarcarme en esta aventura contigo. Me ofreciste la posibilidad de volver a Inglaterra y no lo hice. ¿Por qué crees que he elegido seguirte?

Capto un gesto irónico en la curva de sus voluptuosos labios cuando estos se mueven en una sonrisa torcida.

—Porque los vicios y la oscuridad presentan algo atrayente, pequeña Julie. Sobre todo, para una joven inexperta. Para ti, yo soy la promesa de una vida distinta. Despierto en ti la curiosidad de probar el pecado. Por desgracia, el ser humano siempre siente curiosidad por el lado oscuro de la vida.

—Tonterías. Creo en ti y creo que no eres oscuro, y yo nunca me equivoco. De haber querido hacerme daño, ya me lo habrías hecho. Pero tú, a tu modo extraño y burlón, no has hecho más que protegerme hasta ahora. Una persona oscura no se tomaría tantas molestias.

Una ligera sonrisa apenas se asoma en las esquinas de su boca.

—¿Sabes qué fue lo que me enamoró de ti? —susurra, enfocándose con todo el peso de su mirada—. Fuiste la única persona que confió en mí. Ese día, en el bosque, dijiste que confiabas en mí. Nadie lo había hecho nunca. Eso fue lo que me hizo desear ser digno de tu confianza.

Aprieto los labios para no reírme.

—Y por eso me raptaste y me subiste a bordo de un barco lleno de piratas —repongo con sarcasmo—. Intentabas desesperadamente ser digno de mi confianza.

Se muerde los labios para ahogar la risa.

—He dicho que *a veces* me arrepiento de mis malos actos. Nunca he mencionado nada sobre obrar con inteligencia.

Suelto una carcajada. Al verme reír, curva la boca en una media sonrisa.

Pasan unos segundos y nuestras sonrisas empiezan a desdibujarse poco a poco. Medio ausente, James me acurruca entre sus brazos y coloca la barbilla encima de mi pelo.

—A mediados de la semana que viene estaremos en casa, *milady*.

—¿En casa? —murmuro, no poco sorprendida por la nostalgia que percibo en su voz.

—En casa —corrobora él, mirando distante por la ventana.

Sigo la dirección de su mirada y observo, con una expresión tan perdida como la suya, las siluetas fantasmales de las grandiosas casas de ladrillo que emergen entre la oscuridad de la noche y desaparecen tan rápido como han aparecido.

—Te gustará Luisiana —musita James mientras me besa el pelo.

—No nos precipitemos.

Sonrío y bajo los párpados. Su masculino olor, a aire, cuero y tabaco, me resulta tan reconfortante que no tardo nada en caer en un profundo sueño, del que no despierto hasta el día siguiente.

Luisiana, y en concreto Oak Grove, el pueblo al que viajamos en un carruaje cuyo traqueteo casi me provoca jaqueca, es un sitio rural, pacífico y solitario.

El carruaje se detiene delante de una pequeña construcción de madera, pintada de blanco y edificada en medio de una pradera rodeada de bosques, prominentes árboles que se elevan tan imperturbables como todo los demás. Parece que hoy ni siquiera el viento se atreve a moverse en la apacible Luisiana, tan calmoso me resulta el entorno.

James, quien, muy cortés, me ayuda a bajar del carruaje, me lleva de la mano hasta el interior de nuestra nueva casa. Tenemos que subir cinco escalones y cruzar un amplio porche de madera para entrar.

—El salón —anuncia, una vez entornada la puerta de la entrada—. Solo hay uno, con lo que vamos a tener que compartir el espacio.

La sala de estar es una estancia de techos altos, repleta de libros, que están, o bien colocados en elevadas estanterías de madera, o, sencillamente, desperdigados por el suelo.

—Parece acogedor —acierto a decir, con los ojos clavados en la alfombra marrón que cubre el suelo por debajo de mis pies.

Acabo de darme cuenta de que este hombre y yo vamos a vivir juntos en una casa, sin estar casados. Y eso, por algún motivo, hace que me ruborice. ¿En qué estaba yo pensando? He dejado que esta locura llegue demasiado lejos. Tal vez deba volver a casa y rezar para que mi reputación aún pueda ser salvada.

—¿A qué se debe la tristeza de tu mirada, *milady*? —Las manos de James rodean mis brazos y mis ojos se fusionan con los suyos durante unos segundos—. Si te disgusta la decoración, podemos adaptarla a tu estilo. Yo puedo...

Agito la cabeza y hago ademán de sonreír.

—No, no es eso. Es que yo... —Bajo la mirada al suelo y me tomo un momento antes de hablar—. ¿Por qué estoy aquí, James?

Él coloca una mano bajo mi barbilla, me alza el rostro y evalúa mi mirada como si buscara en ella la respuesta a alguna pregunta que no se atreve a formular.

—¿Quieres que te cuente verdad? No lo sé, Julie. No debería haber hecho lo que hice, y sé que alegar que no pude resistirme no lo exculpa. ¿Te arrepientes de estar aquí conmigo? —susurra, con los ojos clavados en los míos.

Digo que no con un gesto de cabeza. No puedo hacer otra cosa. No cuando sus ojos sostienen a los míos y su simple mirada resulta tan demoledora que en este instante ignoro que hay un mundo fuera de las paredes de esta casa.

—Pero pienso hacerlo —declaro, segundos después, con un hilo de voz.

James enarca una ceja, sorprendido porque, mientras mis labios formulan esas palabras, mi cuerpo señala todo lo contrario. No soy capaz de apartarme de él y,

por la mirada que le dedico, está claro que ardo en deseos de que me bese.

—¿Por qué ibas a hacer tamaño despropósito? —musita, arrastrando los ojos por mi rostro, centrándose sobre todo en mi boca.

Se humedece los labios lentamente y parece hacer uso de todo su autocontrol para reprimir las ganas de estampar sus labios contra los míos y concederme aquello que mi mirada tanto le reclama.

—Bueno, eso es lo más decente que puedo hacer.

James aprieta los labios para no reírse.

—¿En serio? —Traslada ambas manos a mi nuca y empieza a masajear despacio esa zona—. Y esto... —susurra contra mis labios—, ¿lo definirías como decente?

Mis ojos parecen entrecerrarse de forma involuntaria. Tengo que hacer un gran esfuerzo por mantenerlos abiertos y lograr que mi mente permanezca lúcida.

—De ningún modo.

Clava los dientes en mi labio inferior y tira suavemente de él.

—¿Y esto?

Trago en seco y me aclaro la voz varias veces para ser capaz de hablar.

—Sabes sobradamente que nada de lo que tú y yo hemos hecho desde que nos conocemos podría catalogarse como decente, *sir*.

Curva los labios, sarcástico, y me aplasta con brusquedad contra su pecho.

—Déjame decirte algo, *milady*. No doy un ardite por toda la decencia del mundo.

Y nada más decir eso, sus labios descienden sobre los míos y su lengua se introduce en mi boca como una flecha preparada para derruir todos los muros.

Cuando se separa de mí, mi mente, oscurecida de deseo, me exige que le implore por más. Sin embargo, consigo refrenar a tiempo los impulsos que sé que me llevarían a la perdición.

—Y ahora, vamos a repartirnos las responsabilidades del hogar —anuncia James, que me suelta y se aleja hacia la represa de la chimenea.

Se sienta en una butaca, coloca una pierna encima de la otra y se enciende la pipa. Lo miro con las cejas en alto.

—¿Cómo dices?

Imperturbable, dirige los ojos hacia mí y alza las cejas de forma sarcástica.

—¿Pensabas que iba a tenerte de adorno? Por si no te has dado cuenta, Julie, todo el mundo trabaja hoy en día. Tú no vas a ser la excepción.

Un destello de furia pasa a iluminar mis pupilas cuando detecto un ligero toque de burla en sus palabras.

—¡Pensaba que íbamos a divertirnos! Que... que ibas a enseñarme el mundo y...

—Y eso estoy haciendo —me interrumpe, muy tranquilo y para nada alterado por mi creciente nerviosismo—. Estamos en América, ¿no? Es un mundo nuevo para ti, que vas a conocer. A mi manera y cuando yo disponga. —Se pone en pie, con la pipa en la comisura de la boca, y medio sonríe como el bandido odioso que es—. Ahora elige: hogar o cerdos.

No estoy segura de haberlo entendido bien.

—¿Disculpa?

—Y teniendo en cuenta tus pésimas aptitudes, que has demostrado a la hora de preparar ese dañino *gulash*, te sugiero los cerdos.

—¿LOS CERDOS? —rujo, completamente desquiciada—. ¡Los cerdos! —bufo con desprecio—. ¡No pienso cuidar tus condenados cerdos!

Se encoge de hombros, como si no le importara el asunto.

—Entonces, puedes guisar y limpiar la casa. Te aconsejo que empieces cuanto antes. Tengo la pésima costumbre de cenar temprano.

Nada más soltar eso, me da la espalda y se dirige hacia la puerta.

—¡¿Adónde crees que vas?! —exijo saber, siguiéndolo llena de cólera.

—Alguien tendrá que darles de comer a los cerdos —responde desdeñoso, un segundo antes de darme con la puerta en las narices.

Me acerco a la ventana y lo observo mientras camina a grandes zancadas hacia un cobertizo debajo del cual se hallan los cerdos más grandes que he visto

en toda mi vida, unos bichos negros y con pintas de querer merendarse a alguien. Está muy equivocado si piensa que voy a hacerme cargo de esas bestias. ¡Soy una dama! ¡Mi padre es un conde! ¡Mi abuelo era marqués, por el amor de Dios! De ningún modo permitiré que mis aristocráticas manitas rocen siquiera la cochiguera.

Tres horas después

—James, a partir de mañana, ¿puedo hacerme cargo de los cerdos, por favor?

James suelta el tenedor, supongo que aliviado de poder deshacerse de la lamentable cena sin tener que herir mis sentimientos. Yo alzo la cabeza, aliviada de ver que no ruge, no patalea el suelo ni me amenaza con enviarme de vuelta a Inglaterra por ser tan mala ama de casa.

—¡Gracias a Dios! —clama, se levanta y tira a la basura el asqueroso pollo que he preparado—. Pensaba que nunca me lo pedirías.

Contemplo disgustada el desastre que nos rodea. La pequeña cocina está llena de grasa. De hecho, el condenado pollo ha salpicado hasta el techo. Ni siquiera me explico cómo.

Encima de la mesa, el deplorable plato de patatas que he intentado asar en la lumbre espera a ser deshechado.

Por el suelo, yacen esparcidos trozos de puerro, cascaras de huevo, harina y los añicos de los dos platos que he roto durante mis hazañas.

James se agacha y recoge el puchero que he usado para preparar la comida. Estaba debajo de su silla. Lo he cogido con las manos vacías y me quemé tanto que no conseguí llegar hasta la mesa.

—¿Usaste esto para hacer la comida? —pregunta, con ambas cejas enarcadas.

Yo asiento y trago saliva. Él examina el cacharro por todas partes y me mira incapaz de disimular su diversión.

—Está demasiado quemado. Habrá que tirarlo —sentencia, antes de arrojarlo a la basura—. Era el único de tamaño mediano que teníamos. Me temo que vos y yo tendremos que ir de compras mañana, *milady*.

—Lo siento —musito, tan arrepentida que no soy capaz de levantar los ojos y sostener su mirada—. No sabía que había que echarle agua. Como se llama pollo en salsa propia... di por hecho que el pollo... pues... se ocupaba de dejar su salsa propia. Como cualquier pollo decente debería hacer.

James ya no es capaz de aguantarse la risa y estalla en carcajadas. Reúno valor para elevar la barbilla y mirarle, y descubro que está al lado de la lumbre, con los hombros contraídos y todo su cuerpo moviéndose al compás de las carcajadas. Menos mal que no se ha enfadado. Lo que menos me apetecía tras una intensa tarde de trabajo y cientos de quemaduras es recibir una reprimenda.

—Está bien —Se seca las esquinas de los ojos y se obliga a volverse serio—. No pasa nada. A partir de ahora me ocuparé yo de las comidas en esta casa. Ahora, ve a cambiarte de vestido. Te has manchado de grasa.

—No tengo otro para ponerme —musito, torciendo la boca con disgusto—. Polina solo me dejó este. El mío está sucio.

Sus labios se elevan en una sonrisilla enigmática.

—¿Has comprobado el armario de tu habitación?

—No...

—Deberías. Ahí hay ropa para ti.

Frunzo el ceño.

—¿Para mí? —repito, llena de asombro—. ¿Cómo? Si acabamos de llegar. ¿Cómo ibas a saber que yo...?

—Se te olvida que llevo dos años esperándote, pequeña Julie. —De nuevo sonrío de esa forma lenta que me hace derretirme—. Vamos, tenemos que cambiarnos cuanto antes.

Lo evalúo con suspicacia. No entiendo por qué parece tan animado. He

quemado la cena y ahora no hay nada para comer. Debería parecer al menos un poco molesto, ¿no?

—¿Por qué estás tan contento? ¿Y por qué tenemos que cambiarnos cuanto antes?

Me guiña un ojo.

—Porque te llevo a cenar, *milady* —explica, girando un dedo por el aire, como para recordarme el desastre que nos rodea.

Y, sin más explicaciones, me da la espalda y sube por la estrecha escalera de madera que, según he podido comprobar mientras se estaba quemando el pollo, conduce a la zona de los dormitorios.

No tengo otra alternativa que arrastrar las faldas detrás de él. Arriba solo hay dos estancias, dormitorios contiguos, separados por una puerta de madera. Entro en la que se supone que es la mía y abro el armario. Suelto un gritito de excitación al ver la cantidad de vestidos que hay, todos ellos preciosos, telas tan bonitas y cortes tan modernos que me niego a pensar que los ha elegido un hombre como él.

Cojo un vestido de volantes de color amarillo, que se ajusta como un guante a mi cintura, y me lo pongo. Es perfecto para mí.

Encantada, me acerco al pequeño tocador y me recojo el pelo. Me pellizco las mejillas, me muerdo los labios varias veces y suspiro satisfecha ante mi propia imagen. La tía Nelly siempre ha dicho que a las morenas les sienta de maravilla el amarillo, y la tía Nelly nunca se equivoca.

Me contemplo distraída, hasta que mi mirada traspasa el espejo y se aleja por senderos que hasta hoy desconocía.

Me siento como Bella en el castillo de la Bestia. Él sabía que iba a venir. Lo ha preparado todo para la ocasión. Eso es, como mínimo, inquietante, ¿verdad? ¿No debería sentirme asustada? Esto es lo que siempre he deseado. Un hombre que estuviera por completo perdido en mí. Pero ¿y si es demasiado?

Un suave golpe en la puerta me devuelve a la realidad. Me giro y veo que James abre despacio. Se detiene en el umbral, sorprendido y casi boquiabierto al

verme así vestida.

—Vaya. Te sienta... —Se aclara la voz y titubea varias veces antes de hablar—. Te sienta muy bien ese vestido.

Bajo las pestañas con coquetería.

—Gracias, *milord*. Has sido muy amable al prestármelo.

Niega despacio.

—No te lo he prestado. Es... es tuyo. Todo lo que hay aquí te pertenece.

Lo observo en silencio. No soy capaz de encontrar las palabras. Está muy arreglado esta noche, con pantalón negro y levita a juego. No hace falta mencionar lo apuesto que es o lo bien que le sienta vestir como un caballero. ¿A quién habrá estafado para permitirse todos estos lujos? Será mejor que no piense en ello.

—Entonces, gracias. Es muy considerado por tu parte haber pensado en mí.

Se me acerca y me ofrece su brazo. Lo miro sin aliento. ¿De verdad es la Bestia? No lo parece. Hay una pizca de humanidad en su mirada.

Claro que la Bestia también era humana.

Me agarro a su brazo y me dejo conducir hacia la escalera.

—¿Y dónde cenaremos?

—En la única taberna decente que hay en varias millas. Donde Tom.

—¿Habrás que ir andando?

—*Milady*, los hombres de mala reputación saben manejar su propio carruaje. Es más práctico. Por si tienes que huir en plena noche.

La Taberna de Tom es un sitio acogedor, bastante familiar, asombrosamente íntimo.

—Para ser un miércoles, hay mucha gente —remarco, mirando a mi alrededor a los animados caballeros que cenan, beben y vociferan toda clase de groserías.

Supongo que aún no se han dado cuenta de que hay una dama presente.

Tom, el dueño del local, hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Es verdad, señora. En este pueblo hay muchos solteros que se aburren en sus casas y prefieren pasar las noches aquí.

—Aplaudo su actitud. Nadie debería quedarse en su casa si puede evitarlo. ¿Lo has oído, James? Este pueblo está muy animado.

—Estoy extasiado al oírlo.

Tom nos cuenta el menú de esta noche. No hay mucho donde elegir. Podemos cenar pollo asado con manzanas cocidas, o carne de cerdo prensada con guarnición de guisantes y maíz. De postre, solo hay tarta de nueces.

Tanto James como yo elegimos el pollo con manzanas. Él pide vino para acompañar. Yo no suelo beber nunca, pero James insiste, esta noche estamos de celebración y puedo hacer un esfuerzo, así que Tom trae vino para los dos.

—¿Y qué estamos celebrando? —pregunto con una amplia sonrisa.

—Estamos juntos. ¿No te parece bastante?

—Bueno, lo cierto es que me agrada estar aquí contigo, *milord*. Por nosotros, supongo.

—Lo supones muy bien.

Una oleada de aire cruza el local al abrirse la puerta. Entra un joven rubio, fornido, bien parecido, que viste el uniforme militar estadounidense.

—¡James, viejo bribón! —clama alegre, y extiende los brazos como en ademán de dar la bienvenida.

Cruza la taberna en un santiamén y le da un fuerte y excesivo abrazo a James, el cual ya se ha puesto de pie para recibir a su amigo.

—¡Charles! —tanto el rostro de James, como su voz, indican asombro y, a juzgar por la oscuridad de mirada, un ligero enfado por haber sido interrumpidos—. ¡Vaya! ¡Granujilla! ¡Pensaba que estabas aún en Inglaterra!

Charles sonríe de oreja a oreja, desvelando el regocijo que le produce este casual encuentro. Tiene unos ojos oscuros que chispean maldad.

—Y yo pensaba precisamente lo mismo de ti. —Le da unas cuantas palmadas

cariñosas en la espalda y arrastra una silla—. ¿Cuándo has vuelto?

—Hoy mismo. Julie y yo desembarcamos hará un par de días en el puerto de Nueva York. Acabamos de llegar a casa.

El desconocido llamado Charles repara de pronto en mi presencia, y una lenta sonrisa extiende sus labios.

—Julie, ¿eh? ¡Qué grata sorpresa! Y, dime, *milord*, podría atreverme a pensar que Julie es... tu soltera y sin compromiso ¿hermana?

El rostro de James se vuelve más duro.

—Lamento decepcionarte, pero ella es mi pro...

—Su amiga —interrumpo sonriente, ofreciéndole al apuesto Charles una mano que él se inclina y besa.

James gira la cabeza bruscamente y me dedica una mirada de pocos amigos. Espero que este empujoncito sea suficiente para que se me declare de una vez.

—¿Amiga? —se asombra el bueno de Charles, volviendo los ojos hacia James.

Se produce una incómoda pausa.

—Sí —responde este por fin—. Eso parece.

Constato con estupor que mi artimaña le ha pasado desapercibida. Sigue sin captar mis indirectas. Tan espabilado para jugar a las cartas y navegar y, sin embargo, tan ingenuo para los asuntos del amor.

—*Sir* Jamie y yo somos *muy* buenos amigos —recalco, mirándolo con dureza.

Él asiente y compone una sonrisa para su amigo. Soy incapaz de disimular una incredulidad que, conforme avanzan los segundos, se le acerca más al disgusto. ¿Qué más puede hacer una joven para que un caballero de dudosa reputación le proponga matrimonio? ¿Coquetear con su mejor amigo, tal vez? Porque eso puedo hacerlo, y teniendo en cuenta lo apuesto que es Charles, algo me dice que dicha tarea me va a resultar de lo más deleitosa.

—Conque amigos, ¿eh? —Charles, incrédulo, nos escruta con mucha atención—. ¿Y vive en tu casa? ¿*Contigo*?

—Es una larga historia, me temo —respondo con tono dulce.

—Adoro las largas historias. Siempre resultan ser más breves que las demás.
Coloca la silla entre James y yo, separándonos, y se sienta.

—No os molestará que os haga compañía, espero.

Su desdenoso rostro señala que, aunque nos moleste, a él le importará un bledo.

—¿Cómo iba a molestarnos? —el tono arisco de James deja bien claro lo inoportuna que considera la interrupción.

Charles lo capta y nos dedica una sonrisa encantadora.

—Estupendo.

—Y dígame, *milord*, ¿está usted soltero?

Observo de reojo a James, cuyo rostro se contrae de rabia. Bien. ¡Mi plan funciona!

—Nunca había pensado en el matrimonio, *milady*. —Se inclina hacia mí, me guiña un ojo y me susurra—. Nunca, hasta esta noche, quiero decir.

James, furioso más de lo habitual, pasea la mirada de un rostro al otro, bufando constantemente como un gato gruñón.

—Un comienzo prometedor —declara, sarcástico, y levanta la mano para solicitar más vino.

Gruñe algo entre dientes sobre que, sin vino, no hay manera de aguantar nada de esto.

La noche transcurre tal y como yo lo deseaba. Mi coqueteo con Charles pone de los nervios a James, aunque este, a pesar de su condición de bandido, es demasiado orgulloso como para montar una escena, con lo que se limita a comportarse con gélida cortesía y a participar muy de vez en cuando en nuestra conversación.

Tan solo su oscurecida mirada y la dureza de su rostro desvelan sus verdaderos sentimientos.

—¡Eres encantadora, Julie! —afirma Charles, quien parece incapaz de quitarme los ojos de encima.

Se ha pasado toda la noche admirándome y riéndose con todas las tonterías

que he ido soltando.

—Sí, Julie es una bendición divina —se burla James con la voz teñida de sarcasmo—. Tendías que haberla visto cuando se despertó en el barco de los piratas. Seguro que cambiarías de opinión.

Charles suelta una ruidosa carcajada. Ya conoce todos los detalles. Su mejor amigo ha sido de lo más honesto a la hora de precisar los acontecimientos que han originado el encuentro de esta noche.

—Eso es normal, amigo mío. ¿A qué dama le haría gracia que la secuestrasen? Y más si le has estropeado los planes de desposar a ese tal Weston. —Se gira hacia mí—. Y dime, *milady*, ¿cómo es *lord* Weston?

—Seguro que no tan agraciado como vos, *milord*.

Charles, esforzándose por mantener la risa, vuelve el rostro hacia James. Este pone los ojos en blanco.

—No le conoce personalmente —explica con voz cansada.

Charles, asombrado, vuelve la mirada hacia mí.

—¿Ibas a casarte con un desconocido? ¡¿Por qué?!

James, que hasta este momento había permanecido hundido en su asiento con aire de absoluto aburrimiento, se endereza y me contempla con repentino interés.

—Sí, Julie, ¿por qué? Nunca me has dicho de dónde proviene tu fascinación por Weston.

Medito sobre si debo o no debo contarles la verdad, y al final decido que no tengo razones para ocultarla. ¿Qué más da? Es evidente que nunca volveré a ver a *lord* Weston. Cuando yo regrese a Inglaterra, si es que regreso alguna vez, estará ya casado. O será demasiado viejo para casarse.

—Todo empezó cuando yo tenía siete años. Mi padre me había castigado por la rabieta que había montado, y estaba bastante alterada. La razón del castigo fue que me negué a ir a misa ese domingo. Siempre me han disgustado las iglesias.

Me quedo callada y reflexiva. Recuerdo perfectamente ese día. Marcó un antes y un después en mi vida.

—En realidad, fue el peor día de toda mi vida —prosigo, y un gesto de dolor

contrae mi rostro—. Mi madre estaba enferma y mi padre quería ocultármelo, así que, para deshacerse de mí, me mandó al pueblo a comprarle flores a mamá. Dijo que la animaría, y yo quería creerlo con toda mi alma, con lo que me fui corriendo de inmediato. Crucé el viejo camino para llegar antes, a pesar de saber que no debía hacerlo.

—¿Y por qué no debías hacerlo? —se interesa Charles, ceñudo.

—¿Los bandidos? —pregunta James, y yo asiento.

—Sí. Había oído que se ocultaban detrás de los árboles y asaltaban a los carruajes, pero pensé que no se meterían con una niña tan pequeña. Me equivoqué. A mitad del camino, tres hombres de mal vivir me detuvieron y me quitaron el dinero que me había dado mi padre para comprar las flores. Ahora ya nunca podría animar a mi madre. Iba a tener que regresar con las manos vacías, y ella se pondría aún más triste. Eso me desanimó tanto que me eché a llorar del disgusto.

Charles se sirve más vino y me apremia a seguir con un gesto de su mano. Sin embargo, yo no sigo, puesto que James me mira de una forma absolutamente desconcertante y no soy capaz de centrarme en nada que no sea esa oscura mirada clavada en la mía.

—¿Y qué fue lo que pasó? —pregunta Charles, ya impaciente.

James, que parece cobrar consciencia de que estaba mirándome con fijeza, aparta la mirada, carraspea y toma un sorbo de vino.

—Sí, Julie, ¿qué fue lo que pasó ese día? —quiere saber, un poco avergonzado por su anterior escrutinio.

Me tomo unos instantes antes de hablar, con la esperanza de que él vuelva a mirarme de ese modo. Era como si sus ojos estuvieran transmitiéndome algo, pero no soy capaz de descifrar su mensaje. Tal vez si volviese a mirarme así...

—¿Julie?

Sobresaltada, giro la cabeza hacia Charles, que aguarda con las cejas alzadas. Me esfuerzo por recuperar el hilo de mis pensamientos.

—Oh. Sí. Me encontré a otro hombre de camino a casa, un joven alto y

apuesto que se detuvo al verme llorar.

James se mantiene mortalmente serio.

—Y ese joven recuperó tu dinero —conjetura Charles.

—En absoluto. Pero me consiguió otro ramo de flores. Arrancó unas peonías del jardín de *lord* Stafford. Moradas. Aún recuerdo lo bien que olían.

Charles sonrío.

—Muy espabilado. ¿Y animaron a tu madre?

Lo niego y empiezo a frotarme los nudillos con nerviosismo.

—Cuando llegué a casa, ya estaba muerta —contesto con un hilo de voz—. Nunca llegó a ver lo bonitas que eran.

Bajo la mirada y permanezco en silencio durante un largo tiempo, silencio que ni James ni Charles se atreven a romper.

—¿Y qué tiene que ver esto con Weston? —susurra Charles por fin—. ¿Él era el joven?

Me armo de valor, levanto la mirada y compongo una sonrisa temblorosa.

—Sí. Fue bueno conmigo. Vino esa noche a presentar sus respetos y me dijo que no era culpa mía, que aunque yo no me hubiese retrasado, mi madre se habría muerto igualmente. También me dijo que ella estaba muy orgullosa de mí y que desde el Cielo podía ver mis flores y estaba sonriéndome. A pesar de su espantosa reputación, a pesar de que todo el mundo decía que su alma pertenecía al Diablo, él fue el único que estuvo a mi lado esos días. Me cogió de la mano durante todo el entierro y me mostró algo que nadie más fue capaz de ver desde entonces.

—¿El qué? —musita James.

Nos miramos a los ojos durante un tiempo inconmensurable, los dos callados.

—Que él también era humano —susurro, sin conseguir arrancar mi mirada de la suya.

James traga saliva.

—Una historia preciosa —resuelve Charles, después de tomar un buen trago de vino para deshacerse de la emoción—. Te consiguió flores y, encima, fue un

consuelo para ti. No me sorprende que quisieras desposarlo. Ese tal Weston es el héroe romántico que toda chica desea hoy en día, ¿verdad, James?

—Desde luego. Muy romántico —la voz de James resuena tan glacial como se ha vuelto su mirada.

La burla que hay en sus palabras me hiere profundamente. No entiendo por qué se comporta así de pronto. Hasta hace unos segundos, él y yo parecíamos tener alguna especie de conexión, algo que ni yo misma comprendía, pero ahora lo ha echado todo a perder con su ironía.

—Así que decidiste casarte con él porque te pareció humano —resuelve, y aumenta el sarcasmo con el que me está hablando.

—Él es bueno —declaro con dureza—. Sé que lo es. No es un insensible como tú.

Una oleada de tristeza empaña la pequeña sonrisa de James. Baja la mirada al suelo y se toma unos momentos antes de hablar.

—Tienes razón. Él es mucho mejor persona. O, al menos, lo fue en algún momento.

Charles suspira.

—Tu amiga es una mujer fascinante, *milord*. Tan fascinante, que este sábado pienso organizar un baile en su honor. Si pensáis vivir en Oak Grove, tenéis que integraros cuanto antes. Y solo os podéis integrar si caéis bien a las viejas cotorras que gobiernan este pueblo. Pero cuidado, no se os ocurra decir que sois amigos. Un hombre y una mujer que viven juntos sin estar casados, por muy amigos que afirmen ser, caen en desgracia de inmediato en nuestro Viejo Sur. Y, una vez en desgracia, jamás podréis volver a levantar cabeza en público, os lo advierto. Tenemos que inventarnos una mentirijilla, y vosotros, como dos actores, debéis interpretar vuestro papel a la perfección. ¿Qué tal si sois hermanos, dos nobles ingleses que han sido exiliados de su país por oponerse al Gobierno? Los exiliados tienen un aire de romanticismo que hace que te caigan bien de inmediato.

Me deshago de mi tristeza y le sonrío a Charles.

—Cuenta con ello, *milord*.

Los pícaros ojos de Charles brillan de excitación.

—Será divertido.



Capítulo 5

En cuanto Charles se marcha, James se convierte en un ser taciturno y huraño. Me insta a montar en el carruaje con un gesto de la mano, y regresamos a casa envueltos en un extraño silencio. Quiero decir algo, lo que sea, preguntar por qué se está comportando de esta forma, pero temo tanto la respuesta que decido mantenerme callada.

Llegados a la pequeña granja, James se baja de un salto y se dispone a desensillar el caballo.

Ni siquiera me ofrece la mano para ayudarme a bajar. Y ni siquiera me importa. Es un insensible. Le he hablado del peor momento de mi vida y lo único que se le ha ocurrido hacer ha sido burlarse de mí y de *lord* Weston. No volveré a dirigirle la palabra nunca más.

Bajo enfurecida del carruaje, recorro el patio sin decir nada y doy un portazo al entrar. Deprisa, subo a mi habitación, me desvisto, me trenzo el pelo y me pongo una camisola. Cuando regresa James y cierra la puerta ruidosamente, yo ya estoy en la cama, con la vela apagada.

Pasado un rato, deja de hacer ruido en la planta baja y la casa se sume en un profundo silencio. Agudizo el oído para escucharle subir por la escalera, pero parece que ha decidido quedarse abajo esta noche, pues ningún crujido interrumpe este desquiciante sosiego.

Estoy tan frustrada que empiezo a dar vueltas por la cama. No puedo dormir del disgusto. ¿Por qué no ha subido a disculparse?

Debe de ser casi medianoche cuando la puerta se abre y James entra dentro de mi habitación. Está loco si piensa que estoy de humor para sus estúpidas disculpas. ¡Llevo horas esperándole! Si me dice algo, me echaré a cantar solo para no escucharle.

A pesar de mis negativas, una parte de mí sigue esperando a que él hable, mas James nada dice. Se quita parte de la ropa y se desliza con cuidado en mi cama.

Creo que sabe que no estoy durmiendo, pero si lo sabe, no lo manifiesta de ningún modo.

No tarda más de unos segundos en abrazarme y hundir el rostro en mi cabello. Su aliento arrastra un ligero olor a ron y yo tengo ganas de llorar, porque tenerle tan cerca de mí duele de un modo que no puedo explicarme.

—Siento mucho lo de tu madre —me susurra al oído—. Y siento ser un cretino la mayoría de las veces. Es que... ya no sé cómo ser de otro modo.

Aprieto los ojos y me mantengo en silencio, con la garganta escociéndome y los ojos empañados. Al cabo de un tiempo, su respiración se calma. Se ha quedado dormido.

Y aunque me resisto a hacerlo, pues odio sentirme tan a salvo con él a pesar de todo, yo también estoy a punto de dormirme. Lucho por mantener los ojos cerrados, solo por llevar la contraria, pero el sueño acaba vencéndome.

Por la mañana, mi cama está vacía. James ha desaparecido. En su lugar, encuentro una nota que me estropea por completo el humor.

Hazte cargo de los cerdos. De las tareas de la casa me he ocupado yo.

—Cretino —bisbiseo entre dientes.

¿Por qué habré pensado que las cosas iban a cambiar después de lo de anoche? ¿Fui tan estúpida como para creer que él y yo teníamos algo?

Arrugo el papel, lo lanzo contra la puerta y suelto un grito ahogado. Está muy equivocado si piensa que voy a mover un dedo. Tengo pensado cogerme la mañana libre para hacer lo que me plazca. Eso de la igualdad en las tareas del hogar no ha llegado al viejo continente todavía.

Y si a James no le satisface mi decisión, que contrate servicio como hace la gente de bien.

Plegando los labios en una radiante sonrisa, me entretengo delante del espejo todo lo que puedo. Me peino, canturreo, me pellizco las mejillas...

El sol sonríe desde lo alto cuando bajo a la cocina a por algo de comer. Aunque había decidido no hacerlo, solo para fastidiar, mi estómago no parece estar de acuerdo con eso y me obliga a quebrantar uno de mis juramentos.

¿Y cómo no quebrantarlos cuando en esta casa huele tan bien que las tripas no dejan de sonarme? Al llegar a la cocina, comprendo por qué tengo tantísima hambre. En el hogar hay un estofado haciéndose a fuego lento y en toda la planta baja flota un maravilloso olor a carne macerada en vino. El estómago se me contrae dolorosamente.

Me acerco, cojo una cuchara y lo pruebo. ¡Dios mío! Es lo más delicioso que he comido nunca. ¿Quién es este hombre y cómo ha aprendido a cocinar? ¡Y a limpiar!

Suelto la cuchara y descubro que la cocina está impecable. No hay ni rastro del desastre que dejé anoche. James ha debido de madrugar mucho. Me ha preparado incluso el desayuno, una especie de torta de maíz sobre la cual me abalanzo como una fiera hambrienta.

Le doy un bocado para calmar los rugidos de mi estómago y me salgo al patio, a la luz de la mañana. Esperaba encontrar a James alimentando a los cerdos, pero no está aquí. Y a juzgar por la ausencia del carruaje, diría que se ha marchado a la ciudad a comprar un cazo nuevo. ¡Sin mí!

¿Y ahora qué se supone que debo hacer yo, aquí sola en este páramo?

Tras unos momentos de reflexión bajo los rayos del sol, decido desayunar y salir a dar una vuelta por los prados. Como el odioso señor Vane no se ha ofrecido a mostrarme el entorno, tendré que hacerlo todo yo solita.

El sol está casi en el oeste cuando regreso a casa. James está sentado en el porche, con una pipa entre los labios. Ha comprado una mecedora y se está balanceando despreocupadamente en ella. Parece un forajido, en mangas de camisa y con el cabello alborotado, el rostro atezado y los ardientes ojos de un maldito. Ni siquiera ha tenido la decencia de afeitarse esta mañana, y aunque todavía nos separan unos cinco metros de distancia, sé más que de sobra que ya se ha ensañado con el ron. Una actitud muy poco madura por su parte.

—Los cerdos están hambrientos —informa nada más verme.

—Y a mí ¿qué?

—Pensaba que había dejado claro lo de las tareas, pero veo que sigues sin comprenderlo.

Está loco si piensa que me asusta la dureza de su voz.

—No iba a manchar mi bonito vestido nuevo para dar de comer a tus estúpidos cerdos.

—Así que el problema es el vestido.

—Pues sí —respondo, mirándolo desafiante a la cara.

—Bien, porque tengo la solución —anuncia, con un brillo de lo maligno refulgiendo en su mirada.

—Y qué solución es esa, ¿si puede saberse?

—Mejor te lo enseño. Siempre me gusta llevar las cosas a la práctica.

Abandona su mecedora y viene hacia mí a grandes zancadas, mostrando un aspecto tan feroz que se me forma un nudo en la garganta. ¿Qué estará tramando ahora? ¿Por qué brillan tanto sus ojos? No confío en ese destello.

Pego un grito cuando pasa una mano por detrás de mis rodillas y me levanta en vilo.

—¿Pero qué estás haciendo? ¡Suéltame, bestia!

—Lo haré. Pero aquí, no.

Con ojos aterrados, presencio impotente cómo James cruza el patio conmigo en brazos, abre la cochiquera y me tira en medio de una enorme montaña de estiércol, tan apestoso que me entran arcadas.

—Si tu problema era marcharte el vestido, ya lo hemos solucionado. El vestido está manchado, con lo que ya no tienes razones para no dar de comer a los cerdos.

No.me.lo.puedo.creer.

—¡El único cerdo que hay aquí eres tú! —Intento incorporarme, pero mis pies se resbalan y vuelvo a aterrizar de culo en el barro—. ¡Y no pienso darte de comer! ¡Te odio!

James se cruza de brazos y su boca adquiere un gesto cínico. Me indigno tanto que me olvido de mis buenos modales, agarro un buen puñado de estiércol y se lo lanzo a la cara. La bola surca el aire y erra por un par de centímetros. ¡Maldita puntería!

—¿Es tu última decisión, *milady*?

—¡Sí!

—Bien. Entonces, te quedarás aquí hasta que recapacites.

Me yergo sobre mi metro setenta de estatura y lo miro desafiante, todo lo desafiante que puede resultar alguien cuya cara está manchada de mierda de cerdo.

—No serías capaz.

—Obsérvame.

Con un brillo perverso en la mirada, sale, acciona el cierre de la puerta e inclina la cabeza con falsa cortesía.

—Querida —se despide educadamente.

—¡Haré que te cuelguen por secuestro y maltrato!

—Suerte con eso.

Y se marcha sonriendo desdeñoso. Lo miro con ojos escépticos, debatiéndome entre la incredulidad y el terror. No irá a dejarme aquí con estas bestias hambrientas, ¿no? ¿Y si tienen tanta hambre que me comen a mí?

No, no puede dejarme aquí. Solo intenta darme una lección, como papá. Ahora se dará la vuelta y me abrirá la puerta. Sí, justo ahora. ¡¿Por qué sigue andando?!

Un cerdo se me acerca, mete el hocico bajo mi falda y empieza a olfatearme el tobillo.

Padre nuestro que estás en el cielo...

—Quita, bicho —chillo, dándole una patada al animal.

El cerdo me mira tan desdeñoso como James —serán parientes cercanos— y se marcha al otro rincón de la cochiguera.

—¡Haré que te cuelguen, James Vane! —estalla mi voz por todos los valles.

—Será difícil conseguirlo desde una cochiguera.

Suelto un grito de ira y le doy una patada a la puerta.

—Haré que le cuelguen por esto —me prometo a mí misma mientras recorro el estrecho espacio de punta a punta.

El sol se acaba de poner. Sigo en la cochiguera. Los cerdos no se han alimentado de mí. Lamentablemente. Aun con el riesgo de morir devorada, me habría encantado que mi trágica muerte pesara sobre la conciencia de James.

El mundo está en calma y yo tengo ganas de llorar. Nunca debí haberle creído. ¡La aventura de mi vida! Qué estupidez tan grande.

Al verme tan infeliz, uno de los cerdos viene y me olfatea el rostro con el hocico.

—Hola —le digo, y le acaricio la cabeza como a un perro.

El cerdo hace un ruido de satisfacción y se queda quieto para que le acaricie.

Prorrumpo en sollozos.

—¿*Milady*? ¿Por qué lloras tan desconsoladamente?

Debía de estar oculto entre sombras porque no tarda nada en materializarse delante de la puerta.

—Vete. No quiero hablar contigo.

—Vamos, vamos, no llores. Te sacaré de ahí, si tan mal lo estás pasando.

—No quiero tu estúpida misericordia.

—No es misericordia. Es que me aburro. Tus insultos animarán la noche.

Suelto otro gemido lastimoso y James cruza la puerta. Viene hacia mí, ahuyenta al cerdo y me levanta en brazos.

—No me toques. Estoy sucia.

—Me bañaré. Vamos. Agárrate a mi cuello.

—Prefiero caerme y torcerme el cuello. Así me moriré de una vez y me libraré de ti.

Se ríe, me saca de la cochiguera y cierra la puerta con una mano. Acabo aferrándome a su cuello, pues de lo contrario me escurriría al suelo. Estoy muy resbaladiza. Qué asco. Mi llanto se vuelve más intenso.

—¿Quieres decirme por qué estás tan triste? —me susurra, obligándome a mirar sus ardientes ojos de forajido.

—Nunca más podré volver a comer jamón —berreo entre sollozos—. ¡Me he hecho amiga de los cerdos!

James rompe a reír, con una risa tan gutural que preferiría no escucharla nunca más. Me hace sentir cosas que detesto sentir. Y más después de todo lo que me ha hecho últimamente. Bueno, lo que me ha hecho desde que le conozco.

—Traeré otros cerdos que no sean amigos tuyos —resuelve para apaciguarme.

—No te mofes.

—No lo hago. Va en serio.

—Te odio.

—Lo sé. Yo también me odio. Por eso te he preparado el baño.

—Eso no hará que te odie menos.

—También te he guardado estofado de ternera.

—Bueno, quizá una pizca menos.

—Y pienso cantarte hasta que te quedes dormida.

—Aun así, seguiré odiándote mañana.

—Me lo merezco. Y lo siento. Solo quería... darte una lección.

—Una gran lección —comento sarcástica, ya sin fuerzas para estar enfadada.

—No lo comprendes, ¿verdad?

—¿El qué?

—Por qué lo he hecho.

—Porque eres un rufián sin escrúpulos, ¿por qué si no?

—También. Pero no. Lo he hecho por motivos bien diferentes.

—¿Y se puede saber cuáles son esos motivos?

—Toda tu vida te han tratado como a una princesita y yo no quería hacer lo mismo. En mi mundo, el respeto se gana, Julie.

—¿Y me respetas ahora?

—Te respetaré más cuando te vea alimentar a los cerdos.

Hago una mueca en la oscuridad. ¿Qué tiene eso de respetable?

James abre la puerta y me deja en el salón, de pie junto a una tina llena de agua caliente.

—Te dejaré algo de intimidad —murmura, volviéndose de espaldas a mí.

—No te vayas de casa —le pido en un impulso. Por algún motivo, no quiero estar sola esta noche.

—No lo haré. Te esperaré arriba.

—Vale.

—Vale —acuerda, y se marcha.

Me deshago de mi apestosa ropa y me hundo en la tina. El agua tiene la temperatura justa. Apoyo la cabeza en el borde y cierro los ojos. Desearía estar a mil millas de aquí.

Al mismo tiempo, sé que odiaría marcharme. Con James, siento cosas que no debería sentir, tengo deseos que no me atrevo a confesar y fantaseo con sucesos que sé que nunca se harán realidad.

Con James, todo es tan malditamente diferente. Él... él no me lo da todo como los demás. De hecho, no me da nada, y eso hace que lo desee con más fuerzas aún. Lo deseo porque no puedo tenerlo.

Paso un buen rato en la bañera, intentando aclarar qué es lo que siento por él. Todo se ha vuelto demasiado complicado desde que dejamos Clovelly.

Creo que estoy enamorada, pero no de él, sino del hombre que me gustaría que fuera. El hombre que sé que podría llegar a ser algún día. La mejor versión de sí mismo está oculta en alguna parte de su interior y me gustaría llegar a conocerla. Claro que eso no es posible. James no busca ser mejor. Para él es suficiente ser quien es. Lo tomas o lo dejas. No te da otra opción.

—¿Julie? —susurra a mis espaldas.

—¡Estoy desnuda! —grito, incorporándome en la tina.

Se produce una pausa. Y luego, su voz, ronca:

—Esperaré a que te vistas.

Suspiro y salgo de la bañera. Encima de una silla, encuentro una toalla y ropa limpia. No me ha traído un vestido, sino una camisola larga, de las que suelo usar para dormir.

Y aunque sé que una mujer de buena reputación jamás llevaría algo así delante de un hombre que no es su marido, me la pongo y me trenzo el pelo.

—Puedes entrar —anuncio, cuando ya he acabado con todo.

Escucho sus firmes pasos cruzando el pasillo. Tarda menos de tres segundos en hacer visible su presencia.

Al verme, se detiene en el umbral, como si hubiese recibido un golpe que le dejara sin aliento. Sus ojos arden como las brasas cuando se cruzan con los míos, tras haber inspeccionado mi cuerpo entero. Un gesto de agonía se insinúa en el frunce de sus cejas.

Yo sostengo su mirada, y él, al darse cuenta de la forma en la que me está mirando, parpadea azorado y desvía los ojos al suelo.

—Lo siento. Te tenía que haber traído un vestido.

—No —susurro, mirándolo—. Esto es más cómodo. Estoy harta de los vestidos encorsetados. Sueño con el día en el que las mujeres podamos llevar pantalones. La tía Nelly dice que son cómodos.

Hace amago de sonreír y levanta la mirada hacia la mía.

—Lo son. Venía a decirte que hay un plato de estofado en la cocina. Lo he calentado para ti.

Su voz es baja y suave. Sus ojos evitan cruzarse con los míos. Parece turbado por mi presencia.

—¿No vienes tú?

—No. Voy a bañarme. Apesto a cochiguera.

—Oh.

Entra en el salón, se arrodilla delante de mí y empieza a vaciar la tina dentro de un barreño.

—Debería ayudarte —me ofrezco de pronto.

—No. Ve a cenar.

Trago saliva, aguardo un momento por si cambia de opinión y, al ver que no lo hace, me marcho en silencio, dejándole ahí de rodillas, turbado y tan avergonzado que no se atreve a mirarme.

¿Qué demonios nos está pasando hoy?

Encima de la mesa de la cocina encuentro el humeante plato de estofado que me ha prometido. Tengo tantísima hambre que me lo como entero, con el trozo de pan y queso que me ha dejado envueltos en un trapo. Está todo delicioso.

Después de cenar, recojo un poco la mesa y barro las migas que he tirado al suelo. Regreso al salón, para ver si James me necesita para algo, pero él ya ha acabado de vaciar el agua y ahora está de pie, quitándose la ropa.

Algo se contrae dentro de mí al ver cómo se baja la camisa por los anchos hombros. Debería decir algo, hacerle saber mi presencia, pero estoy tan embotada que contemplo sin aliento su morena espalda desnuda y los fuertes músculos que se tensan cada vez que él mueve los brazos.

James deja caer la camisa al suelo y empieza a quitarse los pantalones. Presa del pánico, me vuelvo sobre los talones y salgo corriendo escalones arriba. Estoy turbada y ruborizada como nunca en mi vida lo he estado.

Pero hay algo más, algo que no tiene nada que ver con la turbación o el rubor. Algo primitivo. Visceral. Completamente irresistible. Hay algo en mí que me

insta a dar media vuelta y juntarme a él en la bañera.

Aterrada por mis propios pensamientos, me meto en la cama deprisa, me tapo hasta las orejas con la colcha y cierro los ojos con la esperanza de que eso reprima todos mis impulsos. Si alguna vez hubo un momento perfecto para las oraciones, es este. ¡No puedo desear lo que estoy deseando!

—Ave María purísima, que... que.... ¡Demonios, no me acuerdo de cómo seguía! —me sulfuro, irritada conmigo misma—. No pasa nada. Cantaré. ¿Cómo era esa canción? *En la alta colina, el bandido espera, canta'n sordina...*

Aaaaahhhh. ¿Por qué se me ocurren solo canciones viles que una señorita decente no debería conocer? Todo es culpa de James Vane. Durante el viaje a América, no ha dejado de silbar la maldita canción del bandido que seduce a la señorita.

—Julie, ¿estás durmiendo ya?

Mis ojos se dilatan de golpe. ¿Qué hace aquí?

—Sí —contesto alocadamente, y luego cierro los ojos al comprender la estupidez que acabo de cometer.

—Vale —dice James, ahogando la sonrisa—. Si estás durmiendo, no quisiera molestar. Buenas noches.

Trago saliva y maldigo hacia mis adentros.

—Espera. No te marches.

Me destapo la cabeza y lo miro. Está en el quicio de la puerta y me está sonriendo.

—¿Quieres que me quede? —susurra con voz ronca.

Asiento en silencio.

—Me he acostumbrado a dormir contigo.

La boca de James dibuja una sonrisa tierna.

—Pues ya somos dos —musita, viene hacia mí y, una vez metido en la cama a mi lado, nos tapa con la colcha y me abraza.

Cierro los ojos y me obligo a respirar. El calor de su pecho me envuelve y me paraliza la mente. No voy a poder dormir si sigo sintiendo esta presión entre los

muslos y esta extraña energía fluyendo entre nosotros.

—¿Te has enamorado alguna vez? —susurro de pronto.

James sonrío contra mi pelo.

—Unas cuantas.

—¿Pero enamorado de verdad?

Se produce una corta pausa. Sus brazos se convierten en acero alrededor de mi cuerpo.

—Eso solo una vez.

—¿Hace mucho?

—Ahora.

Me vuelvo entre sus brazos y mis ojos se pasean por todo su semblante. James tiene la mirada bajada y me está contemplando la boca.

—Estoy enfadada contigo por... Por todo, en realidad. Estoy... Dios, ¡estoy tan furiosa contigo!

—Lo sé —musita, y su respiración se acelera de golpe.

Nunca antes había sido tan consciente de que él es un hombre y yo una mujer. Una mujer que desea a este hombre.

—Pero...

—Pero ¿qué? —pregunta, alzando esperanzado la mirada hacia la mía.

Me humedezco los labios. Sus ojos se oscurecen.

—Me gustaría...

—¿Sí?

—Que volvieras...

—¿Hmmm?

—A besarme.

Entrecierra los ojos y curva la boca en una sonrisa débil.

—No quiero besarte.

El pánico acomete contra mí, haciendo que mi corazón dé un doloroso vuelco.

—¿Por qué no?

James coge mi cabeza entre las manos y me obliga a mirarle.

—Porque después de besarte, querré más.

Sostengo sus ojos durante unos segundos, y luego, susurro:

—¿Y qué te impide cogerlo?

—La decencia, quizá.

Sonrío un poco.

—Tú no tienes de eso, *sir*.

Él también sonríe.

—Contigo, sí. Tú... eres especial.

—Entonces, cástate conmigo mañana.

James parpadea.

—¿Y Weston?

—¿Qué pasa con Weston? —me asombro yo.

—Si te casas conmigo, no podrás casarte con él.

—Ya. Bueno. En este momento solo sé que te quiero a ti —murmuro, extendiendo el brazo y paso mis dedos por encima de la barba que cubre sus mejillas—. Hmmm. Es el segundo día que no te afeitas.

—Estoy hecho un bárbaro.

—Me gusta.

—¿Estás segura de que me quieres?

—Definitivamente. Bueno, puede ser. No lo sé. Quizá una pizca. ¿A quién le importa?

Su rostro se inclina sobre el mío y sus labios se posan sobre mi mejilla. Siento su sonrisa contra mi piel.

—Definitivamente, puede que yo también te quiera a ti, una pizca o más —murmura mientras me alisa el pelo con las dos manos.

Sonrío y cierro los ojos, a la espera de un beso que se hace de rogar.

—Julie.

Levanto despacio los párpados y recorro su rostro con la mirada.

—¿Hmmm?

Su boca se curva en una lenta sonrisa.

—Quiero que me mires a los ojos y me digas que a quién quieres es a mí, no a él. Que, a pesar de conocerme tal y como soy, lo bueno y lo malo que hay en mí, me quieres. *A mí*. Al hombre real, no a la imagen romántica que has proyectado sobre un hombre que ni siquiera es como tú te empeñas en creer. A los hombres no hay que subirles en pedestales tan altos, Julie. Podrían caerse y convertirse en añicos. Hay que quererlos tal y como son en realidad. No puedes idealizar a un hombre. Lo único que recibirías a cambio sería decepción.

Hombres y su estúpido orgullo.

—¿Tan importante es para ti saber que te quiero a pesar de no ser perfecto?

Asiente despacio.

—Es vital.

Pongo los ojos a la altura de los suyos y retengo su mirada.

—Yo, Julie Fisher —empiezo, y la sonrisa agazapada en sus labios se ensancha tanto que le arruga las esquinas de los ojos—, te quiero a ti, James Vane Tercero, con absolutamente todos tus defectos, que no son pocos, ya que lo estamos comentando, para que seas mi amigo, mi... compañero... mi igual...

—Eso solo si das de comer a los cerdos.

—No me interrumpas.

—Lo siento.

—Mi amante...

—Hmmm. Eso me gusta.

—Mi esposo. Mi confidente.

—Eso también me gusta.

—Hasta que... Bueno, hasta que me enfade contigo y decida regresar a Inglaterra.

James suelta una carcajada ronca.

—De verdad, Julie, ha sido un discurso conmovedor.

—Ciertamente, lo ha sido. Y es todo tan curioso.

—¿El qué?

—En los libros, una mujer se enamora de un hombre cuando él hace algo bueno, algo heroico o algo muy estúpido.

—Yo he hecho algo estúpido hoy.

—Pero no estúpidamente heroico.

—Y, aun así, aquí estamos.

—Así es. Por eso es todo tan curioso.

Calla un momento, y luego susurra, todo seriedad:

—Sí.

—Sí, ¿qué?

Cuando sus oscuros ojos me miran de esa forma, quiero fundirme en él, envolverlo, atravesar todas las barreras, perderme entre sus brazos. Amarle. Sencillamente, quiero amarle.

—Sí, Julie, me casaré contigo mañana —declara, con voz ronca y mirada candente—. Pero esta noche te tomaré sin ser tu marido, y nunca pienso disculparme por ello.

—No quiero que lo hagas —musito, negando con la cabeza para dar más fe a mis palabras—. Si te disculpas por esto, perderías el poco respeto que aún te tengo, *sir* Jamie.

—James.

—Me gusta llamarte Jamie.

Aprieta los labios sin decir nada y recorre con los dedos mi mandíbula, una lánguida caricia que me hace entrecerrar los ojos.

Un extraño calor se propaga por todo mi cuerpo, que está desnudo bajo la camisola. Los músculos internos se me contraen de excitación, o puede que de nerviosismo. James sigue mirándome, de la misma forma, intensa, concentrada, apabullante.

Me deja sin aliento.

—¿Me equivoco si pienso que es la primera vez que tú...?

Me ruborizo y aparto la mirada. Él no dice nada. Se acerca a mí hasta que su boca está a unos pocos milímetros de la mía y se queda inmóvil. Me muero por

besarle, y levanto la mirada hacia la suya para hacérselo saber. Nuestros ojos se encuentran y constato que me está mirando fijamente, con los ojos oscurecidos de deseo.

—Nunca te haría daño alguno —musita—. Estás a salvo conmigo.

Sonríó un poco.

—Lo sé. Siempre lo he sabido.

James me abraza y su boca cubre a la mía, cálida y suave, desatando todo un torrente de recuerdos. Aunque esta vez no me da un beso de verdad como otras veces, no puedo evitar deshacerme de deseo ante sus labios absorbiendo cada una de mis exhalaciones.

Me está respirando hasta dejarme sin aliento, y yo me aferro a sus hombros y busco su mirada.

Sus dedos aprietan mi nuca y me acercan a él. La excitación aumenta dentro de mí, me estremezco, una deliciosa sacudida que estalla en mi vientre.

Él también está muy excitado, y quiero tocarlo ahí, poner la mano encima del bulto que siento contra la cadera. Quiero comprobar si de verdad es tal y como me lo estoy imaginando.

Su boca reclama a la mía, y mis pensamientos se desvanecen todos de golpe ante el contacto de sus labios. Me arqueo contra su pecho y le dejo a él todo el control.

James me besa despacio, como si no tuviera ninguna prisa. Su invasión es lenta, lánguida. Sus manos empiezan a bajar por mis hombros.

Gimo en su boca, y James sonrío. Le gusta. Su excitación aumenta. Se le acelera la respiración. El beso se vuelve más profundo. Insistente. Sus manos se arrastran con más fuerza, como si quisieran tocarlo todo, no perderse ni un centímetro de mí, conocer cada rincón y secreto de mi cuerpo. Apoderarse, poseerme, retenerme a su lado. Nunca me he sentido tan adorada.

Ni tan descarada.

Mis manos desatan sus pantalones. La sonrisa de James empieza a ensancharse. Sus fuertes manos me levantan en vilo y me suben encima de él,

apoyada contra el miembro que late contra mi piel. Entrecierro los ojos y él me coge por la nuca y me hace descender sobre su boca. Me besa y yo le devuelvo el beso, cada vez más perdida en medio de esta negrura.

Él toma mi mano y me besa los dedos. Sus ojos se mantienen clavados en los míos.

—Eres lo más bonito que he tenido nunca. Ni siquiera te merezco —me susurra, y soy capaz de percibir cierto brillo agónico en su mirada.

—Eso es cierto.

Muevo la mano y deslizo el dorso de los dedos por su clavícula. James respira fuerte y sus ojos se vuelven más endrinos. Se humedece los labios, me acerca a él y clava la boca en la mía. Su lengua penetra el interior y provoca a la mía hasta que esta se convierte en la pareja perfecta de esta delirante y lánguida danza.

Las sensaciones se vuelven demasiado intensas. El roce de su barba es enloquecedor. Su sabor a ron y tabaco es tan embriagante que temo perder todo el control.

Aunque, ¿qué puede pasar si lo hago? Ya estoy perdida de todas las formas que una persona puede perderse.

La mano de James cubre mi pecho y noto cómo el pezón se yergue en medio de su palma. Él también lo nota, sonríe y mueve la mano en lentos círculos que envían estímulos de excitación hasta un lugar profundo de mi vientre. Me aprieto contra él y tiro de su labio con los dientes. James gruñe y me baja la camisola por los hombros.

Se queda un momento contemplándome, con ojos ennegrecidos de deseo y el aliento cortado.

—Eres tan... *delicada* —enfatisa en un susurro.

Sonrío, entre respiraciones entrecortadas, y me froto contra él. Se le contrae el vientre, y sus brazos rodean mi espalda, la aprietan con fuerza y me hacen bajar de nuevo, hasta que uno de mis pechos acaba a la altura de sus labios.

Gimo cuando noto la humedad de su boca envolviendo el pezón erecto y su

experta lengua moviéndolo de un lado al otro. Rítmicamente, sus labios tiran de él y yo cierro los ojos y me dejo en sus manos. Las sensaciones me engullen, lo oscurecen todo a mi alrededor. Algo se rompe dentro mí, cede para dejarle paso a esta nueva enfermedad que se está propagando por mis venas, este deseo que me es inaguantable y reconfortante a la vez.

Para cuando James me desnuda, ya me he ahogado en medio de un océano de deseos prohibidos.

Sin que sus ojos se separen de los míos, me da la vuelta y se me coloca encima, sus manos me separan los muslos y su boca se acerca hasta que siento su humedad entre las piernas. Me toca con delicadeza, me abre poco a poco, traza círculos con la lengua y hunde los dedos en mis caderas. Gritos de placer me suben por la garganta, pero me los trago todos y me centro en esta sensación. Esta única, maravillosa y abrasadora sensación.

La boca de James no cesa ni siquiera cuando mi cuerpo empieza a sacudirse febril. Sigue besándome y cuela un dedo dentro de mí, avanzando despacio. Tanteando. Intentando averiguar hasta dónde puede llegar.

Cierro los ojos y levanto las caderas un poco. James sonrío, retira el dedo y se deshace de su pantalón. Su rostro sube hacia el mío y sus labios me besan con avidez hasta que me siento demasiado mareada como para mantener los ojos abiertos.

Encima de la mesilla, la vela se desgasta y se apaga. La lengua de James acomete dentro de mi boca, y yo la acojo dentro y muevo las palmas por su espalda. Su firme cuerpo me está envolviendo. Sus músculos son cálidos y duros como una roca.

El beso se torna febril, tan perdida estoy que ni siquiera me duele la presión de ese miembro enorme y duro que intenta penetrar dentro de mí. Clavo las uñas en sus brazos, lo beso más fuerte y él se empuja hasta atravesarme por completo.

Grito, y James se detiene para concederme unos momentos. Su boca acaricia despacio a la mía, sus labios se frotan encima de los míos hasta que los separo y vuelvo a acogerlo dentro.

Nuestras lenguas se encuentran, y entonces, él empieza a moverse. Todo lo que creía saber, todo conocimiento o juicio que aseguraba poseer, se evaporan de golpe, y no me queda nada, salvo esta intensa cortina de oscuridad en la que perderse.



Capítulo 6

—James.

—¿Sí, amor mío?

—¿No crees que todo esto sea un poco precipitado? Ayer estaba en una cochiguera y hoy estoy aquí contigo.

Me están asaltando las dudas y necesito que él, siempre tan aplomado y flemático, tan dueño de sí mismo y de todo cuanto sucede a su alrededor, me tranquilice.

Pero James no parece impaciente por hacerlo.

De pie a mi lado, se limita a fumar impasible. El viento de noroeste le alborota los cabellos. Tiene los labios un poco cortados y sus ojos parecen casi verdes a la luz de la mañana. Es mucho más alto que yo y fuerte como solo alguien que se gana el sustento con sus propias manos puede serlo.

Conforme transcurren los segundos, las dudas retroceden para dejar paso a la fascinación que este hombre despierta en mí. Le admiro de todos los modos que alguien podría admirar a una persona. Admiro su coraje. Su aplomo. Su inteligencia. Su modo desenfadado de percibir la vida. Admiro la forma en la que besan sus labios, y la concentración con la que observan sus ojos. Admiro las arrugas que fruncen su ceño cuando está desconcertado, y el desdén que se insinúa en sus labios cuando todo le da igual.

Le admiro de mil formas diferentes, y eso me asusta tanto que tengo ganas de salir corriendo.

Pero justo cuando esa idea empieza a materializarse en mi mente, sus ojos

bajan hacia los míos y a mí se me acelera el pulso con tantas fuerzas que comprendo que da igual lo que me diga, da igual lo mucho que me asuste esto. Me casaré con él porque estoy enamorada. Enamorada de verdad. Siento con cada fibra de mi cuerpo y deseo con la fuerza de diez mil tormentas. Le deseo. A él.

—¿Precipitado? —repone con ceño adusto, después de soltar el humo hacia arriba—. Hemos tenido un compromiso de dos años.

—No tengo ni la menor idea de qué me estás hablando. Oh, ¿¿por qué nunca sé cuándo me hablas en serio y cuándo no?!

—A mi pobre juicio, estamos comprometidos desde que te besé en la colina. Le disperso una mirada de pocos amigos.

—No recuerdo que me hubieras pedido matrimonio entonces.

Una sonrisa socarrona eleva el lado derecho de su rostro.

—Fue tácito. Creía habértelo dejado claro. ¿O acaso pensabas que soy la clase de hombre que va por ahí besando jovencitas para luego abandonarlas?

—Es exactamente la clase de hombre que creo que eres.

—Me ofendes, querida. Soy un caballero.

Hago una mueca.

—Ese, ¡ese! es el problema. No lo eres.

James pone los ojos en blanco.

—Puede que no lo sea. Pero te hice el amor anoche. Tres veces, si mi vieja memoria de bribón consumado no me falla. Ahora no me queda otra que casarme contigo. Es mi deber.

—Hablar de deber en asuntos del corazón me resulta tan romántico... —declaro con sequedad.

James se saca la pipa de la boca y reniega entre dientes. Su rostro ofrece un aspecto peligroso bajo la débil luz de la mañana. Todo esto le está exasperando.

—Vamos, *milady*, ¿cuál es el problema? No me digas que sigues pensando en ese memo de Weston.

—¡Él no es ningún memo! Y el problema no es ese —aseguro,

envolviéndome en mi chal con aire de suma dignidad.

—Entonces, ¿cuál es, si no te importa que te lo pregunte?

—Es que... ¡no sabemos nada el uno del otro!

—Como todos los matrimonios decentes —apunta con cinismo.

—Háblame de tus padres, anda, Jamie, querido.

Su irritación va en aumento.

—No me llames Jamie. ¿Cuántas veces he de decírtelo?

—No entiendo por qué no puedo llamarte Jamie.

En medio de la inexpresividad de su rostro, sus ojos están echando chispas cuando se giran hacia los míos.

—Mi padre me llamaba así cuando quería ridiculizarme. Por eso no puedes llamarme Jamie. Porque... siempre lo han usado como un insulto. Para demostrarme que yo era un chico, no un hombre. Un chico que no sabía nada acerca de cómo funcionaba el mundo.

Un profundo silencio se instala tras sus palabras.

—Lo siento —murmuro, clavando la mirada en las puntas de mis zapatos—. No lo sabía. No volveré a hacerlo.

James hace una larga pausa, al cabo de la cual profiere una maldición entre dientes.

—Está bien. ¿Qué quieres saber sobre mis padres? —pregunta con voz fatigada.

—Quiénes eran —digo, alzando los ojos esperanzada—. ¿Te acuerdas de ellos?

—¡Pues claro! Mi madre murió cuando tenía yo quince años. Y mi padre... No tenemos una buena relación.

—¿Y eso por qué?

—Cree que soy un libertino sin remedio. Y le escandaliza la mayoría de mis ideas. Tú le caerías bien, en cambio. Aunque pensaría que eres demasiado buena para mí.

—Es que soy demasiado buena para ti —me regodeo, con sonrisa afectada, al

tiempo que intento colocarle la corbata.

James suelta una carcajada ronca que estalla por toda mi espalda y me hace recordar el modo en el que se arrastraban sus labios por mi cuerpo anoche y los oscuros que se volvieron sus ojos.

Me estremezco, me aparto de él y me envuelvo de nuevo en el chal. La humedad de la mañana es insoportable.

—¿Te casarás conmigo? —murmura, mirándome.

Me quedo de pie a su lado y me pregunto si un matrimonio puede apoyarse solo en la pasión. ¿Y si algún día el deseo se acaba? ¿Qué nos quedará entonces? Porque, aparte de pasión, nosotros no tenemos nada.

—Sí. Lo haré.

Sonríe un poco y aparta la mirada.

—Seré quien tú quieres que sea. Haré las cosas que tú quieres que haga. Si quieres que sea un caballero contigo, lo seré. Si quieres que te folle como si no hubiera un mañana, lo haré. Te lo daré todo, Julie. Lo único que te pido a cambio es que seas completamente mía.

¿Completamente suya? ¿A qué se refiere? ¿Qué quiere de mí? ¿Mi mente? ¿Mi alma? Da igual. Le daré todo cuanto me pida.

—Lo haré.

—Recuerda que me lo has prometido.

—Lo recordaré.

Se aleja, comprueba el reloj y se enciende otro cigarrillo. Si no lo conociera mejor, diría que está nervioso.

—¿Crees que vendrá? —pregunto, observando su boca, que exige un gesto duro—. Llevamos esperando casi diez minutos.

—¿Charles? Sin duda. No se lo perdería por nada en el mundo. Le encantan las confabulaciones. Mira, por ahí llega.

En medio de una enorme nube de polvo, caballo y jinete se nos acercan deprisa.

—*Milady. Milord.* Me tenéis intrigado. Vuestra misiva no podría ser menos

específica.

Se baja de un salto y, con ademanes corteses, me besa la mano.

—Charles, me alegro de volver a verte.

—El gusto, como siempre, es mío, querida. ¿Y bien? ¿En qué puedo seros útil esta cenicienta mañana?

—Necesitamos un testigo para casarnos —expone James sin más preámbulos.

Charles abre los ojos de par en par.

—¿Casaros?! ¡Pero si hace dos noches solo erais amigos! ¿Qué, en el nombre de Cristo, ha podido pasar en tan poco tiempo?

—Muchas cosas han cambiado, querido Charles.

—¿Como cuáles?

—Ayer la encerré en una cochiguera —James, impasible, decide acortar la historia y despojarla de todo romanticismo. ¡Qué hombre tan adusto!

—¿Y te has enamorado de él?! Con todos mis respetos, *milady*, ¿qué clase de infancia has tenido?

—¡No me he enamorado de él en la cochiguera! —lo contradigo con aire digno—. De hecho, sigo odiándole por eso.

—No me sorprende. Fue odioso por su parte comportarse de forma tan vil. ¿Y puede saberse por qué la encerraste ahí?

—Quería enseñarme una lección que sigo sin comprender —respondo yo en su lugar.

—Igualdad, querida. I-gual-dad, un concepto que más vale que aprendas. Los hombres y las mujeres han de ser iguales, en derechos y obligaciones. Y ella se negó a dar de comer a los cerdos —le explica a Charles, cuya desaprobación roza el escándalo—. Eso no es igualdad. Es supremacía femenina.

—¿Y te has enamorado de este hombre?!

—Admito que tiene unas ideas novedosas que me contrarían a veces, pero...

—¿Novedosas? —me interrumpe James disgustado—. Déjame decirte que en los círculos más altos de París ya es un hecho la liberación femenina. Las mujeres exigen su derecho a voto y solo es cuestión de tiempo hasta que lo

consigan.

—¿¿Votar?! ¡Cielo Santo! —se indigna Charles—. ¿Qué será entonces de nosotros?

—Viviremos felices, amigo mío. Ahora, ¿te importaría entrar y hacer de testigo? Julie se está helando.

—Mis disculpas, querida. Entraré. Si tú lo tienes tan claro, no seré yo el que se oponga. Aunque sigo pensando que es una locura...

—Gracias, Charles —digo, y le doy un beso en la mejilla.

James arruga el ceño.

—A mí nunca me besas así.

—Tú la encerraste en una cochiguera.

—*Touché*.

Veinte minutos más tarde, James y yo estamos legalmente casados. Adiós a mi sueño de convertirme en duquesa. Ni siquiera sé qué sentir al respecto. Por un lado, es excitante casarse. Nunca lo había hecho hasta ahora.

Por el otro, asusta un poco. El matrimonio es como un tren sin frenos. No sabes adónde te va a llevar y no puedes controlarlo. ¿Y si te estrellas?

—¿Dónde vais a vivir ahora? —se interesa Charles mientras tomamos una copa de vino en la taberna de Tom.

—En la ciudad.

—En el campo.

James y yo intercambiamos una mirada ceñuda.

—Veo que lo tenéis todo planeado, ¿eh?

—Julie, ya hemos hablado de la ciudad y sabes que la detesto.

—Y tú, querido, sabes sobradamente qué opino yo de los cerdos y del campo.

—¿Todo esto es porque no quieres dar de comer a los cerdos?

—No. También es por la música, y las conversaciones, y...

—Conmigo puedes conversar cuanto te plazca. Soy bueno en literatura, geografía y política, y me defiendo en música y pintura. Admito que flaqueo bastante en filosofía, pero si te empeñas, puedo ponerme al día.

—No seas huraño. Quiero vivir en la ciudad.

—Amigo mío, no haberte casado —se burla Charles—. Un soltero jamás tiene estos quebraderos de cabeza. Mi único dilema es si llevar o no flor en la solapa de la chaqueta.

James le pone mala cara.

—He cometido muchas estupideces a lo largo de mi vida y los dos lo sabemos, pero casarme con Julie no es una de ellas.

Un suspiro melancólico brota a través de mis labios.

—Qué galán es cuando quiere. Creo que por eso me casé con él.

Por debajo de la mesa, James pone la mano encima de mi rodilla. Doy un brinco y me tenso de la cabeza a los pies. Él me mira a los ojos y algo en su mirada me dice que se muere por besarme. Charles se aclara la voz ruidosamente.

—Tengo la impresión de que empiezo a sobrar. Será mejor que vaya marchándome.

Se pone de pie y enfunda las manos en los gruesos guantes de montar.

—¿Tan pronto? —le dice James.

—No actúes como si no te alegraras. *Milady*, que seas muy feliz en tu nueva aventura. Escribidme vuestra nueva dirección en cuanto la tengáis. ¿Dónde dijisteis que ibais a vivir?

Miro a James con coquetería. Su mano sigue en mi rodilla. Se toma un momento para pensárselo y luego vuelve el rostro hacia el mío.

—En Nueva York —cede en un gruñido malhumorado.

Aplaudo con entusiasmo y le sonrío a Charles.

—Hmmm. Un buen sitio para vivir —coincide este, antes de marcharse.

—Creo que será mejor que nos vayamos nosotros también. Esta noche no me apetece beber.

Abona el precio de la cena, me abre la puerta y me ayuda a montar en el carruaje. De camino a casa, se mantiene huraño y taciturno.

Cuando entramos, enciende la vela y me acompaña hasta mi dormitorio.

Ahí cierra la puerta a sus espaldas, deja la vela encima de la mesa y empieza a desbotonarse la camisa.

—He accedido a cambiar mi estilo de vida por ti, pero no te vayas a pensar que va a salirte gratis.

—¿Ah, no?

Se baja la camisa por los hombros y la deja caer al suelo. Su abdomen es terso y bronceado, surcado por una delgada línea de vello. Me quedo sin aliento y lo miro con ojos encendidos. Quiero pasear los labios a lo largo de todo su costado, probar la cálida piel que tan bien conserva su olor.

—Quiero algo a cambio —dice, acercándoseme con los ojos hundidos en los míos.

—¿Y qué es lo que quieres?

Me coge por la cintura, me aprieta contra él y baja el rostro a escasos centímetros del mío.

—Esto —murmura, segundos antes de que su ardiente boca busque a la mía.

El tiempo se derrama sobre nosotros en forma de semanas, y transcurre casi un mes hasta que James encuentra una casa en la ciudad. Estoy tan emocionada que no quepo en mí de alegría. Las primeras noches salimos a pasear como dos jóvenes enamorados y siento que nunca podría llegar a cansarme de este lugar. Las calles están tan animadas, la gente es tan alegre aquí. La comida me sabe mejor que en ninguna parte, y ya hemos hecho amigos. Gwendoline Howard y su marido nos han invitado esta noche a su casa. ¡Reciben gente cuatro veces por semana! Esto es el Paraíso.

—James, querido, ¿te importaría sujetarme el pelo para que pueda recogermelo? Es un engorro no tener doncella.

James curva los gruesos labios en una sonrisa burlona, deja la copa encima del aparador y se me acerca por detrás. Estoy sentada delante del espejo, siguiendo con la mirada la forma en la que se ondulan sus músculos al caminar. Me he casado con el hombre más guapo de los dos mundos, el nuevo y el viejo.

—¿Quieres que sea yo tu doncella? —me pregunta, muy divertido.

Sonrío y me encojo de hombros.

—¿Qué tiene eso de malo?

Hunde la mano en mi pelo, echa mi cabeza hacia un lado y me sujeta así. Sus labios se acercan a mi oído y me susurran, con una profunda voz que me pone la piel de gallina:

—Nada. Pero querré cobrármelo, como hago con todo lo demás.

—Un precio que nunca me ha importado pagar.

La sombra de una sonrisa taimada se insinúa en los bordes de su boca.

—Eso ya lo sé. Soy irresistible.

Nuestros ojos se cruzan a través del espejo. James me guiña un ojo y me absorbe como si mi piel fuese el más exuberante vino del mundo, un buqué de valor incalculable. Sus labios se acercan al largo tallo de mi cuello y se arrastran hacia abajo, ardientes y enloquecedores.

—James —lo detengo con un susurro.

—No quiero ir a esa estúpida fiesta —protesta, frotando los labios y la barba incipiente contra mi piel—. Ojalá nunca hubiésemos coincidido con Gwendoline y el bufón de su marido.

—No seas misántropo. Son los únicos amigos que tenemos en toda la ciudad. Cuando te pregunté si conocías a gente aquí, dijiste que no —le recrimino con dulzura.

—Porque no conozco a nadie que me caiga bien —rebate él.

—Pues yo adoro a Gwendoline. Es tan ocurrente...

—Precisamente eso es lo que me aburre de ella. Deberíamos quedarnos en casa —intenta persuadirme, y sus manos se cierran en torno a mis pechos.

—No —rehúso, cogiéndole por las muñecas para detener su asalto—. Iremos

a la fiesta y no se habla más.

Se aparta mosqueado, se acerca al aparador y se sirve otra copa.

—Sabía que era muy mala idea venirnos a la ciudad —barbota disgustado.

Yo sonrío como un felino perezoso y empiezo a peinarme. Venir a la ciudad es lo mejor que he hecho nunca. Presiento que James y yo vamos a ser de lo más felices aquí.



Capítulo 7

Cinco años después

Sentada delante de mi nueva máquina de escribir, reviso por enésima vez las palabras que serán devoradas por miles y miles de mujeres ávidas de conocimiento. Mi nueva obra de teatro, *Las locas aventuras de miss Hester Finch*, se estrena dentro de un mes, y todo ha de ser perfecto para entonces.

Miss Finch es una intrépida solterona británica que posee una ácida opinión acerca de todo, desde la estructura de la sociedad actual, hasta la sandez de las élites, contra las cuales no se cansa de despotricar.

La política, la religión, la burocracia, el imperialismo, todo lo que ocurre a su alrededor es válido para ser censurado, aunque lo que más caracteriza a esta valiente heroína es su completa y absoluta repugnancia hacia el matrimonio y los hombres. Ella está muy por encima de tan mundanos entretenimientos y por eso se cree justificada a sabotear la boda de su querida prima, *lady Charlotte*, que asegura haber encontrado al hombre ideal en el flemático y desdeñoso *George Flanders*, el dueño de una imponente mansión a las afueras de Londres.

Y aunque el arrogante aristócrata parece perfecto para *Charlotte*, no lo es a ojos de la solterona *miss Finch*, que se pasará la mitad de la obra intentando boicotear el evento, y la otra mitad boicoteándolo de verdad. *Miss Finch* es inflexible en sus principios. No le gusta *intentar* cosas. Le gusta *conseguirlas*.

Con el lápiz en la mano y miles de pensamientos bullendo en mi mente, me sumerjo en el primer acto, hasta que las palabras dejan de ser palabras y se convierten en una realidad en la que me pierdo sin ser consciente.

Personajes:

Miss Finch

Lady Charlotte, su prima

George Flanders, el prometido de *lady* Charlotte
Lady Anne, la madre de *lady* Charlotte

Miss Finch, alta, morena, sofisticada, la típica inglesa de alta cuna que parece encajar en todas partes, ha bebido más de la cuenta y se aburre. Una fiesta ridícula. No entiende por qué la gente monta fiestas para celebrar un compromiso. ¡Deberían montar funerales! ¿A quién podría ella fastidiar? Oh, ¡ahí va el novio! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

MISS FINCH (muy emperifollada, acercándose al prometido de su prima): No hay nada más escandalosamente delicioso que una mujer que dice todo lo que piensa, en el momento preciso en el que lo piensa. ¿No lo cree usted, *milord*?

GEORGE FLANDERS: Para nada.

MISS FINCH (con sonrisa burlona): ¿Por qué? ¿Los magistrados han prohibido las afrentas hacia el sexo masculino?

GEORGE FLANDERS: En absoluto. Pero la sinceridad está pasada de moda, *miss*. Ya nadie es sincero hoy en día. Mucho menos, las mujeres.

MISS FINCH (remilgada y enfadada al mismo tiempo): Ciertamente. Es como si un código no escrito... ¡O tal vez sí! ¡Tal vez no sea culpa de las mujeres! ¡Tal vez algún caballero odiosamente ingenioso haya plasmado tales perversas ideas en un diabólico manual que yo, Hester Finch, aún no me he leído!

LADY CHARLOTTE (acercándose deprisa para rescatar a su prometido): ¿De qué estáis hablando?

GEORGE FLANDERS (con aire aburrido): De un código no escrito.

MISS FINCH: Del código no escrito que obliga a las mujeres de la alta sociedad a comportarse siempre de forma apropiada, querida.

LADY CHARLOTTE (dilatándosele los ojos): ¡Cielo Santo!

MISS FINCH (a George): Forma apropiada significa hacer lo opuesto a su voluntad, por cierto.

LADY CHARLOTTE (escandalizada): Hester, no empecemos.

GEORGE FLANDERS: ¿A qué se refiere?

MISS FINCH: Un claro ejemplo de insensatez lo pude comprobar en la cena de la otra noche en casa de los Kerr. *Lady Kerr* no probó bocado en toda la cena, e incluso se escandalizó cuando yo pedí repetir el segundo plato.

GEORGE FLANDERS: ¿Y eso qué tiene de extraño? A lo mejor no había sobrado nada.

MISS FINCH: Qué ingenuo es usted, Flanders. Como se nota que es usted un hombre.

GEORGE FLANDERS (irónico): ¿Ah, sí? ¿Y en qué lo ha notado?

MISS FINCH: Cualquiera diría que en el bigote, pero como yo no soy *cualquiera*, le diré que lo he notado en su simplicidad. Verá, Flanders, toda dama de buena familia es consciente de que los hombres encuentran poco atractivos a las mujeres con buen apetito, y por eso procuran fingir que no tienen apetito en absoluto.

GEORGE FLANDERS: ¡Eso es casi grotesco!

MISS FINCH: ¿Verdad que sí? ¿Por qué matarse de hambre si la cosecha de este año ha sido excelente y hay abundancia de patos para cazar? ¿No lo encuentra usted estúpido?

GEORGE FLANDERS: Desde luego.

MISS FINCH: Las tripas de la pobre *lady Kerr* sonaban tan alto que seguro que las escucharon hasta en la lejana Copenhague.

GEORGE FLANDERS: Espantoso, en efecto.

LADY CHARLOTTE: Hester, deberías dejar de beber.

MISS FINCH: Bobadas. Estoy convencida de que la producción de brandy ha sido igualmente satisfactoria, querida. Otra situación igual de absurda se personifica en la vida conyugal, Flanders. Y ya que está usted tan empeñado en casarse con mi querida prima, a lo mejor puede contestar a una pregunta sencilla: ¿Por qué esas malditas normas de buena conducta obligaban a las mujeres a fingir que no les gusta el sexo y a comportarse siempre de forma tan apática?

LADY CHARLOTTE: ¡HESTER! ¡MADRE! ¡SOCORRO!

MISS FINCH (ruborizada por la pasión de su discurso. Y por el *brandy*): ¡Y por todos los dioses de la antigua Roma!, ¿por qué una mujer debe esperar en sus aposentos a que el marido venga a reclamar sus derechos conyugales? ¿Qué pasa con sus propios derechos?

LADY CHARLOTTE: ¡HES-TER! ¡No dirás ni una palabra más!

MISS FINCH (gritando más alto): ¿Y sus deseos? ¿Y sus necesidades? ¿Acaso alguien se ha parado a pensar en *ella*, la gran protagonista de la historia?

LADY ANNE (interviniendo de prisa): Vamos, Hester, querida, es hora de volver a casa.

MISS FINCH (cada vez más pasional): Todo el mundo habla sin cesar, los anhelos de los caballeros, y sus derechos, y sus exigencias. ¡Pues al cuerno con los caballeros! Esos insignificantes ingratos que se creen el centro del universo tienen los días contados. Y yo, Hester Finch, me ocuparé de que así sea.

LADY ANNE (arrastrando a Miss Finch, en contra de su voluntad, hacia el vestíbulo): Vamos, querida, no des un espectáculo. Es la fiesta de compromiso de Charlotte.

MISS FINCH (colocándose la ropa con aire digno): Es verdad. La pequeña Charlotte se casa. Tendré que darme prisa.

LADY ANNE: ¿De qué estás hablando? Darte prisa ¿para qué?

MISS FINCH: George Flanders. Antes de la próxima luna nueva, pienso destruir el pedestal sobre el que lo ha colocado la insensata de mi prima. No tengo nada en contra suya, de veras, tía Anne. Pero no imaginas cuánto me disgusta verle siempre tan bien peinado. La pobre Charlotte —ingenua criatura, no sé a quién habrá salido— le tiene por un hombre ideal. Tanto, ¡que va a casarse con él! Cuando me lo contó, la miré a los ojos y le dije: *No si yo puedo evitarlo, querida*. Y ella se desmayó. ¡Qué fascinación tienen las mujeres hoy en día con esto de los desmayos! A mí no me salen. Siempre abro un ojo para ver quién viene a socorrerme. Los desmayos son un arte, ¿verdad, tía Anne?

LADY ANNE: Querida, dadas tus intenciones y tu vil comportamiento de esta

noche, me veo obligada a retirarte la invitación a la boda.

MISS FINCH (con sonrisa malévola): ¿Qué boda?

LADY ANNE (horrorizada): ¡Hester! ¡No te atrevas a sabotear la boda! George Flanders es el hombre ideal para Charlotte.

MISS FINCH: Y los cerdos vuelan, tía Anne. ¿Nunca has visto a un cerdo volar? Extienden las patitas y flotan en el aire. *Fulfulful*.

Fin del primer acto.

Sonríó y paso la página. La obra es frívola, actual y certera. Acabará censurada como todas las demás. Pero sacaré otra, y será aún más ácida. La guerra no ha hecho más que comenzar.

—*Miss*, es la hora. Hay toda una multitud congregada ahí dentro.

Con sonrisa taimada, abandono mi lectura y sigo a Sarah, mi doncella, por el vestíbulo, hasta la sala principal. Está llena hoy. A rebosar. Somos cada vez más y gritamos cada vez más alto.

Alzo la barbilla con gesto desafiante y evalúo en silencio a las más de cien mujeres que han acudido esta mañana al *Club de señoras Miss Fisher* solo para escucharme hablar. Si los caballeros tienen su propio club para escapar de sus esposas, ¿por qué las damas no pueden tener uno para escapar de sus maridos? ¿Acaso los sacerdotes —hombres, por supuesto— no predicán tanto sobre la justicia divina? Pues esto es justicia divina.

Inglaterra está temblando. Las mujeres hablan de liberación, sufragio, rebeldía. Nuestra sociedad está en llamas, y yo no hago más que alimentar un fuego que lleva demasiados años consumiéndose en silencio. Es hora de que estalle. De que se propague. De que cause estragos.

Es hora de liberarse, y ellas lo saben tan bien como yo.

—Señoras y... ejem... señoras. —El maestro de ceremonias parece un poco desconcertado—. Con todas ustedes, ¡*miss* Julie Fisher!, ¡la más impetuosa defensora del feminismo en Inglaterra!

Las señoras aplauden fervientes y aclaman a gritos. Me acerco con paso

tranquilo al atril, manteniendo la compostura en todo momento, aunque, para los que me conocen personalmente, es obvio lo mucho que disfruto dándome este baño de masas.

—Gracias por vuestro entusiasta recibimiento —acallo sus aplausos con la firmeza de mi voz.

—¡Te queremos, *miss* Fisher!

Les sonrío, analizo mis notas durante unos momentos y luego las rompo delante de todas ellas. Hoy hablaré sin necesidad de consultar unos apuntes.

Así que tiro los pedazos al suelo y las miro a los ojos. A cada una de ellas. Cada una tiene una historia que contar, y me encantaría escucharla y trasmitírsela al mundo.

—¿Quién necesita un hombre hoy en día? —pregunto retóricamente, examinando los rostros de mis interlocutoras para captar sus reacciones—. ¿Acaso las mujeres no somos seres racionales capaces de tomar nuestras propias decisiones? ¿Acaso no hemos rendido codo con codo con ellos a lo largo de la historia? Hemos sido madres de familia, hemos llevado nuestras casas y, a pesar de ello, hemos trabajado pacientemente y sin quejarnos, mientras que ellos, ¡los dignos señores!, ¿qué estaban haciendo? Os diré lo que estaban haciendo. ¡Guerras! ¡Guerras, guerras y más guerras! Empobreciendo nuestra nación, ¡eso es lo que estaban haciendo! Durante milenios, su supremacía nos ha llevado a la ruina, una y otra vez. ¿Pero sabéis qué es lo que les digo yo ahora? ¡Basta! —exclamo, golpeando el atril con fuerza—. ¡Se ha acabado el yugo masculino, señoras! ¡Estamos llamando de lleno a las puertas del siglo XX! ¡La mujer moderna no necesita a un marido para ser feliz! La mujer moderna...

Alguien, a lo lejos, me interrumpe con un aplauso.

Y luego otro.

Y otro.

Tres aplausos pausados. Un sencillo gesto, no tiene nada de malo aplaudirme. Y, sin embargo, esa simple actitud deja entrever un enorme desprecio hacia todo cuanto yo he dicho hasta ahora.

Mi corazón se contrae de ira. ¿Quién osa provocarme de esta manera en mi propio terreno? ¿Algún marido frustrado? ¿Otro político al que he escandalizado con mis discursos sobre la liberación femenina?

¡Oh, y por todos los dioses paganos! ¿Por qué estas buenas señoras no se echan hacia un lado para que pueda fulminar a ese impresentable con mi oscura mirada y decirle un par de cosas bien merecidas?

—Conmover su discurso —resuena a lo lejos una voz masculina impregnada de burla—. No obstante, algo hipócrita, puesto que usted misma está casada. Me equivoco... ¿*duquesa* de Ealy?

Los murmullos de estupor se apagan de golpe y un fúnebre silencio se propaga por toda la sala. Una extraña lividez cubre todo mi rostro, dejándolo desencajado, contraído en un gesto de ausente agonía.

La multitud se separa, el Mar Rojo delante de Moisés, permitiendo que él y yo estemos cara a cara una vez más. El día que he ansiado y temido al mismo tiempo, ha llegado por fin, y descubro con horror que no estoy preparada para afrontarlo, que mi valentía no es más que polvo de ceniza que el viento arrastra muy lejos de mí; que sigo siendo la misma niña estúpida, con ideas estúpidas y deseos estúpidos, y que no sé nada acerca de cómo es la vida, porque soy demasiado pequeña y lo que me rodea es demasiado grande en comparación conmigo.

Mi perfecto mundo, el que tanto esfuerzo me ha llevado edificar, se está viviendo abajo, y yo lo contemplo todo con ojos ausentes, como si no tuviera fuerzas para detener la destrucción.

—Señoras —saluda él, muy cortés, con una exagerada reverencia.

Durante un puñado de lentísimos segundos, permanezco completamente paralizada. Mi alma desciende hasta ese Infierno que tan hábilmente nos describe Dante, recorre el Purgatorio, el Inframundo de Hades y, básicamente, todos los sitios aterradores que existen, han existido o pretenden existir, y luego regresa tan de golpe que me deja demudada y con el corazón latiendo frenético.

—¡Demonios! Me temo que los cinco años que he pasado fuera de mi querida

Inglaterra han hecho que las damas me olviden —continúa él, complacido por el efecto que está causando en mí, esa conmoción que me ha hecho palidecer y tragarme todas las palabras que había planeado decirle—. Permitid que me presente. James Weston, duque de Ealy y marido de nuestra respetable duquesa. ¿Cómo están ustedes?

Sonríe socarrón, se quita el sombrero y hace otra exagerada reverencia.

Mi cerebro sigue sin dar señales de vida. James se endereza y me sonríe con más descaro, si cabe. Sin duda alguna, está rememorando cómo me quitó la enagua la última vez que nos vimos.

Lo miro a los ojos y, muy a mi pesar, tengo que admitirme la cruel, injusta y absolutamente fastidiosa verdad: el Diablo ha vuelto. Más vale poner mi alma a salvo, si no quiero perderla como la última vez que estuvo merodeando por los alrededores.

—Miss, haga algo —implora Sarah, angustiada.

Su preocupación es más que comprensible. Aquello por lo que tan duramente hemos trabajado se está tambaleando, y solo yo puedo devolver las cosas a su sitio. Pero ¿cómo?

En silencio, miro la sala con aire perdido, evalúo cada rostro, cada expresión. Los apretados rizos de las damas se mueven de derecha a izquierda. Nadie quiere perderse un gesto o una sencilla mirada. Este va a ser el escándalo más sonado de la temporada, y las agradables señoras aquí presenten se regocijan sabiendo que ellas lo han presenciado en primera fila. ¡Oh, cómo cuchichearán! ¡Cuántas cosas exagerarán!

Las más ancianas se frotan sus rechonchas manos solo de pensar en lo deliciosas que se volverán las fiestas a partir de ahora.

Las más jóvenes, también, pero, a juzgar por sus expresiones hambrientas, en lo que piensan es en lo deliciosamente escandalosos que deben de ser los labios de ese hombre para que una mujer como *miss*... —perdón, la duquesa— haya sucumbido a lo que durante años ha definido como la mayor farsa desde la prehistoria: *el matrimonio*.

—Excelencia. —Hago teatral reverencia, para deleite de todo el mundo—. Pensaba que había fallecido usted hacía mucho tiempo. De cirrosis. A su excelencia siempre se le ha conocido por sus debilidades en cuanto al alcohol —les explico por lo bajo a las damas que me rodean—. O, tal vez, de sífilis —prosigo en voz alta, haciendo que varios rostros en la sala se crispen de espanto—. Eso no precisa explicación alguna, ¿verdad?

El odioso duque de Ealy curva la boca en una de sus peculiares sonrisas que tanto solían crisparme los nervios.

—Según puede comprobar mi amada esposa, gozo de excelente salud.

—Lo cual hace que me sienta de lo más dichosa, excelencia —replico, con una dulzura tan falsa que raya en la afectación.

—Eso espero, mi arrebatadora señora. Nos esperan muchos años de matrimonio feliz y me afligiría demasiado no verla dichosa.

¡¿Matrimonio feliz?! Quiero lanzarle algo a la cabeza. Por desgracia, no encuentro nada lo suficientemente voluminoso a mi alcance.

—¡Matrimonio feliz y un cuerno! —rujo, incapaz de seguir manteniendo la compostura. El duque sonríe, como si le alegrara mucho verme perder los estribos delante de todo el mundo—. Quiero el divorcio, ¡y lo quiero antes del sábado al mediodía! Por la noche tengo una cena de gala y me gustaría presumir de mi soltería.

El estupor y la consternación se apoderan de las damas. *Lady Royall*, una anciana baronesa, prima segunda de la reina, profiere un grito ahogado y se desmaya teatralmente. Feminista o no, nadie ha dicho jamás algo tan escandaloso en público.

El duque, lejos de estar contrariado, puesto que conoce más que de sobra la verdadera naturaleza de su amada esposa, con la que estuvo conviviendo poco más de cinco meses en el pasado, suelta una sonora carcajada que sacude su robusto pecho.

—¿El divorcio? Me temo, mi querida, que eso es imposible. No estoy dispuesto a renunciar aún a mis derechos conyugales.

Las damas están todavía más contrariadas. No sería posible, desde un punto de vista físico, que sus mandíbulas estuviesen más desencajadas de lo que ya lo están.

De hecho, creo que, si no siguiese aún tendida sobre las frías baldosas, la gruesa *lady* Royall se volvería a desmayar.

Me siento como si formara parte de un partido de tenis. Todo el mundo espera a que yo contraataque, y levanto la voz para que todas puedan escucharme:

—Entonces, mi amado señor, más vale que vigile bien las comidas que ingiere a partir de ahora. Mi deseo de deshacerme de usted supera con creces mi sentido común. Y todo el mundo sabe que sentido común siempre he tenido poco o nada.

James observa divertido cómo recojo mis largas faldas negras, le doy la espalda y bajo del escenario hecha una furia. Paso por delante de las damas que intentan reanimar a la honorable *lady* Royall, la cual permanece sin reaccionar, y me alejo deprisa.

—Oh, mi amaba Inglaterra —suspira el duque, mirándolas afectado—. ¡Cuánto había echado de menos tu superficialidad!

Con las faldas en la mano, atravieso, enfurecida, la sala en dirección a la puerta y le golpeo con el hombro para que me deje paso.

—Auch. Qué modales. Eso es lo que más me gusta de ella —confiesa, a nadie en concreto—. Su pasión. Hasta la vista, señoritas.

Deprisa, James se coloca el sombrero e intenta alcanzarme, pero yo soy más rápida. Y más joven. Monto de un salto en mi elegante calesa y la hago girar a una velocidad que aterraría al mismísimo Satán.

El duque me sigue con sus ardientes ojos de condenado y, cuando nuestras miradas se cruzan, agita la cabeza con desaprobación.

—¡No tienes remedio! —me grita, y tanto me saca de quicio su regocijo que encamino el vehículo hacia él con la intención de atropellarle.

Por desgracia, se aparta a tiempo, salta con destreza al bordillo y curva los labios en una sonrisa odiosa.

—Has fallado por poco, duquesa.

—La próxima vez no fallaré, excelencia. Le doy mi palabra.

Enervada, azuzo a los caballos con furia. Necesito alejarme de él cuanto antes. Cuando me sonrío de esa forma, se me vienen a la mente momentos en los que detesto pensar.

—¡Arre! ¡Arre, muchachos! Más rápido. ¡Más rápido!

—¡En mi club! ¡Mi casa! ¡Mi vida! ¡¿Cómo... se atreve?! —clamo, mascando las palabras.

Estoy al borde de un colapso mental, y el brebaje de hierbas tranquilizadoras que me ha servido nuestro mayordomo, el siempre impasible señor Alexander Fleming, no me resulta de gran ayuda.

No dejo de recorrer el salón de derecha a izquierda y viceversa, soltando groserías que horrorizarían incluso a un ordinario.

El señor Fleming no se altera, me escucha pacientemente. Está acostumbrado a verme montar en cólera. Papá, en cuyo servicio lleva casi cuarenta años, también comparte la pésima costumbre de los improperios.

Lo que sí parece alterar al pobre Alexander es mi aparente falta de apetito. He rechazado —en dos ocasiones seguidas— un generoso trozo de pastel de chocolate, y lo he hecho alegando las náuseas más repulsivas jamás sentidas por una dama tan fina como yo. Eso es bastante impropio de mí y, además, de lo más preocupante a ojos de Alexander. No el hecho de tener náuseas, eso ya me ha pasado en una o dos ocasiones —por comer demasiado pastel de chocolate, precisamente—, sino el despreciar la comida. No deja de insistirme para que llame al médico.

—Quizá si viniera el señor Mitch...

—Por enésima vez, ¡nada de matasanos! Estoy perfectamente.

—*Milady* está demasiado alterada.

—Entonces, tomaré un poco de coñac.

—Como su padre —refunfuña Alexander cuando cree que no le escucho—.

¿Por qué no se echa *milady* una siestecita y se olvida del coñac?

—¡No quiero una condenada siestecita! ¡Quiero una escopeta cargada! ¡Y las nobles nalgas del duque de Ealy a tiro!

—¿El duque de Ealy? —Alexander, de no ser tan impasible, demostraría algo de estupor, no por la poca elegante mención a las posaderas del susodicho, sino por la referencia a una persona que él daba por muerta. Por desgracia, su rostro impide cualquier exhibición de perplejidad—. ¿Se refiere al duque cuya propiedad colinda con *Fisherwood*?

—Al mismo.

—Extraordinario. Y yo pensando que el duque había fallecido en algún duelo. Hmmm. Entonces, ¿quiere decir *milady* que el *Duque Escandaloso* ha vuelto a Inglaterra?

—El Diablo siempre vuelve, Alexander. ¡Siempre! ¿Dónde has escondido esa condenada botella de coñac? —pregunto por encima del ruido de cajones que se abren y se cierran—. No la encuentro por ninguna parte.

—Se habrá acabado —se hace el inocente.

—¿Acabado? ¡Pero si apenas he tomado un par de tragos!

—Lo mismo dice el conde cada vez que empina el codo —apunta Alexander para sí—. ¿Y por qué querría *milady* disparar a su excelencia en sus... ejem... nobles zonas dorsales?

No me da tiempo a explicárselo. Alguien llama a la puerta y él tiene que ir a abrir. Me quedo sola y aprovecho el rato para echarle unas cuantas maldiciones a mi amado esposo.

Y para seguir buscando el coñac. Estoy convencida de que Alexander lo ha escondido en alguna parte. Cree que *milady* bebe demasiado. ¡Qué tontería! *Milady* aún no bebe lo suficiente.

—*Milady...*

Dejo de blasfemar y me giro.

—¿Qué? —pregunto, forzando un tono sosegado. Tengo tendencia a ser fácilmente iracunda, rasgo que he heredado de papá, pues a mi madre, que en paz descanse, la recuerdo de lo más aplomada.

—El duque de Ealy —anuncia Fleming, ceremonioso, y, solo un instante después, el aludido noble tiene la osadía de cruzar el umbral de mi puerta.

No me lo puedo creer. ¡Se ha atrevido a venir aquí! ¿Qué demonios le pasa a este hombre?

Al encontrarse nuestros ojos, James se detiene y me contempla demudado. Creo que no se esperaba verme tan pronto. A lo mejor pensó que contaría con un par de minutos para prepararse antes de tener que enfrentarse a mí. Yo pensé que contaría con un par de siglos, la verdad. Y aun así me parecían pocos.

Los segundos mueren en silencio. Ninguno de los dos abre la boca. Lo observo con expresión cadavérica. Cinco años han pasado desde que le vi por última vez, y él, en vez de engordar, envejecer y perder el pelo —como cualquier caballero de buena familia haría—, se ha vuelto todavía más apuesto.

Aunque me irrite hacerlo, debo admitir que el dueño de esas nobles posaderas, a las que les he puesto mal pensamiento esta tarde, es uno de los hombres más admirables que han pisado *Fisherwood* desde que tengo uso de memoria.

Maldición. Me enerva mucho tener que concederle ese honor.

El duque no lleva corbata ni chaqueta, y ni siquiera va peinado como un caballero, pero eso no hace que me parezca menos extraordinario o intimidante. Aun cuando a su excelencia le importe un comino seguir las modas, sigue siendo el hombre más agraciado del mundo.

La fina camisa blanca apenas consigue contener los abultados músculos que se tensan por debajo, y su altura sigue haciéndome sentir pequeña y frágil. No ha cambiado en absoluto. Ni una pizca. Desafiando la elegancia de su porte, sigue pareciendo un forajido y un condenado de ojos ardientes y labios desdeñosos, la

clase de hombre por el cual la mayoría de las chicas perderían la cabeza. Incluso la gélida y frívola *miss* Julie Fisher. Por un momento lo imagino de nuevo al timón del barco, envuelto en rayos y desorbitadas olas de tormenta, y me estremezco, pues su mirada sigue emanando el mismo peligro que esa noche.

—Buenas tardes —dice desde la puerta y, tan tranquilo, hunde las manos en los bolsillos del pantalón. Es la primera vez que está delante de mí como James Weston, duque de Ealy, y no como James Vane Tercero, duque del ron barato.

No me dispongo a moverme, y él me observa con mucho interés. Puedo detectar una pizca de sardónica diversión en la curva de sus labios. Debe de pensar que me he convertido en una solterona amargada. Sigo vistiendo el recatado vestido negro que llevaba esta mañana, cuando él interrumpió mi charla de forma tan poco cortés, y eso nunca fue típico en mí. Durante nuestro corto e infeliz matrimonio, siempre mostré gran predilección por la ropa bonita.

Por la expresión que arde en sus pupilas, diría que el duque ignora mi sufrimiento real y piensa que todo esto guarda relación con él. Seguro que es tan arrogante como para creer que estoy de perpetuo luto desde el fallecimiento de nuestro matrimonio. Ni se imagina que, hace tres semanas, perdí a mi amado *Byron* en un trágico accidente que involucra a un inquieto minino y el carruaje de cierto vizconde con una predilección por los licores escoceses.

Y hablando de licores, ¿dónde estará ese coñac?!

—*Milady*, el duque ha dicho buenas tardes —me recuerda Alexander en un susurro.

—Ya lo sé. No estoy sorda. Solo sedienta. Excelencia. ¿Qué le trae a mi humilde residencia?

El duque alza los labios, sarcástico. Los dos sabemos que se pueden emplear muchos epítetos para definir esta mansión, pero *humilde* no es uno de ellos. Tal vez majestuosa, opulenta o insólita se acerque un poco más a la realidad.

—Mi querida duquesa. Quería intercambiar unas cuantas palabras contigo, si eres tan amable.

—Es prácticamente la hora de cenar, así que sea breve. Jamás me pierdo las

cenas por tratar asuntos de tan poca relevancia para mí.

James es consciente de que mi indiferencia solo es una fachada. Desde que ha llegado aquí no ha hecho más que observarme, callado y atento, registrando cada pequeño gesto, cada mirada, cada movimiento inconsciente de mis músculos. La manera que tengo de retorcerme el oscuro rizo que acaricia mi rostro, el modo en el que mis ojos se mueven de un sitio al otro, inquietos y turbios, la forma en la que apreso el labio inferior entre los dientes...

Todo lo que hago, mi lenguaje corporal, debe de asegurarle que, detrás de mi flema, estoy temblando. Y creo que eso le hace muy feliz. Odio ser tan débil cuando se trata de él.

—No te preocupes, te asombrará mi rapidez. En cuanto hagas gala de buenos modales y me invites a sentarme y a tomar algo, y en cuanto tu indiscreto mayordomo nos conceda un momento de intimidad, te diré lo que he venido a buscar.

Los azules ojos del anciano señor Fleming, que, para disimular, fingía estar ordenado un arreglo de tulipanes, se abren de par en par. Está escandalizado por la falta de respeto del duque. O, al menos, está todo lo escandalizado que un hombre tan impasible como él puede llegar a estar. Seguro que ahora ya no ve con tan malos ojos la idea de disparar a su excelencia en sus nobles posaderas.

—Faltaría más —concedo, con la voz sonándome más bien irónica—. ¿Le gustaría a vuestra excelencia tomar asiento?

Con sonrisa de regocijo, le indicó una silla de terciopelo burdeos, la que sé que tiene unos clavos sueltos que podían pinchar las nobles nalgas de su excelencia. Aunque papá ha insistido mucho en mandar a arreglar la silla, yo me he opuesto rotundamente. Me es muy útil para atender visitas inoportunas. Es escandalosa la rapidez con la que se marcha la gente a la que hago sentarse ahí.

James, como si hubiese adivinado mi maquiavélica idea, hace caso omiso de la invitación y se acomoda, cual largo es, en el pequeño sofá de esquinas redondeadas, cuyo níveo capitoné acabamos de restaurar. Los muebles de esta casa tienen más de cien años. Por muy buenos que sean, siempre se rompe

alguno.

—Admiro tu buen gusto en cuanto a la decoración —comenta, tras unos momentos de incómoda tensión—. Este salón es... agradable.

—Aplaudo que haya aprendido algunos buenos modales desde la última vez. Halagar al anfitrión es lo primero que debe hacerse durante una visita. Claro que ahora es usted un duque. Será por eso.

Me siento en una butaca y aguardo su réplica con sonrisa mundana. Como en un partido de tenis, nos pasaremos las cortesías de uno a otro. Creo que puedo hacerlo. Puedo ser superficial y cortés y fingir que esto no me afecta en lo más mínimo. Puedo ignorar lo masculino que parece, ahí sentado en ese pequeño sofá, y el peligro subyacente que emana de sus poros, y esa inquietud que tengo en el estómago desde que me enteré de su retorno.

Puedo hacerlo, porque no hay nada que yo no pueda hacer. Diablos, incluso conseguí pescar a mi adorado *lord* Weston, aunque ahora piense que eso fue lo peor que he hecho en la vida.

Sus ojos se pasean por las paredes, contemplan algunas pinturas, y luego se desplazan hacia los míos.

—No era un halago. Era la verdad. Para ser la residencia de una dama, este salón no resulta demasiado agobiante.

—¡No sea usted misógino! —lo reprendo con brusquedad—. Y bien, ¿qué quiere? No creo que haya cruzado el océano, enfrentándose a terribles tormentas, solo para venir a intercambiar cortesías conmigo.

—Ciertamente, no. Pero aún no me has ofrecido nada de beber, duquesa. Estas no son maneras de tratar a un invitado.

—Es *milady*, si no le importa. No soy duquesa sino la hija de un conde. Y usted no es un invitado, puesto que se ha presentado aquí sin haber sido previamente convocado. No obstante, y esto solo se lo concedo para no alargar eternamente la tortura de su compañía, pasaré por alto ese pequeño detalle. Alexander, ¿tendría usted la amabilidad de traerle a nuestro invitado uno de esos deliciosos sorbetes de limón que he tenido el gusto de probar esta mañana?

—¿Sorbete de limón? —el tono de desprecio del duque hace que Alexander frene en seco y aguarde nuevas instrucciones—. ¿Acaso mi amada duquesa piensa que tengo diez años y pecas en la nariz? Seguro que tiene usted algo un poco más *masculino* en sus despendas, ¿no es así, honorable señor Fleming?

Si bien la pregunta va dirigida a Alexander, sus ojos, oscuros e implacables, se mantienen clavados en los míos.

—Desde luego —intervengo yo, ya que el pobre anciano está demasiado conmovido como para hablar—. Supongo que una copa de coñac le bastará a su excelencia.

—Supones bien.

Me dispensa una sonrisa relámpago y coloca una pierna encima de la otra.

—Alexander, traiga usted una copa de coñac para el duque de Ealy. Seguro que ahora sí se acuerda de dónde lo ha guardado —acusó a través de los dientes apretados, y le dirijo una mirada elocuente al mayordomo que finge sacudirse el polvo de la chaqueta—. Ah, y no se olvide de aderezarla con una generosa cantidad de *estricnina*.

Por primera vez en sus sesenta años, el señor Fleming, que por norma general muestra la misma imperturbabilidad que los leones de piedra que custodian la entrada principal de *Fisherwood*, parece completamente escandalizado. Le sonrío con dulzura y me vuelvo hacia mi adorado esposo.

—¿Sabía usted, excelencia, que solo veinticinco miligramos de dicha substancia pueden producir la muerte por asfixia? Por lo visto, se te contraen los músculos torácicos hasta que ya no puedes respirar. He oído que eso es sumamente doloroso. Ha de serlo. Una pena que la agonía dure tan poco. La muerte es casi inmediata. Qué lástima. Me parece mucho más interesante que la gente sufra un poco.

James acierta a esbozar una sonrisa, un gesto tembloroso que palidece al instante. Nadie habla durante el intervalo de tiempo que el señor Fleming está ausente.

Cuando regresa, el servicial mayordomo coloca la copa de coñac delante del

duque. Antes de retirarse, me hace una reverencia, de tal forma que lo que le dedica a nuestro inesperado huésped es una bonita vista de sus ancianas zonas dorsales.

Bien hecho, Alexander. Debo recordar traerle un regalo la próxima vez que vaya de compras.

—Un hombre encantador —comenta James mientras se lleva la copa a los labios.

Está a punto de beber, pero debe de recordar lo de los venenos, ya que se detiene en el último momento, deja la copa encima de la mesa y fuerza una sonrisa cortés.

—¿Qué quiere, excelencia? —repito en tono cansado.

—¿Cómo estás, Julie?

Esta vez, su voz no refleja sarcasmo. Es cálida y tan seductora como la recordaba.

Y eso duele todavía más.

—Estupendamente, según habrá podido comprobar con sus propios ojos.

—Julie, soy yo. Soy James. ¿No podrías, al menos, tutearme?

—No.

Me mira unos segundos, y su tristeza es tan grande que desvió la mirada al suelo.

—¿Qué te ha pasado? Te he visto antes en el club y no podía creerme que fueses tú. Tus palabras fueron... —Se detiene y agita la cabeza despacio—. La Julie que yo recuerdo no era así.

—Aunque le cueste creerlo, excelencia, algunas personas cambian a mejor.

—¿A mejor? —repito, atónito—. Amor mío, lamento interrumpir tus fantasías surrealistas, pero tú no has cambiado a mejor. Has empeorado. No tienes ni idea de lo que dicen sobre ti a tus espaldas. Y no me sorprende. Te paseas por toda Inglaterra despotricando sobre los hombres como una solterona amargada.

—¡Soy una solterona amargada! —le grito, con ojos cargados de acusación—. ¡Y todo, por tu culpa!

James deja escapar un largo suspiro.

—Mi culpa. ¿De verdad? ¿Qué fue eso tan terrible que te hice para que te convirtieses en alguien tan... gris y apagado? —musita, y la derrota que impregna su voz pone en evidencia su desesperación y lo grande que es su desconcierto.

Así que no lo sabe. Han pasado cinco años y él no se ha tomado la molestia de intentar averiguar por qué se marchó su esposa solo un par de meses después de la boda. Está claro que nunca le he importado. No ha hecho más que jugar conmigo desde el principio. He debido de ser una muy entretenida diversión para él. ¡Cómo se habrá estado riendo por dentro cada vez que yo le hablaba de *lord* Weston y mi ridículo amor hacia él!

La furia vuelve a prenderse dentro de mí, y se propaga por mis venas con tanta rapidez que me incendia el rostro; la furia de la humillación, la de una niña mimada que no ha conseguido ver satisfechos sus antojos.

—Te ha llevado cinco años hacerme esta pregunta —replico, mascando cada una de mis palabras.

—Me ha llevado cinco años tragarme mi orgullo masculino y atreverme a formular en voz alta una idea que me ha estado atormentando desde que te fuiste: ¿por qué nunca has podido quererme? *A mí*. ¡Al hombre, Julie! No al estúpido título que nunca pedí recibir y del que nunca me he considerado merecedor.

Mis labios apenas registran una sonrisa, una sonrisa tan extraña que parece más bien un leve gesto de desprecio.

—Porque tú no eres digno de querer, *Jamie*.

El dolor se vuelve palpable en su rostro. No le había vuelto a llamar así desde que me explicó por qué lo detestaba, y que lo haya hecho ahora le duele porque sabe que no es una coincidencia o un desliz. Lo he hecho aposta. Para herirle.

Y me da lo mismo que lo sepa. Lo que quiero es que le duela, que le duela tanto como aún me duele a mí.

Con expresión ilegible, me pongo en pie para darle a entender que su visita ha

acabado.

—Julie, espera un momento. No creo que te marcharas solo porque averiguaste antes de tiempo quién era yo. Sé que debió de ser una conmoción para ti, pero te habrías quedado a echármelo en la cara. La mujer con la que yo me casé me habría gritado como una loca y me habría lanzado a la cara todos los pucheros de la cocina. Yo le habría explicado mis razones, ella habría seguido gritándome, yo la habría besado, y ahora tendríamos otra historia que contar. Pero tú desapareciste. No fuiste capaz de dar la cara. ¿Qué pasó, eh? ¿Quedaste demasiado decepcionada cuando comprobaste que tu adorado Weston no era el hombre que tú creías que era?

La chispa de dolor que consume su mirada no consigue engañarme. No es más que una fachada. Como todo lo demás. No sé qué le ha impulsado a volver, pero no confío en nada de lo que dice.

—Hemos acabado, excelencia. Haga usted el favor de... —Abro la puerta y papá entra casi a trompicones—. ¡Padre! ¿Estabas escuchando detrás de las puertas?

Papá se endereza, adopta un aire digno, muy aristocrático, y me mira con la cabeza bien alta, negando de esta forma toda acusación.

—Por supuesto que no, querida. —Pasa por delante de mí y camina con elegancia hacia el centro de la habitación, desde donde se vuelve para encararme—. Solo venía a recordarte que es la hora de cenar. Me ha sorprendido que no estuvieses ya en el comedor. Ahora entiendo la razón de tu retraso. Tienes invitados.

Papá mira a James de forma insistente, esperando a que yo tenga la gentileza de hacer los honores. Al ver que permanezco al lado de la puerta, en completo silencio, se gira de cara a mí y me dedica una mirada significativa. Entorno los ojos y me acerco a ellos con ademanes airados.

—Padre, te presento al duque de Ealy, tu vecino y yerno. Excelencia, conozca usted al conde Fisher, su vecino y suegro. ¿Ahora puedo irme a cenar?

Y como los dos están la mar de turbados, les sonrío con toda la afectación que

requiere un momento como este.

Los azules ojos de papá se agrandan de horror.

—¿Cómo dices?

James se pone en pie y le ofrece su mano. Papá lo mira receloso, como si temiera tocar al duque por si algo malo fuera a sucederle.

James deja caer la mano y habla con toda la entereza de la que es capaz.

—*Milord* Fisher, es un gran honor conocerle. Siempre he lamentado no haber tenido tiempo de pedirle permiso para desposar a su hija. Las circunstancias...

Deja la frase en el aire y gesticula impotente.

Papá se deja caer en el sofá. Sus ancianas extremidades ya no pueden sostenerle. Enfrascado en sus pensamientos, permanece inmóvil, con los ojos perdidos en la nada y la mano derecha acariciando la larga y canosa barba, recortada esta misma mañana por su barbero personal.

—¿Yerno? —En medio de la conmoción, levanta la mirada hacia la mía y luego contempla al duque con ojos interrogantes—. Como... ¿yerno?

Habrá que explicárselo. ¡Y todo porque su odiosa excelencia no ha tenido la decencia de permanecer en el extranjero como todo marido decente debería hacer!

Dejo brotar un suspiro, voy hacia papá y me siento a su lado.

—¿Te acuerdas de esos meses que pasé con la tía Nelly en París, aquella vez que desaparecí en mitad de la noche, alegando que tenía el corazón roto por el rechazo del duque de Ealy, que por aquel entonces todavía era *lord* Weston?

—Como para olvidarlo. Hasta que me llegó tu telegrama, me gasté una auténtica fortuna en detectives para averiguar con quién te habías fugado y adónde. Sospechaba que era con *sir* Edmund Percy, pero tres días después de tu huida, este apareció borracho y sin pantalones en las orillas del Támesis. ¡Menuda vergüenza de caballero! —exclama, contrariado, y luego vuelve a evaluar la culpabilidad que ensombrece mi mirada—. Entonces... ¿realmente te habías fugado?

—Sí. Con este caballero. Esa misma noche embarcamos hacia el puerto de

Nueva York.

Papá parpadea con rapidez y casi soy capaz de escuchar los engranajes de su cabeza girando deprisa.

—¡Pero el telegrama venía de París! —exclama, agarrándose a esa confusión para rechazar la evidencia de los hechos.

—Te lo envió mi amiga Sylvie para que no sospechases. Le escribí desde Nueva York. Ya sabía que tú nunca ibas a comunicarte con la tía Nelly. Era la coartada perfecta.

—¿Nueva York? ¿Casada? ¿Quieres decir que conseguiste pescar a ese descarado de Weston hace cinco años? ¿Y cómo es que nadie lo supo nunca? ¿Cómo es que yo, ¡tu propio padre!, lo he estado ignorando todo este tiempo?

—Se me da bien engañar a la gente.

—Desde luego, y jamás te lo perdonaré. Estoy muy decepcionado contigo, señorita. ¡Y mira que pensé que no podrías decepcionarme más!

—Papá... —suplico, dolida.

—¡Casada con el duque de Ealy! ¡Qué calamidad! ¡Qué disparate! ¡Qué...! Un momento. Alguien ha dicho... ¿casada?

Los ojos de papá vuelven a abrirse de par en par.

—¿Papá? —musito, titubeante. ¿Le estará dando un ataque? ¿Por qué tengo la impresión de que sus canosos bigotes están a punto de alzarse en una sonrisa?

—Sí, *milord*. Julie y yo contrajimos matrimonio hace cinco años —responde James con voz imperturbable—, y me temo que lo hicimos sin contar con su bendición.

Los ojos de papá se elevan hacia su rostro. De repente, puede mirarlo sin sentirse consternado.

—¿Me está diciendo usted, excelencia, que mi solterona, a veces demasiado directa y apática hija ¡de veinticinco años de edad!, la que yo pensé que jamás iba a contraer matrimonio con nadie y que viviría rodeada de gatos como aquella horrible tía Nelly suya; me está diciendo usted que está, por fin, ¡¿casada?! Y nada más ni nada menos que con su excelencia, el duque de Ealy?

—Es exactamente lo que le estoy diciendo. Ella es mi mujer y, por consiguiente, la duquesa de Ealy.

El rostro de papá se ilumina en una amplia sonrisa. Se pone en pie con repentinas energías, coge la cabeza de su yerno entre las manos y deposita dos ruidosos besos en sus mejillas.

—Hijo mío, ¡bienvenido a casa!

—¡Padre! —protesto, sin dar crédito.

¿Acaso papá, a pesar de sus sesenta y tres años, se ha vuelto completamente senil? ¿Acaso no recuerda que siempre se ha opuesto a mi matrimonio con el duque de Ealy?

¿O es que ahora, después de haber heredado este el ducado de su padre, que en paz descansa, lo considera digno de la mano de su única hija?

—Cielito mío, ¿quién soy yo, un pobre anciano desvalido, para oponerme a un amor tan intenso como el vuestro? Me rindo. Os doy mi bendición. ¿Cuándo se la lleva usted a su casa, excelencia? Que sea cuanto antes —le susurra disimuladamente—. Y cómprele coñac. *Mucho* coñac.

—¡Papá! ¡Te estoy oyendo!

James ríe entre dientes.

—Me la llevaré hoy mismo, *milord*, si a usted le parece bien.

—Excelente noticia, hijo mío —aprueba, dándole a su yerno unas cuantas palmadas cariñosas en el hombro—. Excelente. Julie, ¡haz las maletas ahora mismo!

Abro la boca, asombrada, confusa, furiosa y... y... ¡con ganas de matar a alguien! Tal vez, a su excelencia, por haber osado irrumpir en mi perfecta, tranquila y ¡tremendamente aburrida! vida.

—Padre, ¿has perdido el juicio? No pienso ir con este rufián a ninguna parte. ¡No le soporto!

Papá aprieta los labios con disgusto.

—Escúchame bien, señorita. ¡*Señora!* —subraya, de lo más complacido—. Este rufián, como tú le has llamado, es tu marido. Te recuerdo que rechazaste a

exactamente setenta y nueve caballeros solo porque querías desposar al duque de Ealy. No me vengas ahora con nimiedades. Todos los matrimonios decentes tienen problemas, pero las cosas siempre se solucionan. Intenta solucionarlas en el dormitorio.

Cualquier dama decente se desmayaría ante tal descarada sugerencia. Menos mal que no es mi caso.

Mis ojos destellan tal ferocidad que el mismo papá parece sopesar la idea de ocultarse en algún lugar oscuro y lloriquear de miedo.

—¿Nimiedades? —rujo, fuera de mis casillas—. Preferiría beber ¡a diario! infusiones de estramonio que pisar sus aposentos. Y para tu información, ¡rechacé a ochenta y ocho caballeros! —exclamo, muy orgullosa de ese dato.

—¿Y qué es lo que pretendes hacer? —repone papá con impaciencia.

—Conseguir el divorcio, por supuesto. Alegaré incompatibilidad y diferencias irreconciliables.

—¡¿El divorcio?! —trueno, mostrando el aspecto de una persona a punto de sufrir un ataque de fiebre—. ¡Ninguna hija mía deshonrará tanto a esta familia! ¿Me has oído? ¡*Ninguna!*

Su excelencia levanta las manos para calmar los ánimos. Las cosas se están desquiciando demasiado y creo que no tiene deseos de ser testigo de un episodio de violencia paterno filial. Por el aspecto feroz que mostramos papá y yo, cualquiera se atrevería a decir que no falta mucho para que eso suceda.

—*Milord* Fisher, cálmese. No pienso concederle el divorcio a Julie, puesto que somos de lo más compatibles, según *milady* seguro que recuerda. —Me guiña un ojo con descaro y a mí me entran ganas de partir su perfecta y aristocrática nariz de un puñetazo—. En cuanto a nuestras diferencias, bueno, son, como usted bien acaba de definirlas, nimiedades que se pueden solucionar en el dormitorio. Además, la quiero y no pienso perderla de nuevo.

—¡Qué hombre más sabio! ¿Lo has oído, Julie? Ahora sé buena chica y ve a hacer las maletas.

—¡Jamás voy a dejar *Fisherwood*! ¿Me has oído? ¡Jamás! ¡Haré que me

entierren entre estos muros como a la pobre *lady* Catherine! —clamo, con tanto melodrama que bien podía haberme ganado la vida en algún teatro barato.

Fingiendo lágrimas de desconsuelo, abandono la estancia de un teatral portazo.

—Solo veo una solución a todo este desastre —escucho al pegar la oreja a la puerta—. Vuestra excelencia ha de trasladarse a *Fisherwood*.

Se me dilatan los ojos de espanto.

—*Milady*.

—¡Aahh! —grito, volviéndome sobresaltada—. Alexander, ¡menudo susto! Eres más sigiloso que un minino.

—¿Qué estaba haciendo *milady* pegada a la puerta? —inquire con mirada suspicaz.

Adopto un aire de lo más escandalizado. Es lo mejor que una puede hacer en estas circunstancias.

—¿Qué estás insinuando? ¿Que yo estaba escuchando una conversación privada?

—Desde luego, lo parecía —responde Fleming sin inmutarse.

—Pues te equivocas. Estaba comprobado si se ha limpiado bien la madera de la puerta —replico con ensayado aplomo—. Y me atrevería a jurar que no se ha hecho. Dile a Mary que le pase el trapo otra vez. *Varias* veces. ¡Y que le saque brillo!

Ante la mirada burlona de Alexander, levanto la barbilla con aire digno, agarro mis faldas con las dos manos y me encamino majestuosamente hacia la escalera.

—Embustera como su padre —rezonga a mis espaldas.

¿Por qué todo el mundo en esta casa tiene la impresión de que estoy sorda?



Capítulo 8

La alta sociedad de nuestro pequeño pueblo costero entra en *shock* al propagarse la noticia del inquietante regreso del *Duque Escandaloso*.

El estado de conmoción general dura al menos dos minutos. Acto seguido, salen todos corriendo, presos de un incontrolable frenesí. El barbero, el peluquero, el sastre, el perfumista y el joyero no dan abasto con tantas peticiones. Se tienen que encargar nuevos atavíos para las fiestas, recortarse las barbas y los bigotes, informarse sobre los peinados de moda en América, probar nuevas mezclas de perfume y gastarse las fortunas en las joyas más llamativas de todo el viejo continente.

Estoy convencida de que si el mismísimo general Bonaparte —que lleva más de medio siglo muerto— desembarcara ahora mismo en las costas inglesas, la gente no se alarmaría tanto. Jamás en toda mi vida he recibido tantas invitaciones para tomar el té, y eso que siempre he sido requerida por las damas más honorables, las cuales aún sueñan con engatusar al viudo conde Fisher apelando al afecto de su única hija.

—*Milady*, el carruaje está esperando —anuncia el señor Fleming, impasible.

Me echo unas cuantas gotas de colonia detrás de las orejas y, antes de salir, cojo un pequeño bolso que hace juego con mi vestido de crespón. Aún no me siento con fuerzas para dejar el luto.

Y menos con el regreso de *Jamie* tan reciente. Cuanto más recatada y menos atractiva me encuentre, mejor para todos. Tal vez decida que me he vuelto demasiado frígida para su gusto y nos haga un favor a todos y se largue para siempre.

Algo me dice que eso no va a pasar ni en sus mejores sueños.

—Dile a papá que volveré a la hora de cenar.

—Sí, *milady*. Pase una buena tarde, *milady*.

Contesto a la reverencia de Alexander con un gesto de cabeza y me acomodo en el carruaje de papá. Estoy invitada a tomar el té en casa de *lady* Royall. Siempre he pensado que no hay mujer más entrometida que *lady* Royall en toda Inglaterra. Sé perfectamente que esta tediosa tarde pasará a los anales de mi historia personal como uno de los momentos más abochornantes de mi vida, pero no puedo rechazar la invitación. La agradable señora es prima de su majestad y jamás me perdonaría el desaire.

De camino a tal fastidioso destino, me entretengo mirando por la ventana hasta que el carruaje se para y alguien abre la puerta. Cojo la mano que me ofrece uno de los mozos de *lady* Royall y bajo el escalón con cuidado. Llevo unos zapatos nuevos que podrían ser peligrosos. Sobre todo, si alguien se los lanzara a Ealy a la cabeza. Hmmm. Habrá que seguir pensando en eso. Pero luego. El mayordomo de *lady* Royall me espera junto a la escalera y tengo que mostrar normalidad.

—*Milady*.

—Señor Asbury.

Los dos inclinamos la cabeza.

—Por aquí, si es tan amable.

En silencio, Asbury me conduce por un largo vestíbulo que desemboca en el salón. Aunque la casa de la baronesa no es tan imponente como *Fisherwood*, supera con creces la mayoría de los hogares de la nobleza local. Solo hay una propiedad que se alza por encima de todas las demás, y esa es la mansión de los duques de Ealy, un antiguo palacio que les fue regalado en el siglo XVI por su servicio a la corona.

—La duquesa de Ealy —anuncia el mayordomo, muy solemne, desde el umbral.

¡Por todos los dioses! ¿Por qué se empeñan en recordarme el mayor error de toda mi vida?

El murmullo de las conversaciones cesa de golpe y todas las cabezas se giran hacia mí.

Oh, cielos... De la noche a la mañana me he convertido en una apestada.

—Buenas tardes —bramo, malhumorada.

Para suavizar la aspereza de mi tono, les dedico una breve sonrisa, cruzo la sala de estar y me acerco a paso ligero a la anfitriona. *Lady Royall*, hundida en un diván amarillo, en medio de la habitación, atiende a la conversación de *lady Templeton* y la insulsa hija de esta, que se están quejando de alguna cosa. A juzgar por la mueca de su rostro, la baronesa está terriblemente aburrida. No me extraña. Sé por experiencia propia que la conversación de las dos damas suele ser de lo más insípida.

—¡*Lady Royall*! —exclamo, tan divertida por su apatía que incluso me olvido de mi propio enfado—. Celebro verla.

—Excelencia. —Sus azules ojos se iluminan de gozo—. Me complace tremendamente que haya aceptado mi invitación. Siéntese, por favor. ¿Le apetece un té?

Me acomodo en la *chaise longue* color azul cielo, que no hace más que sobrecargar el salón, de por sí bastante colorido, y coloco el bolso junto a mis pies.

—Para eso he venido —le recuerdo con una sonrisa.

Si *lady Royall* es capaz de percibir la fría ironía que empapa mi voz, desde luego, no da muestras de ello. Se gira y pide que me sirvan el té.

—¿Qué tal está su padre, el conde? —se interesa la amable señora, al tiempo que se sirve a sí misma una generosa copa de jerez.

Al tratarse de una viuda baronesa pariente de su majestad, se le permite beber según su antojo sin que nadie la catalogue de atrevida o intente censurar su comportamiento. ¡Qué injusta es la vida! ¿Por qué no puedo ser yo una viuda baronesa pariente de su majestad y probar ese jerez? Desde la niñez le tengo declarada la guerra a esa horrible pócima llamada té, que en este momento me veo obligada a engullir.

—Completamente senil —contesto después de quemarme con el primer sorbo.

—¡Cielos! Y eso ¿desde cuándo?

—Desde ayer por la tarde —respondo impasible y les dedico una sonrisa desenfadada.

Coloco la taza en el platillo y me recoloco en mi asiento.

La baronesa, ataviada con un vestido de terciopelo rojo que le hace parecer todavía más voluminosa de lo que es, se queda con la copa de jerez en la mano. No es capaz de concentrarse en nada, ni siquiera en beber. Su cerebro no da abasto con tantos chismorreos. En menos de dos días, el duque más escandaloso de toda Europa ha anunciado que está casado conmigo, yo he solicitado, *¡en público!*, el divorcio, y uno de los hombres más encantadores de Inglaterra se ha vuelto completamente senil. Su rubicundo rostro no deja lugar a dudas: a la baronesa todo el drama que envuelve a mi familia le resulta de lo más deleitoso.

—¿Y cómo ha recibido el conde la noticia de su matrimonio con el duque de Ealy? Supongo que, al igual que todos nosotros, estará conmocionado.

Menos de dos minutos. Eso es lo que ha tardado en empezar su interrogatorio. ¡Cuán previsible es la gente!

Animadas por la pregunta, las demás damas se acercan y forman un círculo a mi alrededor, para no perderse ni una palabra.

—La noticia de nuestro matrimonio la ha recibido con gran alegría, gracias por su interés. Por otro lado, la de nuestro divorcio no ha sido muy de su agrado.

El rostro de la imponente *lady* Royall enrojece más de lo habitual. Rezo para que sea fruto de un exceso de jerez y no de un nuevo e inminente desmayo. Lo que menos me apetece en este momento es ponerme a socorrer baronesas. Ya bastante tengo con beber el insípido té que sirven en su casa.

—¡Cielo santo, excelencia! —exclama *lady* Carville, contrariada—. ¿De verdad piensa usted solicitar el... el...? —La palabra se atasca entre sus delgados labios, y *lady* Carville parpadea turbada—. ¿El cese de su matrimonio con el duque? —apenas se atreve a susurrar, y tanto se ruboriza que baja la mirada al suelo.

Me deshago del té, aprovechando que el mayordomo pasa por delante de mí

con una bandeja vacía. Ya he tenido suficiente con los tres sorbitos que me he obligado a tragar.

—Así es, *lady* Carville. El duque y yo vamos a cancelar nuestro matrimonio. Cuanto antes concluya el divorcio, mejor para todos.

—Pero excelencia —interviene *lady* Winscot, timorata—, tengo entendido que para solicitar el d... —El carraspeo de *lady* Carville la hace detenerse y buscar otra palabra más tolerable—... *el descasamiento*, debe alegar razones.

Afirmo en silencio.

—Sin duda, hay que alegarlas, pero no me preocupa este asunto. Siempre puedo decir que el duque es físicamente incapaz de cumplir con sus deberes conyugales.

Las damas, llenas de estupor, se ruborizan hasta las puntas de las orejas.

—Esa no es razón para que se lo concedan —anota *lady* Royall, la que menos ruborizada está. Su rostro muestra ese color rojizo casi siempre.

—Claro que no. Pero si es razón lo bastante poderosa como para destrozar la reputación del *Duque Escandaloso*. Puede que él aceda a divorciarse, antes que poner en entredicho su prestigio de descarado libertino. Ha malgastado valiosos años para labrarse esa reputación. Quizá signifique algo para él.

—Vuestra excelencia debería meditar sobre este asunto —aconseja la prudente *lady* Templeton—. Ealy no es un hombre para desechar. ¡Y es un duque! Solvente, además. Posee una de las mayores fortunas de Europa.

—Razón de más para dejarlo libre —repongo con una impasibilidad que asombraría al mismísimo Fleming—. De esta forma, cualquiera de nuestras encantadoras jóvenes solteras podría pescarlo.

Las damas abren desmesuradamente los ojos. Ninguna había pensado en esa posibilidad hasta ahora, pero está claro que la idea se les presenta atrayente. Si yo solicito el divorcio y el duque me lo concede, una vez liberado de los lastres de este matrimonio indeseado, él podría volver a casarse.

Y si una de las mayores fortunas del país puede volver a casarse...

Lady Charlotte, la sobrina de *lady* Royall, se pone en pie de forma muy

precipitada.

—Si me disculpan las damas aquí presentes, debo retirarme cuanto antes. Hay un asunto de vital importancia que requiere mi atención.

Farfullado esto, se abalanza sobre la puerta.

Tras un incómodo momento de silencio, se levantan las demás para seguir su ejemplo.

Me llevo el puño a los labios para disimular una sonrisa.

—Me van a disculpar ustedes, pero me he entretenido demasiado —anuncia *lady* Susan, la protegida de *lady* Carville—. Mi anciana madre necesita serios cuidados estos días. Tiene un resfriado terrible.

—Y yo tengo que acompañarla. A fin de cuentas, es mi protegida.

La hija de *lady* Templeton es la siguiente en mover ficha. Alguien así de insulso sería perfecto para Jamie.

—Acabo de recordar que tenía cita con la modista —explica, antes de esfumarse en compañía de su madre.

Aparte de la baronesa, solo quedamos yo, la octogenaria *lady* Winscot y su bisnieta, Lavinia.

—Bisabuela, ¿recuerdas que habíamos quedado con la tía Sophie?

La miro contrariada. ¿Lavinia qué puede tener?, ¿quince años? ¡El duque le dobla la edad, por el amor de los dioses!

Lady Winscot sonrío, satisfecha por la astucia de Lavinia.

—Es verdad, cielito mío. Se me había olvidado por completo. A mis ochenta años la cabeza ya no es la que era. Gracias por el té, *lady* Royall. Espero verla en mi casa el domingo a las cinco.

No se me pasa desapercibido que a mí no me han invitado. No es que me inquiete por ello, tengo mejores cosas que hacer los domingos que tomar el té con esa vieja oca de *lady* Winscot. Solo era una observación.

—Resérvame unos panecillos, querida. Sabes que no soporto las tartas. Debería declararse de mal gusto servir tartas en las meriendas.

Mientras su bisnieta la ayuda a incorporarse, la anciana gira la mirada hacia

mí y compone una sonrisa cortés.

—Es usted una delicia para mis viejos ojos, excelencia. El negro hace muy buen contraste con el tostado de su piel. Supongo que se habrá bronceado al manejar sola ese pequeño carruaje dorado que lleva a todas partes.

Solo alguien tan odioso como ella puede conseguir que un cumplido suene a insulto.

Hago un mohín y la sigo con la mirada hasta que desaparece por la puerta apoyada en el hombro de Lavinia.

—¡Ignorantes! —bufa *lady* Royall en cuanto quedamos a solas—. Van a encargarse vestidos y a moldearse el pelo para echarle el anzuelo a su marido. ¿Es que no se dan cuenta de que su excelencia solo la quiere a usted?

—Me temo que Ealy no es capaz de querer a nadie.

—Él afirma lo contrario.

Mi rostro, al volverse, refleja sorpresa. El de la baronesa, una inmensa complacencia. Su retenida sonrisa indica que la honorable *lady* Royall posee alguna clase de información privilegiada que se muere por compartir.

Y yo, a pesar de lo fastidioso que me resulta admitirlo, me muero de ganas por escucharla.

—¿Acaso le ha interrogado usted? —susurro, como si temiera ser oída por alguien más aparte de ella.

El pecho de *lady* Royall se sacude con una carcajada.

—¿Interrogarle? ¡Ni que fuese yo la Yard, duquesa! Tuve la suerte de interceptarle ayer en la calle mientras su excelencia daba su paseo matutino. Pura coincidencia, por supuesto. No es que yo hubiese estado siguiéndole ni nada parecido —asegura, y su rostro adopta un aire de fingida ingenuidad.

Estoy convencida de que ayer la baronesa se pasó media mañana sentada en su balcón, con los impertinentes puestos, solo para localizar a Ealy.

—Desde luego que fue una coincidencia, baronesa. Jamás me habría imaginado otra cosa. ¿Y fue... provechoso su encuentro?

—Oh, sí, de lo más fructífero. ¡Ealy es un joven tan encantador! Contestó

atentamente a todas las preguntas que le hice. No fueron más de unas cuantas, claro. No quería aprovecharme de su cortesía.

—Por supuesto que no quería usted aprovecharse. ¿Y qué fue lo que le contó?

Sin darme cuenta, me inclino hacia ella para escuchar más de cerca sus palabras. La baronesa percibe de inmediato mi interés y su rostro se ilumina a causa del regocijo.

Lo capto al instante, me echo hacia atrás y finjo buscar una mejor postura en mi asiento, pero ya es demasiado tarde. Ella se ha percatado de mi traspié y sonrío como un gato viejo. Tengo la impresión de que va a escribirle hoy mismo al duque para informarle de mi reacción. ¿Se puede ser tan estúpida? ¿Se suponía que no iba a bajar la guardia!

—Fue un deleite conversar con él. Me contó cómo os enamorasteis y os fugasteis juntos a América. ¡Qué aventura tan impresionante!

Me cuesta creer que el duque le haya dicho la verdad. *Verdad* es una palabra que su vasto léxico no abarca.

—¿Ah, sí? ¿Le desveló toda la historia?

—Con lujo de detalles —se regodea *lady* Royall—. El pobre duque también confesó que, en todo este tiempo, él no ha sido capaz de dejar de amarla, aun cuando usted le rompió el corazón al abandonarlo. Eso último, claro, me ha sido encomendado en la más estricta de las confidencias, con lo que jamás podría repetir sus palabras.

Lo que significa que, antes del atardecer, toda Inglaterra conocerá la confesión del *pobre* duque. Me entran ganas de chillar.

—Cuánta amabilidad ha manifestado el duque al hacerle esta clase de confesiones —replico, con cierta acidez.

—Oh, sí. ¡Y qué historia más bonita me contó sobre aquel crucero! Preciosa. Debí de ser delicioso viajar tanto.

—El... ¿crucero?

—Ya sabe, ese romántico viaje de camino a América. Me dijo que él, para demostrarle a usted su amor, la invitaba a pasear por la cubierta principal, donde,

todas y cada una de las noches que duró el trayecto, le cantaba serenatas mientras contemplaba cómo la luz de la luna iluminaba sus hermosas y jóvenes facciones. También especificó que usted solía sonreír al escuchar sus románticos versos y que la imagen de su rostro en esos momentos era casi angelical.

¿Serenatas?! ¿Crucero?! ¿Versos???

¿De dónde se ha sacado el duque todas esas patrañas? Si no me falla la memoria, viajamos en un barco de contrabando y *su excelencia* se pasó las noches jugando a las cartas con el pirata Parche Sucio y la novia de este, Polina, los tres empinando el codo como cosacos.

Y, en efecto, algunas veces se les escuchaba cantar —posiblemente, desde las lejanas Indias, tan alto mugían sus altezas—, pero a ese berrido infernal no se le podía definir como serenata y, desde luego, no lo impulsaba el amor, sino la indecente ingesta de ron.

—¿Eso fue lo que le contó su excelencia?

Lady Royall enarca una ceja tan desteñida que parece casi blanca.

—¿Acaso no fue así?

La miro y por un horrible segundo sopeso la idea de decirle la verdad. Si no lo hago es solo porque echaría a perder mi propia reputación y no estoy dispuesta a tanto, ni siquiera por fastidiar a Ealy.

—A decir verdad, no lo recuerdo. Fue hace muchos años —la despacho con frialdad.

Acto seguido, cojo mi bolso y anuncio que debo regresar a *Fisherwood* de inmediato, puesto que mi senil padre podría necesitarme.

Me levanto precipitadamente y, si bien la baronesa insiste en que me quede a charlar un rato más, es en vano. Abandono a *lady Royall* lo más deprisa que me es posible y corro en busca del fresco aire de la tarde. La conversación me ha recordado cosas que durante cinco años me he forzado a olvidar, y eso no me ha hecho ningún bien.

De camino a casa, cierro los ojos para bloquear los intensos recuerdos que abarrotan mi mente, pero no lo consigo. Las imágenes fluyen libremente, cada

vez más deprisa, recordándome cosas que hacía mucho que fingía no recordar.



Capítulo 9

Encontrar a James esperándome en la escalinata no hace más que echar sal en mi herida. Me apeo antes de que el cochero me abra la puerta y paso por delante de él como una exhalación, procurando no mirarlo.

—Julie, ¿podemos hablar?

—No tengo tiempo.

—Solo un minuto.

—No.

—Por favor. Nunca te he pedido nada. Esto... es importante. Concédeme un solo minuto. No creo que sea tanto pedir.

Exhalo fastidiada, dejo de andar y nuestros ojos se encuentran en el aire al volver yo el rostro hacia atrás.

—Si lo hago, ¿me dejarás en paz?

Juraría que parece un poco herido, aunque lo disimula apretando los labios.

—Si es lo que deseas...

—Lo es.

—Entonces, eso haré —concede, tan serio que sé que puedo confiar en él.

—Bien. Habla. Tienes dos minutos a partir de... ya.

—Ven. Tengo algo para ti.

Me agarra de la mano y me conduce al interior de la casa. Ojalá no me resultara tan dolorosa su compañía. Ojalá tuviera las fuerzas necesarias para ignorar el remolino de sentimientos que empieza a girar dentro de mí.

Pálida como un espectro, lo sigo en silencio, intentando no reparar en la forma en la que me arde la piel por debajo de sus dedos.

Cuando llegamos al salón, tengo los ojos obnubilados y un enorme nudo en la garganta. Pero he conseguido no venirme abajo y estoy muy orgullosa de eso.

—Te he traído un regalo.

—¿Por qué?

James me mira con una sonrisa tímida que se me clava en el corazón como un cuchillo. Las sonrisas no deberían doler tanto.

—Quería que lo tuvieras.

—Muy bien. ¿Dónde está?

—En esa caja de ahí.

—Espero que no me hayas traído alguna serpiente venenosa —comento mientras me encamino hacia la mesa—. Te advierto que no estoy de humor.

Sonríe y lo niega.

—No. Es otra cosa. Te gustará.

—Deja de dar por hecho lo que me gusta y lo que no.

—De acuerdo. Lo siento.

Con una mueca de disgusto, me quito los guantes, dejo el bolso encima del recibidor y abro la caja con manos trémulas. Dentro, un precioso gatito negro, de enormes iris azules, me contempla paralizado. Se me humedecen los ojos, porque es igualito a *Byron*, y esto es más de lo que puedo soportar. ¿Qué clase de mente enfermiza usaría el dolor para manipularme?

—Llévatelo —exijo, apartándome de la caja con rostro pétreo y mirada ausente.

—Julie...

—¡Que te lo lleves! —le grito, atravesándolo con la mirada—. No lo quiero.

—Pero...

Furiosa, agarro el bolso y salgo corriendo escaleras arriba, dejando a James perplejo en el salón.

Entro como un terremoto en la habitación de mi padre y cierro la puerta de golpe.

Papá está a medio vestir. De pie a su lado, Alexander le está sujetando la chaqueta.

—¿Cuál de vosotros dos ha sido? —pregunto, sin que mi gélida voz encaje con el fuego que consume mis pupilas.

Mi padre y Alexander intercambian una mirada de desconcierto.

—¿De qué se nos acusa exactamente?

—¡Lo sabes más que de sobra, papá! ¡El gato! ¡El gato negro! —les grito, cada vez más furiosa.

Papá frunce el ceño.

—¿Qué pasa con el gato? Pensaba que se había muerto —le susurra a Fleming, el cual asiente despacio.

—James me ha traído uno igual. Se lo habéis dicho.

—No he hecho tal cosa.

Ante la negativa de mi padre, vuelvo la mirada hacia Alexander, que niega en silencio.

—No, *milady*. El duque no sabe nada del gato.

—Pues no me lo creo —escupo entre dientes, y salgo con el mismo ímpetu con el que entré.

Ya ni siquiera me apetece cambiarme para la cena. Bajo, tal y como estoy vestida, y entro en el comedor.

—No me lo puedo creer —bisbiseo entre dientes mientras todo mi mundo vuelve a agitarse desde los cimientos.

James está sentando a la mesa, esperando. Se pone en pie nada más verme.

—Hola de nuevo —me dice, muy tímido.

—¿Qué haces aquí?

—*Lord* Fisher ha dicho que se cena a las nueve.

—Eso no contesta a mi pregunta.

James me mira unos segundos, entrecierra los párpados y coge una profunda bocanada de aire.

—Me he trasladado a *Fisherwood*.

Tengo ganas de llorar y me temo que no voy a ser capaz de aguantarme hasta después de la cena.

—Temía que dijeras eso —musito, y tan derrotada me siento que me desplazo al armario de los licores y me sirvo una generosa copa de coñac.

—Julie, puedo explicarlo.

—Ahórramelo. No podría interesarme menos.

Con la copa en la mano, me dejo caer encima de una silla y espero a que baje papá. El silencio es casi sepulcral. Él me mira con insistencia y yo bebo mi copa a sorbitos y me obligo a recorrer la pared con la mirada.

—La última vez que estuve en este comedor fue el día en el que enterraron a tu madre.

Mis ojos se desplazan feroces hacia los suyos.

—No te atrevas a hablar de eso.

James baja la mirada al suelo y traga saliva. Un vendaval de emociones cruza su rostro, atormentado y contraído en un gesto de tormento.

—Lo siento. Sé que estás muy enfadada conmigo y...

—No tienes ni idea de lo que siento.

Sus ojos se elevan despacio.

—No, pero el hecho de que sientas algo me produce cierto alivio.

—No debería aliviarte. Te odio más que nunca.

—Odiar es mejor que no sentir nada, Julie —declara con voz rota—. Por el momento, me conformaré con eso.

Aparto la mirada. Papá aparece en el comedor, acompañado por Alexander.

—Oh, excelente. Ya estamos todos. Me muero por probar esa sopa de pescado que tan bien huele. Julie, ¿ya estás con el coñac?

—Ahora más que nunca, ya que me obligas a soportar compañías indeseadas.

James aprieta la mandíbula y me mira dolido.

—¡Julie Fisher, no seas grosera! —se indigna papá.

—Creo que me lo merezco, *milord*.

—No digas tonterías, hijo mío. Lo que sucede es que esta señorita está acostumbrada a montar rabietas. Nunca he sabido cómo dominarla. Dios sabe que lo he intentado, pero creo que su madre y yo la tuvimos demasiado mayores. Si yo tuviera quince años menos... En fin. Alexander, sirva la sopa. El hambre la pone de muy mal humor.

Se nos sirve el primer plato, pero yo apenas pruebo unos cuantos sorbos. El

segundo plato ni siquiera lo toco.

—¿Eso es todo lo que vas a comer?

—No tengo hambre, papá.

—Esto es extraordinario. Tú siempre tienes hambre.

—Sigo insistiendo en llamar al señor Mitch —interviene Alexander, que, como siempre, está pendiente de nuestra conversación.

—No llamaremos a nadie. Me voy a la cama.

James se levanta.

—No, el que se va a marchar soy yo. No quiero imponerte mi presencia.

Inclina la cabeza y se marcha, a pesar de las insistentes protestas de mi padre.

Dos segundos después, escuchamos la puerta de la entrada cerrándose de golpe.

Dios, ojalá no doliera tanto.

—Estarás contenta —espeta papá con ojos como brasas.

—¿Contenta? —masco despacio y vuelvo la cara para enfrentarme a él—. ¡No tenías ningún derecho a decirle que viniera! ¡Sabes lo que opino respecto a él!

—¡La que se casó con él fuiste tú, Julie! —repone papá a gritos.

—¡Y llevo cinco años arrepintiéndome de eso! —exclamo, con los ojos tan cargados de lágrimas que sé que me estoy quebrantando como una niña—. ¡Cinco años esforzándome en olvidar! ¿Tienes idea de que, cada vez que lo miro, algo muere dentro de mí? ¿Te has parado siquiera a pensarlo? Le invitas aquí como si nada, como si no te importara en absoluto mi dolor.

Eso conmueve tanto a papá que su rostro se tiñe de pena.

—Julie, no tenía ni idea de que... Es decir, tú siempre...

—¿Finjo tan bien? —repongo, irónica—. Sí, papá, finjo de maravilla, porque me resulta más fácil fingir que él no significa nada para mí. La alternativa sería admitir no ha pasado un solo día en los últimos cinco años sin que él estuviese presente en mis pensamientos. Mi mente. Mi corazón. Mi alma. Todos me traicionan pensando en él. ¡Y estoy harta!

Suelto la copa encima de la mesa, me levanto y me doy la vuelta. James está de pie en el umbral y yo lo contemplo paralizada y lívida.

—Me he olvidado... los cigarrillos —explica, turbado y el fruncir de sus cejas se vuelve más pronunciado al advertir las lágrimas que enturbian mi mirada.

—Pues cógelos —espeto con frialdad.

Me trago el nudo de lágrimas que obstruye mi garganta y pasó por delante de él mirándolo desafiante. Sus ojos me aguantan la mirada, mas sus labios no tienen ni una sola palabra que decir.

Dejándolo todo a mis espaldas, subo a mi habitación, cierro con llave y ahí me desplomo por fin. Pegada a la puerta, rompo a llorar y tan débil me siento que me escurro hacia abajo, hacia el suelo.

Hacia los confines del Infierno.

No veo a James durante dos días y casi que podría llegar a echarle de menos.

Pero no.

Estoy demasiado ocupada intentando conseguir el divorcio como para malgastar mi tiempo con tan mundanas ocupaciones. Me he entrevistado dos veces con el señor Brummell, nuestro abogado, pero las noticias que me ha dado no son de mi agrado y ahora estoy pensando en buscar alternativas.

Según Brummell, si James me niega el divorcio y no hay testimonios públicos que atesten esas *diferencias irreconciliables* a las que hago referencia, el juez no dictaminará sentencia a mi favor.

—Este es un mundo de hombres, *miss*. Que una mujer solicite el divorcio, está bastante mal visto. Que lo solicite sin ninguna razón, es un escándalo. Me

temo que no podemos cambiar las leyes, ni siquiera por agradarla.

—Entonces, habrá que conseguirlo de otro modo, ¿no es así? —repongo con sonrisa seductora.

Cojo mi bolso y me pongo en pie. El señor Brummell se levanta, desconcertado.

—Pero...

—No se moleste. Ya conozco el camino hasta la salida. Volveré cuando tenga una razón de peso para solicitar el divorcio.

—¡Pero aún necesito que me firme los documentos del banco! *Lord* Fisher aseguró que...

—Otro día será. Hoy tengo mucha prisa.

—¿Adónde va, si puedo preguntar?

—A asegurarme de que nuestras diferencias sean irreconciliables. Eso solo puedo conseguirlo en un sitio: el club de caballeros.

—¡*Miss* Fisher!, ¡eso es escandaloso incluso para usted! —declara el anciano socio de papá.

—Oh, ya sabe que siempre me pierden los escándalos.

Le sonrío y cruzo la puerta. El señor Brummell está demasiado contrariado como para seguirme.

Monto en el carruaje de un salto y le indico a George, el cochero de papá, el nuevo destino. Sé de antemano que James piensa acudir al club esta tarde. Mi espía —Alexander— me lo ha confirmado. Algo bueno debía de haber en todo este engorro de estar bajo el mismo techo que el duque.

—Hemos llegado, *miss* —informa George, mirándome a través de la ventanilla que nos separa—, pero ya sabe que no podrá entrar ahí dentro, ¿verdad? Lo que intenta es imposible. Ninguna mujer ha llegado tan lejos.

—Lo mismo le dijeron a Ana Bolena, y ¿qué hizo ella?

—¿Perder la cabeza?

Hago una mueca de disgusto.

—Persuadir al rey y salirse con la suya —rebato, sonriendo—. La cabeza la

perdió más tarde.

—¿Y eso no le dice nada?

—Descuida, George. Mi cabeza está a salvo. Las mujeres hemos aprendido un par de trucos en los últimos siglos.

—¿Como cuáles?

—Observa y juzga por ti mismo.

Más cautivadora que nunca, bajo del carruaje y me acerco al simpático Peter Fray, que va de camino a la puerta. Si quiero entrar en el club, necesito una razón.

Y estoy a punto de conseguirla. Tengo ante mí una razón rubia, apuesta y de gran encanto. Hoy es mi día de suerte.

—¡*Sir* Fray, qué encantadora coincidencia! —exclamo, ofreciéndole una mano que él besa de inmediato.

—Excelencia. La veo más radiante que nunca.

—*Miss*, si no le importa.

—Es verdad. Ya he oído los rumores de divorcio.

—¿Tan pronto? Las buenas noticias viajan veloces, entonces.

Sir Peter sonrío burlón.

—¿Puedo atreverme a pensar que las noticias son ciertas?

—¡Por supuesto! Nadie debería estar casado por más de dos semanas. Es terriblemente aburrido.

Peter se echa a reír y me ofrece su brazo.

—¿Sería de gran atrevimiento invitarla a comer?

—En absoluto. Estoy famélica.

Me agarro a su brazo y, antes de cruzar la puerta del club, me vuelvo para sonreírle a George. Él agita la cabeza con desaprobación.

—Una mesa para dos, Ian —le pide Fray al atónito camarero—. Me he encontrado a esta bella dama en la puerta y afirma estar famélica. No podemos dejar que se muera de hambre.

—Pero es...

—¿Una mujer? —propone Peter con sonrisa de granujilla.

El camarero le lanza una mirada elocuente.

—*Sir* Fray, ya sabe que las damas no pueden...

—Yo no soy una dama —me apresuro a asegurar—. Soy una duquesa.

—Ni su majestad la reina podría...

Un discreto billete deslizado en el bolsillo de su americana blanca consigue cerrarle la boca.

—Por aquí, si son tan amables.

—Una actitud que me gusta mucho más —le susurro a Peter.

Cogidos del brazo, seguimos al camarero hasta una mesa, la más apartada y oscura de toda la sala.

—Quiere mantenerme oculta —le susurro a mi acompañante en cuanto quedamos a solas.

—Su belleza debería estar a la vista, no marchitándose en este rincón.

Sir Peter Fray está tan indignado que se niega a sentarse. Lo agarro de la mano y le dedico una sonrisa encantadora.

—Esta mesa me vale. Una puede marchitarse en cualquier sitio. Siéntese.

Él tuerce los labios en una mueca disgustada y toma asiento enfrente de mí.

—¿Puedo hacerle una confesión, *sir*?

Sonríe con picardía y me mira por encima del menú.

—Ya sabe que adoro las confesiones de las damas.

—Esta no es la clase de confesión que usted adora. Tiene que ver con mi matrimonio con el duque.

Peter se pone serio.

—Entiendo. ¿De qué se trata?

—Conseguir el divorcio no es tan fácil como yo creía.

—Oh. Entonces, ¿permanecerá casada?

—¡En absoluto! Pero tengo que hacer algo muy escandaloso para que al duque no le quede otra opción salvo la de acceder a la separación.

—¿Y qué tiene en mente exactamente?

—Espere y verá —murmuro, mis ojos siguiendo a James, que entra y saluda al camarero—. *Sir* Fray, esto le parecerá un atrevimiento, pero necesito que me bese en cinco segundos.

—¿Cómo dice? —susurra, turbado.

—Me temo que no hay tiempo que perder.

Como él está tan aturdido, lo cojo por la nuca y pego mis labios a los suyos. En ese momento, los ojos de James se vuelven hacia los míos. Bajo los párpados y beso más apasionadamente a Fray.

Un sonoro carraspeo me hace detenerme. Fingiendo inocencia, suelto el rostro del pobre *sir* y levanto los párpados.

—¡Excelencia! Permítame que le diga que es usted tan inoportuno como un constipado.

—¿Tendría mi encantadora esposa la amabilidad de acompañarme un momento fuera?

—No sé qué decir. Aún no han servido el vino. Y le he prometido a Peter que me aguantaría al menos hasta el postre.

—Seguro que *Peter* puede arreglárselas solo durante un minuto o dos. Es importante.

No espera a que yo responda. Sonriendo cortés, me agarra del brazo y me veo obligada a seguirle.

Arrastrándome como a un perro con correa, James cruza la puerta del club y nos lanza a los dos a la calle.

—¿Se puede saber qué demonios estabas haciendo? —me grita con ojos encendidos.

—¿Comer? —propongo, de lo más aplomada.

—¡¿Comer?! ¡Estabas besando a Peter Fray!

—Ah. Eso también. Le vi y el corazón me dio un brinco. Creo que estamos enamorados. ¿Eso te disgusta?

James me dedica una sonrisa de lo más burlona.

—Me disgustaría, si él no estuviera enamorado de *lord* Alistair Wyatt.

Esa afirmación me deja pasmada. Noto cómo se me estira la faz.

—¿Qué?

—¿No se molestó en decírtelo? Vaya, vaya. Así que *sir* Fray no es un caballero. ¿Quién lo habría dicho? Con lo bien vestido que va siempre. *Milady*, me temo que tu gusto para los hombres es del todo cuestionable.

—Te lo estás inventando solo para disgustarme.

—En absoluto. Todo el mundo lo sabe. Y si no estuvieras tan ocupada despotricando y maquinando contra mí, tú también lo sabrías.

Sé que es el momento de replicar algo inteligente, pero no se me ocurre nada.

—Vamos. Te llevo a casa —me dice él.

—Tengo mi propio... —Me giro y constato que la calle está vacía—. ¿Qué demonios...?

—Me temo que tu querido George ha desaparecido.

—¿Qué has hecho? —gruño, volviéndome hacia él.

Me guiña el ojo.

—Amor mío, deberías saber que siempre voy dos pasos por delante de ti. Me deshice de tu carruaje en cuanto cruzaste la puerta.

—¿Por qué? —pregunto entre dientes.

—¿Cómo sino iba a poder acompañarte a casa? ¿O acaso pensabas que de verdad iba a quedarme a comer? Pensaba que me conocías lo bastante como para saber que aborrezco los clubs de caballeros. Prefiero el Parlamento. Al menos, ahí nadie habla de política.

La furia endurece los contornos de mi rostro. Empiezo a comprender cuál es su juego.

—Le diste a Alexander una pista falsa.

—Yo no he hecho tal cosa. Fue suya la indiscreción de escuchar una conversación privada.

—Como siempre, encuentras un modo de eludir las responsabilidades.

—Me parece que en eso nos parecemos bastante.

Hago una mueca disgustada y, sin más opciones, me encamino hacia su

carruaje, aunque hago caso omiso de la mano que me ofrece para ayudarme a subir.

—¿Por qué no puedes pasarte el día tocando el arpa, como las demás señoras?

—pregunta, y se me acerca tanto que sus enormes manos se apoyan contra mis muslos.

Aparto sus palmas y me acomodo con aire remilgado en mi asiento.

—Porque odio el arpa.

James retiene la sonrisa y yo me obligo a no fijarme en lo masculino que es. Estaba equivocada en cuanto a él. No es arrogancia lo que le envuelve. Es masculinidad pura. Un atractivo terrenal. Primario. Irresistible.

—La verdad es que el arpa no te pega demasiado.

—Yo pensé exactamente lo mismo —murmuro, manteniendo la mirada clavada en un edificio gris cuyas ruinas se alzan delante de mí como la silueta de un fantasma de otros tiempos.

Descubrir lo que ha planeado James no me agrada demasiado, sobre todo porque sospecho que ha contado con ayuda interna. Alexander o el mismo papá le han debido de asesorar, y sentirse traicionada por los suyos no es muy agradable.

—Espero que tengas hambre.

Me acerco al precipicio y miro hacia abajo. A lo lejos, *Fisherwood*, soberbia y bañada por la sonrisa del sol, y más allá, los balandros fondeando al ritmo de la marea. El abanico de colores es impresionante. El verde nunca me ha parecido tan verde, y el azul jamás tan intenso.

—Según papá, siempre tengo hambre —respondo, volviéndome.

—Excelente.

James me invita a sentarme encima de la manta. Ya lo ha dispuesto todo para el picnic.

—¿Por qué aquí?

Los oscuros ojos buscan a los míos.

—Porque aquí me enamoré de ti.

—¿Y me has traído porque...?

—Porque pretendo que tú también te enamores de mí.

Retengo una sonrisa y me acerco.

—Ya lo hice.

James me mira sin aliento. Se le frunce el ceño.

—¿De verdad?

—Sí. Y me dolió mucho. Me dolió que esa mujer...

—¿Qué mujer?

—Janna. Jannina...

—¿Janneley?

—Veo que sabes a quién me refiero.

Se me acerca de unas zancadas y coge mis manos entre las suyas. Ya no tengo fuerzas para apartarle.

—¿Qué pasó, Julie? —pregunta lentamente.

Hago una pausa y decido que no tiene sentido seguir callando. Al menos puedo decirle por qué.

—Ella me lo contó todo.

—¿Todo?

—Que estabais prometidos y que tú la abandonaste. Me llamó *lady* Weston. Yo le dije que se equivocaba. Que mi marido se apellida Vane. Ella se echó a reír. Una risa tan aguda que aún la escucho por las noches. Y me dijo también lo del niño —murmuro, clavando los ojos en el suelo.

—¿El niño? —pregunta James desconcertado.

—Tu hijo.

—Mi... ¿hijo?

—No hace falta que finjas más. Lo sé todo.

James agita la cabeza, suelta mis manos y se echa el cabello hacia atrás

mientras de su garganta brota una especie de carcajada amarga y casi iracunda.

—¡Mi hijo! ¡Menuda hija de puta!

—¡James!

Sus ojos, encendidos como brasas, se clavan en los míos.

—Esa mujer no era mi prometida, Julie. Yo no la dejé. Y, desde luego, el hijo no era mío, si es que alguna vez hubo un hijo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque nunca me acosté con ella.

—Oh.

—Siéntate.

—No.

—¡Que te sientes, joder! Tengo que... explicártelo. ¡Me cago en la puta!

—¡James!, ¡eres un ordinario!

—¡No me jodas, Julie! ¿No entiendes lo que has hecho? ¡Nos has quitado cinco años! Y todo porque no fuiste capaz de esperar durante dos horas a que yo volviera a casa.

—¡Tú te mantuviste alejado durante cinco años! No me echas la culpa a mí. Durante los primeros meses siempre miraba hacia el puerto con la esperanza de ver el *Golden King* acercándose y a ti a bordo. Ni siquiera volviste para el entierro de tu padre.

—Cuando me enteré, era demasiado tarde. Habían pasado dos meses.

—Podrías haber vuelto igualmente. *Por mí.*

—Me sentía... inseguro —murmura con los ojos perdidos en la nada.

—¿Tú? —me mofo con una carcajada.

Su rostro, pétreo como el de una estatua, se eleva hacia el mío.

—Siempre dudé de lo que tú sentías por mí. Nos casamos demasiado... deprisa, y no confiaba en ti.

—No eras el único que no confiaba en el otro.

—Julie, esa mujer estuvo prometida con Charles. Era una caza fortunas, y yo la descubrí. Se lo conté a mi amigo, le aporté pruebas, y él deshizo el

compromiso. Ella me lo advirtió. *Algún día amarás a alguien, incluso tú acabarás enamorándote, y pensarás que el mundo es tuyo, pero ahí estaré yo para oscurecertelo y destruirlo como me lo has destruido tú a mí.* Por eso no quería llevarte a Nueva York.

—¿Y nunca me lo contaste?

Se encoge de hombros.

—Iba a hacerlo. Pero parecía que nunca era un buen momento. Estaba esperando a que... no lo sé... ¿te quedaras embarazada? Sé que es estúpido y rastrero, pero creí que un hijo te haría mía para siempre.

Sus ojos bajan hacia los míos y yo lo contemplo apenada.

—Vaya. Así que nuestro matrimonio se acabó por un engaño. Supongo que fue justo.

—¿Por qué?

—Porque empezó así.

—Julie...

—Ya no importa, James. Aunque no haya sido cierto nada de eso, ya no importa. Han pasado cinco años.

—Esos cinco años no han alterado lo que yo siento por ti. ¿Crees que un puñado de años cambiaría algo?

—Pero sí han cambiado todo lo que yo sentía. No puedo pertenecer a nadie. Ya no. Ya no me veo casada ni con hijos. Hay otras cosas mucho más importantes en la vida, algo que va más allá de nuestros pequeños e insignificantes deseos egoístas.

—¿Tu lucha feminista?

—Exacto.

—¿Y no crees que se puede ser feminista y estar enamorada al mismo tiempo?

Lo niego despacio.

—No. Hay que elegir bando, y yo elegí el mío hace tres años. Todo esto es muy bonito y muy romántico, pero... esta no soy yo. Ya no soy la chica que

recordabas.

—Una lástima. Porque ella era divertida, marimandona, un poco loca... Y era el amor de mi vida. Por eso la echo de menos. Porque sigo enamorado de ella.

Si alguna vez he conocido el dolor, no se le parecía ni por asomo a lo que siento cuando lo miro a los ojos.



Capítulo 10

—¿Sarah?

—¿*Miss*?

Suelto la pluma, suspiro y me vuelvo hacia ella.

—¿Crees que una mujer puede ser feminista y estar enamorada al mismo tiempo?

Sarah se dispone a abrir la boca, pero un fuerte golpe en la puerta la hace detenerse.

—¡Sarah! ¿Dónde estás, hija de puta? ¡No hay nada de comer en casa!

Me doy cuenta de que su rostro se ha vuelto traslúcido al escuchar la voz de su marido, Philip Sharp. Antes de ser mi ayudante, Sarah era *lady* Sarah Holt, hija del vizconde Edward Holt, pero un matrimonio desventurado echó a perder toda la nobleza de su familia. Tras la muerte de su suegro —homicidio, según algunos—, Philip, famoso libertino sin familia ni fortuna, se ocupó de dilapidar toda la herencia de Sarah, y aunque ella no deja de negarlo, creo que lo que vive a su lado desde entonces es un calvario. Siempre que él anda cerca, Sarah palidece como un fantasma.

—¡SARAH!

—De lo que dudo es de la existencia del amor. Discúlpeme, *miss*, he de irme. La miro con aire preocupado.

—Sabes que puedes pedirme ayuda, ¿verdad? Te protegeré pase lo que pase. Compone una sonrisa temblorosa y muy poco convincente.

—Lo sé. Pero no me hace falta protección. Él nunca me haría daño. Solo tiene un carácter... un poco voluble. ¡Pero lamenta perder los estribos! Yo le provoco la mayoría de las veces.

—No digas tonterías.

—Le provoco, *miss*. Hoy no le dejé comida. Es normal que esté tan cabreado. Otro golpe en la puerta sacude todo el club.

—¡SA-RAH!

—No está cabreado. Está borracho.

—Él no puede acostumbrarse a esta vida. Ser pobre es...

—Si hay pobreza, es por culpa suya. Y no veo que esté haciendo nada para remediarlo.

Con cada golpe, Sarah se pone más y más tensa. Sus ojos van y vienen a la puerta.

—Tengo que marcharme. Hasta mañana.

La sigo con la mirada y niego despacio. Sabe que yo tengo razón, pero hasta que no lo admita, nada cambiará en su vida.

—Hasta mañana.

Me quedo unos momentos mirando la puerta, pensativa, y después apago las velas y regreso a casa.

James está sentado en la escalinata cuando bajo de la calesa, y no sé por qué, eso me hace sonreír. No se ha rendido. A pesar de todo, sigue viviendo en *Fisherwood*, como el buen marido que nunca fue.

—Excelencia.

—¿Me has sonreído, o mis ancianos ojos me engañan mostrándome un espejismo?

—Estoy bastante segura de que la vista no es una de las cosas que flaquean en ti. El sentido común, tal vez.

Frunce los labios y me estudia a través del humo. Tiene un cigarro consumiéndose en la comisura derecha de la boca.

—¿Vienes de buen humor o qué?

—Pésimo más bien. Quizá por eso siento la necesidad de ser amable contigo. Sonríe, apaga el cigarro con la punta de la bota y me señala la escalinata.

—¿Quieres hablar de ello?

—No. No realmente.

—¿Un trago, entonces?

Mi rostro no se altera. Solo mis labios se mueven unos milímetros,

arqueándose hacia arriba. Con gestos tranquilos, voy hacia él y me siento a su lado.

—Me conoces bien.

—Para nada. Pero me apetecía beber y habría sido de mala educación no ofrecerte el primer trago a ti. Soy un caballero, a fin de cuentas.

Ahogo una sonrisa. James se saca una petaca del bolsillo y me la ofrece.

—¿Qué es? —pregunto, cogiéndola.

—Coñac.

—Pensaba que tú bebías ron. Del barato.

—No era un duque cuando te casaste conmigo.

Bebo unos sorbos y le devuelvo la petaca.

—Tampoco lo eres ahora.

Sonríe y toma un trago.

—Puede que no tenga madera para serlo.

—Puede que no...

La noche se está volviendo cada vez más cerrada, y la tibieza del verano derrama sobre nosotros una agradable languidez. No me apetece hacer nada. Solo quiero estar aquí sentada, mirar el mar a lo lejos y sentir el calor que desprende el fuerte cuerpo de James. Es tranquilizador. Y también lo es el coñac, que se propaga por mis venas y me llena de una seductora molicie.

—Julie.

—¿Sí?

—¿Alguna vez has deseado algo que sabías que no podías obtener?

Me muerdo el labio por dentro. Aun así, mi boca se mueve en una pequeña sonrisa.

—Te deseé a ti, ¿recuerdas?

Me mira de reojo y siento en mi rostro la intensidad del calor que desprenden sus ojos.

—Cierto. Aún recuerdo cómo me hiciste llamarme a mí mismo *lord* Weston.

Suelto una carcajada.

—Eras un jovencito muy irreverente.

—Sigo siéndolo.

—Bueno, muy jovencito... yo me atrevería a decir que no.

Me da un empujón con el hombro.

—Estoy en la flor de la vida.

—Una flor marchita y casi sin pétalos.

James ríe entre dientes.

—Los hombres mayores resultan más atractivos que los jóvenes. Saben más cosas.

Vuelvo la mirada hacia la suya, que me atrae como un imán, y me tenso al ver el fuego que consume sus pupilas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué saben?

James coge mi mano y pasa muy despacio el pulgar por encima de las venas que laten en mi muñeca. Sus ojos se elevan hacia los míos y me doy cuenta de que su rostro ofrece un aspecto peligroso, bañado por la oscuridad de una noche de verano.

—Saben cuándo una mujer tiembla de deseo —responde, con voz baja y ronca—. Y saben cuándo algo se derrite en su estómago y lo inunda de una irresistible calidez.

—¿De verdad? —musito, mirándole fijamente los labios, que se curvan en una sonrisa lánguida.

A modo de respuesta, me pone una mano en la nuca y me arrastra hacia él. Mi aliento se acelera de golpe, y James lo sabe. Lo sabe todo. Lo que pienso. Lo que deseo. Lo que necesito. Ningún hombre debería poseer tanto conocimiento.

—Y también saben cuándo una mujer quiere que la besen —murmura, y pone los labios encima de los míos.

Me concede unos momentos para reaccionar, pero el hambre es tan cruel que cojo su rostro entre las dos manos y aspiro cada soplo de aire que exhalan sus pulmones.

James, animado por mi respuesta, suelta un gruñido y me besa. Me besa como

nunca lo ha hecho, hundiéndose en mi boca con la pasión de los cinco veranos que hemos pasado lejos el uno del otro.

Me levanto temprano y me escabullo de casa antes de que James despierte. No me apetece enfrentarme a él después de lo de anoche. Nos besamos como posesos y luego salí corriendo, mintiendo sobre lo cansada que estaba. Me asusté de mi propia reacción, me di cuenta de que estaba jugando con fuego y decidí que lo mejor era apartarme de él. A pesar de todo, sigue atrayéndome como nadie en el mundo. La insolencia de su mirada, la ironía de su sonrisa, la acidez de sus palabras. Todo eso es irresistible para mí.

Cuando llego al club, encuentro a Sarah ordenando unos libros.

—Buenos días, *miss*. He hecho té.

—¿Por qué evitas mi mirada?

—No lo hago.

—¿Ah, no?

Me acerco, la cojo por la barbilla y le levanto el rostro.

—¿De verdad pensabas que me lo ibas a ocultar? —susurro, mirando con tristeza el enorme moratón que rodea su ojo derecho.

—Me caí, *miss*. Soy sumamente torpe.

—Y un cuerno. No vas a volver con él.

Sarah me mira asustada.

—No tengo adónde ir.

—Me tienes a mí.

—*Miss*, no puedo. La pondría en peligro. No sabe de lo que es capaz.

—Él tampoco sabe de lo que soy capaz yo. Nos vamos.

—¿Adónde?

—Ya verás. Coge tus cosas. Aquí no puedes quedarte.

Espero a que recoja y me la llevo del brazo hasta la calesa. La ayudo a montar y luego me siento a su lado.

—Arre, muchachos. Arre.

Viajamos en silencio. Sarah está demasiado avergonzada como para hablar, y yo decido no forzar las cosas. Hablará cuando esté preparada para hacerlo.

Detengo la calesa en el patio de la policía.

—*¡Miss!* —exclama Sarah, mirándome horrorizada—. No puedo hacerlo.

—Lo que no puedes es seguir viviendo así.

—Me matará si le denuncio.

—Te matará si no lo haces.

Sarah cae en una silenciosa contemplación.

—Me matará igualmente, ¿verdad?

—No si me dejas ayudarte.

Sus profundos ojos grises se vuelven hacia los míos.

—¿Qué debo hacer?

—Coger mi mano. Eso es todo. A veces es todo cuanto necesitamos. Que alguien nos coja de la manos y nos digas que todo va a salir bien.

A la hora de la cena ya estamos en casa, y aunque Sarah insiste en que no tiene hambre, me empeño en arrastrarla hasta el comedor. Papá y James están enfrascados en una conversación sobre la flota real británica y el comercio con Oriente.

—Buenas noches. Ella es Sarah. Mi ayudante. Vivirá con nosotros durante un tiempo.

—No, yo no...

—Siéntate, Sarah. Alexander, necesitaremos un plato más.

Alexander se marcha a la cocina. Papá le sonríe a Sarah.

—Siéntese, señorita. Cualquier amiga de Julie será siempre bienvenida en *Fisherwood*.

Sarah hace un amago de sonrisa y ocupa una silla.

—Dioses, me hace falta una copa.

—Siéntate —dice James—. Yo te la prepararé.

Debería sentirme incómoda o extraña por lo de ayer, pero después de toda una tarde de trajín, lo único que siento es agradecimiento. Me alegro de estar en casa, me alegro de que él esté aquí y, Cielo Santo, me alegro horrores de que alguien vaya a servirme una buena copa.

—¿Quiere usted una copa, Sarah? —pregunta James mientras va hacia el aparador.

—No, *milord*. Excelencia, quiero decir.

—Con llamarme James será suficiente —concede él, divertido.

—No está muy a gusto con la pomposidad de su título —le susurro a Sarah.

James se me acerca con la copa en la mano y me la ofrece.

—Gracias.

Su mano retiene a la mía. Levanto la mirada y lo observo sin aliento. Su rostro está petrificado en una mueca impasible. Tan solo sus ojos brillan como una hoguera en medio de la oscuridad.

—De nada —murmura, y me suelta.

Alexander nos trae la comida a Sarah y a mí.

—Has debido de estar muy ocupada, Julie. No te hemos visto en todo el día.

—Lo siento, papá. Sarah y yo... teníamos cosas que hacer.

—Ya veo.

Tanto papá como James se han percatado del ojo morado de Sarah, pero ninguno ha hecho un comentario al respecto.

La cena transcurre con absoluta normalidad. Después del postre, instalo a Sarah en una habitación cerca de la mía y decido irme a la cama.

Me quito la ropa y los zapatos en el vestidor, y me pongo un camisón rosa. Regreso a la habitación, me siento en el tocador y empiezo a deshacerme el peinado.

—¿En qué clase de lío se ha metido tu amiga?

Sobresaltada, levanto la cabeza y choco con los ojos de James. Lo encuentro sentado en la butaca, en medio de una profunda penumbra. Esta noche, más que nunca, parece un hombre de mal vivir.

—La clase de lío del que no me apetece hablar.

Resopla, se levanta y viene hacia mí, despacio, como un depredador.

—Si estás en alguna especie de peligro, me gustaría saberlo.

—Puedo apañármelas sola.

Sonríe y apoya las manos en mis hombros.

—Lo sé —musita, masajeando mis tensos músculos—. Pero me gusta sentirme útil.

Sonríe un poco y observo cómo se oscurecen sus ojos conforme sus manos van registrando más y más centímetros de mi piel.

—¿Por qué te has colado en mi habitación?

—Porque te debía una. Tú te colaste en la mía, ¿recuerdas?

—¿Insinúas que debería dormirte y raptarte en mitad de la noche?

—Ni siquiera haría falta. Te seguiría yo solito. Soy un hombre fácil.

—¿Intentas seducirme, James?

—Lo estoy consiguiendo y lo sabes.

Aprieto los labios para no sonreír. Sus manos desatan los tirantes del camisón y los deja deslizarse por mis brazos.

—Eres arrogante.

—Seguro de mí mismo. Es diferente.

El camisón ha caído y las manos de James cubren mis pechos. Lo miro en todo momento, porque me gusta ver la forma en la que la excitación altera sus rasgos.

—¿Te crees muy guapo?

Sus dedos me pellizcan el pezón y este se pone duro de inmediato.

—Sé que soy irresistible. Y sé que te alegras de tenerme aquí. Tu cuerpo te delata, duquesa.

Me hace girar con la silla, se inclina sobre mí y coge los labios que le ofrezco. Me besa apasionadamente mientras sus manos suben y bajan por mi espalda. Pegada contra la dureza de su pecho, me siento frágil y muy pequeña.

James me levanta en brazos y me lleva a la cama.

—Hoy me han llegado los papeles del divorcio —murmura, subiéndoseme encima.

Sonríó, con el rostro enterrado en su cuello. James me aprisiona contra el colchón, coge mis dos muñecas y las coloca por encima de mi cabeza.

—¿De verdad? ¿Los has firmado?

Con una mano me aprieta las muñecas y con la otra me levanta la barbilla para poder mirarme a los ojos. Me está sonriendo.

—Aún no.

—¿Aún?

Se pasa la lengua por encima de los labios y sonrío divertido.

—Quería hacerte saber lo que pienso al respecto.

—No me digas. ¿Y qué es lo que piensas?

—Que debería follarte hasta hacer que te replantees si tu nombre es Julie o no.

Mi boca se mueve en una sonrisa socarrona. James apoya la entrepierna contra mi estómago y asiente despacio.

—¿Tan bueno te crees que eres?

—¿Por qué no lo averiguas tú solita, tesoro?

—¿Un desafío?

—Un sabio consejo —murmura, y su rostro baja sobre el mío.

—Sabes que esto no cambiará las cosas, ¿verdad?

Sus ojos destellan una chispa de diversión. Sus labios están muy cerca de los míos, tanto que puedo sentir su irregular respiración ardiendo contra mi piel.

—Y tú sabes que, si las cambiara, sería aburrido, ¿verdad? —me susurra, con la boca cada vez más cerca de la mía.

Sonrío y dejo que me bese.



Capítulo 11

La primera semana con James es excitante. Me siento como si estuviera haciendo algo ilícito. Todas las noches se cuela en mi habitación y me hace el amor hasta altas horas de la madrugada, y luego regresa a sus aposentos. Por la mañana fingimos odiarnos de nuevo. Es divertido desconcertar a papá y a Alexander.

—Julie —me saluda James en el desayuno. Es viernes y no tengo nada que hacer hoy, lo cual me pone de muy buen humor. Aunque sospecho que mis encuentros furtivos también influyen en eso...

Cojo la taza de té que me ofrece Alexander y ocupo mi sitio en la mesa.

—Excelencia. Buenos días. Le veo cansado. ¿Ha pasado usted una mala noche?

Pone cara de pocos amigos.

—Sí. Últimamente sufro de insomnio. Una pesadilla de la que no consigo deshacerme.

Me dedica una mirada significativa y yo aprieto los labios para no reírme. Alexander espera a que bajen papá y Sarah para traer los sándwiches de pepino y un surtido de dulces.

—Julie, ¿tienes idea de por qué la mayoría de las damas de Clovelly me están

invitando a fiestas? —interroga James, el cual está sentado al otro lado de la mesa, con una taza de té en la mano.

—En absoluto. Será que les has caído bien.

—Tiene gracia que solo les haya caído bien a las que tienen hijas o sobrinas en edad de casarse.

—Desde luego, la tiene —coincido con sonrisa malévola.

—Si te dejaras ver en una de esas fiestas en compañía del duque, pondrías fin a todos los rumores sobre vuestro divorcio.

Le dedico a papá una mirada burlona.

—¿Por qué? Me gustan los rumores. Clovelly se estaba volviendo bastante aburrido.

—Excelencia, haga caso omiso. Rechace las invitaciones. Es usted el duque de Ealy. Puede hacer lo que le plazca.

—Papá siempre es tan sensato...

James le sonríe a papá y empieza a untar mantequilla encima de un panecillo.

—Así es, milord. Soy un hombre casi soltero y puedo hacer lo que me plazca. Por eso pienso aceptar todas las invitaciones.

Suelto el sándwich encima del plato y lo miro echando chispas. Él me sonríe con toda tranquilidad.

—¿Ah, sí? —gruño entre dientes.

—Ya que mi querida esposa está tan empeñada en perderme de vista cuanto antes, será mejor que vaya pensando en otras opciones. Soy un duque. Todas las mujeres sueñan con casarse conmigo.

Irritada, le doy una patada por debajo de la mesa y él despliega los labios en una sonrisa encantadora.

—¿Lo has oído, Julie? O reaccionas, u otra te quitará lo que es tuyo. Que yo recuerde, nunca te ha gustado compartir. Y mucho menos a tu querido Weston. Con toda la guerra que nos has dado a Alexander y a mí, sería una lástima que otra te lo soplara.

Muevo el cuello para mirar a papá, y lo hago con una sonrisa de lo más

amplia.

—Descuida, papá. Nadie me quitará nada. Tengo el sentido de la propiedad muy desarrollado. Yo no comparto nunca mis juguetes. Y mucho menos mis juguetes favoritos. Incluso cuando ya no quiera jugar con ellos, seguirán siendo míos.

—¿Y qué pretendes? —me pregunta James, sonriendo como un felino.

—Coger los juguetes y guardarlos en un cajón, por supuesto.

Me dispensa una mirada seca, se limpia los labios y coge la chaqueta.

—Mi arrebatadora y frívola esposa siempre tiene una buena respuesta. No me esperéis para comer. Tengo cosas que hacer.

Tuerzo los labios enervada y lo observo mientras sale por la puerta. Papá me estudia negando con la cabeza.

—Acabarás siendo tan solterona como esa horrible tía Nelly tuya.

Pongo los ojos en blanco, me deshago del té y corro para alcanzar a James.

Cuando llego a la calle, le veo discutiendo acaloradamente con un caballero. Frunzo el ceño y me acerco despacio, intentando pasar desapercibida. A lo mejor el motivo de su regreso no tiene nada que ver conmigo. Puede que esté metido en alguna especie de lío, que tenga deudas o que esté ocultando algo.

—Te dije que la dejaras en paz —gruñe James, muy tenso.

—Ella me pertenece —dice el otro hombre, cuyo rostro aún no puedo ver.

¿Ella? ¿Todo esto es por alguna mujer? No me lo puedo creer. Recuerdo sus labios, arrastrándose apasionados a lo largo de mi vientre, y sus manos hundiéndose en mi cabello anoche. En todo este tiempo, ¿ha habido otra mujer en sus pensamientos?

¡¿Y por qué me duele tanto descubrir que no me pertenece por completo?!

Me acerco un poco más, ya que ahora han bajado la voz y no entiendo lo que dicen. De pronto, James coloca las palmas contra el pecho del otro hombre y lo empuja hacia atrás.

—¡James! —grito, corriendo hacia ellos.

—No te metas, Julie —brama, coge al hombre por el cuello y lo estampa

contra el muro—. Te dije que dejaras de aparecer por aquí y no me has hecho caso.

—¡James! —grito de nuevo.

James hace caso omiso de mí y le propina al hombre un puñetazo en toda la nariz. El otro reacciona y en menos de veinte segundos, ya están enzarzados en una pelea en toda regla.

Y todo ¡por una mujer!

Mis gritos han debido de alertar a los de la casa, ya que Sarah sale corriendo al jardín.

—¡Philip! ¡Suéltale!

—¡¿Philip?! —exclamo, mirándola—. ¿Ese hombre es tu marido?

—Lleva un par de días acechando la casa y su excelencia me dijo que se ocuparía de ello, pero yo no quería ponerle en peligro, *miss*. Se lo prometo. Nunca creí que Philip llegaría tan lejos. El duque es tan bueno, y usted le quiere, y...

—Chissss. No llores, Sarah. James sabe apañárselas solito. Por debajo de su ropa de sastre, sigue siendo un bandido y un hombre de mal vivir.

Cuando miramos hacia ellos, en efecto, James ya se las ha apañado. El marido de Sarah está tendido en el suelo y la bota de James le está aplastando el rostro.

—Julie, avisa a la policía. Este hombre ha intentado robarnos.

Me acerco con un nudo en la garganta.

—Estás herido.

Se limpia la sangre que se desliza por la comisura de su boca y me dedica una sonrisa tranquilizadora.

—Un rasguño. Avisa a la policía. Dile que intentó robarnos. Ya que por malos tratos nunca le van a detener, que le detengan por robo.

—Pero no tenemos pruebas.

James frunce el ceño.

—Cierto. Dame tu colgante. Parece caro.

—Lo es.

—Dámelo.

—James...

—¿Julie? —repone con tranquilidad.

Hago una mueca, me quito el colgante y se lo ofrezco. Sarah está tan asustada que no dice nada. En cuanto a su marido, por la mirada enfurecida que le dedica a James, sé que le encantaría decir algo al respecto, pero la bota de su excelencia le impide hablar.

—Muy bien, amigo. Te diré lo que vamos a hacer. Tienes dos opciones. O vas a la cárcel por robar este colgante —dice, paseándolo por delante de su nariz—, que es bastante caro, o te lo quedas y te marchas a un lugar muy alejado de Inglaterra. La elección es tuya. Por supuesto, Sarah se queda. Pasado un tiempo prudencial, te declararemos muerto y ella se quedará viuda. Eso quiere decir que nunca podrás volver. ¿Eh? ¿Qué me dices?

Philip nos mira a todos con cara de odio y agarra el colgante.

—Muy buena elección —dice James con sonrisa beatífica.

Quita la bota de su cara y le propina un golpe entre las costillas.

—¡James! —le grito, escandalizada.

—Esto para que no olvides nuestro trato.

Viene hacia nosotras y nos insta a regresar adentro. Philip se queda tendido en el suelo, lamentándose de dolor.

Entramos en el recibidor y seguimos a James hasta la biblioteca.

—Sé que es muy pronto, pero ¿a alguien le apetece una copa?

Sonríó y me dejo caer en el sofá.

—Creo que a todos, excelencia.

James me devuelve el gesto y prepara tres copas de coñac.

—Por el trabajo bien hecho —brinda.

Se acerca y entrechoca nuestras copas. Se toma la suya de golpe, deja el vaso encima de la mesa y tira de las solapas de la chaqueta para colocársela.

—Ahora sí que tengo que marcharme. Espero no pelearme con nadie por el

camino. Aunque hoy en día eso parece bastante complicado de conseguir.

Me guiña el ojo y me deja a solas con Sarah, que sigue sin tocar el coñac. Su educación religiosa le prohíbe tocar el alcohol. Gracias a Dios, yo no tengo ese problema.

—¿*Miss*?

—¿Sarah?

—Una mujer sí puede ser feminista y estar enamorada al mismo tiempo.

Sonrío, le quito la copa de la mano y me la acabo de golpe.

—Ya lo creo que sí. Solo hay un problema. El duque está empeñado en mirar otras opciones.

—Usted es *miss* Fisher. No hay nada que usted no pueda conseguir.

Pestaño con coquetería y despliego los labios en una gran sonrisa.

—Eso es cierto. No hay duque que se me resista.

El plan es bastante sencillo. Sarah se ha llevado a papá al teatro, y Alexander tiene el día libre. Cuento con un par de horas para seducir al duque.

—¿Julie? —le oigo gritar en alguna parte de la planta superior.

—Abajo, querido.

Sonrío al escuchar sus pasos bajando por la escalera. He decidido seducirle en el salón. La última vez lo hice en sus aposentos y no me gusta repetir movimiento.

—Vaya. —James se queda sin aliento al verme—. Estás muy... bonita.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal.

—Tengo que hablar contigo.

—¿No puede esperar? Ven a sentarte conmigo. ¿Te apetece una copa?

—No, no puede esperar. Y no quiero una copa.

Frunzo el ceño. Es la primera vez que le veo haciéndole ascos al alcohol. Debe de ser algo grave. No habrá decidido concederme el divorcio precisamente ahora, ¿verdad? El sentido de la oportunidad de este hombre siempre me ha parecido de lo más fastidioso.

—Muy bien. ¿Qué pasa?

Se sienta a mi lado y coge mis manos entre las suyas.

—Julie, tengo que decirte algo muy importante.

—Te estoy escuchando.

—Estoy embarazado —asegura con absoluta seriedad—. No puedes divorciarte de mí. No sería decente.

Suelto una carcajada y le propino un golpe en el brazo.

—¡Idiota! Me tenías preocupada.

Se ríe.

—¿Qué pensabas que iba a decirte? ¿Qué me he enamorado de lady Stanton?

—Serías capaz. Solo para fastidiarme.

—Me temo que está ya casada.

—Seguro que dejaría a su marido por ti. Siempre te ha amado.

Coge de nuevo mis manos entre las suyas y me mira a los ojos.

—Lo que quería decirte y nunca te dije es que te quiero. Y que... bueno, esto es para ti.

Saca una caja del bolsillo y me la ofrece.

—¿Qué es?

—Ábrela.

La abro. Dentro, un precioso anillo de compromiso.

—¿Te estás declarando, James Weston? —pregunto, mirándolo con una sonrisa que no puedo reprimir.

—Sí, *milady*.

—¡Pues qué fastidio!

—¿Por qué? ¿Soy demasiado viejo para ti y mi reputación es espantosa?

—También. Pero no. Resulta que tenía pensado seducirte y ahora ya nunca

podré hacerlo. Tu sentido de la oportunidad es, en efecto, irritante.

James suelta una carcajada, me rodea la espalda con un brazo y me acerca a sus labios.

—Si ese es el único problema que tienes, le diré a todo el mundo que me has seducido. Puedo introducir algún detalle escabroso, para dar más morbo. Un látigo o un... ¿cómo se llaman los chismes esos que se usan para tratar la histeria?

—Oh, cállate —digo, y acerco su boca a la mía.

—¿Estás conmigo? —musita, evaluando mi mirada.

—Siempre —musito, y él me besa por fin.

Otras obras de la autora

¡Te odio, Derek Brooks!

Capítulo 1: El reloj siempre es puntual. Lizzy O'Conner... no lo es.



Septiembre. Primera semana. Lunes, 06:50

Si consiguiera abrir los ojos en los próximos dos minutos, podría hacer montones de cosas beneficiosas: ocuparme de la colada, disfrutar de un desayuno saludable y nutritivo, hacer estiramientos para eliminar por completo la molesta celulitis de los muslos.

Aunque, por el otro lado, también podría emplear ese tiempo haciendo cosas menos beneficiosas y mucho más divertidas. Como, por ejemplo, perder el rato husmeando en las redes sociales de mi ex. Podría hacerme una cuenta falsa y decirle que soy su admiradora secreta, y luego hacerme otra cuenta falsa y decirle a su novia (¡con la que me puso los cuernos, el muy cabrito!) que él y yo mantenemos una tórrida relación amorosa.

Hum. Las posibilidades de hacer el mal son infinitas a estas horas de la

mañana.

«Así que abre los ojos, Lizzy. Ábrelos. En un mundo donde lo más valioso que tenemos es tiempo, cada segundo cuenta».

¡Ostras! Mi cerebro delibera incluso estando dormida. Debo de ser un genio.

06:54

O puede que esté preocupada por mi primer día y por eso no consigo caer en un sueño profundo y reparador, y, en vez de aprovechar estos seis minutos que me quedan para hacer algo útil, (como dormir), me los paso planificando una actividad que nunca llevaré a cabo (hacer el mal), porque no se puede hacer el mal ¡si sigues en la cama!

06:59

La teoría de que soy un genio me complace mucho más. Y ya que soy tan lista, será mejor que siga dándole vueltas a lo de hacer el mal. Seré un genio malévolo. Todo el mundo temblará al escuchar mi nombre. *Lizzy*. A secas. ¿A que suena terrorífico?

07:00

Ugh. La alarma. Nuevo día, nueva canción. *Running up that hill*, de Placebo. Adiós al sueño reparador y a mis planes de hacer el mal. Es hora de enfrentarse al mundo real. Con valentía. Sentido común.

Y con un par de tabletas de Kit Kat, por si me fallara la valentía y el sentido común. Suele pasar más a menudo de lo que me gustaría admitir.

07:00:59

La alarma sigue sonando. ¡Me encanta esta canción!

Lo de la alarma tiene su historia, ¿sabéis? Desde hace más de un año, todas las noches, antes de irme a la cama, elijo un grupo diferente para que me despierte a la mañana siguiente. Es mi ritual secreto. He leído un estudio que

aseguraba que, de esta forma, la gente se despierta un poco menos gruñona. Nadie puede rugir como una bestia cuando le despiertan con música, ¿verdad que no?

—¡Lizzy! ¡Apaga ese maldito trasto! Me tienes hasta los ovarios con tus gilipolleces.

Ugh. O puede que algunos sí.

Mi aura, luminosa y alegre hace tan solo un momento, empieza a teñirse de un deprimente gris. Lucy, mi compañera de piso, tiene el don de agriar mis mañanas. Es el Grinch de los buenos despertares.

Pero no permitiré que sus berridos acaben con mi buen humor. Soy fuerte. Resistiré. Tengo por delante un maravilloso día, una estupenda semana, un magnífico año para hacer el mal. Soy joven, estoy sana y me niego a dejar que el odio hacia los nuevos comienzos me devore por dentro como el gusano del pecado.

—¡¡Lizzy!!! ¡APÁGALO TE HE DICHO!

Pues el gusano me ha devorado. ¡Porque odio los lunes!, por mucho que intente disimularlo con cancioncillas y sonrisillas. Odio empezar una nueva semana. No solo porque hay que retomar una actividad que de por sí detesto (ir al trabajo, *beah*), sino porque ponen a Lucy demasiado rezongona. ¿Qué tiene en contra de Placebo? Buscaré un estudio sobre la gente a la que no le gusta Placebo. Seguro que son todos perturbados.

—¡LI-ZZY!

¡Por el amor de Dios! Ya voy, ya voy. ¡Qué tiquismiquis!

Busco el móvil a tientas y, no sé qué botón pulso, pero consigo detener la música. Aún no puedo abrir los ojos. Los párpados me pesan como si fuesen de plomo.

Me quedará un minuto más, para despejarme. No hay nada mejor que ese minuto que le robas al reloj. Es el mejor minuto de toda tu vida, porque abarca toda una infinitud de momentos placenteros.

Hecha un ovillo, bostezo complacida, agarro la sábana y me tapo hasta las

orejas para rehuir el indiscreto sol neoyorquino, que arroja toda su fuerza hacia la arrugada cortina amarilla que me separa del mundo exterior.

Solo un minuto.

Puede que cinco.

No más de diez, en todo caso.

Un cuarto de hora, haciendo un exceso.

Quizá veinte minutos, si me doy mucha prisa después.

08:11:00

¡Hostia puta! ¡Me he dormido!

08:11:02

A la velocidad vampírica de Damon Salvatore, pego un salto de la cama y me abalanzo sobre la puerta del baño. ¿He dicho ya lo mucho que odio los lunes?

—¡Oh, venga ya! —le grito al espejo, que me devuelve la imagen de un espantapájaros al que no reconozco. Párpados hinchados de sueño, el pelo hecho un zarzal, una camiseta zarrapastrosa, cortesía de Coca Cola, con una mancha de chocolate entre las tetas... ¿Qué te ha pasado, criatura?

Haz el favor de adecentarme, parecen suplicar los tristes ojos azules del adefesio.

—¡Pues no haberte bebido las siete copas de vino! —la reprendo, como si fuese culpa suya que yo eligiera pasar de todo anoche y me fuera de fiesta, cuando es obvio que lo que hay que hacer los domingos por la tarde es hincharse a palomitas, golosinas, helados, etc. etc. etc., mientras miras cualquier truño de Netflix. ¡Es lo que hace la gente normal!

Exasperada y agobiada por el tictac, (como decía, lo más importante que tenemos es el tiempo, porque siempre escasea), empiezo a maquillarme con gestos frenéticos. Rímel. Eyeliner. Más rímel. Parezco un cirujano en plena faena.

—¡Arrrggggghhhh!

Acabo de comprobar que las dos líneas que enmarcan mis ojos son absolutamente catastróficas.

No pasa nada. Las borraré y punto.

Cojo un poco de papel, escupo encima (tengo que recordar pasar por la farmacia y hacerme con un desmaquillante), froto y retrocedo un poco para admirar mi obra.

Ah, genial. Ahora soy Fétido Adams. Un gran avance.

Mi humor se ha estropeado irremediablemente. Regreso a la habitación batiendo las puertas a mis espaldas y empiezo a revolver en el armario.

—¡Lucy! ¡Necesito ropa formal! ¡Maldita sea! ¿Dónde estará mi blusa beige? Ah, no, espera. Esa era de Sarah, ¿no?

Esto es un desastre. Ni siquiera controlo la ropa que tengo. ¿Qué clase de persona no conoce su propia ropa?

—¡Lucy! —grito más alto—. ¿Tienes algo formal para prestarme?

He sacado todo un montón de ropa del armario y estoy sentada encima, desesperada, sin saber qué ponerme, cuando la puerta de mi compañera de piso se abre y una camisa blanca vuela en mi dirección. Alabado sea el Señor. Estoy salvada. ¿Lo que escucho a lo lejos es un coro celestial?

Ah, no. Es la solterona del quinto piso, a la que le ha dado por la religión este año y no deja de dar el coñazo con cancioncillas eclesiásticas. El año pasado le dio por los vagabundos, y el anterior, por las basuras. Síndrome de Diógenes en todo su esplendor. Puestos a pensar, la música eclesiástica es maná celestial comparada con todo lo demás.

—¡Gracias! ¿Y una falda?

Lucy me responde con un portazo que sacude toda la casa. Hmmm. Será que no tiene faldas formales.

Sin tiempo que perder, me abotono la camisa, agarro la primera falda de vuelo que veo, muy colorida, nada formal, (es lo que hay), y cuelgo un par de pulseras multicolores en ambas muñecas. ¿El resultado final? Una mezcla entre oficinista,

médium y gitana húngara. Perfecto para soportar este día.

Delante del espejo, me calzo las manoleínas y agarro las gafas y el bolso. De camino a la puerta, revuelvo el bolso en busca de las llaves y el móvil. Suelo dejarme una de las dos cosas en casa. O ambas.

Comprobado. Llevo llaves, móvil y pintalabios rojo. Aunque eso último no sé para qué. No tengo pensado seducir a nadie de camino al trabajo.

—Lucy, me voy.

—¡Cállate de una puta vez! ¿A quién coño le importa lo que hagas?

—Yo también te quiero, pastelito.

Con las gafas aún en la mano, dejo caer la puerta a mis espaldas y cruzo el pasillo a la velocidad de una tormenta tropical. Me pongo las gafas porque no veo un pimiento, pulso el botón y me apoyo contra la pared. Apenas me puedo sujetar en pie. Estoy muy cansada. No he tenido tiempo de asimilar que hoy empieza una nueva semana.

Dios, lo que me desesperan los lunes. ¿A qué mente enfermiza se le habrá ocurrido empezar la semana en un lunes? ¡Después de un domingo y antes de un martes! ¡Qué despropósito! Todo el mundo sabe que el domingo acaban las fiestas solo porque el martes vuelven a empezar. El lunes está muy mal ubicado. No le da tiempo a una a recuperarse. Los viernes son los nuevos domingos. Los martes son los nuevos jueves. Los jueves son los nuevos sábados. ¿Y qué pinta el lunes en todo esto? ¡Nada! ¡El lunes no existe!

Tras malgastar dos valiosos minutos filosofando sobre por qué deberíamos prohibir los lunes, constato que el ascensor no funciona. Estupendo. Siempre se estropea cuando tengo prisa. O puede que yo tenga prisa cada vez que se estropea el ascensor. Es una reflexión hartó compleja para una mañana de lunes.

No tengo tiempo para seguir deliberando. Bajo las escaleras de dos en dos y me precipito hacia el exterior, empujando la puerta con el hombro.

Ugh. Hace un frío de narices. Y eso que estamos en septiembre. Qué ciudad más peculiar.

—¡Taxi! TA-XIIII... IIIIIII —alargo la vocal y le sonrío a un ejecutivo

guapete, que me devuelve el gesto. Eso sí, como intente soplarle el taxi, lo acuchillo—. Taxiiiiiii.

8:35

Ojalá supiera silbar. A lo mejor los taxistas me harían caso. ¿Por qué no habré traído una bufanda? ¡Con lo prácticas que son! Jodido viento.

8:39

—¡Taxi! Aquí. ¡Eh! ¡Eh! —Pese a lo mucho que agito los brazos, el taxista pasa por delante como si no me hubiese visto—. ¿Será posible? ¡Si estoy justo delante de ti! Gilipollas.

—¿Por qué no coge el metro? —me sugiere el ejecutivo guapete.

—Llegaría demasiado tarde —explico, apesadumbrada.

—Vaya. Lo siento por usted. Yo iré en metro. Adiós.

—Eh... ¿adiós? —digo, dudando.

¡Ni siquiera me ha pedido el número de teléfono! ¿Cómo demonios se liga en esta ciudad?

Miro al ejecutivo con aire interrogante, pero él ya se está alejando en dirección al metro. Niego con la cabeza. La gente es imposible en esta ciudad.

8:42

Agito los brazos delante de todos los taxis que me adelantan y reflexiono sobre cómo es que los neoyorquinos se han reproducido durante todo este tiempo. En Wisconsin, cuando un chico te habla, es que le gustas. Y si le gustas, es que quiere casarse contigo. Las relaciones son mucho más sencillas allí.

Desde que vivo en Nueva York, nadie me ha pedido matrimonio. ¡Ni una sola vez! A lo mejor mi madre tiene razón: acabaré siendo una solterona como la prima Alyssa, que se rebeló contra la familia, se mudó a la Gran Manzana Podrida y, desde entonces, va dando tumbos de relación en relación, porque todos los hombres de los que se enamora no están *emocionalmente disponibles*.

Lo que sea que eso signifique.

Horrorizada por tal idea, grito con más energías:

—¡TA-XI!

8:49

Siete minutos más tarde y varias maldiciones escupidas por lo bajo, consigo que un coche se detenga. Gracias a Dios. ¿Dónde está el coro celestial cuando te hace falta?

—¡A Manhattan! —exijo, abalanzándome sobre el asiento y cerrando la puerta con ímpetu antes de que alguien me sople el coche. Esto está lleno de lobos hambrientos. ¿Será que todos llegamos tarde los lunes?— Oficinas Ediciones Brooks. Lo más rápido que pueda. Llego tarde.

—Y seguirá llegando tarde. Hay tráfico.

—Eso ya lo veo. Pero le agradecería que...

—Está bien, está bien. Haré lo que pueda. Agárrese.

El coche arranca tan deprisa que me golpeo la nuca contra el respaldo del asiento. Si llego a saber que me toca viajar con Daniel Morales, me quedo calladita.

—Oiga, oiga, oiga —lo freno mientras mis manos tantean el asiento en busca del cinturón. ¡¿Dónde está?!—. Tampoco hay que volverse locos. Es decir, que si llego un poco tarde...

El taxista hace como que no me ha escuchado y se sube a la acera para adelantar a toda una fila de coches parados en medio de un atasco. Está claro: ¡vamos a morir todos!

Ya me imagino a San Pedro, con un díptico interminable, recitando mis pecados más sonados:

—Has mentido como una bellaca, Lizzy. Has engañado. Has echado las cartas de Tarot para averiguar las combinaciones de la Lotería (pero Dios te ha castigado por tu avaricia y nunca te ha tocado ni un centavo. El Señor es muy sabio). Has pensado en hacer el mal. Nunca lo has llevado a cabo, es cierto, pero

pensar en ello también es pecado. Has mantenido relaciones carnales antes del matrimonio. Muchas veces. Demasiadas, ahora que me pongo a contar lo de Jimbo y las noches en el pajar de tus padres. En resumidas cuentas, Lizzy, eres una fulana. ¡Al Infierno contigo!

Y yo, vestida de Audrey Hepburn (no se puede ir al Cielo así, de cualquier manera), suplico el perdón divino y aseguro entre terribles sollozos que me arrepiento de todas mis malas acciones.

—¿En verdad te arrepientes de todos tus pecados, Lizzy? —truenan San Pedro con expresión recelosa—. Piénsatelo bien, pues no puedes mentir al Creador, que todo lo sabe y todo lo comprende.

Entonces, como en el viejo Hollywood, una luz celestial cae sobre mi brillante rostro, empapado en lágrimas, y saca en relieve esa chispa de rebeldía que ni siquiera el mismísimo roce de la divinidad sería capaz de ahogar.

—De todas, menos de una. Con lengua de muerte confieso que no me arrepiento, ¡y jamás me arrepentiré!... —Como la heroína de una telenovela, alzo el mentón para enfrentarme valientemente a la ira divina y hago una pausa teatral, así concedo más dramatismo a mis siguientes palabras—... de haberle echado un mal de ojo a ese sinvergüenza de Derek Brooks. Bueno, varios, a decir verdad —confieso alocadamente y con los párpados entornados—. Y una vez practiqué vudú para principiantes. Ya sabe, lo de los muñequitos y las agujas clavadas en sitios raros. Si quiere, puedo decirle *dónde* se las he clavado. —Me acerco a San Pedro y le susurro algo escandaloso al oído. A San Pedro se le dilatan los ojos—. ¿Eso es pecado capital, oh, Santo Padre Celestial? —pregunto, retrocediendo.

Un pitido me devuelve al mundo terrenal, donde ni soy Audrey Hepburn ni el inclemente San Pedro está a punto de dictaminar mi eterna jubilación en el Infierno. Menos mal, porque menudo mal trago. ¡Y todo por culpa del abominable Derek Brooks! No le deseo ningún mal, pero ojalá le salga un sarpullido en los huevos. Uno de esos que pican mucho.

Complacida por la idea, compruebo el reloj.

—¿Usted cree que es posible llegar a Manhattan antes de las nueve? —le pregunto al taxista.

—Ni en helicóptero. Haberse levantado antes.

La gente de esta ciudad es *tan* encantadora...

Superado el atasco del puente, empezamos a movernos con un poco más de normalidad.

Sin embargo, a medida que avanzamos hacia el corazón de la Gran Manzana, el tráfico vuelve a espesarse, como si el Todopoderoso hubiese decidido en algún momento de su ajetreada jornada que yo, Lizzy O'Conner, tenga que retrasarme en mi primer día de trabajo.

A ver si se toma un segundo para desvelarme la combinación de la lotería. No me vendría nada mal conocerla antes del sábado. De lo contrario, la casa de empeños se quedará con los pendientes de mi abuela. Ugh. Qué mala racha llevo. Será mejor que no piense en mis problemas financieros. Me deprimiría.

Anda, un ferry lleno de turistas. Mira. Algo en lo que pensar.

—Jamás he viajado en ferry —le digo a Daniel Morales, con la intención de entablar conversación con él. No es que me guste su persona. No me gusta, para que quede claro. Lo que pasa es que odio estar callada. Ese silencio en mi cabeza... Esos silbidos que no sé de dónde provienen... No los soporto—. No hay ferrys en Wisconsin, ¿sabe? Claro, ahora que me he mudado a Nueva York, tendré que hacerlo al menos una vez. Dicen que uno no es neoyorquino del todo hasta que no coge el ferry.

—¿Quiere que me pare en alguna parte para que pueda coger el ferry? —me pregunta, en tono bastante arisco.

—¿Qué? No, hombre, no. Era solo un comentario.

—Ah. O sea, que no me paro.

—No. Otro día será. Lo apuntaré a mi lista de cien cosas que hacer antes de morir —me río de mi propio ingenio y lo miro, sin comprender por qué se mantiene tan serio—. Ya tengo quinientas cuarenta y ocho —prosigo en el mismo tono guasón—. Quinientas cuarenta y nueve, si sumamos lo del ferry.

Aguardo expectante. El taxista se cambia de carril. *En silencio.* ¿Será borde?

—¿Usted tiene una lista de cien cosas que hacer antes de morir?

Yo jamás me doy por vencida. Sigo y sigo y sigo, hasta que los demás se cansan tanto que termino gustándoles.

—Pues no.

Vaya. Igual no le apetece demasiado hablar. A lo mejor es por el tema que he elegido. Hay gente que odia los ferrys. También hay gente que ama el látex.

Conclusión: hay gente rara en todas partes.

Buscaré otra cosa de la que hablar. ¿Qué tal mi vida personal? Contar anécdotas de uno mismo siempre es interesante. Leí un estudio sobre cómo socializar y decían que no hay que temer hablar de uno mismo. Eso sí, siempre hay que ser sincero. No vale inventarse que eres astronauta, cuando lo más alto que has subido nunca es la cuarta planta de tu edificio, y eso por las escaleras porque eres claustrofóbico.

—Una vez salí con un pastor. Reverendo o rabino, o... algo similar. En fin, de los que sí pueden mantener relaciones carnales (¡A Dios doy gracias por eso!, ¿sabe lo que le quiero decir?). —Yo me río y él no. Es bastante incómodo. Aun así, no me dejo acobardar y prosigo tras haber carraspeado por lo bajo—. Bueno, el caso es que nuestro amor nunca llegó a cuajar. Yo era una mística rarita que echaba las cartas de Tarot cada vez que se enfrentaba a un dilema, y él no pudo hacer la vista gorda a eso. *Si Dios quisiera que supiésemos el futuro, nos lo habría hecho ver*, me reprendió una tarde de domingo. Siempre ponía voz de barítono cuando quería imponer su voluntad, no sé por qué. Huelga decir que yo estaba arrodillada en el salón, echando las cartas de Tarot para saber si él iba a proponerme matrimonio cualquier día de esos. La verdad es que no parecía muy probable. Aun así, no me desalenté y las volví a echar. *Pero es posible que Dios no pensase en todo, ¿no?*, le dije, con un ojo a las cartas y el otro mirándole a él. ¿El ahorcado? ¿Qué quería decir el ahorcado? *A lo mejor se le escapó esa parte. Nadie es perfecto.* ¿Y sabe lo que hizo el muy honorable pastor? ¡Cortó conmigo! ¿Se lo puede creer?

—Pues sí. Ese tipo me cae bien —murmura el taxista, el cual gira a la derecha para intentar escapar del atasco.

Parpadeo varias veces.

—¿Por qué iba a caerle bien?! ¡Era un capullo!

—Esa es *su* versión de los hechos. Seguro que la de él es muy diferente.

—Los tíos siempre os defendéis los unos a los otros —acuso con una mueca de disgusto.

—Porque las mujeres estáis todas locas —repite él, distraído por el tráfico.

Suelto un ruidito indignado.

—¡Las mujeres no estamos locas! —chillo, lo cual contradice un poco mi afirmación—. El problema es que los tíos sois unos capullos. Por eso yo ya no salgo con nadie ahora. ¿Y sabe lo que le digo? Que soy feliz. Sí, como lo oye. Hago cosas que antes nunca tenía tiempo de hacer. Montones de cosas. Montones, montones, *montones* de cosas. Soy voluntaria en cuarenta y dos organizaciones diferentes. Me hago mis propios jerséis. Hago bizcochos para dos orfanatos. Siempre me salen mal, pero sigo intentándolo porque mi madre me enseñó de pequeña que la perfección consiste en seguir mejorando.

—¿Y qué es lo que quiere?, ¿una medalla?

Nuestros ojos se cruzan en el espejo retrovisor.

—Un poco de reconocimiento no estaría mal —admito, con remilgo.

—Pues vale. Es usted una santa.

—Gracias.

Sonrío complacida y miro por la ventanilla. Me pongo bien las gafas. Colocarme las gafas me da un aire intelectual.

—¿Ya estamos en Manhattan? —me intereso, transcurridos unos momentos.

Vuelvo la mirada hacia el espejo interior y constato que el taxista me está mirando.

—Eso de ahí es Park Avenue.

Me cambio de ventanilla para verlo mejor. Hostia puta. Menudos edificios. Cuando hice la entrevista, vine en metro. No tuve el privilegio de ver todo esto.

—Ha-la. Este distrito huele a poder, ¿no le parece?

—No sabría decirle. Solo huelo su colonia barata.

8:57:46

Abro la boca en un gesto indignado y le lanzo una mirada fustigadora. No quiero caer en la trampa de creerme sus palabrejas.

8:57:49

No, no pienso hacerlo. No pienso comprobarlo por mí misma. Supondría poner en duda la calidad de mi colonia. Y estoy segura de que ese amable vendedor ambulante dijo que era original.

8:57:51

Está bien. Soy débil. Me olisqueo a mí misma, solo para constatar que me está tomando el pelo.

—¿Pero cómo se atreve?! —estallo, un par de segundos después de su insulto—. Mi colonia huele muy bien.

Él arruga la nariz.

—Créame, encanto, eso huele de todo, menos bien. ¿Qué coño es?, ¿jasmín?

—Pues no, neoyorquino cascarrabias. Es fruta de la pasión —aseguro con gesto amanerado.

—¡Fruta de la pasión! —bufa y se eriza como un gato rabioso—. Si la pasión oliese como usted, la raza humana se habría extinguido hace mucho tiempo.

Lo fulmino con la mirada y me sulfuro todavía más cuando descubro que ni se inmuta. La gente de esta ciudad me desespera. En casa tenía cientos de amigos. Aquí solo tengo dos. Y uno de ellos es un gato, con lo que apenas cuenta.

—¿Usted siempre es así de borde?

—¿Por qué cree que ha conseguido un taxi en hora punta? —repone,

mirándome de nuevo a través del espejo.

Sonrío como una animadora.

—¿Porque el Universo está de mi parte? —propongo, esperanzada.

—Chorradas. Porque nadie me aguanta más de una manzana. No tengo madera para este trabajo. Lo odio. Cualquiera día de estos lo dejo y vuelvo a los rally.

—Temía que dijera algo así —resoplo con fastidio—. Tiene toda la pinta de odiarlo. Pero se me ocurre que, a lo mejor, podría usted hacer una excepción y ser agradable con una pobre chica de Wisconsin. Para que no se lleve un mal recuerdo de los neoyorquinos y su maldi... *maravillosa* ciudad.

Juraría que el taxista está refrenando la sonrisa.

—Está bien. Admito que... he estado un poco... quizá, borde con usted. ¿Qué le parece la Gran Manzana?

—*New York, New York*, como diría el bueno de Frank. ¡Qué maravilla de ciudad! ¡Cuánta clase! Qué... ¡Alto el fuego! —grito, y el taxista pega un frenazo en mitad de una avenida.

El mecanismo del cinturón de seguridad se acciona, opone resistencia y me devuelve con brusquedad a la posición inicial.

—¿Qué? ¿Hemos atropellado a alguien?

—No, no es eso.

—Entonces, ¿por qué coño chilla? —me grita, mosqueado.

—Es que... esto es como dar vueltas siempre a la misma manzana.

—¿Qué?

—¿No lo ve?

—¿Ver, el qué? ¿Está loca?

—Pues que... nada cambia. ¡Me siento estafada! ¿Dónde está el *glamour* que me prometieron nada más bajar del tren en la estación central, con mi aire pueblerino y mi maleta roída por un ratón de campo?

El taxista, pese a su cabreo, suelta una carcajada. Creo que empiezo a caerle bien. Como todo el mundo, no puede evitar caer bajo el embrujo de mis ojitos

azules, mi risa de jabalí estrangulado y mi encanto *wisconsiniano*.

—¿De verdad que un ratón de campo se había comido su maleta?

—¡Ande que sí! Y se vino a Nueva York, el muy pillín.

—¿En su maleta?!

—Ya lo creo. Ojalá lo hubiese visto antes de montarme en el tren. Habría dejado el ratón en casa —murmuro para mí—. O le habría pagado el billete, qué menos. Dichosos roedores. Les encanta seguirme. ¡Soy el Martin Luther King del mundo animal!, ¿se lo puede creer?

Vuelve a reírse, y yo sonrío con calidez. Me gusta hacer amigos.

—¿Y cómo se deshizo de él?

—Muy fácil. Conseguí un gato. Mientras el pequeño seguidor se estaba dando un festín dentro de mi maleta, cogí un saco de basura, me dirigí a los cubos más cercanos (estoy en contra de las tiendas de mascotas, eso es explotación animal, prefiero la adopción callejera) y agarré la primera criatura con bigotes que vi. Resultó ser una rata.

Me interrumpo ante el torrente de carcajadas.

—¡Está de coña!

—Más quisiera. Esta ciudad tiene un problema. Se lo digo muy en serio.

—¿Cogió *una rata*?

—Como se lo estoy contando. Cuando la acerqué a mis ojos miopes, chillé, la lancé lo más lejos que pude (*lo más lejos que pude* resultó ser el peinado de una señora muy elegante, que amenazó con demandarme), me puse las gafas para corregir la miopía y corrí para que la señora no me pillara. A unos quinientos metros de ahí, encontré otros cubos. Lo mío con *Zarpas* fue amor a primera vista. Vi sus ojitos amarillentos de cazador de ratones, él vio mis ojitos azules de delincuente juvenil, y nos enamoramos al instante. Como en las películas de los sesenta. Seguro que alguien tocaba *Moon River* en alguna parte por ahí.

—Madre mía. Usted es un fenómeno.

—¿A que ahora le caigo bien?

Se lo piensa un segundo.

—Pues no.

Mi mueca de satisfacción se trueca en una de disgusto. Me dejo caer hacia atrás y me cruzo de brazos. *Cascarrabias*.

—Pero admito que tiene un poco de chispa... —añade el taxista para consolarme.

—Con eso me vale —digo, recuperando mi buen humor. No suelo estar enfurruñada durante demasiado tiempo. Soy demasiado... exultante. Mi ex decía que yo era alegre hasta la demencia. Lo que sea que haya querido decir con eso. Aún no tengo claro si era algo bueno o algo malo. Aunque, conociéndole, probablemente sea lo peor que me han llamado en la vida.

—Hemos llegado. ¿Metálico o efectivo?

Miro al taxista parpadeando. Debe de estar loco, el pobre.

—¿Pero qué dice? ¡Significa lo mismo!

—Eso es porque no me funciona el cacharro del banco —informa con desdén.

—Vaya por Dios. Y luego el fenómeno soy yo. Tenga. Quédese el cambio.

—Sí. Me llegará para medio café.

¡Qué hombre tan frustrante! Me enervan los neoyorquinos. Todo Vanderbilt Avenue y la *fuckin'* Empire State. En Wisconsin solo tenemos la fiesta del maíz. ¡Y bien orgullosos de ella que estamos!

Movida por mi patriotismo de granja, bajo del taxi, cierro con un golpe seco y, aunque sé que voy muy pillada de tiempo, me tomo un momento para coger aire en los pulmones y admirar mi nuevo lugar de trabajo.

El mundo editorial.

Esa jungla en la que los inocentes corderillos (escritores novatos que no tienen ni idea de dónde intentan meterse) acaban bajo las zarpas de los feroces lobos de Manhattan (editores cascarrabias que no se molestan siquiera en abrir sus libros). Estupendo. Allá vamos.

Contoneando las caderas y sonriendo a derecha e izquierda como si conociera de algo a todas esas personas, me abro paso entre el rebaño de hombres y mujeres vestidos de forma formal. Todos van de negro o gris. Menos yo, que

llevo la camisa blanca de Lucy, mi falda multicolor y unas manolequinas rojas. Soy como Alicia en el país de los proletarios.

No sé por qué, pero hoy me siento atractiva. Segura de mí misma. Encantadora.

Me siento yo al cien por cien.

—*Porca puttana!* —exclamo, en medio del rebaño, y todo el mundo se vuelve para mirarme en el peor momento de mi vida.

Una ráfaga de viento se ha elevado desde mis tobillos hasta mi trasero, ha hinchado mi imposible falda de vuelo y me ha dejado con todos mis *encantos wisconsinianos* al aire.

¡Jo-der!

¡El plan de esta mañana no consistía en enseñar mis malditas bragazas a todo el condenado Manhattan!

ODIO los lunes, ODIO el jodido Nueva York, ODIO la *fuckin'* Empire State y ODIO al cabronazo de Derek Brooks.

Hala. Me he desahogado. Ahora, a trabajar.

Capítulo 2: A Lizzy le encantan las habichuelas mágicas



Lunes, 09:15

Si cada momento de nuestras vidas estuviera acompañado por una canción, ahora mismo sonaría *Sexy Silk*, de Jesse J.

Porque así es cómo se siente una al cruzar las puertas mecánicas de Ediciones Brooks: como una sexy y malvada gatita de garras afiladas. Miau.

—¡Detengan ese ascensor ahora mismo! —clamo con aire melodramático en medio del elegante pasillo de mármol blanco.

Siempre he querido decir eso.

Ah, y también lo de *¡el asesino es el mayordomo!* Aún no se me ha presentado la oportunidad.

—Un momento —me frena un empleado de seguridad, que se interpone en mi camino y me corta el paso. Y con *camino* no me refiero solamente a los pocos metros que me separan del lujoso ascensor, sino también al metafórico camino

hacia un ascenso. No creo que aquí asciendan a gente que llega tarde en su primer día de trabajo, ¿verdad? —Déjeme ver su acreditación.

—¿Mi qué? Oh, la etiqueta esa que me dieron la semana pasada. Sí, la tengo en alguna parte. En algún bolsillo o... ¡ajá! Aquí está. Tenga.

Aliviada por haberla encontrado tan pronto, se la ofrezco, alzo las cejas dos veces seguidas y sonrío como Dios manda para que se vea que mi dentista sí que vale. Él coge la acreditación y la estudia ceñudo.

¿Por qué tarda tanto? ¡Llego muy tarde!

—No se parece mucho a la de la foto.

—No soy nada fotogénica. He salido a mi madre. Tendría que verla. Siempre parece un demonio de Tasmania en las fotos. Los ojos se le van así, hacia todos los lados. Un espectáculo. Difícil de describir. Y mire que yo tengo el don de la palabra.

—Ya. Aquí no lleva gafas.

—Anoche, antes de irme de fiesta, hice un salteado con guindillas y esta mañana no me atreví a ponerme las lentillas. Seguro que se imagina por qué.

Ceñudo, el hombre eleva la mirada hacia la mía cuando me escucha reírme estúpidamente, coqueteando como una manada de cerdos dementes. Me da a mí que este no es muy buen comienzo.

—Pues es una lástima que no las llevara para la foto —me dice, tan serio que la sonrisa se me congela de pronto y el corazón se me encoge dentro de pecho. ¿No va a dejarme entrar *solo* porque no me parezco a la de la foto? —Porque le sientan bien las gafas.

Un momento. ¿Intenta ligar conmigo?

Como no soy capaz de adivinarlo, lo escruto con aire suspicaz.

Arrugo la nariz.

Lo mido con la mirada.

Vuelvo a arrugar la nariz (porque una mosca se ha colado por la puerta al mismo tiempo que yo y se me acababa de asentar en la punta de la nariz. Jodidos bichos. ¡Creo que me persiguen desde Wisconsin!).

Ajeno al molesto insecto, el empleado de seguridad me sonrío como un Don Juan. Me fijo en las arruguitas que enmarcan las esquinas de sus ojos azules, y entonces caigo en la cuenta.

¡Dios mío, está ligando contigo! Intenta parecer normal, aconseja la voz de mi madre, que a veces suena dentro de mi cabeza.

¿Normal? ¿Cómo quieres que parezca normal?, rebato yo, indignada.

¡Callaros las dos!, tercia mi padre con aire resuelto. *Lizzy, haz lo que puedas, cariño. Estamos contigo.*

Un consejo maravilloso.

—Gracias —respondo con toda la normalidad de la que soy capaz mientras procuro acallar a mis imaginarios padres, que me están preguntando si este hombre estará casado y cuánto ganará al mes. *¿Cariño, es eso suficiente para vivir en Nueva York, que es una ciudad bastante cara?*, pregunta mamá. *No lo sé. ¡Callaos de una vez! Estoy intentando ser normal—*. Entonces, ¿todo bien? Me encantaría estar de cháchara con usted, en serio. De hecho, ni se imagina cuánto. Soy muy habladora, tanto que me invento un mundo imaginario solo para seguir hablando. Pero es un mal momento ahora. Llego un poco tarde, es mi primer día, *blablabla*. En fin. Ya sabe cómo funcionan estas cosas.

—Claro. Faltaría más. No pretendo entretenerla. Pero no corra. Las baldosas pueden ser traicioneras.

—Gracias, capitán. Tomo nota del consejo. El barco es inestable. Lo pillo.

Se ríe de mi chiste y de mi saludo marinero. Excelente. Mi tercer amigo en Nueva York. Estoy en racha.

—Para eso estamos.

—Ya. Bueno, adiós.

—Espere. Deje que llame el ascensor por usted. Soy Noah. Creo que no se lo había dicho.

Me aparto para que pulse el botón en mi lugar. El pobre quiere sentirse útil. ¿Quién soy yo para negarle ese placer?

—Lizzy. Mucho gusto.

Le doy la mano y él la sostiene, busca mis ojos y se hunde en ellos. Es muy seductor. Un poco mayor para mí gusto, pero muy seductor.

—¿Por qué me mira así? —pregunto, al ver que no se dispone a soltar mi mano—. No me habrá salido el bigote...

Su carcajada llama la atención de la recepcionista, que levanta la mirada hacia nosotros con una sonrisa mal disimulada.

—Lizzy, permítame que le diga que es usted como un soplo de aire fresco. Justo lo que le hacía falta a esta empresa rancia.

Suelto una risita encantada y recupero mi mano.

—Ostras. Gracias, Noah. Nunca me habían dicho nada igual. ¿No será usted poeta? He leído un estudio que aseguraba que hoy en día todo el mundo escribe. Leo muchos estudios. En el váter, sobre todo.

Se ríe.

—Tengo algunos escritos, ahora que lo menciona, pero no es nada serio. Un día se los enseñé al jefe, el señor Brooks, ya sabe. Quería que me diera su opinión. Es un hombre con criterio. Pero me dijo que ese papel solo valía para limpiarse... ¡figúrese usted el qué! —me susurra, consternado.

Contraigo los labios en una mueca de acritud.

—Bah. Ni caso. Ese tal Brooks no es más que un cabrito cornudo.

—Cuidado con él, señorita Lizzy. Procure no cruzárselo demasiado. Despide a la gente solo porque se ha levantado de mal humor. Y, entre usted y yo, se levanta malhumorado casi todos los días. Creo que nunca toma yogur con bífidos.

—Descuide, hombre. A mí ni me verá el pelo.

—¡No me diga! Y yo que creí que usted era su nueva secretaria. Mencionó algo hace un rato sobre amonestar a su nueva secretaria por llegar tarde y di por hecho que se trataba de usted. Hasta ahora no he visto llegar a nadie nuevo.

—¿La secretaria de Brooks? ¿Yo? ¡En absoluto!, y alabado sea el Señor por ello —le susurro con aire cómplice—. No, señor. Yo trabajo para Mary White.

—Oh, la señorita White. ¡Qué encanto de mujer! Siempre me trae buñuelos.

¿Lo veis? Sabía yo que hoy iba a ser un gran día. Si uno quiere saber cómo es una persona, lo único que tiene que hacer es preguntárselo a sus subordinados.

Nuestra charla es interrumpida por la llegada del ascensor.

—Bueno, ya está aquí su carroza, *milady* —me dice Noah, apurando al máximo la conversación—. Dele recuerdos a la señorita White de mi parte.

—Lo haré —aseguro con una sonrisa.

El ascensor está vacío, salvo por un hombre cuyo rostro no puedo ver, ya que lo mantiene oculto tras un periódico de finanzas. Entro y no sé cómo me las apañó para pisarle sin querer. Soy de naturaleza torpe.

—Disculpe usted —farfullo, retrocediendo azorada. Me coloco las gafas y lo miro, echando la cabeza hacia atrás. Es un hombre bastante alto.

—Hmmm —gruñe él, sin prestarme la menor atención.

—Adiós, Lizzy —me despide Noah con la mano.

—Adiós —alcanzo a decir antes de que las puertas se cierren.

Compruebo el reloj y casi me da un infarto.

—Dioses, qué despacio sube este ascensor —me quejo al del periódico.

—Hm-mm.

Otro cascarrabias más. ¡Malditos neoyorquinos, con su *fuckin'* Empire State! Será que por eso son tan creídos. *Tenemos el Empire, tenemos la Estatua de la Libertad... ¿Qué tenéis en Wisconsin, aparte de cerdos?*

¡Pues me gustaría a mí ver a un maldito neoyorquino desayunando la Estatua de la Libertad! Si no me falla la memoria, todos desayunan beicon. ¡De los cerdos de Wisconsin!

09:18:08

Impaciente por llegar, me meneo como un gato pulgoso, miro el reloj cada segundo, me coloco la ropa y las gafas decenas de veces y suspiro mis innumerables penas. El señor trajeado lee con tranquilidad sus noticias sobre la Bolsa de Nueva York. No parece dispuesto a conversar conmigo.

09:18:59

Lo miro anhelante, hambrienta de palabras intercambiadas a lo loco, pero no hay suerte. No está dispuesto a hacerme caso.

Decepcionada, vuelvo la mirada hacia las puertas. Dios, mataría por abrir la boca ahora mismo.

Lo vuelvo a mirar, con la esperanza de que él...

Pero no. Vaya.

¡Muy bien! Estaré calladita, si eso es lo que desea. ¿Quién necesita intercambiar palabras con desconocidos, de todas formas? ¡Bien podría ser un psicópata!

Tras una eternidad, cuando yo ya no soporto más el sonido del silencio que silba dentro de mi cabeza y estoy a punto de abrir la boca para decirle cualquier estupidez, el bendito ascensor se detiene. Como el trajeado no se mueve, doy por sentado que estamos en mi planta.

—Que tenga un buen día —me despido con mi pueblerina amabilidad.

—Mmmm —me obsequia con otra exhibición de su impresionante don de palabra.

Pongo los ojos en blanco. Malditos neoyorquinos. *Fuckin' Empire State.*

Las puertas se cierran a mis espaldas y el trajeado sigue subiendo. Será algún jefazo. Los jefes siempre están en las plantas superiores. No me figuro por qué. ¿No les basta con estar por encima en la jerarquía empresarial? ¿También quieren estarlo físicamente? Ugh, qué engreídos.

—¡Mierda! —me horrorizo al mirar de nuevo el reloj. Me van a despedir.

09:20:16

Desesperada por llegar a tiempo, hago caso omiso de los amables consejos de Noah y echo a correr por el brillante y gélido pasillo de mármol.

09:20:51

—¡Ay, no! —chillo, pero ya es demasiado tarde.

No veo a tiempo el aviso de suelo mojado y, cuando intento frenar, me resbalo, caigo de culo y me deslizo varios metros en la dirección en la que corría.

Por fortuna, soy de las que se quedan con el vaso medio lleno, así que, en cuanto dejo de botar como una pelota deshinchada, me consuelo con la idea de que, al menos, ya no tendré que recorrer todos esos metros a pie. Deslizarse es mucho más fácil.

09:21:21

Estoy pensando en que estaría incluso contenta de haberme caído, de no haber sido (naturalmente) porque me escuecen las posaderas como si hubiese pasado la jodida noche jugando en el cuarto privado del señor Grey.

Maldiciendo, me levanto y me froto las zonas doloridas.

Desearía ser puntual por una vez en la vida. Y ya que estamos pidiéndole cosas imposibles al Universo, también desearía estar dos kilos por debajo de mi peso, solo para poder entrar en esos vaqueros que me compré la semana pasada, sin tomarme la molestia de probarlos. ¿Cómo iba a saber yo que sería incapaz de abrochármelos sin invocar a las fuerzas malignas de la naturaleza?

Y que, una vez abrochados, ¿me quedaría sin aliento, como cuando sale el bueno de Gosling por la tele y se le ha olvidado ponerse una camiseta encima de esa cosa que la gente llama *tableta*? En serio. ¿Habéis visto *Crazy, Stupid Love*? ¡Por Dios Bendito!

Ah, y tener menos celulitis en los muslos tampoco estaría mal. ¿Funcionarán esos aparatitos de masaje?

Vaya tonterías estoy diciendo.

Ahora que he tenido un segundo para recapacitar, lo que más deseo en el mundo es no haber besado nunca al gilipollas de Bolton. Estábamos en sexto y a mi amiga Georgi se le había ocurrido jugar al estúpido juego de la botella. Los padres deberían prohibir esos juegos, en serio. Mi primer beso fue una experiencia tan traumática que es un milagro que haya quedado tan normal

después de eso. Otros hubiesen necesitado años de terapia.

Pongo mueca de grima y me sacudo ante la imagen de un rostro rollizo y lleno de granos acercándose demasiado al mío, con esos labios húmedos y entreabiertos moviéndose como los de un pez al que acaban de sacar del acuario.

¡Basta ya!, me grito mentalmente.

De verdad que no sé a qué vienen estos pensamientos tan inquietantes a las nueve de la mañana de un lunes. Es como si presintiese que algo malo está a punto de pasar.

Nada malo está a punto de pasar, me repito, empeñada en que así sea. No pienso permitir que nada malo me suceda hoy. Todo en la vida es cuestión de energías. El *chi*. Si uno piensa negativo, atrae cosas negativas. Si uno piensa positivo... ¡Pues eso!

—Mike, ¿puedes llevar esto a la planta veinticinco? —dice alguien en alguna parte.

Me vuelvo sobresaltada, preocupada por haber hecho el ridículo en mi primer día, pero no veo a nadie. La sala que conduce al pasillo está llena de cubículos blancos. Me he caído de culo y nadie ha reparado en mí. Es lo que tiene trabajar en Manhattan. Nadie repara en nada. Casi que mejor. Suelo hacer el ridículo bastante a menudo.

—Ahora no puedo —contesta el tal Mike desde otro cubículo—. Me han convocado en la treinta y dos. Asuntos importantes.

Por Dios, ¿cuántas plantas tiene este edificio? Por culpa de la niebla no pude ver lo alto que es. Jack fliparía ahora mismo. Estaría echando cálculos, para saber en cuánto tiempo sería capaz de treparla. ¡Ese cabroncete de las habichuelas! Siempre en busca de ogros gigantes y malvados. Por lo que yo ya sé de antemano, en la última planta de esta torre también hay uno de esos ogros. A ver si viene el maldito Jack y se lo carga de una vez.

Para, Lizzy. Este no es momento para ideas homicidas. Aún tienes que pagar el alquiler. Y recuerda lo del chi.

Mi Yo interior tiene razón. Hay que frenar la ira.

Así que cojo aire en los pulmones, lo suelto y curvo los labios en una sonrisa de esas que solo ves en los anuncios de leche; esa clase de sonrisas saludables y contagiosas que te aseguran que la leche desnatada es una auténtica maravilla, cuando, en el fondo, tú sabes perfectamente que no sabe a nada.

Basta de niñerías, Elisabeth O'Conner. Tienes sitios a los que ir y gente a la que ver. Así que compórtate.

Decidida, y armada nada más que con una inquebrantable seguridad en mí misma (y un bolso rojo que parece pesar demasiado para mí), abro como una diva las dos puertas de cristal que me separan de mi objetivo. Estoy a punto de abrirme camino entre los lobos de la editorial más prestigiosa de Manhattan: *Ediciones Brooks*.

Mi sueño es publicar con ellos algún día. *Entonces ¿por qué no enviarles directamente un manuscrito?*, diréis algunos de vosotros, irritados por mi falta de agudeza mental. *¿Para qué molestarse en ocupar un cargo de secretaria, si tu sueño es escribir libros?*

¿Pensáis que no se me ha ocurrido a mí antes que a vosotros, cerebritos?

¡Pues lo pensasteis mal!

Por supuesto que tuve la osadía de enviarles uno de mis escritos el año pasado.

Y, de manera extraordinaria, (chocante, lo sé), los ilustres señores se dignaron a contestar. Recuerdo perfectamente ese momento. No podía contener mi emoción mientras, con manos temblorosas, rasgaba el sobre que me traía las maravillosas noticias.

Os imaginaréis la decepción que me invadió cuando leí las únicas palabras impresas sobre un papel brillante de color beige (¿qué clase de editorial sería usaría papel beige, por Dios Bendito?)

En fin, supongo que esa no es la cuestión.

La cuestión es que las dos palabras eran: *una y mierda*, escritas por ese orden exacto. La carta venía firmada por un tal Derek Brooks, uno de los hermanos Brooks (lo deduje por el nombre).

Soy una persona pacífica y encantadora, pero ese día estallaron rayos y retumbaron truenos a mi alrededor. Los ángeles hicieron sonar las trompetas del apocalipsis. Mis ojos, aunque azules, se oscurecieron como los del mismísimo Lucifer, y a partir de ese momento, convertí a Derek Brooks en mi enemigo acérrimo.

No nos engañemos, estuve encantada de hacerlo. Brooks era mi primer enemigo declarado. Estaba tan entusiasmada de tener un enemigo, que le dediqué todas mis energías. Me alimenté del odio que despertaba en mí. Le maldije en todas las lenguas conocidas y aún por conocer. Es más, aprendí italiano solo para poder maldecir a Brooks en ese idioma.

Vaffanculo, stronzo! ¿A que suena bien?

No tengo ni idea de lo que significa. La verdad es que aprendí italiano viendo películas porno, porque no podía permitirme un profesor particular. Además, los profesores particulares no te enseñan las palabrotas, lo cual no concordaba con mis propósitos. Un amigo me dijo que en el porno había muchas palabrotas y, en fin, la cosa se descontroló.

Pero volvamos a lo del enemigo público número uno, que siempre tiendo a dispersarme.

Si iba a jugar a los dardos, imaginaba su cara en la diana. Mis flechas nunca fallaban. Mis amigos me apodaron *Cupido*. Si entrenaba con mi saco de boxeo, bueno, esa es una historia divertida que no tengo tiempo de contaros. ¡Porque llego tarde!

Lo que sí puedo asegurar, ahora que estoy mirando hacia atrás con la beatífica sonrisa de alguien enganchado a fuertes tranquilizantes, es que toda esa ira reprimida ha quedado en el pasado. El psicólogo dice que soy una mujer equilibrada ahora.

Es coña.

¡Nunca he ido al psicólogo!

Pero sí a una pitonisa y a un par de brujas de pacotilla. ¿Pero eso qué importancia tiene? Lo relevante es que, con terapias alternativas (hechizos y

maldiciones, ¿para qué mentir?), he conseguido canalizar mi odio hacia la famosa editorial y su condenada cúpula directiva. Sobre todo, ahora que Mary White me ha ofrecido el puesto de ayudante.

Esa mujer es una leyenda viva en el mundo de las letras. Su criterio ha sacado a montones de escritores del anonimato y los ha catapultado hacia la fama.

Aunque también ha hundido reputaciones como nadie en la historia editorial...

Es honesta, a la par que implacable. No me cabe duda de que, trabajando para ella, algún día, en un futuro no muy lejano (o eso espero), alcanzaré mi sueño de publicar un libro bajo este sello. Quién sabe, puede que tengan ofertas para los empleados: *su ticket de comida, su bono de transporte, su oportunidad para publicar libros, gracias.*

Dicen que soñar es gratis. Y yo sueño, desde luego. Según mis padres, demasiado. Según Lucy, no lo bastante. A ver si se ponen de acuerdo, porque están volviéndome loca entre todos.

—Mierda, ¡yo trabajo en la planta de arriba! —constado cuando, al llegar al final del pasillo, no encuentro el despacho de la señora White.

Aaaaarrrrrgggggffftttttt.

Tranquilos, no me ha saltado el gato encima del teclado. Era mi forma de canalizar la ira.

No pasa nada. Ahí hay otro ascensor. Te acercas y lo llamas. ¿Has visto qué fácil?

Pulso el botón, compruebo el reloj y suspiro. Esta mañana se me está haciendo muy, pero que muy, larga.

El ascensor llega después de una eternidad (¡¡treinta y dos segundos!!) y yo monto tan cabreada que pienso en qué canción de Iron Maiden sería ideal para acompañar mi estado de ánimo. No se me ocurre ninguna lo bastante *heavy*.

Por cierto, esta soy yo.

No, no miréis a la rubia escultural cuyas piernas deben de medir como mínimo un metro veinte. ¡Parece una cigüeña, la jodía!

Yo soy la morena bajita que va al lado. Sí, esa, la del aspecto ratonil, la que

desentona por completo con la opulencia de este rascacielos. Nada sorprendente, ¿eh? Una granjera en Nueva York. Un buen título para mis memorias.

—Hola —le digo a la cigüeña, con mi sonrisa *made in manicomio*.

Ella no contesta y yo no sé cómo actuar, así que me quedo mirándola con mi cara de demente, la boca estirada en una amplia sonrisa (que luego me destrozará algún músculo de la mandíbula) y los ojos azules más grandes que nunca. La mujer está horrorizada. Seguro que piensa que voy a atacarla de un momento para el otro.

Procuro parpadear de vez en cuando. He leído (en un estudio, cómo no) que los desequilibrados no lo hacen. A lo mejor verme parpadear le resulta tranquilizador a doña Cigüeña.

Tras un minuto de tenso silencio, el ascensor se detiene.

Carraspeo y, antes de bajar, me aseguro de estar en la planta en la que *realmente* trabajo. Estoy aquí, y ya no hay vuelta atrás. Acabo de pasarme al lado oscuro.

Agarro con más fuerza las correas de mi bolso y hago un gesto con la mano para despedirme de la señorita rubia con aspecto de modelo. Ella, agradable criatura, no se molesta en mirarme. Vuelvo a suspirar melancólicamente. Desde que me he mudado a Nueva York, me he acostumbrado a ser invisible. *Ser invisible no tiene nada de malo, Lizzy*, me digo a mí misma mientras camino con pasos vacilantes hacia la que va a ser mi mesa de trabajo.

09:26:42 Llegada aquí, me siento con elegancia (es decir, que no me dejo caer como una vaca gorda), coloco mi boli de la suerte sobre la mesa y enciendo el ordenador. Tras asegurarme de que nadie ha reparado en mi desliz, me pongo a trabajar.

Lo primero que hago, como todo empleado modélico de hoy en día, es abrir el Facebook. El de mi ex, por supuesto.

09:28:12

Vaya, a Karen 91 le gusta su foto de perfil.

09:28:13

¿Quién demonios es Karen 91?

Estoy debatiéndome entre sentimientos encontrados, el odio hacia mi ex, que me dejó por otra, y los celos hacia la sonriente *Karen 91*, cuando escucho la voz de mi jefa llamándome desde su despacho.

—Liz, ¿puedes acercarte un segundo?

Me pongo en pie con la rapidez de un soldado alemán y doy las gracias al Universo por no haber sido pillada *in flagranti* en mi primer día.

Obligándome a adoptar la pasmosa tranquilidad de aquel que no ha llegado ni un segundo tarde y que lo tiene todo bajo control, me aliso la falda, adopto una sonrisa profesional y encamino mis resueltos pasos hacia su despacho.

Como soy fina y elegante, llamo a la puerta antes de entrar. No voy a irrumpir como un becerro desquiciado, como hice en mi trabajo anterior. Lo de *becerro desquiciado* lo dijo mi jefe, no es cosa mía.

—Lizzy, no entres como un becerro desquiciado.

Eso fue lo que me aconsejó, antes de entregarme la carta de despido. Nunca supe si me echaron por ser un becerro o por ser una desquiciada. En la carta no lo aclaraban.

Así que, ante la duda, llamo y espero instrucciones.

—Adelante.

Entorno la puerta y piso por primera vez lo que, a simple vista, parece el despacho de mis sueños: un espacio enorme, cuadrado, bañado por un océano de luz natural. La pintura color vainilla, los enormes ventanales, los muebles de madera... Lo quiero, lo necesito, me hace falta.

Estoy rodeada de calidez. Los cuadros que adornan las paredes deben de costar más dinero que toda la granja de mis padres (el viejo Ford de mi madre incluido).

En mitad de la estancia hay una enorme mesa oval con asientos para dieciséis

personas. No sé muy bien para qué se usa. ¿De verdad esta mujer reúne a tantas personas?

Oh, y, por supuesto, están las vistas: todo el esplendor de Manhattan se abre ante mis ojos cuando me detengo delante del escritorio.

—Buenos días, señora White. Se la ve radiante esta mañana.

Nunca viene mal un poco de peloteo. Sobre todo, cuando has llegado casi media hora tarde.

Sin levantar la vista de la pantalla de su moderno ordenador, Mary White se coloca tras la oreja un brillante mechón pelirrojo. Bob largo. Carré. La moda del año. Esta mujer tiene estilo. A ver si se me pega algo.

—Lizzy, me temo que ha habido un pequeño cambio.

Envidio la serenidad de las mujeres elegantes. Ojalá yo fuese como ella, neoyorquina, sofisticada y...

Un momento. ¿Qué intenta decirme?

—¿Cambio? Una palabra que siempre he detestado.

—Resulta que no vas a trabajar para mí.

¡Genial! Mi primer día aquí, y ya me despiden. Cuando nadie lo creía posible, voy y supero mi propio récord.

—Vaya, eso es... Quiero decir... ¿Por qué? Si es por haber llegado tarde, tengo una explicación que... Bueno, unas obras en medio de... Y también ese desastre natural que...

¡Vale!, ¡se me da muy mal mentir!, así que cierro la boca y voy al grano.

—¿Me van a despedir?

—Curiosamente, te vamos a ascender.

¿Acaso he entrado en un Universo alternativo en el que yo he dejado de ser Elisabeth O'Connor? A mí nunca me pasan cosas buenas. Nunca. ¡Jamás! Aquí hay truco, seguro. Me lo dice mi olfato *wisconsiniano*.

—¿Ascendida? ¿Yo?

Mi reciente *ex* jefa levanta sus azules ojos del ordenador y me lanza una mirada entre divertida y compasiva.

—Ascendida —repite, y despliega el índice para señalarme el techo de su despacho—. Última planta.

Los segundos mueren en silencio. Tiene que ser alguna clase de broma macabra que mi pequeño cerebro no es capaz de pillar.

—Última planta... —murmuro pensativa, y la vuelvo a mirar para asegurarme de haberlo entendido bien—. Pero eso no puede ser cierto, puesto que en la última planta está el despacho de...

—Derek Brooks. *Exacto*. Y tú llegas tarde. A su alteza no le gustan las secretarías desobedientes.

—Espere. ¿Voy a trabajar para...?

—Tic tac, Lizzy —me acalla con impaciencia—. El tiempo no juega a tu favor. Te están esperando en la última planta, así que corre, corderillo, corre, o cerrarán el matadero antes de que consigas entrar. Y sería una auténtica pena perderte toda la diversión.

Se le ve demasiado satisfecha. Me preocupa. Esta mujer es malvada. ¿Por qué se alegra tanto? ¿Vamos a morir todos?

Murmuro un aterrado *gracias* y salgo de su despacho enfrascada en mi abstracción. Regreso a mi mesa, agarro mi boli de la suerte y lo vuelvo a guardar.

Bolso en la mano, camino hacia el ascensor como una autómatas. Soy incapaz de recuperarme de la conmoción. ¿Derek Brooks quiere que trabaje para él? ¡¿Por qué, en el nombre de Dios?!

No dejo de preguntármelo mientras el ascensor me traslada a la última planta del edificio Brooks.

En cuanto se abren las puertas con el ya familiar silbido, peino todo el vestíbulo con la mirada, pero no veo a nadie. ¿Acaso los empleados de Shrek tienen miedo a las alturas? No hay secretarías ni recepcionistas.

De hecho, ni siquiera hay mesas o mostradores para dichos cargos. Todo lo que me rodea resulta escalofriante. El silencio atronador, el larguísimo pasillo blanco hospital, la falta de ventanas; todo esto me recuerda a una película de

miedo. Es como una espiral que gira y gira y gira, psicodélica y mareante.

Igual no tenía que haber empezado la dieta cero azúcares precisamente hoy.
¡Estoy desfallecida!

Espero que al fondo de este pasillo haya un despacho lleno de empleados. Si no, este lugar sería demasiado siniestro. ¿Seré yo la única alma que deambula por la última planta?

09:32:05

No, espera. Escucho unos tacones.

09:32:12

Ah, es la rubia del ascensor, que viene hacia mí muy cabreada.

Esta vez, se digna a lanzarme una mirada despectiva de arriba abajo. Un segundo después, el ascensor se la ha tragado y vuelvo a estar sola.

Con el corazón palpitante, me agarro a mi bolso, mi única conexión con el mundo exterior.

Esto es estúpido. ¡Estoy temblando y todo! Mi imaginación se ha vuelto loca y me muestra toda una serie de imágenes espeluznantes.

Freddy Kruuuueger.

Jason Vooooooooorhees.

Donald Truuuump.

No me vais a negar que ese peluquín da repelús.

—¡Solo es un despacho, por el amor de Dios, Lizzy! —gruño por lo bajo, y me obligo a comportarme como una adulta.

09:32:00

¡Ya basta de tonterías! Alzo el rostro y avanzo hasta que encuentro una mesa y un ordenador. Es lo único que hay, así que deduzco que este será mi sitio. No veo a nadie a quien preguntárselo, de modo que ocupo el sillón y aguardo unos momentos. Agudizo el oído.

09:32:51

Nop, nadie dice nada. Pues ya está. He llegado. Ahora, a trabajar.

09:33:21

Lo cual es fácil de decir.

O sea, en teoría, debo trabajar. En la práctica, no sé qué se supone que debo hacer. ¿Por qué no ha venido nadie a darme instrucciones? Qué gente más rara.

09:37:00

Sigo aquí. La vida se me pasa de largo. Qué deprimente.

09:38:04

A falta de tareas con las que entretenerme, enciendo el ordenador, coloco al lado del teclado mi boli de la suerte y empiezo a husmear dentro de los cajones de mi enorme mesa nueva.

Vaya, cuantas cosas. Incluso hay un cepillo de dientes, nuevo a estrenar. ¿Por qué? ¿Brooks da por hecho que descuido mi higiene dental?

—¡Melissa! —trueno una voz masculina a mis espaldas. Su alteza, me figuro.

Por culpa del sobresalto, se me cae al suelo una agenda que estaba cotilleando. Con aire culpable, me agacho para cogerla.

—¿Es que estás sorda? Llevo media hora llamándote. Llegas tarde.

Solo puedo ver sus zapatos: negros, brillantes, muy limpios. Carísimos, naturalmente.

Mis ojos suben despacio por sus largas piernas, tapadas por un pantalón negro de marca, continúan por su torso (calculo mentalmente lo que debe de valer el traje que lleva, sin sumar los zapatos, y me horrorizo) y terminan observando esos ojos oscuros que parecen taladrarme.

¡Hostia puta!

En la diana me imaginaba a un tal Derek Brooks gordo, medio calvo y con

mucha mala leche. En sus cuarenta y muchos. Amargado por culpa de sus problemas de erección y su incipiente calvicie.

Nunca imaginé que Derek midiera metro ochenta de altura, fuera delgado y fuerte a la vez, muy atractivo, moreno, masculino. Nada de problemas de erección. Estoy convencida de que este hombre es de lo más viril. Como los conejos, probablemente.

¿He dicho ya que es atractivo? Dios mío. ¡Se me han empañado las gafas de lo guapo que es! La vida es muy injusta. ¡Los malvados no pueden ser guapos! Todo el mundo sabe que los malvados son feos. Porque la maldad deforma a la persona. ¿No?

—¿Hola? —Brooks pasea la mano por delante de mis ojos para llamar mi atención—. ¿Hablas mi idioma?

Es un alivio saber que al menos he acertado en cuanto a su mala leche.

Hago el esfuerzo de recomponerme tras la conmoción, parpadeo y sostengo su mirada.

—Disculpe, no sabía que estaba llamándome a mí —acierto a decir, en un murmullo apenas audible. Tragando saliva, me enderezo en la silla y dejo la agenda sobre la mesa.

Si este es mi jefe, quiero morirme. Cómo es posible que el hombre más atractivo de todo Manhattan ¡¿sea EL JODIDO DERECK BROOKS?!

Está claro: vamos a morir todos. Y yo, la primera. De pena. Porque jamás podré ligármelo. A fin de cuentas, ¡odio a este tipo!

Derek Brooks, cruzado de brazos, me observa con aire divertido. No sé si es consciente de los conflictos mentales que me atacan cual abejorros.

—¿No sabías que te estaba llamando a ti? ¿Es que hay otra Melinda por aquí?

—¿No era Melissa? —tengo la osadía de corregirle.

Él entorna los ojos con exasperación.

—Melissa, Melinda, Miranda... ¿Qué más da? ¡Tú!

—Es que yo me llamo Lizzy —susurro, con un nudo en la garganta.

Su rostro adquiere un aire tierno. Esto no pinta nada bien.

—Oh, ¿en serio? —dice en tono burlón y, acto seguido, se expresión afable se quebranta, oscureciendo y endureciéndose por partes iguales—. ¡Es ridículo que una mujer de tu edad se haga llamar Lizzy! —truená, y yo pego un brinco en mi silla—. ¡Y tráeme un café! ¡Lo quiero para ayer!

Tras rugir como el Rey León, regresa a su despacho, dejándome sola y traumatizada. Menudo primer día. El ogro es un ogro, pero tiene el aspecto de un príncipe azul. ¿En qué clase de mundo retorcido estamos viviendo?

09:42

Me trago el nudo de la garganta y cojo mi bolso para ir a comprarle a su señoría un café, que, por cierto, no ha mencionado cómo lo toma.

09:43

No quieres matar a tu jefe, no quieres matar a tu jefe, me mentalizo en el ascensor. HUUUUUMMM. HUUUUUMMMM. Paz mental. Mariposas. Primavera. Flores. Gatitos lindos. Damon Salvatore. Hachas. ¡No, hachas, no! ¡Hachas no! VADE RETRO. ¡Vuelve a lo de los gatitos! Gatitos. Gatitos lindos. HUUUUUMMMM. Damon Salvatoreeee. Gatitos con colmillos. Feroces, feroces colmillos.

09:44

¡A la mierda la paz mental!

Mi subconsciente pretende cargarse a Brooks. A lo mejor en la otra vida fui Billy el Niño o Jack el destripador, o... ¡el maldito Allan Poe!

09:44:28

El ascensor llega abajo y yo me doy prisa para salir antes de que me aplaste un grupo de ejecutivos. Los ejecutivos siempre caminan como los zombis, ¿os habéis dado cuenta? Van en masa y no reparan en nada de lo que sucede a su alrededor. Les mueve un único fin: devorar los cerebros de sus subordinados.

09:48

Otra vez en la calle. Encuentro el Starbucks más cercano, entro y me pongo a la cola.

09:49

Mientras espero a que me atiendan, medito sobre qué clase de café podría comprarle a mi jefe.

¿Uno que lleve cianuro?, me propone mi horrible consciencia.

Deshecho ese pensamiento de mi mente y me obligo a sonreírle al camarero, un chico joven, rubio, muy guapo. Sus celestiales ojos azules se cruzan con los míos, lo cual me deja embobada durante un buen rato. Creo que necesito echar un polvo. Llevo todo el día observando con ojos hambrientos a los hombres con los que interactúo. ¡Si incluso me parece atractivo Derek Brooks! ¡Menudo disparate!

—¿Puedo ayudarte?

—¿Qué? Ah, sí, claro —me espabilo al darme cuenta de que llevo unos cuantos segundos mirándolo con una sonrisa bobalicona—. Hola. Un café, por favor.

Los labios del chico se despliegan en una sonrisa.

—Vale. ¿De cuál?

—Pues... hmmm... —Miro las ofertas, pero no soy capaz de decidirme—. Uno de cada, si eres tan amable.

El rubio apoya las palmas en el mostrador y en su boca aflora un gesto socarrón. Dios mío, es realmente guapo. ¿Estaré en celo, como los gatos?

—Déjame adivinarlo. Trabajas para Derek Brooks.

Parpadeo asombrada.

—¿Cómo lo sabes?

—No llevo demasiado tiempo por aquí, pero tengo entendido que Brooks es una leyenda entre los camareros. Resulta que todas sus nuevas asistentes pasan

por esta tienda y piden lo mismo. Susurran las malas lenguas que, si una no acierta a la primera, la despide. ¡Sin preaviso! Toma.

Mis agudos ojos enfocan el vaso de plástico que me ofrece.

—¿Qué es? —pregunto, alargando el brazo para cogerlo.

Discretamente, despego el *post it* en el que han escrito el nombre de Derek Brooks y me lo guardo en el bolsillo de la falda. Si acierto, quiero que su alteza piense que es mérito mío. Ya hemos empezado con mal pie esta mañana.

—Café solo, sin azúcar ni leche ni nada raro. Es así como lo toma.

—Vaya. Gracias, eh... —Me fijo en el nombre que pone en su camiseta—... Jensen. Me llamo Li... —me detengo al recordar el malicioso comentario de mi jefe sobre mi nombre y sonrío abochornada—. Ejem... ¡Elisabeth! Encantada de conocerte.

Nos damos la mano por encima del mostrador. Yo parezco torpe y desaliñada; él, seguro de su atractivo. Somos como Giselle Bündchen y Homer Simpson. Y para que quede claro, Giselle no soy yo.

—Lizzy te pega más —asegura Jensen, el cual retiene mi mano y me observa, fascinado por mis ojos.

—¿De verdad? —me asombro y ladeo la cabeza hacia un lado—. ¿No crees que sea ridículo que una mujer de veinticuatro años se haga llamar Lizzy?

—¿Y tú no crees que sea ridículo que un hombre de veintinueve trabaje en un Starbucks? —repite él mientras intenta refrenar una sonrisa.

—Pues no. —Frunzo el ceño y lo miro confundida—. ¿Por qué iba a serlo?

Jensen se hace el misterioso y no suelta prenda. Sonríe y me guiña el ojo.

—Hasta mañana, Lizzy.

Como no puedo entretenerme mucho más, me despido con la mano y vuelvo a la oficina.

09:59

—¿Lizzy? —El ogro me ha escuchado mucho antes de alcanzar yo su puerta. Tiene oído fino. Como los zorros—. ¿Eres tú?

Pongo los ojos en blanco.

¿Quién va a ser sino? Aquí no hay nadie más. ¡Por algo será!

Abro su puerta enérgicamente, irrumpo como un becerro desquiciado y me detengo en el umbral.

¡Dios Santo!

¿Para qué necesita este hombre tantos metros cuadrados? ¿Tiene incluso un sofá! ¿Es qué duerme aquí?

Un momento.

No esperará que yo haga lo mismo, ¿verdad?! Tengo una vida. De acuerdo, puede que sea aburrida. Y sosa. Y tal vez escasa. *En ocasiones*. Pero una vida, al fin y al cabo.

—Traigo su café —me obligo a recuperarme de la conmoción y deposito el vaso sobre su escritorio con mi sonrisa más profesional.

Brooks levanta la mirada del móvil y me contempla con aire inexpresivo.

—Llegas tarde. Siempre tomo mi café antes de las nueve.

Claro que sí. ¿Por qué iba a decir: *Gracias, Lizzy, ha sido muy amable por tu parte desplazarte hasta a tomar por culo para comprarme a mí un café?*

—Lo siento, pero tendrá que cambiar sus hábitos, o comprarse usted mismo el café. Yo empiezo a las nueve.

Con estudiada parsimonia, Derek coloca el iPhone sobre el enorme escritorio de cristal, tan frío como su persona, y se acomoda en el sillón. Me avergüenza confesar que me tiemblan las bragas cuando sus oscuros ojos se clavan en los míos.

—En cuanto a eso. A partir de mañana, quiero que estés aquí a las siete y media.

—¿Y se le ofrece algo más a vuestra alteza?, ¿aparte de hacerme madrugar solo para comprarle un estúpido café, sin azúcar, leche, ni nada raro? —repongo, con una mirada a la altura de la suya.

De acuerdo, puede que deba aprender a no soltar lo primero que se me pasa por la mente. Ahora viene cuando me dice que estoy despedida. Puedo sentirlo, y

eso que el Universo no me ha concedido el don de la clarividencia. Aunque tampoco lo necesito. Sé de antemano que me echaré a llorar cuando tenga que llamar a mi padre y suplicarle que me pague el alquiler de este mes.

—Nop. Con eso me doy por satisfecho. —Para mi sorpresa, sonrío—. Gracias, Lizzy, querida.

Y, sin añadir nada más, me despide con un impaciente gesto de su todopoderosa mano.